LO QUE EL CIELO NO PERDONA

Fidel Blandón Berrio

Fidel Blandón Berrío

Lo que el cielo no perdona

(Novela histórica)

Planeta

Santafé de Bogotá, 1996

F-2662

Primera edición de Planeta Colombiana Editorial: julio de 1996

Diseño colección: Camila Costa y Paula Iriarte

Diseño de la cubierta: Carlos Uribe Cleves

Diseño y armada electrónica: Planeta Colombiana Editorial S.A.

© Uriel Gutiérrez, 1996

© Planeta Colombiana Editorial S.A., 1996

ISBN: 958-614-516-6

Impreso en Colombia

ÍNDICE

Prólogo 9
Lo que el cielo no perdona 19
Dedicatoria 21
Notas para la quinta edición 23

LOS DEDICADOS

Monseñor Andrade, por J. Michelin 29
El regreso del Pastor, por Horacio Franco 32
Monseñor Eleázar Naranjo López 35
El P. Gonzalo Jiménez, por G. Gutiérrez G. 39
A guisa de prólogo 41
Carta al autor 45

LO QUE EL CIELO NO PERDONA

I. Al pan, pan, y al vino, vino 49
II. Vorágine política 59
III. ¡A morir o a defenderse! 69

IV. Arrecia la lucha 79
V. Las papayas del Padre Ruiz Luján 91
VI. Huye el Pastor 99
VII. Las guerrillas oyen misa 109
VIII. ¡Es más pecado dejarse matar ! 119
IX. Este era Aníbal Pineda 131
X. En el corazón de la guerrilla 145
XI. Tragedias en el monte 155
XII. ¡Faltaba algo por hacer! 161
XIII. Padre, preséntese al gobernador 171
XIV. "Travesías", "Rapidol" y compañía 181
XV. Prohibido enterrar a los muertos 191
XVI. El viacrucis de Urama 217
XVII. El que a cuchillo mata, a cuchillo muere 245
XVIII. ¡Loor a las Fuerzas Militares! es! 257
XIX. Camino de la Patria 267

DOCUMENTOS

I. Gómez Martínez, carta a Arango Ferrer 269
II. Más sobre la situación de occidente 277
III. Blandón Berrío, al Coronel Gobernador de Antioquia 281
IV. Profanación condenable, por Adel Celimas 286
V. Laureano Gómez, a los colombianos 289
VI. La Iglesia y la política 293

PRÓLOGO

El padre Fidel Antonio Blandón Berrío, autor de Lo que el cielo no perdona, *fue conocido con el seudónimo de Ernesto León Herrera cuando, a raíz de las persecuciones que su obra desató, tuvo que esconder su verdadero nombre; posteriormente adoptó el de Antonio Gutiérrez Berrío para distraer a quienes pretendían asesinarlo, no sólo por su libro, sino por móviles de oscura política que nunca lograron aclararse.*

El profesor Antonio Gutiérrez, como lo conocían sus alumnos y amigos, era un hombre de tez morena, de rostro adusto, de expresión y ademán fuertes, pero de un corazón generoso, de una extraordinaria bondad; un hombre comprensivo y humano como pocos, y siempre con el corazón abierto para todos. No obstante las calumnias y persecuciones que padeció, jamás anidó el más leve rencor en su espíritu.

El profesor Gutiérrez fue un personaje legendario. Para muchos había muerto en 1953, cuando en verdad su deceso ocurrió el 3 de diciembre de 1981 en Facatativá (Cundinamarca).

Para unos se trataba de un cura guerrillero, tal vez el primero en este siglo. Para otros era un santo.

El misterio y la leyenda arrancan de las breñas antioqueñas y de las poblaciones de Dabeiba, Peque y Uramita, en donde ejerció su ministerio sacerdotal. Allí su espíritu apostólico sufrió el primer impacto ante la violencia que sufrieron los liberales de su parroquia, a quienes aconsejó que se fueran a las montañas para proteger sus vidas. Sin otra alternativa, las patriarcales familias de Juntas abandonaron sus hogares y construyeron sus viviendas en el corazón de la manigua, en donde se organizaron en brigadas para la vigilancia, la defensa y la ayuda mutuas, siguiendo las orientaciones de su párroco.

Burlando la severa vigilancia de los "chulavitas", desacatando las órdenes de sus superiores y enfrentando las denuncias de los comandantes de la policía de Antioquia, el padre Blandón Berrío aprovechaba las sombras de la noche para subir sigilosamente a la montaña, en donde sus antiguos feligreses, mediante claves y mensajes especiales, lo iban orientando para que llegara hasta sus viviendas, donde se reunían todos a escuchar la santa misa y los consejos que el sacerdote les daba. Con el mismo sigilo de la ida, regresaba a la población, sin que los cancerberos colocados en las bocas de la montaña pudieran comprender cómo retornaba a la casa cural.

Su comportamiento desató las iras del gobierno y de la Iglesia. Monseñor Miguel Ángel Builes, obispo de quien el padre Blandón había sido su secretario, le prohibió el paso por su diócesis. Su ordinario le quitó la parroquia y las autoridades manifestaron que ante la protección que estaba dando a los "bandoleros" no respondían por su vida.

Sin embargo, no desmayó en su tarea. Subrepticiamente hacía llegar vestidos, drogas y alimentos hasta las montañas.

Habiendo arreciado la violencia, desautorizado por su obispo, sin parroquia y perseguido por las autoridades, se dirigió a Medellín, donde encontró a muchos de sus antiguos

feligreses que deambulaban en busca de protección. El padre Blandón continuó su lucha, organizó lavanderías, librerías, ventorrillos y sastrerías para ayudar a la gente sin hogar. De todo el país llegó la ayuda y las familias se fueron instalando, pero los nuevos grupos desalojados del occidente antioqueño llenaban las calles de Medellín. Entonces se propuso retornarlos a sus hogares con la ayuda de muchas personas generosas de la ciudad. Fue así como un buen día logró poner en marcha a miles de familias del occidente antioqueño.

La peregrinación partió de Medellín rumbo a Peque, con la protección del Ejército.

El periodista Alberto Yepes narró aquella marcha en un folleto intitulado Peque:

"La impresionante caravana marchaba a través de un paisaje desolador. De ella hacían parte familias enteras en las cuales hay niños y cuya edad fluctúan entre tres meses y ocho años de edad (sic). Los mayores caminaban con los pequeños en brazos o a la espalda, y a pesar de sus penalidades de la marcha (sic) todos avanzaban alegres de regresar a la tierra que fue suya y labraron sus mayores... La caravana la encabezaba el presbítero Blandón Berrío, de casco de corcho, morral y lámpara. Llevaba la raída sotana recogida hasta la rodilla. Sólo una vez en los veinte kilómetros del pesado camino, aceptó montar un rato a caballo. Iba contento de regresar a la que un día fue una parroquia, confundido con los restos de su feligresía...".

Contra quienes ayudaron a estas gentes desamparadas se acrecentó la persecución. Monseñor Ignacio Andrade Valderrama, obispo de Santafé de Antioquia, que había apoyado la acción de sus sacerdotes en pro de las familias liberales de Antioquia, fue sacado de su diócesis y murió sin poder retornar a ella.

Para salvar su vida, el padre Blandón tuvo que salir de Medellín, dejar el sacerdocio y cambiar radicalmente de

estado. En Bogotá se dedicó a escribir. De sus experiencias salió ese extraordinario documento histórico, Lo que el cielo no perdona, en el que se denuncia a los autores de la violencia y se escribe con mayúsculas el nombre de las víctimas y de los victimarios. En este libro estremecedor, que desató nuevos odios y persecuciones, aparecen los policías jugando fútbol con la cabeza de una de sus víctimas y el sacerdote colocando en ataúdes los brazos mutilados de sus feligreses. Para acallarlo se le tendieron celadas: intentaron involucrarlo en crímenes realizados por facinerosos que utilizaban su nombre, pagados por personas presentadas a la luz pública como los causantes de la violencia en Antioquia. Fue tanto el acoso que un buen día muchos de sus amigos de Bogotá lo ayudaron a "desaparecer" del panorama nacional.

Se dijo entonces que se había ido a los Llanos para llevar a los guerrilleros parte del dinero de su libro. Otros afirmaban que había puesto tierra de por medio y que se encontraba por la Costa Atlántica. Se rumoró que había sido asesinado y su cadáver lanzado al río Sogamoso. Curas y religiosas sostenían que había viajado a Roma a denunciar a los obispos politiqueros.

La verdad es que había tenido que desaparecer porque pistoleros a sueldo pretendían liquidarlo por su apoyo a los guerrilleros.

Habiendo cambiado la situación política, concedida la amnistía a los guerrilleros, el profesor Gutiérrez quiso reorganizar su vida. Primero se radicó en Cúcuta y luego en Villa del Rosario, donde fundó un colegio con el nombre de Monseñor Pérez Hernández, en honor del obispo de esa diócesis. Después, nuevamente perseguido, resolvió radicarse en Pamplona. El padre Rafael Farías, autor de los viejos textos de religión y de filosofía, lo acogió bondadoso y lo hizo nombrar profesor del Colegio del Norte. Pero su tranquilidad duró poco: un año más

tarde unas monjitas lo identificaron en un mosaico del colegio y de inmediato le comunicaron al arzobispo, quien por cierto había sido su compañero y superior en el Seminario de Misiones de Yarumal, monseñor Aníbal Muñoz Duque, nombrado luego cardenal. No se supo qué pasó pero a altas horas de la noche, como en los tiempos de Juntas de Uramita y de Dabeiba, envuelto en las neblinas de Pamplona, el padre Farías llegó sigiloso hasta el hogar del profesor y le dijo que debía salir inmediatamente de la ciudad y le dio su bendición. Ahora su nuevo refugio fue un pueblecito encantador, de gente patriarcal que había sufrido los embates de la violencia en 1949 cuando 40 de sus hijos fueron asesinados durante la gobernación de Lucio Pabón Núñez, por su culto a las ideas liberales: El Carmen (Norte de Santander). Allí vivía el gran novelista y cuentista Enrique Pardo Farelo (Luis Tablanca), quien lo protegió. No fue mucha la tranquilidad de la que pudo disfrutar; solamente alcanzó a fundar un colegio de primaria y bachillerato, con el nombre de Luis Eduardo Nieto Caballero. Pero a los seis meses el cura párroco tuvo algunas informaciones equivocadas sobre su vida pasada, con el agravante de que por esa época (1959) el periodista Alberto Yepes publicó en la revista Cromos un artículo novelesco en el que hablaba de cosas que el padre nunca había hecho, convencido de que efectivamente había muerto en Sogamoso y que bien podía tejer sobre su vida leyendas que no iban a ser rectificadas, pues estaba seguro de su desaparición. Por esto el sacerdote tuvo que huir de nuevo, ya que varios detectives se presentaron a la población en su búsqueda por las denuncias del párroco.

Cuando el reloj de la iglesia hacía sonar las ocho de la mañana y los jacarandosos alumnos del colegio Eduardo Nieto Caballero esperaban impacientes que el "profe" chancero y bonachón les abriera las puertas, éste iba llegando a la serranía de Bobalí en donde, escondidos entre los árboles, con mirada asustadiza y maliciosa, los indios motilones lo veían pasar rumbo

a la cima. Era ésta una región de clima suave, de vegetación exuberante, habitada por dos familias, pero en la cual tenían los indios motilones su dominio. Hasta allí llegó después de dos días de camino y fue acogido por unos humildes campesinos que se convirtieron en su propia familia. Al poco tiempo levantó la Escuela Veredal Alfonso López Pumarejo y, para honrar al gran patricio, escribió un largo poema, del cual son estos versos:

Ha muerto el defensor de la justicia,
de la igualdad fraterna y el derecho,
y lloran las campanas
en las rubias mañanas
con su voz lastimera;
y llora la bandera
que cruzaba su pecho.

Finalmente, en uno de los árboles más altos colocó la bandera de Colombia.

Hasta El Carmen llegó la noticia de que el profesor estaba viviendo en Motilonia con la familia, y un grupo de amigos organizó una caravana y llegó hasta esos lejanos riscos. Allí lo encontró enamorado de la naturaleza, enseñándoles a los niños sobre sus protectores y cultivando la tierra. Pensando que ya los odios y las persecuciones se habían calmado regresó a la población, con tan mala suerte que a los ocho días los detectives rondaban la casa en que se había alojado; por esta razón hubo que sacarlo a medianoche y enviarlo a Bucaramanga. De allí se dirigió a Pailitas (Cesar), en donde tenía la intención de fundar un colegio; sin embargo, también los detectives lo ahuyentaron de ese lugar, debido a las informaciones del párroco de El Carmen.

Por insinuación de Enrique Pardo Farelo, quien tenía familiares residentes en la población de El Difícil (Magdalena), se enrumbó hacia dicha población.

El Difícil estaba habitado por gente trabajadora, generosa y buena. Además tenía la ventaja de que era bastante complicado llegar hasta allí, pues solamente entraba un camión cada ocho o quince días y, cuando llovía, pasaban meses sin que alguien pudiera arribar.

En este pueblo el profesor pudo vivir tranquilo unos años. Organizó un colegio de primaria y bachillerato con el nombre de Liceo Bolivariano, se puso al frente de la creación de la parroquia y en una larga batalla con el municipio de Plato logró, en asocio de los más prestantes personajes de la población, que El Difícil fuera elevado a la categoría de municipio con el nombre de Ariguaní (1961).

Un día el cura párroco de Plato celebró una misa en El Difícil, oportunidad que aprovechó el profesor Gutiérrez para llevar alumnos de su colegio y participar en los ritos y cantos; utilizaba el latín con gran facilidad, lo que llamó la atención del sacerdote de Plato, quien no tardó en comunicarle al obispo de Santa Marta, Norberto Forero y García, la inquietud que le dejó el maestro. Posteriormente empezaron a llegar sacerdotes vestidos de civil, haciendo averiguaciones sobre la vida del profesor Gutiérrez, pero éste, imperturbable, continuó su labor docente y social. Trabajaba hasta las dos o tres de la mañana a la luz de una vela —el pueblo carecía de alumbrado— y al otro día a las siete de la mañana estaba al frente de sus alumnos, dictando clases de gimnasia, de español, de matemáticas, de canto. Hacía de todo.

Cierto día llegaron dos individuos al colegio preguntando por el profesor. Éste se puso la camisa y salió a recibirlos, cruzó unas palabras con los visitantes y luego, dirigiéndose a su esposa, le dijo: "Mija, me llevan: son detectives; no se preocupe, tenga cuidado de los niños". De allí a la alcaldía el pueblo se fue arremolinando, así como los estudiantes, quienes abandonaron el colegio, lo que motivó la intervención de las autoridades

para tranquilizar a la gente enfurecida. Los detectives salieron con el profesor rumbo a Santa Marta, de donde fue llevado a Bogotá, de juzgado en juzgado y de cárcel en cárcel, sin que conociera los motivos de su detención. Luego apareció encerrado en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), cuyo director no pudo dar explicación sobre la permanencia del profesor en dicho establecimiento.

De Santa Rosa de Viterbo fue remitido nuevamente a Bogotá, gracias a las gestiones que desde El Difícil se lograron hacer ante el Procurador General de la Nación, doctor Hidalgo Bueno.

Dos detectives lo llevaron esposado hasta las dependencias del antiguo Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), hoy DAS, en donde permaneció varios días, y tras dispendiosa revisión de los libros, se encontró que existía una orden de captura en su contra por haber escrito Lo que el cielo no perdona.

Realmente el libro había causado tal impacto y en él habían salido tan mal libradas la Iglesia y el gobierno de entonces, que se prohibió su lectura desde los púlpitos y se ordenó recoger todas sus ediciones en el país.

Del SIC Blandón Berrío fue remitido a diferentes juzgados de instrucción criminal, los cuales se negaron a recibirlo porque carecían de proceso en su contra; por último, un juzgado de instrucción lo recibió —por insistencia del SIC— y libró boleta de encarcelación para la Cárcel Nacional Modelo "mientras definía su situación". Allí estuvo recluido 28 días. Fue necesario que el entonces jefe de la Dirección Nacional Liberal, Julio César Turbay Ayala, interviniera por medio del penalista Santiago Romero Sánchez, para que el Procurador investigara la razón por la cual no se le había resuelto la situación jurídica. Y como la única sindicación real era haber escrito

Lo que el cielo no perdona, se ordenó su libertad inmediata. El diario El Tiempo dio cuenta de ese suceso y publicó la rectificación que el profesor Gutiérrez hizo de los infundios del periodista Yepes y aclaró la razón por la cual había tenido que desaparecer del escenario nacional.

Aclarada la situación, volvió a El Difícil; allí permaneció otros años y luego se trasladó a Santa Marta, en donde, pese a la oposición del obispo, fue profesor del Liceo Celedón y de otros planteles educativos y columnista del periódico El Informador.

Habiendo roto con todo lo que lo ataba a sus antiguas actividades, dispensado por la Santa Sede de sus servicios sacerdotales y autorizado por la misma, legalizó su matrimonio (1967) en la ciudad de Medellín en la Iglesia Metropolitana, dentro del mayor silencio por exigencia de las autoridades eclesiásticas. Tiempo después, en 1971, se desempeñó como vicerrector del Colegio Nacional Emilio Cifuentes en la ciudad de Facatativá (Cundinamarca), donde pudo disfrutar de la paz del Frente Nacional y añorar los días azarosos pero apostólicos de sus marchas. Desvinculado de sus viejos amigos y de la amistad que le brindaron altos personajes de la literatura y el periodismo, se perdió en la tranquilidad de su trabajo educativo y en la entrega total a su hogar.

El 3 de diciembre de 1981 se anunció en forma sencilla en carteles fúnebres: "El profesor Antonio Gutiérrez Berrío murió". Lo cierto es que Facatativá no se dio cuenta de que por su tierra había pasado un gran patriota, un insigne educador, un hombre de fe inquebrantable, un cristiano viejo que se fue con Dios en el corazón; un antioqueño puro de aquellos que descuajaron árboles y fundaron pueblos y dejaron en cada recodo una imagen de la Virgen.

El profesor Gutiérrez vivió cada estado de su existencia con el más profundo espíritu cristiano, con la entrega más completa a su labor; fue un servidor incansable de la sociedad y un apóstol de la Virgen María.

No alcanzó a publicar una serie de escritos como El hombre que era otro hombre *(novela) y* Carmen la del Carmen *(ensayos y poemas), obras que se encuentran en poder de su familia.*

Su libro Lo que el cielo no perdona *cobra actualidad ante los recientes hechos de violencia en Antioquia y en todo el país y la nueva salida de la Iglesia a la arena pública. Este texto va encaminado a rendir un tributo de reconocimiento a la vida inmaculada del profesor Antonio Gutiérrez Berrío y de su señora esposa Ana Gutiérrez de Gutiérrez, quien compartió con él la mayor parte de sus persecuciones y sufrimientos y guarda con dignidad y altura el nombre de su esposo; así como a sus hijos, la abogada Ligia Gutiérrez G. (†), la filósofa y catedrática Gudiela Gutiérrez G., el diplomado en derecho internacional Gustavo A. Gutiérrez G., el abogado Uriel A. Gutiérrez G. y William Gutiérrez G., quien murió en plena juventud. Para todos ellos, que conforman una familia ejemplar forjada en medio de la lucha y los esfuerzos, pero puesta la mirada en lejanos horizontes, mi afecto y mi eterna gratitud.*

Con el poeta Robledo Ortiz se puede decir del profesor Antonio Gutiérrez B., que "al morir era una montaña de bienaventuranzas".

Ferdinando Casadiego Cáceres

Presidente del Tribunal Contencioso
Administrativo de San Andrés
y Providencia y Santa Catalina.
Mayo de 1996.

Lo que el cielo no perdona

Al excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Luis Andrade Valderrama, Dignísimo Obispo Titular de Santa Fe de Antioquia.

Al Ilustrísimo Monseñor Eleázar Naranjo López, Dignísimo Vicario General de Santa Fe de Antioquia.

Y a todos sus VV. Sacerdotes perseguidos:

Dedica

con admiración, amor y gratitud...

El autor

Notas para la quinta edición

Al entregar al público esta quinta edición de "Lo que el cielo no perdona", necesitamos hacer algunas anotaciones a nuestros lectores para atender a sus solicitudes formuladas en la prensa, verbalmente y por escrito. Así mismo, insertamos algunos de los muchos conceptos con que nos han honrado escritores de todo el país, a quienes agradecemos cordialmente. Para lograr esto último sin aumentar el paginaje y en busca de un precio modesto, hemos cercenado dos o tres artículos de menor importancia, que nada quitan al material documentario y narrativo.

Primero que todo, queremos mantener nuestros pseudónimos para cierta clase de libros y publicaciones de aquí y de otros países, pero accedemos con mucho gusto a continuar estas ediciones con nuestro nombre propio de autor, según registro legal, a pesar de que también nuestro "nom de plume" está legalmente registrado en el Libro XII de Pseudónimos, Partida número 40, de Propiedad Intelectual.

En segundo lugar, advertimos que el incidente ocurrido en Bucaramanga el 14 de febrero del presente año, y del cual dio cuenta la prensa nacional con manifiesta irresponsabilidad, no toca para nada con el verdadero y legítimo autor de esta obra, como rectificaron algunos periódicos.

En tercer término, es absolutamente falso que hayamos sacado otra edición del folleto "PEQUE", como calumniosamente lo

publicó Diario Gráfico el 14 de septiembre del año próximo pasado, pues ni hemos comprado los derechos ni somos autor de tal publicación, aunque se refiere a nosotros.

Cuarto, para que no se sigan desconociendo abusiva y criminalmente nuestros derechos de autor de "Lo que el cielo no perdona", transcribimos algunos párrafos del siguiente documento, ya que la presente obra ha ido más allá de los límites patrios:

"El suscrito Jefe del Departamento Segundo —Negocios Generales— del Ministerio de Gobierno, encargado del Registro Nacional de Propiedad Intelectual, CERTIFICA: Que en el Libro de Registro número 2° del tomo 3° de 'Obras Científicas, Literarias y Artísticas', aparece una partida que a la letra dice: Partida N° 69. Libro 2°. Tomo 3°.— Obra: "LO QUE EL CIELO NO PERDONA".— Autor: FIDEL BLANDÓN BERRÍO.— En Bogotá, República de Colombia, etc.... —Llenados como están los requisitos legales, la Oficina de Registro Nacional de la Propiedad Intelectual, RESUELVE: 1°) Inscribir en el libro de registro número 2° del tomo 3° de 'Obras Científicas, Literarias y Artísticas', la obra anteriormente anotada. —2°) Para los efectos del Registro de la Propiedad Intelectual, téngase como autor de la mencionada obra al señor Fidel Blandón Berrío (ERNESTO LEÓN HERRERA), quien gozará en adelante de los derechos y garantías que la Ley colombiana reconoce a los autores no solamente en Colombia, sino en los países que con el nuestro tienen vigentes pactos especiales sobre la materia y en aquellos que reconocen el principio de la reciprocidad internacional, aceptado por la Constitución y Leyes de la República.— 3°) Verifíquese la inscripción conforme lo ordena el artículo 8° del Decreto número 1258 de 1949 reglamentario de la Ley 86 de 1946 y luego expídase a favor del autor, el certificado de que trata el artículo 85 de la citada Ley.— 4°) Archívese el ejemplar y expediente correspondiente. COMUNÍQUESE Y CÚMPLASE, etc....".

Finalmente, agradecemos todos los conceptos que en favor o en contra han dado muchos escritores y publicaciones del país, y reproducimos unos pocos:

"... En su aspecto social tiene fin y enseñanzas tremendas que superan a 'Viento Seco' del Dr. Daniel Caicedo. Funda principios documentales como en 'Guerrilleros, Buenos Días...' de Jorge Vásquez Santos. La acción se desarrolla en una verdadera 'Tierra sin Dios' como la de Julio Ortiz Márquez. Contempla realidades escalofriantes como las de 'Pogrom' de Galo Velásquez Valencia. En sus protagonistas, que son varios, especialmente en lo que se refiere al Pbro. Gonzalo Jiménez y en las alusiones que hace a sus colegas del clero, nos recuerda 'El Cristo de espaldas' de Eduardo Caballero Calderón. En lo que se refiere al actual Presidente de la República, se adivina a 'Rojas Pinilla, el Presidente Libertador' " de Carlos J. Villar Borda.

Tiene de todos, a todos los recuerda y a todos los supera en su género y a su modo...

Esto sólo basta para que este libro sea acogido por todos y leído sin respirar, de un tirón, como se dice.

Tercero, porque es un documental histórico en que el autor logró organizar en un todo bien articulado, una serie de apuntes de narraciones de testigos presenciales y de víctimas, y de documentos que así han quedado en su contexto como algo que debe guardarse y conservarse. Son testimonios de parte y, francamente, no podía exigirse completa imparcialidad.

Y, cuarto, porque todo el libro es un elogio a la obra libertadora del Teniente General Gustavo Rojas Pinilla y a la campaña de restauración que en un año han librado las gloriosas Fuerzas Militares, sacando a Colombia de la abyección y la barbarie".

(Prólogo de la 1ª edición)

"A través de 'Lo que el cielo no perdona' pueden todos los colombianos conocer en forma exacta y con acopio de fotografías tomadas en el teatro de los acontecimientos, lo que para el país significó aquella tremenda época de dolor, lágrimas y sangre, en buena hora suspendida por el afortunado golpe del 13 de junio".

(El Diario, de Girardot, 1954)

"Se inició la ofensiva contra 'Lo que el cielo no perdona', obra de un noble sacerdote sobre la violencia que azotó a los departamentos del Valle y Antioquia. Es un nuevo e impresionante documento. Y presenta un aspecto, quizás el más triste de esas tristes épocas. Mas él, como digno apóstol de Cristo, al exponer el problema de la politiquería en cuerpo que nunca debería dejarse infectar por tan prosaico virus, nos acerca más a la santa doctrina del Señor. Lean 'Lo que el cielo no perdona', y en sus páginas hallarán ejemplos de crueldad, sólo comparables a las pruebas admirables de bondad cristiana allí relatadas".

(H.S. en El Tiempo, 1954)

"La lectura del libro 'Lo que el cielo no perdona' es dolorosa y terrible. Ya se apresuró un diario conservador a condenarlo como exagerado, parcial y de tendencias puramente liberalizantes. Nada más inexacto. El libro es simple exposición de hechos presenciados por su ilustre autor. Nombres propios, fotografías espeluznantes, como la de un policía que, muerto de la risa y coreado por sus colegas, muestra agarrada por el pelo, la cabeza de una de las víctimas. Otras yacen tiradas por el suelo. No hay un solo párrafo de este libro acusador que no sea la expresión de la verdad. De una verdad que no lo es menos porque en el campo contrario también se cometieran crímenes (...) Y se trata, no sólo en el caso de Antioquia sino en los demás departamentos azotados por la violencia, de personajes honorables, y como suele ocurrir, ornató de la sociedad en que viven, bajo cuyo patrocinio o indiferencia

se efectuaron aquellas orgías de sangre, de que no había ejemplo en la América Latina. 'Lo que el cielo no perdona' es herrete colocado sobre el pecho de los verdugos que martirizaron al pueblo colombiano".

(Calibán en El Tiempo, 1954)

"... El escenario, en esta obra, deja de estar circunscrito a la estricta narración para alcanzar dimensiones apostólicas. No es su autor un observador ocasional de los sucesos, ni un hombre sectario, ni un copista frío de la realidad, sino el auténtico cura de almas que relaciona los macabros sucesos con la pureza de su conciencia, al calor de las enseñanzas recibidas en el seminario".

(De El Tiempo, Sept. 6 de 1954)

"Un regalo y muy regio de la suerte fue encontrar, hace pocos días, al celebérrimo intelectual, Pbro. Fidel Blandón Berrío, autor de 'Lo que el cielo no perdona' y de otras obras de inmenso valor literario. La erguida figura del vigoroso escritor sólo respira cordialidad y franqueza, dos características acordes con el inimitable estilo que es en él la copia exacta de su fuero interior, de esa fuerza creadora que magnifica la epopeya, simiente de paz, que es sabio contenido de su magnífica obra.

Escueto y duro es, en verdad, el concepto general que discurre por esas páginas valerosas, escritas sobre cárdenos coágulos de sangre cuando la vida y la virtud eran pasto de las hienas en los días tenebrosos de la oficial barbarie. Es natural que todos los sacerdotes de Colombia laboran a base de bondad religiosa, pero no todos, según se sabe, comparten la formación de ideas concretas y firmes como las emitidas por el autor de 'Lo que el cielo no perdona', cuyo sentido abarca toda la escabrosa realidad de una época tatuada de miseria moral.

Mientras contados apóstoles van diciendo su parábola de paz, otros hombres, remanentes del capítulo triste, alimentan la oscura hoguera fratricida, como lo estamos viendo en innumerables pueblos y en los campos desguarnecidos donde la tragedia revive... ¿Qué decimos?... reanuda su obra de nefanda trayectoria segando vidas, mutilando honras y aumentando la angustia que ya cubre la Patria como un sudario luctuoso.

Al hablar con el sacerdote escritor, Padre Fidel Blandón Berrío, se capta de inmediato la sensación de que él, como otros hombres honrados, siente asco, aversión infinita por las cosas horribles que pasaron y por las que aún están pasando, sin que una voluntad fuerte, definida, venga de nuestros hermanos en el país que ha sido centro espiritual y democrático de América".

(El Machete, de Cartago, marzo de 1955)

"... Ese es el miedo que inspira ese libro que no vacilamos en llamar sagrado porque fue escrito con sentimientos cristianos y porque la sombra del odio no aparece en la mentalidad del autor...

Loado sea Jesucristo por haber tenido el Padre Blandón ese valor extraordinario de conseguir ese documental tremendo que publica en el libro, desafiando a sus superiores y a la muerte en tierras despiadadas, y que haya tenido el valor que exige presentarse a la conciencia pública con el corazón en la mano para exigir justicia, porque su corazón es ese libro en cuyas páginas aparece marcado el derrotero del cristianismo, derrotero que es la propia vida del Padre Blandón, y que traicionaron no pocos hombres que tenían una sotana más lujosa que la del perseguido y calumniado sacerdote, autor del libro que comentamos".

(Panorama, de Medellín, enero de 1955)

LOS DEDICADOS

I

"MONSEÑOR ANDRADE"

Por J. MICHELIN
"El Diario" de Medellín
Julio 28 de 1953

Monseñor Andrade es el único Obispo de los Franciscanos en Colombia, como Monseñor Caicedo Téllez es el único de los Salesianos. Primera coincidencia entre el discípulo del Poverello y el de San Juan Bosco, entre el Obispo de Santa Fe de Antioquia y el de Cali. Ambos se caracterizan por el don de gentes y la simpatía, por el estilo de sus enseñanzas, por sus pastorales de cristal y de bálsamo, de bendición y consejo. Pregoneros de la paz, entienden que ella se funda en la fuerza de la razón, antes que en la razón de la fuerza, pero sobre todo en el espíritu del Evangelio.

Hermanos de la caridad, la caridad la enseñan practicándola, para que todos sean hermanos en Cristo. En la Diócesis de Barranquilla, la primera que le fue confiada, Monseñor Caicedo Téllez fue llamado el "Obispo Moderno". Y el epíteto viene también de perlas al fran-

ciscano con mitra. Moderno es para captar las inquietudes de la hora, para comprender los problemas actuales, para no vivir de espaldas a la realidad; moderno para combatir los errores contemporáneos, para demostrar la vigencia de los viejos principios, para repetir que la Iglesia es católica porque superó las fronteras del tiempo y del espacio. Moderno en el mejor sentido del vocablo, como el Papa felizmente reinante, como el Padre Lombardi y el Obispo de Málaga.

Pues comprende, no odia; pues perdona, no conoce la venganza. Sabe que la oveja descarriada necesita más del pastor y que los pedruscos se pagan con pétalos en la doctrina de la Cruz. No transige con la injusticia; en los textos sagrados aprendió que es ilícito seguir a la muchedumbre para obrar el mal, que el número de quienes la aceptan no hace verdadera una tesis ni justifica una lucha. Tiene autoridad moral cuando condena la violencia, cuando predica el "mandamiento nuevo", cuando invoca las mejores virtudes del pueblo colombiano.

Monseñor Andrade es un intelectual de veras. Cumple muy bien el aforismo de que no se puede enseñar lo que se ignora. Y estudia. Le llegan periódicos y revistas de todas partes, se deleita con las obras clásicas, habla con propiedad de la literatura modernista, no da tregua a su amistad con los libros. Es el Obispo moderno, cordial y sencillo como Builes, instruido como Concha Córdoba, bondadoso como Escobar Vélez, su auxiliar dignísimo.

Después de una correría por el país del norte regresó a la capital de la república, donde se encuentra ahora. El viaje debió de ser un pretexto para aumentar el acervo de sus experiencias, que no serían pocas en esa tierra de la democracia, sobre todo cuando Colombia no era propiamente un oasis.

Con estas palabras sólo pretendo presentar un saludo, respetuoso y ferviente, al Prelado de la Paz, heraldo del Poverello y Ordinario de Santa Fe de Antioquia. Saludo tardío respecto de su vuelta a la Patria y tal vez inoportuno con relación a su regreso a Antioquia. Que no sea prematura esta nota de bienvenida, son los deseos de vuestra grey y de vuestros amigos, Monseñor Andrade Valderrama.

II

"El regreso del Pastor"

Por HORACIO FRANCO
"El Diario" de Medellín.
Julio 3 de 1953

Acercarse uno, así tenga reticencias y escepticismo en la inteligencia, al espíritu iluminado y franciscano de Monseñor Luis Andrade Valderrama, es reconfortar el alma en las líneas purísimas del cristianismo más auténtico. Difícilmente se conjugan en una sola conciencia semejantes dones de la discreta sabiduría, tantas y tan modestas virtudes, tal sencillez de palabra, y tal energía de acción. Nosotros seguimos con profunda y contenida emoción toda su trayectoria como Pastor de almas en la sede de Santa Fe de Antioquia. Es fácil, para un pueblo tan católico y tan obediente a las normas espirituales como el nuestro, conducirlo por los caminos de Dios cuando el ejercicio de las virtudes elementales se desarrolla de una manera coordinada y esencialmente cristiana. Pero cuando ese pueblo se siente injustamente perseguido y asediado, entonces ya no entiende ni siente en lo íntimo de sus elementales concepciones y sentimientos la disparidad de aquel ejercicio. Y solamente la plenitud humana de un Pastor como Monseñor Andrade Valderrama sabe llegar al fondo dolido de las almas amargadas para mantener

encendida en ellas la esperanza inmortal, por los caminos de la piedad y del perdón y no de la venganza y de la retaliación. Una de las regiones de Antioquia más heridas por la persecución fueron sus territorios de occidente, que no tenían otro amparo y otro refugio que el alma sin fronteras de su excelso Pastor de almas. Nosotros lo vimos recorrer todas aquellas regiones sembrando su caridad y su piedad, su fe y su esperanza, desafiando todos los climas y hasta las más desconcertantes inclemencias humanas. Toda aquella época la vivió sin vacilación, entregado por entero a la fraternidad y a la ayuda...

Pero ahora, cuando los nuevos climas propiciados por la transformación de criterios que estamos presenciando, han hecho que comiencen a regresar a sus modestos fundos devastados todos los que hubieron de abandonarlos en hora triste y menguada, desean también el regreso del amado conductor de almas para que, dentro de aquella íntima confianza que él creó, los oriente en el recomenzamiento de sus vidas.

El merecido descanso del Pastor, que también fue una tregua de todos conocida, habiéndose cumplido ya, será interrumpido por el regreso. Sus manos que siempre bendicen y que siempre están llenas de generosidad y de dádiva, vendrán a restañar tantas heridas y a indicar con índice seguro los nuevos caminos de la paz. Muchos de esos desplazados y vencidos me han encomendado esta sugerencia que nosotros hacemos llegar al noble apóstol franciscano.

Precisamente tenemos a la vista un pergamino que como justiciero tributo le será entregado al Pastor, firmado por esclarecidos miembros de la sociedad del occidente de Antioquia y cuyo texto resume de manera nítida el pensamiento y el sentimiento de toda su grey. Autorizado para darlo a conocer, dice así aquel pergamino:

"Al Excelentísimo Señor Doctor Don Luis Andrade Valderrama. A sus claras virtudes de Pastor y de Príncipe, a su gallardo corazón y generoso espíritu de varón sabio, prudente, justo, comprensivo y ecuánime, resignado y sereno, bajo las excelencias de cuyo cayado apostólico nos reconocemos verdaderos cristianos, mejores hijos de la Patria, unidos por la fe a sus símbolos imperecederos, que nos congregan en el amor, la igualdad y la fraternidad como verdades perennes".

Suenan alegres las campanas de Santa Fe de Antioquia y hay un coro de voces sencillas y ululantes, esperando el anuncio iluminado del regreso del Pastor.

III

"Monseñor Eleázar Naranjo López"

De "El Tiempo" de Bogotá
y de "El Correo" de Medellín.
Marzo 9 y 10 de 1954

Con perfil señorial y grecolatino se presenta hoy en nuestro comentario regional Monseñor Eleázar Naranjo López, amable y sonriente en su austeridad, viva concreción de virtud y modestia, sacerdote íntegro, ardido de fe y pletórico de acendrada caridad. También sobre las carnes de azucena de su alma cayeron los azotes de la violencia con sacrílega impiedad, y el odio se ensañó en este fiel imitador de Jesucristo. Como Vicario General de Monseñor Andrade Valderrama, conoció y reconoció muy de cerca, íntimamente, los incendios de caridad, la prudencia evangélica, la profunda sabiduría, los efluvios de santidad y la grandeza imponderable de ese corazón episcopal, superabundante de Dios.

Por eso fue su compañero fiel y leal en la dirección de una de las diócesis más difíciles de Colombia, y por eso recibió, al lado de su amado Obispo, los impactos más feroces de la violencia. En fuerza de fidelidad y lealtad a su perseguido y calumniado Obispo, hubo de tomar también el camino del exilio, y víctima santa de la caridad y del Santo Evangelio que supo llevar siempre muy en alto,

por encima de las bajezas banderizas que tan irreparable mal hicieron a la Santa Iglesia.

Valorar la grandeza de alma y la personalidad de Monseñor Naranjo es tan difícil como ha sido imposible reconocer lo que es y lo que vale Monseñor Andrade Valderrama. Nació en Támesis (Antioquia), e hizo sus estudios primarios, de humanidades y clericales allí y en el Seminario Conciliar de Jericó, donde fue ungido sacerdote de manos del Obispo Francisco Cristóbal Toro hace treinta años, contando en la actualidad cincuenta y cuatro de edad. Haciendo el bien y desparramando las misericordias de Dios con ejemplar abnegación y desbordante celo pasó por varias parroquias de esa diócesis hasta que, dividida ésta, le tocó pasar a Santa Fe de Antioquia al lado del Excelentísimo Monseñor Toro. Del santuario de su hogar patriarcal y cristiano sacó un espléndido bagaje de cualidades naturales que realzan su fisonomía de modo singular, dándole una personalidad definida y sobresaliente.

Su preparación intelectual es vasta y exuberante, acrecida constante y fundamentalmente en su familiaridad con los libros y los mejores autores. En sus viajes por Norteamérica, Europa y Asia Menor, y gracias a la singular penetración de su entendimiento, a su delicada sensibilidad y a la viveza de su imaginación, acrecentó admirablemente el acervo de sus conocimientos. Habla con propiedad varios idiomas modernos y pasados, ha desempeñado con lujo de competencia varias cátedras de profesionales y de seminarios, y su estilo es diáfano, castizo y profundo. Envidiable como orador, hermana la sencillez elocuente del Poverello con la profundidad del Aquinates, del teólogo, del apologista, del filósofo, del asceta, del historiador, del orador y del escritor. Como Vicario General y Presidente del V. Capítulo de la Diócesis de Antioquia,

fue siempre ejemplar de clérigos, consejero de sacerdotes y prelados, apóstol siempre desvelado de las almas, especialmente de los humildes y de los pobres.

Sólo la impenetrable cortina de su modestia y de su humildad ha podido ocultar ese admirable complejo de virtudes y de cualidades con que el Señor ha adornado a éste su siervo fiel y prudente. A pesar de esto, catador de espíritus elevados y de almas que quieren ser grandes sólo para Dios, el Excmo. Arzobispo de Medellín acogió al Padre Naranjo en su jurisdicción, sabedor de sus grandes méritos y virtudes. Sólo Dios sabe cuántas almas llegan diariamente a los pies de este humilde sacerdote para levantarse radiantes de gozo espiritual e íntimo porque han hallado al consejero prudente, al médico de sus corazones, santo y sabio, distribuidor de las misericordias inenarrables del Señor.

Al cerrar estas breves alusiones a Monseñor Naranjo, el humilde y celoso cooperador de la Parroquia de San José de Medellín, queremos implorar el perdón de su modestia ejemplar y grande. Que resplandezca empero la verdad y se haga luz de justicia sobre esta víctima callada y escondida de la violencia que profanó altares y no respetó ni coronas, ni mitras, ni mucetas. El sacrificio de Monseñor Naranjo no es ponderable porque él sufrió con su Pastor, con sus sacerdotes y con las ovejas todas dispersadas del redil que ayudaba a apacentar.

Cuando fue herido el Pastor se dispersaron los corderos y las ovejas y Monseñor Naranjo hubo de salir al exilio, humilde y calladamente, enfermoso y agobiado por el peso de la tragedia espiritual, tan odiado y perseguido como Monseñor Andrade Valderrama, como el Padre Ramírez de Urrao, como el Presbítero Blandón Berrío o como el Padre Jiménez de Urama. Los pedruscos negros de la

persecución, los dardos ensangrentados del odio blasfemo, las críticas insolentes de la asechanza, el asedio sacrílego y las palabras irreverentes los persiguieron en su mismo exilio, pero ellos, en el paso de su amargura, fueron siempre, son y seguirán siendo los padres, los consoladores y los salvadores de las almas para Cristo. Reducidos a la pobreza y desposeídos de sus beneficios, partieron el pan duro de su destierro y lo endulzaron con lágrimas del alma para repartirlo a los necesitados, y a todos dieron la enseñanza y el ejemplo de la resignación y de la confianza en Dios.

IV

"El Padre Gonzalo Jiménez Herrera"

"El Diario" de Medellín.
Enero 16 de 1954

Oriundo de Medellín, donde hizo los estudios primarios y la mayor parte de los clericales, recibió la ordenación sacerdotal en Santa Fe de Antioquia, de manos de Monseñor Andrade Valderrama, y fiel al lema de los Padres de la Iglesia, "sentire cum episcopo", libró los combates de la fe y de la caridad al lado de aquel eximio e inolvidable prelado. Después de desempeñar algunos cargos en la capital de la diócesis, los breñales y las selvas más inhóspitas de San José de Urama lo vieron correr presuroso mil veces en busca precisamente de las ovejas descarriadas, de las ovejas perdidas, de los pobres atribulados y desposeídos, porque para ello se había ordenado.

Nada lo detuvo cuando se trataba de salvar un alma, así tuviera que afrontar peligros en la noche o en el día, en las selvas y en los ríos, desde Antasales hasta El Páramo y desde Camparrusia hasta La Aguada. En la oscuridad se iba ensayando prefacios o cantando responsos para que desde el monte se dieran cuenta de que era él, y por sobre

unos y otros enemigos del orden y de la paz, se dirigía, guiado por las aves de rapiña, a buscar y sepultar cristianamente los cadáveres, así fueran los de sus gratuitos y acérrimos adversarios, porque para sacerdotes como el Padre Jiménez no hay enemigos ni condenados en vida, sino hijos de Dios.

Se opuso siempre a la injusticia y a todo género de violencia. El gobierno anterior al 13 de junio logró hacerlo sacar de su feligresía. Pidió nueva obediencia y entonces fue destinado a cooperador de la parroquia más difícil de manejar, por las circunstancias políticas de entonces. Apóstol de la caridad y del Evangelio, resumido en los preceptos del decálogo, en donde San Pablo no encontró distinción entre judíos y gentiles, el Padre Jiménez fue entonces el defensor de los inocentes, el salvador de los perseguidos, el protector de las viudas y de los huérfanos y repartió cuanto tenía entre los necesitados.

Constantemente se lo veía dando refugio a la gente en el templo, buscando heridos para confesar y auxiliar, o llamando quién le ayudara a rescatar del río de Cañasgordas cadáveres despedazados y putrefactos para sepultarlos donde se entierran los hijos de la iglesia, hasta que se le prohibió cumplir las obras de misericordia. Lo asediaron entonces sabuesos improvisados y estuvo enfocado por una carabina a treinta metros en el solar mismo de la casa cural. Todos los perseguidos y los hombres de buena voluntad lo miraban como el salvador de sus vidas y de sus bienes, pero triunfó el mal y desde la propia cátedra sagrada fue echado públicamente.

Gonzalo Gutiérrez Gutiérrez

A GUISA DE PRÓLOGO

Aunque hace poco conozco de cerca al joven intelectual que se firma ERNESTO LEÓN HERRERA, ya me eran conocidas sus guías radioteatrales y algunas de sus producciones poéticas, pero no conocía sus ensayos novelísticos. El que ahora publica con el título de "Lo que el cielo no perdona", me parece verdaderamente admirable y no necesita de prólogo, aunque con tal fin se me hayan pedido estas líneas.

Primero, porque la obra misma es el análisis y la narración de interesantes hechos históricos de la violencia en el Occidente de Antioquia, en los que poco se encuentra de novelesco. Es, pues, una historia expuesta en estilo ameno, vigoroso, castizo y pintoresco. Hay allí una superabundancia de enseñanzas y ejemplos de todo orden que hacen el libro de gran interés para todos los gremios y todas las clases sociales. Tienen el gran valor de la veracidad, gracias a la existencia de los protagonistas y testigos, lo mismo que a la realidad de los hechos. Hay allí conceptos personales del autor, estudio breve del ambiente y de las circunstancias antecedentes, concomitantes y consecuentes, para sacar conclusiones viriles de nuestra escueta realidad política.

En su aspecto social tiene fin y enseñanzas tremendas que superan a "Viento Seco", del doctor Daniel Caicedo. Funda principios documentales como en "Guerrilleros, Buenos Días...",

de Jorge Vásquez Santos. La acción se desarrolla en una verdadera "Tierra sin Dios", como la de Julio Ortiz Márquez. Contempla realidades escalofriantes como las de "Progrom", de Galo Velásquez Valencia. En sus protagonistas, que son varios, especialmente en lo que se refiere al Presbítero Gonzalo Jiménez Herrera y en las alusiones que hace a sus colegas del clero, nos recuerda "El Cristo de Espaldas", de Eduardo Caballero Calderón. En lo que se refiere al actual Presidente de la República, se adivina a "Rojas Pinilla, El Presidente Libertador", de Carlos J. Villar Borda.

Tiene de todos, a todos los recuerda y a todos los supera en su género y a su modo.

Segundo, porque los personajes que allí entran en acción por parte del clero, son de todos conocidos, admirados y queridos, por su legítimo espíritu cristiano y su injusta tragedia ministerial. Pues tanto Monseñor Andrade Valderrama, el Obispo perseguido y exiliado de su Diócesis de Antioquia, como su ilustre y vejado Vicario General, Monseñor Naranjo López, y como los curas, Ramírez, de Urrao; Jiménez Herrera, de Urama; Blandón Berrío, de Juntas de Uramita; Gaviria, de Dabeiba, y otros, calumniados por el sectarismo y echados de sus feligresías porque tuvieron el valor moral y civil de no claudicar y lucharon sin miedo para ser lo que tenían que ser: sacerdotes de Dios para todas las almas.

Esto sólo basta para que este libro sea acogido por todos y leído sin respirar, de un tirón, como se dice.

Tercero, porque es un documental histórico en que el autor logró organizar en un todo bien articulado, una serie de apuntes, de narraciones de testigos presenciales y de víctimas, y de documentos que así han quedado en su contexto como algo que debe guardarse y conservarse. Son testimonios de parte y, francamente, no podía exigirse completa imparcialidad.

Y, cuarto, porque todo el libro es un elogio a la obra libertadora del Teniente General Gustavo Rojas Pinilla y a la campaña de restauración que en un año han librado las gloriosas fuerzas militares, sacando a Colombia de la abyección y la barbarie.

Así queda dicho todo y cumplida mi misión ardua de prologuista.

Gonzalo Gutiérrez Gutiérrez

Bogotá, julio de 1954

Carta al autor

Caracas, mayo de 1954.

Señor don

Ernesto León Herrera

Bogotá.

Apreciado y noble amigo:

Me acaban de llegar los originales de tu libro "Lo que el cielo no perdona", y me los leí de inmediato. Te agradezco tan precioso envío y, de acuerdo con tu carta y con la rapidez que exigen las circunstancias, te contesto brevemente.

¿Qué es "lo que el cielo no perdona"? —¡Nada! Pero hay que entenderlo y aceptarlo en sentido hiperbólico, aunque, de veras, es muy cierto que eso de querer engañar a Dios como se nos engaña a los hombres, como se engaña al pueblo, a ciencia y conciencia, falaz y maliciosamente, ex profeso, eso es, en sentido real y positivo, "lo que el cielo no perdona". Encender una vela a Dios y otra al diablo, ¿qué es? —"Lo que el cielo no perdona" y lo que el diablo acepta como doble homenaje...

Me gusta la idea de tu segunda obra en Méjico en relación con mi tragedia ministerial en esa tierra que a pesar de todo se recuerda con cariño entrañable. Como dices, es

la tragedia de muchísimos sacerdotes, y tus libros tienen el mérito grande de alentar a muchos que fueron mis colegas en su lucha por cumplir fielmente sus deberes sagrados de caridad sin decaer ante las incomprensiones y persecuciones. Lucharon con patriotismo y buena fe contra la masacre, la injusticia y el acabe de Colombia. Salvaron el prestigio del clero sin temor a un gobierno sacrílego y anticristiano, cual corresponde a los defensores de la fe y de las costumbres. Se opusieron varonilmente a tantos crímenes morales que jamás se conocerán en su calidad ni en su número pues no pueden parangonarse con los asesinatos, ni con las devastaciones, ni con los robos, ni con nada... Ahí está toda una generación de mutilados y emasculados, de vírgenes violadas y profanadas, de niños y niñas para siempre corrompidos y escandalizados al paso de los bárbaros. Que pidan perdón Colombia y los causantes o alcahuetes de tantos y tan graves males porque está cercano el día del castigo.

Que la lectura de este libro sea un consuelo para los obispos y sacerdotes que supieron cumplir con su deber y fueron perseguidos y despreciados precisamente por eso. Y que mis compatriotas sepan que todavía, en medio de la prevaricación, hay sacerdotes de Dios y de la caridad cuya vocación es buscar y salvar precisamente a los pecadores, y que nuestra fe se fortalece en la lucha y nuestra esperanza eterna está por encima de ese montón de escombros y de ruinas morales.

Te ruego no publicar ni en ésta ni en tu otra obra la fotocopia del aviso aquel de la curia de Medellín, pues lo necesito inédito para otro libro. Los documentos y apuntes que pides te los llevaré o llevará mi compañero, pues opté por no escribir de esa materia, fuera de que tengo harto que hacer. Me reservo sí lo referente a mis tesis sobre "Religión política colombiana" y el material de pruebas

que no te interesan, pero como espero otros documentales de otras partes, te enviaré lo demás por correo.

Como ahora están de moda allá "los testimonios documentales para la convivencia nacional", opino que eso es tu obra antes que una novela histórica. La imparcialidad era imposible, como tú lo reconoces, por la naturaleza misma de lo narrado, y eso mismo le pasaría a cualquiera en tu caso, pues tu narración es verídica y tus consideraciones generales no pueden estar más de acuerdo con la realidad, aunque sea duro pensarlo y muy duro decirlo, ya que fue tan duro vivirlo, verlo y sufrirlo...

Quiera Dios que tu libro sirva para algo más de lo que le auguramos: para que los lectores vean hasta qué abismo habíamos llegado a estas horas de la civilización, pues bien puede repetirse ante los hechos historiados lo que decía en 1896 el ilustre conservador y patriota que fue el doctor Carlos Martínez Silva: "Que esto pueda llamarse república, es cosa por lo menos muy dudosa; pero que sea república cristiana sí es verdaderamente inaceptable". Y que todos los colombianos, volviendo sobre tan deplorables experiencias, hagan cesar de una vez por todas esas contiendas vulgares y sectarias que no sólo despedazan los hermanos entre sí, sino que les hacen desgarrar las entrañas mismas de la madre Patria.

Me es grato felicitarte por tu libro que es un epinicio al epónimo Teniente General Gustavo Rojas Pinilla y un himno a las gloriosas Fuerzas Militares de Colombia, con ritmos de alborada de resurrección y de libertad sobre el paisaje lúgubre del opacamiento de los valores morales y sobre las ruinas y los escombros de lo que éramos.

Mientras me llegan tu libro y tus noticias, acepta mi agradecido aprecio y mis recuerdos.

F. Blandón Berrío

CAPÍTULO I

AL PAN, PAN, Y AL VINO, VINO

Una de aquellas coincidencias que malamente llaman algunos "destino", pero que en realidad son detalles cuando menos de lo que se llama "designios de la Providencia", hizo que muchas veces y en muy diversas circunstancias me encontrara muy de cerca y me conociera hasta la intimidad con varios personajes de esta narración novelada de hechos que son perfectamente históricos. Tomó tales caracteres esta intimidad respecto de algunos, que en las presentes narraciones hago mías sus ideas y su expresión, y me apropio también sus sentimientos y responsabilidad en cuanto aquí se cuenta, pues los documentos citados y otras pruebas están en mi poder, con autorización para servirme de ellos, según las circunstancias.

Sacerdotes, militares, policía, autoridades, ciudadanos, guerrilleros y contraguerrilleros que aquí entran en acción, todos han sido mis amigos. Con todos y cada uno me he hallado muchas veces antes de la violencia, en la violencia y después de ella, ora en sus residencias, ora en éste o en aquel establecimiento; ya en la calle, ya en el monte; unas veces en un vehículo, otras en una embarcación; en el templo, en el camino, en este pueblo o en aquella ciudad. De tal modo hemos intimado, que todos los personajes me

son conocidos y con todos me he hallado muchas veces codo a codo. Con algunos y en oposición a otros me ha tocado en más de una ocasión afrontar peligros y situaciones difíciles. Hasta la amiga muerte me salió varias veces al camino de mis investigaciones y aventuras detectivescas, y alguna vez escapé sólo por un milagro y por aquello de que "mala yerba no muere".

En el curso de estos cronicones, interesantes pero sin mucha unidad, he procurado ser imparcial, aunque los hechos y la época que narro no lo permiten por la naturaleza misma de las cosas. En realidad quiero ser simplemente narrador y recopilador de apuntes y documentos de origen diverso. Por principio odio el sectarismo político y a veces nadie ha sabido cuáles son mis ideas al respecto. Tengo mi política pues no soy ningún híbrido, pero no creo que el pertenecer a esta o aquella opinión me dé derecho para exterminar a mis adversarios, ni tampoco para despojarlos de su honra, bienes o vida, mucho menos creo que aquello me autorice para meter en estas contiendas, vulgares y bajas de suyo, los ministros y las cosas santas de una Religión que todos profesamos en Colombia y que todos debemos defender, a pesar de que en las acciones ordinarias de nuestra vida prosaica, todos la oprobiemos más o menos. Ni siquiera la Patria puede ser un feudo partidista pues tenemos que amarla, defenderla y engrandecerla por encima de los partidos políticos. Este es a grandes rasgos mi criterio, un tanto ambiguo para los sectarios que unas veces me han llamado godo empedernido y estrafalario, o chusmero; y otras han dicho que soy un "patiamarillo", un guerrillero, un manzanillo h. p., etc. Está bien. Tales contradicciones son corrientes entre nosotros y así he oído llamar a grandes personajes y a eminentes sacerdotes. A ellos y a mí esto nos tiene sin cuidado, no vale la pena. "Uno es lo que es, y no lo que otro diga".

Soy supremamente independiente en mis acciones y más en mis ideas y palabras, como aquí se verá. Católico por convicción, amo la Santa Iglesia y venero sus Ministros, sin que esto me amarre la lengua ni me reseque la pluma para decir la verdad, a veces muy dura pero muy verdad. Soy muy patriota y muy colombiano y por eso lloro y grito porque me duelen entrañablemente las desgracias intestinas de mi Patria. Soy gobiernista como el que más, pero tengo la honradez y el valor de reconocer lo malo y de decirlo sin miedo y muy en alto, cuando esa augusta jerarquía se olvida de la Patria y del bien común para prostituirse al servilismo de un partido, de una camarilla oligárquica o de un hombre ambicioso y sectario. Para mí como para todos los católicos la autoridad viene de Dios, la respeto y la hago respetar aun a costa de mi vida, pero ésta me importa un bledo cuando tengo que reclamar justicia, honradez y dignidad a quienes indignamente la ejercen.

* * *

Todo esto debe tenerse en cuenta pues ante todo quiero ser verídico, y lo que presenciamos y nos tocó vivir en un país dizque demócrata y republicano, raya en lo inverosímil. No se respetaron las leyes, ni las instituciones, ni la autoridad. Se prevaricó en nombre de todo: en nombre de la democracia y de la dictadura; en nombre de la ley y del desenfreno; en nombre de Dios y del demonio. La autoridad se profanó a sí misma y se claudicó en nombre de la única Religión verdadera. Se comerció con la moral y con la razón natural. Se entronizó el odio, la venganza, el rencor, el robo, el asesinato, la violación y la depredación. Y lo peor de todo, ni siquiera hubo fidelidad a una determinada política partidista o sectaria, pues en el fondo todo se puso al servicio de maniobras comunistas. Fue lo más aberrante y

desastroso, pues todos nos estábamos volviendo apátridas, antisociales y anticristianos.

Si alguien se atreve a pensar que yo exagero, prepárese a leer algo apenas de las cosas que me tocó vivir y presenciar en un pedacito de tierra del occidente antioqueño, sin tener en cuenta las demás regiones de nuestro país. La clave se encuentra en los sangrientos y bárbaros sucesos del 9 de abril de 1948 que fueron a su vez el lógico resultado de un largo proceso de politiquería y agitación que llegó al límite de explosión y tuvo su reacción proporcionadamente larga y grave.

El pueblo es pueblo y no se dio cuenta cabal de lo que había pasado, pues la infame trama se había manipulado desde las sombras, en los entretelones del proscenio político colombiano. Y lo más deplorable de todo es que la víctima, antes y después, como en el momento cumbre de la tragedia, fue siempre el pueblo, es decir, la esencia misma constitutiva de la Patria.

Sí, porque en esta orgía macabra de odios, de llamas y de sangre, fue la Patria, fue Colombia la que sufrió. Cayeron las autoridades y sus defensores, los hombres de la tribuna, del parlamento y de la gleba, genuinos efectivos de la Patria. Se suicidó la libertad, la economía y la industria; se asolaron campos y se devastaron poblados enteros; ardieron las leyes augustas de la soberanía y hasta el cielo se elevó el humo de los altares cristianos porque muchos de sus ministros tuvieron que hacerse quitar de enfrente de sus rebaños antes que caer en la prevaricación universal.

Esto se escribe con pluma trémula de emoción y rabia, agitada la imaginación al reblujar apenas los hechos más salientes, pero con la firmeza de quien sobre la pauta de las cuartillas inmaculadas va jalonando apenas lo que

aprenderán mañana con vergüenza nuestros hijos en las clases de historia patria.

La gangrena fue obrando lenta pero despiadadamente hasta podrir todo el organismo patrio que quiso desintegrarse aquel viernes 9 de abril del 48. Las teorías de la revolución en marcha y de las reivindicaciones proletarias habían calado en la médula social, y ese virus comunistoide criollo produjo su efecto destructor. Afortunadamente el pueblo, viciado por su inclinación al robo y al alcohol, no fue capaz siquiera de una revolución, y los políticos, con sus arengas desordenadas, lo desorientaron, dando tiempo a que las gloriosas Fuerzas Militares salvaran la situación y la Patria, defendiendo el principio de autoridad y de gobierno.

Pero el 9 de abril no terminó con el extinguirse de las llamas destructoras ni con los últimos terrones que cayeron en las fosas comunes que se tragaban los hijos de la Patria, sino que lenta, solapadamente, siguió extendiéndose hasta los últimos rincones. El gobierno de ese entonces no fue capaz de refrenar lo que en su sectarismo había desencadenado, y en lugar de trabajar y luchar por restaurar la Patria, tomó pie en lo ocurrido para, metódica y sistemáticamente, prolongar esa infausta fecha por medio de una contrarrevolución lenta y solapada en defensa, no de la Patria, sino de un partido.

Esto lo digo porque conceptúo personalmente que un gobierno verdaderamente enérgico y patriota hubiera debido como tal, dar un golpe de muerte a todo brote de subversión, castigando siquiera los más culpables como se lo merecían, sin miserandas contemplaciones partidistas que consagraron y legalizaron la impunidad más infame. Se hubiera evitado entonces todo aquello que ocurrió después en el quinquenio de la masacre, de las depredaciones, de las guerrillas y de las chusmas antiguerrilleras.

El glorioso ejército de Colombia había salvado la Patria pero la dejó honradamente en manos partidistas. Vino la recaída, y lentamente siguió de nuevo la infección, y la gangrena volvió a extenderse por toda la república.

Ya no se trataba de restaurar la Patria y robustecerla volviendo al imperio sagrado de la justicia, de la libertad y del orden cuyo fruto es la paz, el trabajo y el progreso, sino que apareció la consigna maldita de exterminar uno de los partidos tradicionales, el de la oposición. Esta utopía era nada menos que un delito de lesa Patria, pues para realizarla había que acabar con más de media nación.

Esto no significaría nada para el mercantilismo político ni para la ambición de camarillas que surgió por lógica consecuencia, y que llegó hasta depredaciones oficiales. El indefinido estado de sitio, la supresión de las cámaras y los poderes ejecutivos, legislativos y judiciales extraordinarios dieron certificado de legitimidad a la espuria impunidad y vino al hogar una hija más: la punidad sectaria.

Bajo carpetas y en las sombras se dieron oscuras consignas. Hubo conventículos de la política gobernante. Se excluyó sistemáticamente de los puestos públicos y hasta de las empresas privadas a los adversarios sin hacer caso de la eficiencia, competencia y honradez, y hasta en las cátedras de la caridad se oyeron alaridos y consignas de exterminio contra los "otros" hijos del mismo Santo Evangelio y de la misma Santa Madre Iglesia.

Abominación de la desolación, decía el Profeta, y esa fue entonces la divisa de la época que vamos a narrar. Ante estas consignas, que a veces, cuando se daban ya estaban en ejecución, los de la oposición, por simple instinto natural de conservación y de defensa, tuvieron que enfrentarse a la situación. Como no se trataba de guerra civil declarada, lo que hubiera sido mejor, se encerraron en sus casas de

pueblos y ciudades o se fueron a los montes a organizar la resistencia y a defender lo que pudieran.

Y aquí fue Troya, pues si unos ponían en ejecución un método falangista, el sistema de los otros fue el de los iberos en la guerra de los ocho siglos contra los musulmanes, seguido en la época moderna por los "mau mau" y otros engendros de la revolución socialista en África y en la India. También de esta parte hubo consignas y pulularon los Bayardos de la libertad y de la justicia, aunque muchos se ofendan de esta alusión que por algo les caerá como agua fría.

Una de estas consignas la conocí en el cuartel de Camparrusia y logré copiar taquigráficamente lo siguiente:

"Cuartel General de Pavón

Comando Supremo de las fuerzas revolucionarias del suroeste y occidente antioqueños.

Marzo 3 de 1951.

A los jefes, distinguidos y personal de esta región:

Por orden de este comando se prohíbe terminantemente a las fuerzas revolucionarias provocar ataques en masa, a no ser en sitios perfectamente estratégicos y seguros;

Realizar incursiones sin objeto estratégico o fin determinado;

Dejar cadáveres en manos del enemigo;

Atacar mujeres inofensivas, niños o ancianos;

Atacar por ofensiva a los militares, ya que ellos buscan también la libertad de la Patria, la paz y la justicia, etc.

A la vez, ordénase a todo el personal, de acuerdo con los jefes inmediatos, atacar sólo en grupos de tres, cinco y nunca más de diez, en los caminos, puentes y cercanías de los poblados, a la policía, gentes del gobierno y enemigos en armas;

Proteger y dejar en libertad a quienes quieran trabajar, llamando solamente en caso de ataque o peligro a quienes voluntariamente quieran combatir;

Controlar estrictamente la munición y las bebidas embriagantes;

Esquivar los encuentros con el ejército por lo antes dicho, y

Mantener retenes permanentes y espías alrededor de los campamentos y cuarteles.

Ordénase así mismo mantenerse en comunicación con éste y los demás comandos vecinos;

Castigar con energía toda desobediencia a las órdenes de los jefes;

Hacer cumplir estrictamente los órdenes del día;

Acudir prontamente en defensa de los trabajadores y campesinos.

Mantener puestos de aprovisionamiento y curación, etc.

Exígese moralidad en los soldados de la guerrilla, especialmente durante las acciones, y que procuren no cometer los actos de crueldad y desmoralización que comete el enemigo.

Del mismo modo se exige respeto a la Religión y a los Santos.

Este orden del día deberá hacerse conocer de todos los puestos a órdenes de este comando porque su infracción será severamente castigada. Los jefes le darán estricto cumplimiento y controlarán con severidad todo grupo o mando ajeno a las guerrillas, aunque sean copartidarios, pues sólo perjudican la organización y buscan saqueos y venganzas.

Comandante Franco".

Este orden del día y las consignas en él contenidas no deja de causar admiración porque contiene puntos dignos de encomio. En realidad no faltaban guerrilleros que particularmente incumplían algunas de estas órdenes y prohibiciones, pero a veces es imposible parangonar esto con lo que hacían las gentes del gobierno. Lo veremos adelante.

CAPÍTULO II

VORÁGINE POLÍTICA

Las regiones del occidente antioqueño se han distinguido siempre por su exuberancia prodigiosa, así como por el espíritu de laboriosidad y pacifismo de sus habitantes. Éstos se dividían en dos grandes grupos: el colonizador y el colonizado. El primero lo formaban aventureros en amalgama cosmopolita y hombres de negocio de toda clase y credo, pues desde el principio la región se había llenado de emisarios de varias sectas protestantes. El segundo grupo lo componían los nativos indígenas, ennucleados en los principales centros de riqueza natural.

Por las regiones de Urrao, Dabeiba, Chigorodó, Urabá, Urama, Antasales y Peque se encuentran todavía exponentes típicos de grandes grupos indígenas, conocidos en la historia por las noticias etnográficas de los misioneros católicos y por las riquezas de que fueron pacífica y engañosamente despojados. El factor colonización y progreso los hizo replegarse hacia el Chocó, hasta el interior de las selvas de Urabá y hacia Ituango en el norte, y por todas partes se mezclaron y redujeron las diversas tribus.

Hasta los últimos reductos llegó también la civilización, y la población de estas regiones se mestizó completamente.

Hace más de un cuarto de siglo ya los misioneros y las misioneras católicos y protestantes habían traído hasta la

capital de la provincia una información más o menos completa de aquellas regiones y sus habitantes. Los aventureros y los negociantes habían sacado a los mercados del interior frutos de las riquezas de aquellos lugares, rudimentariamente explotados, y comenzó a hablarse del abandono en que se hallaban aquellos núcleos humanos en vías de civilización.

El erario empezaba a percibir rentas del occidente de Antioquia, a cuya entrada estaba precisamente la ciudad, cuna de la raza, y otras poblaciones ya en período de franco desarrollo y progreso como Urrao, el poblado del Cacique So-Petrán, Cañasgordas, Frontino, Dabeiba de los Indios y el caserío del viejo Buriticá, unidos por largos, penosos y abruptos caminos que venían hacia la capital y entrelazaban rancherías y posadas que hoy son pueblos. Más tarde se iniciaron las primeras carreteras y se tendieron puentes. Pero esto sólo entre los pueblos más vecinos.

Por encima de la manigua tropical, cenagosa y mortífera, Medellín miró hacia el mar. Pensó entonces en una gigantesca y larga carretera como las que se estaban trazando para Betulia y Urrao. Estas empresas colosales y genuinamente antioqueñas acrecieron el desplazamiento de gran cantidad de gentes y de maquinarias hacia esos rincones de la provincia. Con ellas iba lo que se llama la civilización y que se traduce en libertinaje, politiquería, plagio de urbanismo y corrupción de costumbres. Esas regiones y sus gentes entraban de lleno en el progreso y perdían definitivamente y para siempre su sencillez aborigen y su primitivo pacifismo y laboriosidad.

Cesó el suave tintineo de las herraduras en los breñales pedregosos y el chapuceo cansado de los cascos en los pantanos, y se oyó el ronco rodar crujiente de los buldózeres, los tractores y las palas de vapor. El ambiente social se llenó

de grosera politiquería, cáncer mortífero de Antioquia y de Colombia, y a su lado llegó la holgazanería, plaga de los pueblos dizque civilizados. Tampoco podía faltar la influencia comunistoide criolla que con el sectarismo de los corifeos de la politiquería de las dos corrientes tradicionales, caldeaba el ambiente popular periódicamente alrededor de las elecciones. Sin embargo, todo pasaba y volvía la calma necesaria para el trabajo, para la juerga dominguera y el comercio regional.

En los centros, por el contrario, la politiquería había tomado mayores proporciones y dejaba rastros más duraderos, casi permanentes. Uno de los partidos había dominado a sus anchas hasta 1930 en que la lucha se había recrudecido al dividirse esa corriente. Sus mismos efectivos estaban ya cansados de un gobierno estacionario y poco progresista al cual le faltaba la inyección reactiva de una oposición fuerte y no de mansas ovejas como hasta entonces. Así lo habían comprendido intuitivamente los dirigentes de ambas colectividades. Al tiempo que el General Alfredo Vásquez Cobo y el doctor Guillermo Valencia se dividían los sufragios de su partido, surgió la oposición con el doctor Enrique Olaya Herrera como candidato único.

Dividido el enemigo, fue fácil y aplastante el triunfo de la oposición que quiso hacer, no obstante, un gobierno de concentración nacional en busca de convivencia y armonía democrática. Ante el nuevo régimen los ánimos se enardecieron y ambas facciones protagonizaron la más antagónica y absurda demagogia, influida de comunismo.

Ya no se tuvo en vista el bien de la Patria ni la colaboración patriótica sino que entrambos partidos se decretaron tácitamente la guerra a muerte. Tres lustros gobernaron politiqueramente los seguidores de Rafael

Uribe Uribe logrando realizar obras de progreso, a pesar de la furia adversaria, que "a sangre y fuego", como dijera Montalvo, quería abrirse paso hacia el poder.

Ni se crea que el adversario luchaba por buscar el advenimiento de una Patria mejor. Lo mordía la nostalgia de los gajes oficiales, la burocracia. "Siempre se buscó la caída de un gobierno para conseguir el monopolio del presupuesto nacional y dar a unos pocos lo que es patrimonio de todos, mientras el pueblo gimió en la ignorancia, careciendo de vías de comunicación, de higiene y de cuantos elementos son necesarios a la vida humana" ("Panorama" N° 8, pág. 4. Medellín).

* * *

En este duelo político de contornos nacionales, el doctor Laureano Gómez, verbo implacable y avasallador, fue el vocero de su partido. Su personalidad de estadista y gran político hizo época. Fue un colombiano de fama continental, jefe nato del partido conservador, que libró grandes campañas en bien de sus ideas. Pasó por el panorama político de Colombia como una racha huracanada que quiso derribar el pedestal de gloria de Marco Fidel Suárez, el humanista y repúblico inmortal; hizo temblar al gran Alfonso López con el caso de Mamatoco y no se le escapó ni el Primado ni nadie, pero que ahora las está pagando todas juntas.

Se empeñó en combatir en Colombia el liberalismo de Rousseau y de los enciclopedistas, con la intención sofística de llevar hacia la extrema izquierda a sus adversarios del pueblo, que nada saben de liberalismos manchesterianos o rusonianos porque ni siquiera conocen esa doctrina que él quiso enseñarles para poderlos combatir. Ese mismo

rumbo siguió desde entonces la predicación católica a su servicio, y los adversarios de Laureano y Montalvo fueron llevados a lo más profundo del infierno, y a todos se los condenó en vida. El panegírico mismo de las traicionadas ideas de don José Eusebio Caro se utilizó para azuzar las masas y preparar el camino a la barbarie desencadenada.

Adalid del otro bando fue el doctor Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo inmortal, que con sus tesis de la revolución en marcha dio el grito de "a la carga" contra el adversario que no podía soportar el hierro candente de su verbo que les quemaba la entraña misma de sus conciencias podridas de odio y de rencor. Tuvo el mérito honrado de haber luchado con dignidad y buena fe por la moralización de su propio partido antes que por la difamación del adversario. Se opuso y luchó contra la camarilla oligárquica y ambiciosa que corrompió al liberalismo, y protestó con energía contra los atropellos a los conservadores.

El pueblo liberal reconoció al restaurador, "repudió a los jefes y siguió como un torrente tras el caudillo que le daba lecciones de orden".

La politiquería y el sectarismo de ambas colectividades llegaron al límite de exacerbación cuando en 1946 aparecieron dos candidatos liberales frente al doctor Mariano Ospina Pérez, que obtuvo el triunfo sobre el adversario dividido. Al amparo de este ilustre patricio, que vale sólo como industrial y sociólogo, y que asumió la presidencia el 7 de agosto, comenzó lo que alguien ha llamado "el principio del fin", es decir: la violencia política.

La influencia de la politiquería en las provincias había sido hasta aquí secundaria y pasajera, pero en adelante ese veneno se extendería por todos los rincones de la Patria. La consigna era una, nacional y oficial: acabar con el adversario aniquilándolo política, moral y materialmente.

Y esta consigna se llevó a la práctica sistemática y metódicamente.

Se inició entonces una campaña cerrada para impedir la cedulación del adversario por todos los medios, especialmente con ayuda de los registradores y delegados del estado civil. Al respecto me tocó ver el caso en Juntas de Uramita, estando encargada de la oficina la señora Herminia Gutiérrez, quien aun me reveló órdenes secretas que le había dado el inspector de policía. Al mismo tiempo se cedulaban menores de edad con partidas de bautismo fraudulentamente expedidas, se violó la ley domiciliaria y hasta los muertos votaron.

Después de la inhabilitación política y electoral seguía la inhabilitación moral. Nada más sencillo, pues ésta se ejecutaba desde los púlpitos con arengas incendiarias en contra de los liberales, en los confesonarios y en la recepción de los demás beneficios de la Religión. Y para que no se crea que exagero, aunque todo el mundo sabe la verdad de estos horrores, voy a citar de carrera algunos casos. En Medellín, por ejemplo, muchas gentes tenían que salirse de los templos al oír semejantes cosas y los protestantes grabaron más de cincuenta sermones de estos en las diferentes iglesias de la ciudad. A mí personalmente me tocó oír en una de sus reuniones una de aquellas cintas que forman un opíparo repertorio radiofónico.

Respecto de las campañas en el confesonario, baste citar la circular reservada dada en Santa Rosa de Osos el 9 de junio de 1949, firmada por Mgr. Builes y publicada en la Tipografía "Marden" de Medellín. Y así, para no citar más, se obró y se procedió casi en todas partes, dando por resultado el que miles de personas, inclusive damas que antes eran piadosas, se vieran obligadas a retirarse de la iglesia y de los santos sacramentos, pues fueron declaradas condenadas en vida.

Seamos honrados y tengamos el valor de reconocer estos horrores y estos errores, en bien precisamente de nuestra santa Religión y de nuestra amada Patria, pues no podríamos nunca reformarnos si, víctimas de un prejuicio cobarde, nos obstináramos en no querer siquiera reconocer nuestras faltas. Transcribo, por ejemplo, una página del libro "Sangre y Fraude", publicado en la Editorial Kelly en 1949, como transición entre los métodos de inhabilitación moral y material de que estoy tratando. Dice así, refiriéndose a lo que en ese entonces se estilaba en la misma histórica ciudad de Tunja:

"Mujeres azuzadas por los curas iban detrás de los hombres, poniéndole a la zambra infernal el condimento de la piedra contra los liberales, contra sus casas de habitación y contra sus comercios, muchos de los cuales fueron inmisericordemente saqueados. Pero lo más grave de todo, lo que crispa los nervios y obliga a meditar melancólicamente en el abismo moral a que ha descendido la Patria, es que sacerdotes marcharon enrolados a la turbamulta, con los ojos saltados de odio, profiriendo las más soeces palabras del léxico vedado a la dignidad de los hombres contra el liberalismo y sus jefes. Hay testimonios irrecusables por la devoción de quienes los han sustentado, por su profundo catolicismo y su fe, de seres que lloraban a lágrima viva ante el espectáculo de esos pastores de Cristo convertidos en lobos salvajes. Muchos de ellos hacían horribles tenidas sabáticas en las iglesias, en las que obligaban a arrodillarse a las gentes humildes, las hacían flagelar y no las soltaban hasta que declararan su 'fe conservadora'. Afirmaban que en las listas del liberalismo no había sino comunistas. Y con esta vil impostura se convertían en simples manzanillos, en electoreros que utilizaban lo más sagrado —púlpito, confesonario y autoridad— para cumplir su misión dentro del plan de

terror del conservatismo. El caso del Padre Millán es horroroso: vestido de civil asaltó una casa de gente liberal, como cabecilla de un grupo de bandoleros, asesinó él mismo a una señora de edad, a un sirviente de la familia y dejó heridas a dos señoritas. Una de éstas logró reconocer al cura y ya dio su declaración juramentada ante la justicia..."

Antes de hablar de las vías de hecho para inhabilitar materialmente a los liberales en la época nefanda a que me refiero, voy a transcribir algunos apartes de una comunicación de Juan de Jesús Franco al Coronel Pioquinto Rengifo, Gobernador de Antioquia, con fecha 10 de julio de 1953, y que dice:

"Ante la evidencia del régimen conservador que con careta de unión nacional, presidía el doctor Ospina Pérez, la república se preparaba para asistir a las elecciones del 5 de junio de 1949. Las autoridades conservadoras, convencidas hasta la saciedad de que el partido liberal seguía siendo la mayoría incontrastable de la nación, no vieron otro camino para un posible triunfo que el de la matanza sin fórmula de juicio. Con sus hechos criminales diezmaban los efectivos de nuestro partido, y cuando no los mataban, atemorizaban a nuestros copartidarios para que no se acercaran a las urnas. Los sistemas eran diversos. Les destruían las cédulas de ciudadanía, único documento que otorga en buena ley, título leal para ejercer el derecho del sufragio. Los liberales eran arrestados sin motivo. Les quemaban sus propiedades. Les asaltaban sus casas, muchas veces a la medianoche, y exterminaban hogares enteros. Era el juego decisivo y perverso por la obtención de una mayoría imposible, para el que no escatimaban medios ni se tenía ninguna consideración".

Por último apareció en todos los rincones de la Patria la famosa "plancha", sistema falangista al servicio de las derechas colombianas.

Días más tarde, el 9 de abril de 1948, caía vilmente asesinado el doctor Jorge Eliécer Gaitán, en un complot de dudosa procedencia que no se pudo o no se quiso investigar entonces. Fue un golpe fatal a la democracia y a la Patria misma, cuya repercusión llegó a todas partes con caracteres de fuego, destrucción y ruina. Sólo la oportuna y enérgica intervención del Ejército Nacional pudo salvar a Colombia de esta hecatombe en que murieron miles de ciudadanos y en que fueron devastadas grandes conquistas del arte, de la industria y de la civilización.

El supremo gobernante de ese entonces fue inferior a la situación, como lo he dicho atrás y lo probará la historia, aunque por el momento haya aparecido como un héroe sobre un pedestal de grandeza del que ha caído ya en el sano criterio de propios y extraños. Pasó el sahumerio de los incensarios cesaristas y se apagó el eco de los aplausos plebiscitarios de la adulación remunerada; se acabaron los diritambos y las epopeyas artificiosas; y en la conciencia misma de aquel héroe de la farsa se achicó su supervaloración personal y quedó escueta y al desnudo la realidad más escalofriante: la impunidad cómplice y la violencia política en acción. Por lo demás, las armas oficiales las llevarían a todas partes con consignas precisas.

Para septiembre de 1949 la máquina de muerte y destrucción estaba en marcha para llevar a la presidencia a Laureano Gómez, hecho que se cumplió a sangre y fuego el 27 de septiembre del mismo año y que no podía reconocerse "como legítimo por ser hijo de la violencia y el fraude". Simultáneamente se recrudeció y se hizo insoportable una guerra solapada contra el adversario.

No era la guerra civil porque ésta, en expresión de Antonio José Restrepo, "es una lucha abierta y franca en que los dos partidos parten el sol en pleno día, enarbolando

cada cual sus banderas, defendiendo sus ideales". ¡No! Porque el régimen imperante, vista la infamia de su intento criminal y apátrida, no era tan honorable y digno como para declarar una guerra civil. Reconocieron sin duda que no hallarían respaldo en la justicia ni en el derecho de gentes. Era mejor la violencia oficial, amparada y defendida por gran parte del clero, y así se hizo. Nada mejor. Ya el pueblo campesino tenía consignas y había sido instruido desde los púlpitos y en las taquillas politiqueras y anticristianas donde se separaba lo que Dios ha unido y se desataba lo que los cielos no desatarán jamás.

En tales circunstancias el liberalismo ni se atrevió a pensar en candidato propio y hubo de permanecer al margen del certamen electoral en que acabó de morir la democracia. En cambio el adversario sí obligó, so pena de muerte, a que le dieran sus votos para completar la obra de la violencia y del fraude, escala por la cual ascendió Laureano al poder. Con razón se enfermó o se hizo enfermo como se ha dicho últimamente en la prensa azul, aunque el doctor Ramírez Moreno haya venido a explicar de otra manera el hecho de la dualidad presidencial que tuvo lugar: "Creo, dice el leopardo, que el yerro de nuestro eminente compatriota y estimado amigo es el de haber visto en el solio un cargo burocrático despreciable. Su repugnancia por el espectáculo lo lleva a preferir el ejercicio de la autoridad en secreto como si fuera profesión vergonzosa".

Puede que tenga razón, pues un solio ganado así, de tal manera, sí es una profesión vergonzosa, como también es muy posible su enfermedad real ya que, "le da fiebre a cualquiera el bailar la bamba así". No es raro. También Rueda dizque tenía fiebre griposa el trece de junio por la mañana a causa de la caída pero se le quitó por la tarde cuando el glorioso e incruento golpe que salvó la Patria.

CAPÍTULO III

¡A MORIR O A DEFENDERSE!

Los aplanchamientos se extendieron rápida y despiadadamente por el occidente antioqueño, región de grandes mayorías liberales, amantes de la paz y del trabajo, pero muy independientes y en rápida y continua comunicación con el resto del departamento, gracias a las carreteras y al progreso en marcha. Los contingentes de trabajadores y de contratistas de la carretera al mar, al lado de los grandes núcleos nativos y domiciliados comenzaron a sentir los azotes de la violencia, y el instinto de conservación y de defensa se apoderó de ellos. Las empresas se detuvieron y las gentes se pusieron en alerta. La requisa de cédulas y armas se extendió a los campos en incursiones delictivas y devastadoras. La inseguridad reinaba por todas partes y comenzaron a caer bárbaramente asesinados humildes y pacíficos campesinos sólo por ser de opinión política distinta a la del gobierno.

Evidente que éste había prometido la paz y todos acudieron a reclamarla, pero hallaron que sólo se quería darles la paz de los sepulcros. Es que entre las muchas consignas de violencia había una que impedía atender al pueblo en su reclamo justo de paz para vivir y libertad para trabajar: "Es más importante la victoria que la paz". Sí, había que alcanzar la victoria del exterminio del

adversario a todo trance, a cualquier precio, a costa de mil vidas, honras y bienes, a costa de la misma paz.

Ante tales procedimientos oficiales las gentes de toda la región oyeron el grito de la conciencia amenazada y perseguida que les gritaba: ¡A morir o a defenderse!

Mientras esto ocurría en Antioquia, donde la violencia se había concentrado en varias regiones, ésta estaba más avanzada en los Santanderes, Cundinamarca, Boyacá, el Huila, el Tolima, el Valle, etc. En todas partes surgió por necesidad lógica un movimiento defensivo de contraviolencia que pronto tuvo alguna unificación y adquirió caracteres de nacional.

La historia de Colombia tiene páginas de gloria escritas con sangre de guerrilleros que, víctimas de la opresión y hambrientos de libertad, se levantaron un día contra la coyunda española. La historia se repite y las conclusiones son idénticas cuando también lo son las premisas. Dadas las circunstancias de opresión y tiranía falangista que estábamos viviendo, era lógico que se repitiera el hecho de las guerrillas y de los guerrilleros en 1816. Galán, Alcantuz y Molina, los insignes comuneros, y el gran guerrillero que se llamó Juan Esteban Ramírez, precursores de los ejércitos libertarios de nuestras más gloriosas batallas, tuvieron entonces sus dignos y valientes sucesores en todos los rincones de Colombia donde se quiso matar la paz y encadenar la libertad de la Patria.

Un gran número de hombres de diversa procedencia, de muy variados conocimientos y culturas y de gran diversidad psicológica y temperamental, en los más distantes y apartados sectores de la Patria, sintieron la necesidad de luchar por la paz, la libertad y la justicia, operando en forma de guerrillas organizadas. Nada importa que "El Colombiano" de Medellín, que bien

pudiera llamarse "calumniano", y todos los adversarios, digan en un editorial del 31 de marzo de 1952, que es monstruoso intentar llamar guerrilleros a los actores de la contraviolencia, para llamarlos como ellos dicen: "bandoleros, malhechores, facinerosos, criminales repugnantes y no sé qué más". ¿Sí? ¿Y entonces qué nombre les damos a los otros, a los que, abusando de la autoridad y del uniforme de defensores de la ciudadanía, cometieron toda clase de crímenes tan, o más horrendos, ya que fueron cometidos, precisamente en contra de la libertad, de la justicia y de la paz, en nombre de un partido que se dice de orden y en el nombre del mismo gobierno?... No seamos tan sectarios y tengamos la honradez de reflexionar, "pues la infamia con que los tiranos intentan manchar la memoria de los defensores de la libertad, envilece al victimario y acrecienta la gloria de la víctima".

¿O es que todavía están creyendo que aquí no ha pasado nada y que las Fuerzas Militares y su glorioso Comandante General se tomaron el poder sólo por ambición de usurpadores?

A pesar del estado de cosas y de las grandes distancias, las diversas y numerosas guerrillas lograron unificarse por defender un ideal político-patriótico, con jefes jerárquicamente organizados y con expedición de órdenes y consignas generales. Así este movimiento nacional pudo obrar simultáneamente en todas las regiones.

En el occidente antioqueño como en todo ese departamento el movimiento se retrasó un poco, pero cuando se dejó sentir, ofreció una resistencia como en los Santanderes, en el Tolima y en los Llanos Orientales. El origen, dirección, métodos, sistemas y fines de las diversas guerrillas fueron los mismos en todas partes. Leamos por ejemplo lo que al respecto dice el mayor Juan de Jesús Franco, comandante

general de las fuerzas revolucionarias del suroeste y occidente antioqueños, en carta al Gobernador Militar de Antioquia el 1° de julio de 1953:

"A mí me tocó sufrir en carne propia esas aplanchadas de que le hablé atrás. Me hallaba un día en la Casa Liberal de Medellín, situada entonces en Pichincha con Cúcuta, oyendo una conferencia de labios de uno de mis jefes. De improviso penetró al recinto el detectivismo departamental, comandado por el señor Jorge Salazar, y sin parar mientes en nada, la emprendieron contra todos los circunstantes, sin respetar ni siquiera a las dignísimas damas que allí estaban. Los detectives quebraron todo el mobiliario. Hicieron alarde de puntería y valor, disparando sus armas contra los retratos de los jefes liberales que adornaban esas paredes. Despedazaron los archivos y aporrearon e hirieron a mucha gente. Entre los heridos me cuento yo. Fui brutalmente aporreado y tirado contra el pavimento. De allí me dirigí a mi casa, a curarme las heridas y a pensar muy seriamente en el porvenir de los liberales, ante ese suceso en plena capital del departamento. Sentí angustia infinita y tomé la determinación de irme a defender mis ideales, armas en mano, sin importarme las contingencias que pudiera correr, sin importarme el abandono de los míos, sin volver la mirada atrás, siempre fija hacia adelante, sin vacilaciones, sin temores. Me vine al monte, a Pavón, y aquí en esta región he venido luchando por la Libertad de Colombia..."

"Hace cuatro años que abandoné mi hogar, la tranquilidad mía y la de los míos, y me vine a esta tierra a formar un ejército que luchara para que Colombia retornara al imperio de la libertad y de la justicia, para que sus hombres no siguieran sometidos a tan abyecta tiranía. Y aquí encontré hombres valientes que como yo no comulgaban con los sistemas y las prácticas de ese régimen y que

conmigo empuñaron las armas en defensa de sus vidas terriblemente amenazadas".

"Conocía esta región porque en alguna ocasión me había tocado venir en misión oficial. Sabía que era lugar estratégico para organizar una fuerza defensiva contra la violencia. Mi lucha aquí y la de mis hombres ha sido una lucha heroica. La hemos librado con decisión. Casi sin armas, hemos suplido esa deficiencia con el coraje que infunde la mística, la fuerza de la razón. Nos sentíamos asistidos por la justicia".

"Luchamos con el corazón y con el alma. No nos ha guiado en ningún momento el afán de lucro, ni mucho menos el delito. Nos sedujo sí la imperiosa necesidad de salvar a millares de campesinos inermes. Hemos actuado dentro de la mayor honestidad. Jamás hemos atentado contra personas indefensas. Y puedo asegurar, con orgullo y satisfacción, que en toda la región donde hemos estado establecidos, no podrá comprobársenos un solo hecho de violación de mujeres por parte de mis hombres, pese a que muchos de ellos entraron a mi tropa heridos por esa misma ofensa en sus mujeres e hijas".

"En cambio, la policía y la contrachusma peleaban con armas modernas, pero sin fuerza interna que les acompañara. Nunca se enfrentaban a nosotros. Siempre trataban de matar a mansalva y sobreseguro. Y cada vez que les proporcionábamos derrotas, en vez de seguirnos, se dedicaban a matar campesinos indefensos y presos de las cárceles. Luchábamos en esas condiciones desiguales. Sobre nuestros campamentos se arrojaron bombas explosivas por noches y días enteros. Nosotros peleábamos con revólveres y escopetas fabricadas por nosotros mismos... Y más tarde adquirimos algunos fusiles que dejaba la policía en su huda cobarde".

"Luchábamos noblemente, señor Gobernador. Cada vez que tuve noticia de que alguno de mis hombres contrariaba mis principios, fue juzgado en consejo de guerra, cuyas copias conservo en los archivos de mi cuartel general, y por las cuales podrá su Señoría enterarse de mi manera de proceder contra los que cometían un asesinato, un robo, un incendio o cualquier otro acto que no estaba de acuerdo con mi criterio. Por haber actuado siempre así, mis hombres y yo, rechazamos indignados el calificativo de 'BANDOLEROS' que se nos ha venido dando".

* * *

Tengo apuntes, cartas y notas personales de cerca de cincuenta jefes de guerrillas de Antioquia y otras partes, y todos se expresan de manera similar, como se irá viendo en estas narraciones.

Al saber los abusos, persecuciones y vejaciones de que eran objeto las gentes de la carretera al mar y demás lugares aledaños, el mayor Franco envió emisarios desde Pavón a que prepararan el terreno. Éstos llevaban órdenes y normas para organizar la defensa de las gentes y sus haciendas. Pero en muchos puntos como Murrí, Rioverde, Guineales y Camparrusia ya muchas gentes se habían visto obligadas a refugiarse en los montes y a alistarse para defenderse. Los indígenas comenzaron a organizarse rudimentariamente en cuadrillas, utilizando para su defensa armas de caza y especialmente flechas, al amparo de la madre selva.

Cada caserío, por infeliz que fuera, con tal que tuviera autoridades y quién les ayudara, se había convertido en un foco de violencia. Un día cualquiera de 1949, hacia el fin del año, llegó al ranchería de Galilea, vecindario de

Tierra Alta, un joven de tez morena, de regular estatura y lleno de vitalidad y energía. Venía de Juntas de Uramita con algunos compañeros en busca de un lugar para establecer una rocería y organizar trabajos. Era Manuel Giraldo, campesino trabajador y honrado pero analfabeto, cuyo único crimen era ser liberal de esos que no dejan sus ideas por nada. Vivía y trabajaba con los demás familiares en una finca vecina al pueblo, pero como no había querido renunciar a sus ideas políticas según exigencias del cura Julio Martín Vásquez, del inspector de policía que era el Mono Serna y del jefecillo político que era Manuel Higuita, el sacristán, pues se le habían cerrado las puertas del pueblo. El domingo anterior se había tomado unos tragos en unión de varios amigos, aprovechando lo cual el inspector y compañía lo mandaron aplanchar y luego le soltaron encima al famoso Abejorro y a los hermanos Vega.

Esto me has dicho, y más ligero partió para Galilea con Luis, Toño y Aurelio Giraldo en compañía de otro amigo de apellido Durango, también aplanchados y por lo mismo. Pocos días después de llegar a Galilea, la policía y otros elementos gobiernistas les aplicaron otra dosis de plancha.

—Esta sí es imperdonable, dijo Manuel a sus compañeros que estaban llenos de rabia.

—¡Esta la vamos a vengar como machos! Por esta cruz que mato a ese negro policía que me ultrajó, contestó uno de ellos besando rabioso una cruz formada con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Ya mismo nos vamos, pues yo sé dónde nos prestan unas escopetas, agregó Manuel. —Si estos malparidos se propusieron no dejarnos vivir, vamos a enseñarles que de nosotros no se abusa así, sin más ni más.

Sin hacer caso a dos policías que no les quitaban su mirada desafiante, fueron saliendo calle abajo. Poco rato

después estaban a media legua del rancherío formando un plan concreto. Necesitaban más compañeros, pues en el camino habían asegurado ya cinco escopetas y un revólver. Al darse cuenta de lo que intentaban se les juntaron tres individuos más, dos a quienes habían encarcelado después de aplancharlos porque Ignacio Rueda los señaló como liberales, y el otro a quien habían cogido por lo mismo para quitarle $160.00 y la cédula, amenazándolo a bala si protestaba. Como éstos conocían perfectamente las gentes del pueblo, se dieron a preparar un ataque.

Dos de ellos se ofrecieron para protagonizar un incidente en el único establecimiento del caserío para que cuando la pandilla de aplanchadores les cayera encima, entraran los compañeros en acción. Lo más propio sería el domingo por la tarde, cuando la policía estaría seguramente embriagada y cometiendo toda clase de abusos. El objeto principal era hacerse a armas y vengarse de los aplanchadores, librando al pueblo de aquella amenaza.

—Tengan en cuenta que no se trata de cometer abusos y que deben respetar las mujeres y los niños, les dijo Manuel Giraldo.

—En la cárcel deben tener a José Borja si no lo sueltan esta tarde, y tenemos que sacarlo, dijo uno.

—A José y a los que encontremos, contestó Giraldo. Se trata de librarnos y de librar a los vecinos de esta pandilla, y si alguno se opone, se le da candela también.

—Nadie se opone, pues estos malditos no hacen sino abusar y robar, diciendo que tienen orden de acabar con todo liberal que encuentren.

El sábado por la mañana llegaron dos elementos más, los cuales se habían tenido que venir de Urama y no se atrevieron a pasar siquiera por el pueblucho. Al otro día por la mañana se dedicaron a ultimar los preparativos y

enviaron quién les trajera informes. Por la tarde se acercaron al caserío en total de once y tomaron posiciones. Desde entonces se distinguió Manuel Giraldo por su espíritu de organización y previsión, a pesar de su falta de estudio y de cultura.

Los cuatro policías y el inspector estaban con varios compinches bebiendo en la tienda cantina de Floro David. De la veintena de casas que formaban el poblado, varias estaban ya desocupadas y sus dueños en el monte. Las otras estaban cerradas por temor a los gritos de insulto y amenazas que era programa fijo de los aplanchadores, dueños de la situación. El establecimiento de don Floro estaba en la esquina de la entrada de abajo. Bastaba bloquear la parte de atrás, caer por la puerta de la calle y apuntarle a quien quisiera salir por la del costado.

La cosa era sencilla pero había que obrar con rapidez. Lo grave del problema era que varios estaban fuera y la cuestión podía complicarse un poco. Se sabía que el secretario estaba donde una amiga, casi a un kilómetro, pero ese caería más fácil. A la hora convenida, uno de los atacantes llegaría a caballo, desmontaría y entraría con cualquier pretexto; lo demás vendría luego.

—¡Bueno! ¡Listos!, dijo el comandante del grupo guerrillero que iba a entrar en acción.

—Yo entraré a caballo, dijo uno, pues a mí me han estado persiguiendo.

—Todos los demás a lo convenido y que no quede ni uno vivo, repitió el jefe.

Adelantaron un poco y se repartieron a favor de las primeras sombras. Poco después apareció el jinete por la parte de arriba y desmontó a la puerta, ante la sorpresa de todos los que estaban fuera. Siguió hacia adentro y pidió

un trago. Al momento los de fuera se entraron, pues se armó un pequeño lío cuando dos lo fueron a requisar y él llamó al inspector en voz alta. Sólo uno se quedó afuera, agarró la cabalgadura y se montó... Entonces sonó un tiro de escopeta y éste cayó como un zurrón, mientras el intruso se escapaba por la puerta de atrás, cerrándola con fuerza.

Nadie pudo salir, pues los atacantes no dieron tiempo de nada. En su confusión y borrachera, los atacados hicieron algunos disparos a la loca, pero luego cayeron uno tras otro. Fueron rematados en seguida y despojados de las armas. Nadie salió de las casas, pues todos creyeron que se trataba de los tiroteos que hacían los policías cada que se emborrachaban. Mientras tanto se oyó hacia el lado de arriba el tiro que le tocaba al secretario.

Junto a la tienda estaba la inspección y el rancho sucio de la cárcel que se abrió para que salieran dos detenidos que había. Inmediatamente fueron sitiadas las casas de los demás enemigos, pero se respetó a mujeres, niños y ancianos. Recogieron las armas y lo que les era útil, arrojando lo demás a la calle para que las gentes lo aprovecharan. Minutos después ardían la tienda, la inspección y tres ranchos más...

La noticia del ataque circuló por todas partes y las gentes, unas sintieron cierta sensación de alivio y otras se sintieron notificadas, pues ayudaban a turbar la paz con sus acusaciones injustas y sus actitudes sectarias. Simultáneamente llegó esta información a Urama y Dabeiba, de donde pasaron al gobierno parte de lo ocurrido.

Era sólo el fruto de la violencia, pero el gobierno tomó este hecho como un reto, no a la autoridad que nada le importaba, sino a su partido, y esto había que vengarlo.

CAPÍTULO IV

ARRECIA LA LUCHA

Atraído por esta noticia y sabiendo que había con quién contar, apareció por los vecindarios de Galilea, quince días después de lo ocurrido, un tipo interesante que por lo recorrido y cultivado podía servir de jefe. Se llamaba Arturo Rodríguez, natural de Sopetrán y vecino de Uramita. Después de una juventud azarosa de aventurero, fue policía municipal en Dabeiba y detective en Medellín.

Como buen paisa de Sopetrán continuó luego su vida de aventuras. Huésped frecuente de varias cárceles, inventaba siempre el modo de fugarse, mas su hoja de ciudadano se iba llenando. Cualquier día de 1949 fue capturado por uno de sus abusos contra la propiedad y fue llevado a la cárcel en plena violencia. Maltratado y resentido, decidió fugarse una vez más. Recurrió a una aparente resignación y hasta logró que le tuvieran alguna confianza. Tramó entonces a una hermana suya, residente en la ciudad, para que, haciéndose gravemente enferma, lo hiciera ir a la casa, aunque fuera con guardias. Después de muchas súplicas por razones y boletas, el director del penal concedió el permiso pedido.

Ya avanzada la visita a la enferma, uno de los dos guardias necesitó ir al inodoro, y Arturo lo llevó al interior para indicarle el lugar mientras el otro se quedaba

conversando con la enferma, que era simpática y atrayente, a pesar de sus fingidas dolencias que la hacían más encantadora. Cuando el guardia hubo entrado a sus menesteres fisiológicos, su guía tomó un candado y lo encerró, emprendiendo luego la fuga.

Tomó un carro hacia Dabeiba y cuando llegó, ya de Medellín habían enviado una orden telegráfica de captura. Gracias a su gran habilidad para disfrazarse, logró evadirse nuevamente, vestido de jornalero, pagándole $50.00 al que venía a reconocerlo.

Al llegar a Galilea ya llevaba varios compañeros de infortunio, aplanchados y perseguidos. Estuvo algunos días con los indígenas, les dio instrucciones de estrategia y aprovechó para completar ciertos conocimientos. De varias partes acudieron otros individuos, víctimas de la violencia, y se pusieron a sus órdenes. Días después logró ponerse en contacto con el grupo de Manuel Giraldo, quien se le asoció fervorosa y decididamente en unión de sus hombres. Mutuamente reforzados, comenzaron a planear la organización militar de la guerrilla y el establecimiento de un cuartel central, para lo cual envió cartas al comando general revolucionario de Pavón con sendos partes de acción y de armas.

Estando en la instrucción, organización y aprovisionamiento de la incipiente guerrilla que contaba ya con 42 unidades preparadas y 20 hombres en los retenes de defensa, Rodríguez y Giraldo convinieron en concentrarse hacia Camparrusia, lugar estratégico y de grandes facilidades para el aprovisionamiento de la tropa. Además, los liberales de esa región eran a la sazón objeto de una persecución sistemática y cruel. Se trataba, pues, de otro ataque con el fin de ocupar toda la región y ponerla bajo la protección y control de la guerrilla. Mientras tanto había que prepararse y destacar toda una avanzada de espías.

Estos planes se vieron frustrados momentáneamente pues una mañana el servicio de inteligencia de la guerrilla informó que la policía, con ayuda de gran número de civiles, y guiados por baquianos de la región, intentaba atacar a Antasales, para vengar lo de Galilea y en persecución de los liberales. La noticia no podía ser mejor, pues necesitaban armas y munición, y la región sólo tenía dos entradas que ofrecían ambas seguridad estratégica para cortarles el paso. Lo importante era que la noticia fuera cierta.

La lucha estaba empeñada y había que triunfar porque era la Patria misma la que estaba en peligro, la paz turbada, la libertad encadenada, el trabajo suspenso, la vida de los ciudadanos amenazada.

Los espíritus estaban bien armados, pues la guerrilla ya estaba convencida de que luchaba por lo más sagrado que Dios ha dado a los hombres y a los pueblos: la libertad y la justicia. Ahora era preciso conseguir armas y a cualquier precio. Ya sabían dónde se conseguían con el enemigo mismo que, como no tenía un ideal que lo enalteciera, las vendía por dinero. Eran armas y municiones del gobierno que por un poco de dinero estarían a su disposición contra ese mismo gobierno.

Pronto se colectó una buena suma y se envió una comisión urgente a comprar a cierto conservador de Frontino algunos fusiles, carabinas, revólveres y pertrecho. De paso por Murrí se tomarían datos sobre el estado de las cosas y se alistaría un refuerzo para en caso de necesidad. Si el ataque de Antasales se adelantaba, las armas que ya tenían eran suficientes para devolver al enemigo, tal vez con buenas bajas.

Esa misma tarde llegó un grupo de hombres de Antasales y se puso a sus órdenes con algunas armas. Sin embargo, la noticia del ataque no se confirmaba, y todos se pusieron impacientes. Se redobló la vigilancia y se avanzaron algunos retenes más, hacia Armenia, la sierra de San Agustín y El Jilguero. Por lo que pudiera ocurrir, los dos jefes, Arturo Rodríguez y Manuel Giraldo, se reunieron con los reservistas que allí había y se dieron a estudiar un plan defensivo. En dos recodos abruptos y feos del camino que el adversario debería seguir antes de abrirse el anillo, darían un ataque sorpresivo adelante para mostrarles la única retirada posible, con lo cual se abriría fuego más abajo, en el otro recodo, logrando dividirlos y desmoralizarlos.

De este modo, sin presentar combate y obrando sobre seguro, la avanzada de la guerrilla flanquearía la retirada misma del enemigo y lo acabaría de desmoralizar. Era la táctica del guerrilleo universal, lista para entrar en acción. Pasó la noche sin nuevas noticias y los relevos se hicieron normalmente. El día siguiente fue de instrucción militar y de simulacros en toda clase de posiciones y terrenos. Por la tarde llegó la impaciencia hasta el límite y el capitán de la guerrilla dio órdenes severas de alerta, habló con el cabo Giraldo y otros ayudantes, y desapareció.

Al amanecer salía de Uramita, a donde había ido solo y en persona, disfrazado de policía, con capote y equipo de viaje. Visitó a su esposa, tomó informaciones de sus mismos enemigos, dejó cartas y espías bien pagados, y regresó. Ni siquiera los retenes lo vieron cuando salió ni cuando entró, por lo cual reprendió enérgicamente al personal, pues era de un carácter fuerte, casi intolerable. Esa noche dio órdenes de prepararse para atacar a Camparrusia y posesionarse de esa región, pero nada dijo en relación con el esperado ataque a Antasales por las fuerzas del gobierno.

Camparrusia es una extensa y fertilísima región que se halla entre Urama y Juntas de Uramita, un poco al norte, un vallecito estrecho que va de sur a norte, entre altas y enmarañadas montañas, poblado de grandes cultivos y potreros inmensos. El nombre del corregimiento es Armenia, parte inferior y más poblada, pero la inspección estaba en Camparrusia, y allí se concentró un foco de violencia y persecución a los liberales de la región, que eran casi todos. El inspolicía y su secretario se habían rodeado de algunos elementos que los emulaban en sectarismo y comenzaron a cometer atropellos y asesinatos, lo mismo que en el resto del país.

A la guerrilla habían ingresado varios elementos que habían tenido que huir de esa región, perseguidos y aplanchados, y habían jurado venganza. Con todo, el móvil de la guerrilla era buscar un lugar central abastecido y estratégico, no tan aislado como Galilea. La guerrilla se organizó en dos grupos, fuera de la patrulla de exploración. La avanzada, dirigida por el capitán Arturo Rodríguez, llevaba por objeto atacar y desalojar al enemigo. La retaguardia llevaba el equipo y los haberes de campamento, las herramientas de trabajo y algunos semovientes.

A fines de noviembre, un domingo por la tarde, la guerrilla marchó sobre Camparrusia en el orden indicado. De acuerdo con las informaciones de los espías y de los exploradores, supieron con anticipación que el enemigo estaba en juerga en la cantina del liberal Joaquín Usuga. Avanzaron y tomaron posiciones, pero, ya avanzada la noche, no se dieron cuenta de que el inspector había salido hacia la oficina y acababa de acostarse. Sólo habían quedado sus compinches y el policía Arcila en compañía del dueño

del establecimiento, todos embriagados. Cuando los guerrilleros cayeron de improviso, éste tuvo la imprudencia de tirarle a un atacante y fue muerto inmediatamente. Los demás, entre ellos Manuel y Donaciano Urrego, fueron ultimados.

En su dormitorio, el inspector alcanzó a coger un Gras y pudo escapar milagrosamente, como estaba. Se echó al río por la parte de atrás y logró huir al amparo de la noche. Al lado opuesto del río tuvo que dejar el arma, pues había perdido el cerrojo, y por montes y rastrojos logró llegar al día siguiente a Juntas de Uramita, gracias al liberal Abel Usuga que le sirvió de guía. El cura de Juntas lo atendió, lo alojó y comunicó a la gobernación. Lo vistió y le facilitó bestia y dinero para seguir hasta Medellín.

* * *

La guerrilla pudo entonces organizarse y dar protección y seguridad a las gentes y a los trabajadores. Casi al mismo tiempo llegaba a Galilea una nueva comisión de policía y la situación volvió a ponerse delicada para los vecinos de ese lugar.

Por todas partes cundió el terror, personificado en el capitán Arturo Rodríguez, hombre verdaderamente terrible y temido de los guerrilleros y de las gentes de la región. Era malo y criminal, y cuando se enfurecía mataba por hacer ejercicio. Era implacable con quienes no le obedecían o fallaban en algún ataque al enemigo.

También el nombre de Camparrusia se hizo terrible y al mismo tiempo movía la codicia de sangre y muerte por parte de los adversarios, pero todo en realidad era ficticio, pues allí sólo había trabajadores y apenas unos pocos guerrilleros. Pues la guerrilla había entrado en crisis por el

temor que tenían al capitán Arturo Rodríguez. La crueldad con que había procedido y el fusilamiento de algunos guerrilleros le atrajo odios y deserciones.

* * *

El 27 de noviembre de 1949 marchaba una comisión militar contra la guerrilla por la vía de Galilea, de donde la policía había vuelto a salir, después de hacer algunos daños, diciendo que allí no había nada que hacer.

La guerrilla fue avisada oportunamente y una cuadrilla de 35 hombres marchó hacia el puente sobre el río Antasales. Llegaron primero con el objeto de atrincherarse y salvar el puente. Removieron algunas rocas y cuando el enemigo apareció los guerrilleros abrieron fuego para impedirles el paso. Uno de éstos sostuvo el fuego adelante y cuando se le acabó el pertrecho intentó replegarse y fue alcanzado por una bala. Entonces recurrieron al último recurso y derribaron el puente, y los soldados tuvieron que retroceder, con un herido solamente.

De regreso a Galilea, donde estaban los civiles que habían llamado la comisión militar, la guerrilla entró al ataque. En una cantinita mataron al caciquillo Samuel González. Atacaron luego la inspectoría y asesinaron al secretario, Juvenal Franco, y a Bernardo Hoyos, pero no cometieron ningún otro atropello, pues todos los demás estaban a su favor. Descansaron esa noche y al día siguiente regresaron a Camparrusia.

Así terminó este año y fue pasando el de 1950, librando ataques en los caminos y en los alrededores de los pueblos vecinos. Una y muchas veces fueron enviadas comisiones de policía con el fin de ocupar nuevamente a Camparrusia, pero tenían que retroceder con bajas casi siempre.

Poderosos retenes se dedicaron a cuidar a los trabajadores y a las gentes que acudían en busca de refugio y de trabajo, mientras la guerrilla se movilizaba hacia varios lugares a prestar servicios de refuerzo, de defensa o de ataque.

Por este tiempo el gobierno se vio obligado a enviar soldados a la mayoría de estos pueblos, pues la policía con sus sistemas de barbarie sólo le traía mayores problemas, ya que siempre salía perdiendo hombres y armas, que iban a parar a manos de las guerrillas. Los jefes azules se quejaron, pues el ejército era más equitativo y luchaba, no por espíritu de secta, sino con ánimo patriótico y nacional. Esto dio base para que por todas partes se propalara la especie de que el ejército era liberal y favorecía las guerrillas.

Sostenedor y defensor en Antioquia de esta burda calumnia contra el glorioso Ejército Nacional, primero como presidente del directorio departamental conservador y como gobernador luego, fue ese monstruo comulgador que se llama Dionisio Arango Ferrer. Cuando algunos sacerdotes de esa región acudían a pedirle soldados para ver si así cesaban los crímenes oficiales en esos pueblos, se enfurecía y a uno le contestó con su tiesa altanería característica que al partido conservador no le interesaba defender y cuidar pueblos liberales, ni en esos lugares le servían los soldados. Del mismo y peor modo se expresaban contra las Fuerzas Armadas los curas y corifeos sectarios de Cañasgordas, Frontino, Uramita y Cestillal.

Prueba de que el ejército sí actuaba con energía y honradez por la pacificación de la región fue, entre muchos, otro encuentro que tuvo el Sargento Rodríguez, comandante militar de Urama, con la guerrilla otra vez de Arturo Rodríguez en el mismo puente del río Antasales, a mediados de 1950, cuando ya la guerrilla y los vecinos

habían vuelto a repararlo. Esta vez el ejército iba también a la ofensiva, mientras la guerrilla, en número cuatro veces mayor, prefirió volver a derribar el puente para no pelear con los militares.

Tenían la consigna nacional de no atacar al ejército y preferían no presentarle combate sino a la defensiva, cuando no hubiera más remedio. Y esto ¿por qué? Porque el ejército es una fuerza disciplinada, al servicio de la Patria, que ha luchado siempre por la libertad, la paz y la justicia de los colombianos. Además, el soldado es un compatriota que lucha desinteresada y abnegadamente en contra de la injusticia y la iniquidad, vengan de donde vinieren. El soldado en aquellas regiones no se dedicaba, como la policía, a robar, a matar y violar mujeres, a asesinar niños y ancianos, a destruir y quemar cuanto no podían llevarse.

Los soldados iban a pacificar, a defender a los perseguidos, a restablecer el orden público, e iban sólo por disciplina y patriotismo, sin sueldos jugosos, ni seguros de vida, ni prestaciones sociales y subsidios como los otros. De ahí ese odio terrible y fatal para los que iban a sueldo y con prestaciones y, en lugar de defender la ciudadanía, se dedicaban a perseguirla, a robarla y a extorsionarla.

Volvamos a citar la comunicación del jefe de las guerrillas del suroeste y occidente antioqueños al Coronel Pioquinto Rengifo:

"Por las aldeas y poblaciones de Colombia, comenzaron a verse, por primera vez, caras hostiles, gentes extrañas importadas a sueldo del gobierno, las cuales, amaestradas por instructores traídos especialmente de España, se dedicaban a recorrer valles y montañas y dondequiera que llegaban la emprendían contra los ciudadanos de filiación liberal, a quienes ultrajaban, requisaban y decomisaban sus cédulas para inhabilitarlos electoralmente. Era la falange en acción".

"... Después siguieron las depredaciones y como cada día traía su afán, otros sistemas aparecían y para aplicarlos, la policía, fusil al hombro, entró a los campos, no propiamente en son de paz, sino con el ánimo de ejercer venganzas, sembrar el terror y arrasar poblados; en fin, exterminio desorbitado de vidas y haciendas. Así caían asesinados honrados y pacíficos campesinos, humildes labriegos que no habían cometido 'otro delito', así podría llamarse, que el de profesar ideas contrarias a las de los que eran dueños de la fuerza".

"Mis ojos, señor Gobernador, vieron muchas cosas. Me tocó presenciar cómo a las ciudades llegaban hombres mutilados, mujeres violadas, niños flagelados y heridos. Vi a un hombre a quien le cercenaron la lengua, y refieren los testigos que, amarrados a un árbol, presenciaban esa escena dantesca, que los policías que ejecutaban ese acto decían: 'Te la cortamos para que no volváis a gritar vivas al partido liberal, manzanillo h. p.'. Y a algunos les amputaron los órganos genitales para que no procrearan más liberales; a otros les amputaban las piernas y los brazos y, sangrantes, los hacían caminar de rodillas. Y supe de campesinos a quienes mantenían sujetados mientras que otros policías y civiles conservadores, por turnos rigurosos, violaban a sus esposas y a sus hijas. También supe del incendio de la histórica y gallarda ciudad de Rionegro por tratarse de que era la meca del liberalismo antioqueño. Era el desarrollo de un preconcebido plan de exterminio".

"Sobre todo, las gentes humildes del liberalismo eran víctimas de la sevicia y de las depredaciones de esos agentes uniformados. Se fusilaban mujeres, ancianos y niños, a plena luz pública. Los agentes oficiales se posesionaban de las fincas de dueños liberales. Mataban a sus propietarios, requisaban sus guarnieles y disponían del dinero,

de sus bestias, de todo cuanto les proporcionaba el sustento de sus familiares. Era zafarrancho de pillaje y orgía de sangre lo que comenzó a cubrir el territorio colombiano".

"La impunidad y las sombras de la noche cobijaban esos atroces procederes, estimulados por altos funcionarios del gobierno. Y todo eso se cometía en el falso nombre de Dios, con escapularios en el bolsillo y sin remordimiento. Los principales actores del sangriento drama eran policías secundados por civiles conservadores".

CAPÍTULO V

Las papayas del Padre Ruiz Luján

Mientras estas cosas ocurrían en el occidente antioqueño, especialmente en la región que nos ocupa, la guerrilla se llenaba de rencor y rabia, pero era poco lo que podía hacer, pues tenía que atender a una zona demasiado grande y carecía de armas y de efectivos suficientes como para atacar un pueblo o un cuartel. Se contentaba con provocar en los caminos para ejercer alguna venganza o conseguir algunas armas, lo cual era contraproducente para los vecinos, quienes después tenían que pagar caro lo que aquéllos habían hecho.

En 1951 Camparrusia seguía siendo algo soñado, un dorado legendario en busca de sangre, botín y venganzas. Desde Medellín se hablaba de organizar un gran ejército de civiles azules, que con contingentes de los pueblos vecinos, entrara con la policía a sangre y fuego, ya que otra gran comisión militar de meses antes no había encontrado lo que otros querían buscar. En efecto, la guerrilla no estaba entonces allí, y los retenes no quisieron provocar al ejército que, de acuerdo con sus normas disciplinarias, no cometió ningún atropello injusto ni se dedicó a robar.

El 1° de enero se había posesionado otra vez de la inspección de Juntas de Uramita el mentado Mono Serna. Aquel día había sido de fervorosa oración a Jesús

Sacramentado pidiendo la paz. Nada malo se presagiaba para aquel día y nada pasó hasta medianoche. Sin embargo, en el monte se había decretado un golpe, pues el señor Heriberto Serna (a. El Mono), era algo con razón muy temido y muy odiado por su espantoso sectarismo. Había cometido toda clase de atropellos y era causa de que muchas gentes hubieran tenido que abandonar el pueblo, mientras muchas otras se habían ido al monte a defenderse y a fortificarse para la venganza. El Mono Serna era, por ejemplo, el enemigo número uno del cura Blandón Berrío, y lo había desacreditado y acusado de cuantos modos había podido, secundado allí y en Cañasgordas por elementos de su misma calaña, a pesar de que el caritativo sacerdote se esforzaba por defenderlo y le había salvado la vida varias veces.

Los dos guardias que estaban ese día en el pueblo eran muchachos rectos, valientes y cumplidores de su deber, pero la guerrilla no podía tolerar que el señor Serna se hubiera posesionado otra vez de la inspección. Era una verdadera amenaza social y tenía por segundones a criminales como Emilio Uribe, muy propiamente llamado "El Abejorro"; a Luis David, alias "Luis Cosa"; a José David, un asesino vulgar y un ladrón; a los hermanos Vega y a otros elementos por el estilo. El grito angustiado del pueblo había llegado hasta la guerrilla, que acababa de reforzarse con la llegada del gran jefe Aníbal Pineda. Los tres comandantes principales, Pineda, Rodríguez y Giraldo, habían ido a El Páramo y otros lugares en busca de refuerzos para atacar a Juntas de Uramita con el fin de librarla de estos elementos.

Pero ocurrió que mientras tanto se organizó rápidamente una cuadrilla de 38 hombres en La Aguada y, sin consultar ni esperar órdenes, se alistó para caer sobre Juntas de Uramita el 1° de enero. A eso de las 11 de la noche

llegaron ocultamente al caserío y tomaron posiciones en el área urbana. Parece que tenían como cómplice al encargado de la planta eléctrica parroquial.

A eso de la una de la mañana del 2, se oyeron cuatro detonaciones hacia la entrada del pueblo por Uramita. El cura salió a ver qué ocurría en el preciso momento en que los dos guardias acudían a la casa cural, donde habitaban, en busca de sus fusiles, pues estaban en una cantina charlando desprevenidos, al sonar las detonaciones. Al ver que los guardias se dirigían hacia el lugar de éstas, el cura Blandón les dijo: "Asómense con prudencia pero fíjense que el lado contrario queda solo y bien puede ser una estratagema".

Atendiendo tan razonada observación, los guardias bajaron y volvieron a subir rápidamente hacia la otra entrada. El clérigo los esperó a ver qué noticias traían y al darse cuenta de que nada habían observado les dio las buenas noches y su acostumbrado: La Virgen los acompañe, y se volvió a su lecho.

Dos minutos después se oyó una descarga cerrada, seguida de muchos disparos de fusil. Los 38 cuadrilleros se habían apostado precisamente en el extremo contrario al de las primeras detonaciones, y unos 15 escopeteros estaban tendidos en la pendiente de la calle esperando la policía. Al verlos ir les dispararon a unos 25 metros, sin lograr siquiera asustar ni devolver a los valientes guardias, que pusieron en fuga al enemigo. Al amanecer fue hallado el cadáver de Tulio Giraldo, asesinado cobardemente, a pesar de ser liberal, macheteándolo antes del ataque cuando había salido atrás de la cantina a cualquier necesidad fisiológica.

Así ocurrió este frustrado ataque aislado que dirigió Luis Giraldo, pariente del cabo Giraldo, y que trajo para Juntas

de Uramita desastrosas consecuencias. Dos o tres de los atacantes fueron a ingresar a la guerrilla y los demás volvieron a sus trabajos.

El prestigio y la influencia de Arturo Rodríguez iban decayendo por el ambiente hostil que se había creado. Con todo, su nombre se pronunciaba con temor y respeto. En su papel de espía se ocultaba detrás de un grueso manojo de ramas que iba llevando por delante; otras veces hacía lo mismo con un tronco o una raíz, y varias veces se ponía sobre manos y rodillas detrás de un cerdo o un perro, para desaparecer repentinamente, a veces al hacer estallar una simple chapola o papeleta, haciendo saltar el animal mientras él se perdía. Este sencillo truco hacía creer a las gentes y aun a la policía, que Arturo se transformaba en esos objetos. En toda la región llegó a tenérsele por brujo o algo parecido, pues su modo de desaparecer al ser perseguido por el enemigo se hizo proverbial. Se trataba evidentemente de cierta habilidad para disfrazarse y de cierta audacia para engañar. En todo caso, es cierto que entraba donde quería en medio de sus perseguidores, hablaba con ellos y se les hacía encontradizo sin ser reconocido.

Pocos días después de su entrada en Camparrusia se presentó personalmente en Juntas de Uramita y estuvo bebiendo y charlando con sus enemigos. Dejó una ruana en la cantina de Ángel Gómez y estuvo examinando ahí mismo el proceder de los funcionarios y de los civiles con el fin de atacar y matar únicamente a los que cometían abusos, pero se sintió desarmado por el cura con quien habló y estuvo en el templo, sin identificarse ni ser reconocido por él. Ocho días más tarde volvió por la ruana y se dio a reconocer para desaparecer como por encanto.

* * *

Es célebre el encuentro que tuvo con el cura de Urama, Padre Samuel Ruiz Luján, quien en uno de aquellos sermones dominicales que, como a los curas de Uramita y Cestillal, se le convertían en catilinarias politiqueras, se refirió a él llamándolo asesino, ladrón, criminal, bandido, etc. Cuando el sacerdote terminó la Misa y fue a desayunar, se le presentó una campesina de edad con dos papayas hermosas y provocativas, y entrando al comedor, con esa tímida desenvoltura de las gentes bonachonas del campo, le dijo:

—¡Güenos días, mi Pairecito!

—Buenos días, hija, contestó el sacerdote.

—Aquí le traigo estas jruticas pa que se las coma a la salú e lo que dijo dese endeviduo Arturo Rodríguez.

—Pero tú no estabas en Misa, María, porque se ve que acabas de llegar.

—Pes ya ve, mi Pairecito. Allá tuve con papayas y tóo. Ese hombre jue que se las mandó, y que leyera en la concencia e las papayas lo quiay por dentro, quisque porque usté, mi Pairecito, no tiene nian concencia diombre...

—¿Qué estás diciendo?, dijo enojado el cura.

—Ansina dijuel. Pártalas y verá.

Mientras el sacerdote, que se había puesto en pie, recogía la silla que había tumbado para volverse a sentar, la tal vieja había desaparecido. Indignado y con susto acercó curiosamente las frutas que la vieja había dejado sobre la mesa. Las examinó brevemente, y viéndolas en buen estado, tomó el cuchillo y partió una.

Con gran sorpresa vio que dentro estaba un sobre, y, sin dar crédito a lo que veía, leyó su nombre con letra del remitente de las papayas. Lo abrió y leyó con sonrojo y rabia, algo que el sacerdote había hecho, con los más íntimos

pormenores, y que ni se puede mencionar aquí. Lleno de rabia dio una cuchillada a la otra fruta y halló otro sobre en la misma forma, donde leyó pruebas testimoniales de lo anterior y una notificación para que abandonara el pueblo por los frutos de su prédica incendiaria.

Según las dos esquelas, Rodríguez en persona había hablado con él varias veces, era testigo de algunas cosas comprometedoras y se le había presentado con ciertos disfraces.

* * *

Desde comienzos de la organización de la guerrilla en Camparrusia, Rodríguez había establecido una colonia penal entre Antasales y Galilea, a donde mandaba la gente a trabajar forzadamente. De allá salió precisamente la consigna de darle muerte. Ya otros guerrilleros tenían el mismo pensamiento y Luis Manco intentó llevarlo a la práctica. Pero ocurrió que un disparo que le hizo fue a darle a un lado del vientre, destrozándole únicamente un espejo que tenía en el bolsillo. Rodríguez vio la cosa mala y decidió retirarse.

Afortunadamente para la guerrilla, acababa de llegar meses antes Aníbal Pineda, y la tropa pudo salir de la crisis en que estaba, volviéndose a reorganizar con mayor pujanza. Rodríguez se escapó y, saliendo a la carretera al mar, abordó un carro y pasó por Cañasgordas disfrazado de policía. De paso exigió a ciertos amigos que le enviaran un automóvil y en él continuó el viaje. En Manglar hizo detener el carro y se puso a beber. Entró luego a una casa donde había un baile, desenfundó su revólver y se identificó ante todos diciendo que iba para Medellín.

Las gentes se atemorizaron al reconocerlo, pero él partió inmediatamente. Dieron entonces aviso a Cañasgordas y

de allí a Antioquia, y de ambos pueblos salieron comisiones a capturarlo. Kilómetros antes de llegar a Antioquia, él mismo le confesó al chofer que traía mucho miedo. Intentó devolver el carro para fugarse y burlar a los que ya suponía vendrían a su encuentro. Pero habiendo apurado media botella de aguardiente que traía, le dijo al chofer que siguiera hacia adelante.

No tardó mucho en aparecer a la vista un carro con soldados, policía y gente armada. Sin saber cómo ni cuándo, mientras el chofer obedecía la orden de parar, se les escapó y no supieron más de él. Ante semejante fracaso, como "Jalisco nunca pierde", Rapidol, el tristemente célebre bandolero azul, y sus compañeros, se desquitaron con el pobre chofer que lo traía, primero inocentemente y luego a la brava. Gracias a la intervención de los soldados, el hombre escapó con vida pero tuvieron que hospitalizarlo.

Días después Arturo Rodríguez pasó el puente de occidente arreando ganado, tan perfectamente disfrazado que ni siquiera al pasar por su pueblo fue identificado, y así entró a Medellín.

Después de algunos días se dio cuenta de que le estaban siguiendo los pasos y se mantuvo un poco resguardado, hasta que al fin cayó en una emboscada del detectivismo cerca de Girardota, donde parece que intentaba avanzar un movimiento contra el gobierno. Fue muerto a fines de 1951 al sacar su revólver para hacerles frente a los tiras.

Así terminó este famoso guerrillero que tanto dio que hacer a las autoridades, y que dejó tan tristes recuerdos en la guerrilla de Camparrusia y en todo ese sector del occidente antioqueño.

CAPÍTULO VI

HUYE EL PASTOR

¡La Patria se estaba acabando en todo sentido! Su soberanía de Estado libre era sólo un mito. Su estructura jurídica fue hecha trizas, era una mentira. Su fisonomía política estaba profunda y totalmente desfigurada. La paz nacional era un 9 de abril oficialmente prolongado, un río revuelto para ganancia de pescadores. Su unidad era una profunda discordia nacional. Su gobierno no era la seguridad de los bienes, honra y vida de todos y cada uno de los colombianos, sino la impunidad complicitaria de unos para la persecución y la muerte de la gran mayoría del país. La Constitución sagrada de la Patria era un andrajo azul sobre los naranjos y los mangos de las plazas aldeanas o sobre las puertas de los perseguidos porque ese colorcito les ofuscaba.

¡La Patria se estaba acabando en todo sentido! Su gobierno no era nacional porque era sólo para unos en persecución de otros. Su unidad moral había perdido el fundamento básico esencial que es la unidad de fe y de costumbres. Fue sin duda la mayor desgracia de la Patria, una realidad deslumbrante que todos tenemos que reconocer y no podemos negar sin que nos queme la frente esa cruz bautismal que llevamos incrustada hasta la conciencia. Realidad espantosa cuyos frutos de hambre

tuvimos que comer porque en el occidente antioqueño se decretó control de víveres, control de vidas y control de Santos'Sacramentos.

A lo largo y a lo ancho de la Patria, pero sobre todo en Antioquia, los frutos de esta espantosa realidad dejaron un profundo envenenamiento religioso. La violencia dejó muchos pueblos sin sacerdote, vale decir, sin Religión; a otros sacerdotes los hizo sus paladines, sus panegiristas, sus apóstoles y sus dirigentes. Ya los católicos de reflexión de ambos partidos no sabíamos qué creer, qué hacer, qué pedir al Padre de la Caridad, ni qué recibir, pues a nuestros hermanos, hijos del mismo Cristo, se les llegó a negar los Sacramentos, se les predicó unas verdades inverosímiles y contradictorias, se les mandó practicar unos mandamientos al revés o se les quitó sus sacerdotes y se les mostró un Cristo de espaldas.

La violencia acabó con todo, especialmente en el escenario de mis narraciones, el occidente antioqueño.

Por la carretera al mar viajaban en la época, el 2 de octubre de 1949, los doctores Francisco Ospina Pérez, Gustavo White Uribe y otros. Al pasar por la ciudad de Antioquia, frente al Palacio Episcopal, éste hizo parar el carro y los invitó a entrar a saludar al Excelentísimo Señor Obispo, pero ellos se excusaron con extrañeza y repugnancia. Cuando el señor White Uribe regresó al carro, el otro dijo con intencionada malicia: "Es que ustedes dañaron ese Obispo; lo volvieron liberal". Era sin embargo, quien así hablaba, ¡el hermano del presidente comulgador!

* * *

A fines de 1951 hacía un año que San José de Urama estaba sin sacerdote, vale decir, sin el elemento esencial

para la vida, progreso y tranquilidad de un pueblo creyente, para el cual el sacerdote lo es todo en las regiones de Antioquia y de Colombia. Siempre que falta el sacerdote, los pueblos se derrumban hacia la ruina espiritual, moral y material. Ya lo hemos insinuado claramente: los sacerdotes de muchos de estos pueblos tuvieron que abandonar sus rebaños, unos porque sembraron vientos de politiquerías y cosecharon tempestades de críticas y otros porque quisieron cumplir cristianamente con su deber y fueron mandados sacar de sus feligresías por orden directa o indirecta del gobierno seccional mismo, porque tuvieron el valor moral y civil de oponerse a la avalancha de atropellos injustos y aberrantes contra pobres y humildes campesinos que no tenían otro delito que profesar ideas políticas distintas a las del sectarismo imperante.

Dije desde el principio que quería hablar con sinceridad de ciertos hechos, personajes y factores, porque es mi intención apreciar las cosas en toda su realidad, sin tapujos hipócritas, para que estos hechos desgraciados que estaban acabando con la Patria y con la fe cristiana de los colombianos, no se vuelvan a repetir. San José de Urama estaba sin sacerdote porque éste, a quien ya presenté en el capítulo anterior dialogando con el jefe guerrillero Arturo Rodríguez, disfrazado de vieja campesina, había tenido que huir.

En efecto, desatendiendo las sabias normas de prudencia y caridad con que su superior jerárquico lo había equipado al enviarlo a esa parcela, difícil de administrar como todas las de esa diócesis, el sacerdote se dejó influir de anticristiano sectarismo. Se sintió defraudado porque el Ordinario no le había dado orden de acabar con una parte de sus hijos, antes al contrario, de acuerdo con el Santo Evangelio que es la vida y la norma de aquel Pastor,

le recordó aquel pasaje de San Mateo: "Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos: por tanto habéis de ser prudentes como la serpiente y mansos como la paloma". Le recalcó la necesidad de la prudencia y de la caridad. Como verdadero vicegerente de los intereses de Cristo y de la Iglesia, le pidió que, sin faltar a su deber sacerdotal, los atrajera a todos y les predicara con el ejemplo y con la palabra los mandatos severos e inmutables de una Ley eterna que prohíbe matar, robar, violar, adulterar, fornicar y calumniar, sin distinción de judíos ni gentiles.

Por desgracia ocurrió lo contrario y con sus prédicas incendiarias anuló su ministerio y logró sólo granjearse enemigos entre sus mismos feligreses.

Cierta noche en que la calma reinaba en el pueblo dormido, el sacerdote estaba en su despacho trabajando a la luz de un cirio, pues la planta eléctrica se había dañado. Dos patrullas de polizontes cuidaban los extremos de la calle y todo estaba oscuro. En la puerta sonaron tres golpecitos suaves y se dibujó la silueta de una joven elegante, de mediana estatura. El cura levantó la mirada contra la luz y trató de reconocer a su ama de llaves que entrando un poco lo saludó:

—Buenas noches, Padre.

—Adelante, Irenita —dijo él, levantándose para ver mejor—. ¿De dónde vienes tan tarde?

—Perdóneme, Padre, pero yo no soy su Irenita, aunque sí soy hermano de ella. Soy Aníbal, pero tuve que vestirme así para evitar peligros.

El cura se quedó de una pieza, perplejo ante el terrible capitán de la guerrilla contra el cual había dicho tantas cosas y a quien tenía mucho por qué temer. La familia de Aníbal vivía en un extremo del pueblo y la hermana de éste, Irene,

por su espíritu piadoso y con toda buena voluntad se había dedicado a atenderlo con bondadoso esmero en la casa cural. El susto fue tamañito, pues aunque la muchacha le era muy fiel y desinteresada, bien podía haberle armado una trampa o que el guerrillero estuviera al corriente de ciertas cositas. En todo caso, había que afrontar la situación, sin que faltara el pensamiento heroico de que acaso fuera posible entregarlo a las autoridades.

—¿Y a qué viene su visita a estas horas?, dijo el cura reponiéndose de su primera impresión, con grosera altanería.

—Mejor podría preguntarle yo, reverendo, por qué me recibió de manera tan distinta cuando, engañado por este disfraz, creyó que yo era Irene. Pero... perdóneme. Vengo a tratarle ahora otros asuntos.

—Creo que nada tenemos que hablar usted y yo, señor Pineda —dijo el clérigo—. Ese disfraz insolente es irrespetuoso y me infunde sospechas.

—Ya le expliqué la razón de mi disfraz, que no es por su reverencia. Además, vengo a tratarle algo de interés y nada tiene que temer.

—Al fin, usted es enemigo del pueblo y de las autoridades, de modo que...

—Somos enemigos —le cortó el interlocutor— sólo de quienes injustamente se han dado a no dejarnos vivir en paz, y esto, por defender precisamente al pueblo. Quienes se han convertido en crueles enemigos nuestros, esos sí son enemigos del pueblo, y esos son las autoridades y su reverencia que les han dado la orden de perseguirnos a sangre y fuego. De allí que nos tengan desterrados de aquí, sitiados de mil maneras.

—Sí, por bandoleros y asesinos. ¡Por ladrones!

—Eso es falso, Padre, pues simplemente bregamos a defendernos y a defender todo un pueblo que ha tenido que refugiarse en las montañas. ¡Yo lo reto a que diga cuándo y dónde, nosotros hemos atacado gentes indefensas, campesinos y trabajadores honrados, ancianos, mujeres o niños!

Fíjese en cambio lo que acaba de hacer la policía en unión de los Melengue en La Encalichada, al pie de Uramita. ¿Qué crimen habían cometido esa anciana y esas pobres muchachas para hacer con ellas lo que hicieron? ¿Eso sí no le parece bandolerismo y crimen? Y acuérdese lo que predico su reverencia el domingo y cómo desfiguró los hechos para azuzar las gentes y la autoridad contra nosotros.

—¿Y qué le importa a usted lo que yo predique ? Tengo que cumplir con mi deber.

—¿De manera, Padre, que se puede matar, robar y violar inocentes campesinos de esa manera por el hecho único de ser liberales?

—Usted debe saber que las órdenes del gobierno y del partido son terminantes, dijo el clérigo.

—Pues así no vamos a tener paz, Padre, porque si la Iglesia alcahuetea estas cosas porque esas son las órdenes de un gobierno y de un partido, tendremos que dejar a un lado nuestras creencias ya que es imposible dejarnos matar sin defendernos.

—¿Y qué quiere usted?

—Que la Iglesia y sus ministros no se metan en estas cosas, ya que todos tenemos una misma fe y esperamos la salvación. La autoridad en cambio está empeñada en sostener una política y para eso se ha dedicado a mantener el terror y la zozobra por todas partes.

—Pues si no se le ocurre otra cosa, señor Pineda...

—Sí, Padre. Venía a rogarle que no siga azuzando de tal modo las autoridades contra nosotros, y que vaya a visitarnos, pues hay más de 200 niños sin bautizar por no poderlos traer al pueblo. Algunos quieren casarse y otros lo necesitan para confesarse. Somos ante todo católicos y queremos la visita del sacerdote.

—¿Y cómo cree que pueda yo ir, si ustedes han dicho que me van a matar? Además, por allá no hay sino liberales.

—Padre, si yo lo invito es porque lo necesitamos y porque soy capaz de cuidarlo. Nosotros no somos capaces de hacerle mal a un sacerdote, pues somos cristianos y respetamos la Religión. Pero si es que, porque somos liberales, no tenemos derecho a la Religión y al sacerdote, estamos perdidos. Ni creo que por ser conservador, pueda nadie salvarse, después de cometer toda clase de crímenes y atropello como lo estamos viendo.

—Eso son cosas de la autoridad y no de los conservadores.

—Sí, Padre, pero la autoridad es conservadora y los crímenes se cometen en nombre de ese partido

—Sea como sea, yo no puedo ir, pues tendría que llevar por lo menos 300 policías. Si quiere los pido.

—¿Y para qué esa gente, Padre, si la misión suya es de paz, y ellos irían sólo a matar y a robar?

—Entonces, dejemos el asunto y defiéndanse como puedan, pues para allá va mucha gente enviada por el gobierno para acabar con ustedes y con todo lo que se diga liberalismo.

—Está bien, Padre. Nosotros queremos paz para vivir y libertad para trabajar, pero si tal es la amenaza, estamos listos a defendernos. Tenga la bondad de aceptar estos mil

pesos que mis hombres y yo hemos recogido para la iglesia y para el culto. Eso sí, me veo en la penosa necesidad de rogarle que abandone lo más pronto posible este pueblo. Mucho he luchado por defenderlo, pero ante su negativa y su amenaza, ya no podré contener a mis hombres. Ya sabe que con sus prédicas y sus intrigas politiqueras de exterminio y condenación, no ha logrado sino alejar las almas de la fe y granjearse enemigos.

—Llévese su dinero, señor Pineda, pues la iglesia no necesita nada de ustedes.

—Recíbalos, Padre, y si no sirven para la iglesia como lo que le traen otros, déjelos para su reverencia y los junta con lo que le trajeron los de la Cañada Adentro que fue robado a unos pobres campesinos que atacaron en el camino de Dabeiba. Le repito sí que haga por retirarse pronto de aquí, pues de esto no vamos a dejar piedra sobre piedra. Bregaremos a salvar el templo porque lo hicimos nosotros con nuestras limosnas y trabajo, aunque si ha de ser para que la policía lo convierta en burdel, lo echaremos también a tierra. Reflexione en lo que acabo de decirle y, buenas noches, Padre.

—Buenas noches, alcanzó a responder el reverendo, pues ya Pineda había desaparecido, antes que la luna lo descubriera en media calle al salir de su rebozo de nubes donde se había acunado ruborosamente como una novia consentida.

El buen sacerdote salió sigilosamente hasta la puerta. Todo estaba en profunda calma que contrastaba con las violentas tempestades de su alma. Por encima de los tejados cruzaba la luz de la luna destacando la cruz del humilde y sencillo campanario para ir a proyectarse en la montaña. Cerró la puerta calladamente y volvió a entrar a su despacho. Tiró el dinero sobre el escritorio y recordó las

esquelas que halló en las papayas que, también disfrazado, le había traído meses antes otro capitán de la guerrilla. Se sentó, tomó las llaves y abrió una gaveta del escritorio para colocar allí los mil pesos, recontados, que acababan de dejarle y volvió a cerrar. Un poco agitado se levantó y tomando el cirio en la mano se fue a su celda a rezar para entregarse al descanso.

Días más tarde, Irene le trajo sucesivamente dos cartas en las que el jefe guerrillero le hacía ciertos reclamos y lo apremiaba cada vez con mayor urgencia para que se retirara del pueblo. En vano había esperado el sacerdote una gran comisión de chulavitas y de civiles armados con que los gerentes de la violencia, un tal Moncada, un Yepes y un Ospina de Cañasgordas habían prometido respaldarlo y defenderlo. Poco a poco se fue dando cuenta de que estaba metido en la grande y se convenció de que tenía que desocupar el pueblo porque ya no podía más.

Trató de volver sobre sus pasos en el púlpito pero entonces vio que se le venían encima sus mismos amigos. Aquel domingo no quiso salir a la calle. A la mañana siguiente halló un pasquín anónimo en que le echaban en cara que se había dejado conquistar por la hermana del capitán.

En secreto mandó llamar al comandante del grupo de soldados acantonados allí y le pidió escolta para salir ese mismo día disfrazado de militar con su correspondiente casco. Miedoso, resentido y desengañado, el pastor abandonaba su rebaño.

Un año más tarde lo hallaremos en otros escenarios en Frontino pidiendo oraciones públicamente por su sucesor en Urama y por el cura de Juntas de Uramita, acremente criticados, así como Monseñor Andrade Valderrama, los curas de Dabeiba, Urrao y otros, sobre todo entre sus

colegas de los pueblos vecinos, porque lucharon, como lo iremos viendo adelante, por ser todo para todos, sin sectarismos y sin politiquerías, sin traiciones al Evangelio.

CAPÍTULO VII

LAS GUERRILLAS OYEN MISA

La falta de clero, lo difícil de hallar quién aceptara ese puesto y las terribles informaciones traídas por el cura Ruiz Luján al Prelado, habían demorado todo un año el envío de sacerdote a Urama. Sobra decir que en el ínterin se cometieron toda clase de atropellos, de crímenes y de inmoralidades. La policía reemplazó a los militares que habían logrado dar calma y tranquilidad a la región, y entonces las cosas volvieron a empeorar, porque así pasaba siempre. Se acuartelaron en la casa cural, habiendo forzado las cerraduras, y dormían en la sacristía. Todavía hay huellas en los muros de los impactos de sus tiroteos cuando estaban borrachos, que era casi continuamente, o cuando les daba la gana de amedrentar al pueblo, fingir ataques o gastar la munición oficial.

Según datos allegados, hacia noviembre de 1951 fue enviado un sacerdote con el fin de inspeccionar el campo y para que hiciera una misión espiritual en ese abandonado rebaño. Creyendo las gentes que su orfandad espiritual iba a cesar, acudieron gozosos al tope, pero se llenaron de tristeza al saber que se trataba sólo de una visita. Todos inculpaban injustamente al Prelado porque los tenía abandonados, pero el sacerdote desbarató esas inculpaciones y suscitó una cruzada de plegarias para que Dios

les remediara esta necesidad. Fue una verdadera jornada de predicación, bautismos, matrimonios, catecismo, confesiones, comuniones y todo aquello con que la Iglesia devuelve la gracia a sus hijos y les sostiene la fe y la religiosidad.

El informe que redactó, según deseos de su superior, hablaba en primer término de lo que había visto y hallado: una cadena de ruinas y escombros a lo largo del penoso camino de Dabeiba a Urama; ni una casa en pie y todo un cementerio de cruces que marcaban los lugares donde habían caído centenares de gentes de toda clase, desde los agentes uniformados, víctimas de la venganza por sus propios crímenes, hasta los campesinos humildes, las mujeres, los niños y los ancianos asesinados por aquéllos. Los cadáveres habían rodado a las cañadas y habían sido pasto de los chulos.

El caserío mismo era un campo de desolación y ruina; muchas casas abandonadas y el hambre, la escasez y la miseria por todas partes. Se refería luego a los desastres espirituales y morales para terminar insinuando la imperiosa y urgente necesidad de un sacerdote prudente, celoso y caritativo que, según la idea de San Pablo, fuera todo para todos.

Fuera de lo informado por escrito, el sacerdote contó al Prelado muchas cosas que vio y oyó. Todo contristaba el alma y hacía volver los ojos hacia Dios pidiendo solución a este problema.

Quince días después el Prelado destinó al mismo sacerdote para esa cristiandad, animándolo a aceptar con santos, sabios y prudentes consejos. Era una misión dura y delicada, pero no tanto como la del Sumo y Eterno Sacerdote que se fatigó tres años misionando, predicando y haciendo milagros en Galilea y sus contornos para sacar

como fruto de su ministerio divino una cruz y unas escupas. "No tema, Padre, por sus salidas ministeriales a los campos, siempre que sea prudente y lo anime la caridad y el celo por las almas que tanto esperan de usted. Por sobre todo, le agregó el Obispo, no olvide que no nos pertenecemos: somos de Dios y de las almas. Y tenga presente siempre aquel principio de la Sagrada Teología: 'Sacramenta propter homines' ".

El 30 de diciembre llegó a Dabeiba y se dedicó a ultimar los preparativos para su viaje. Pletórico de entusiasmo y ardido de caridad y de celo iba a su primera parroquia. Al día siguiente partió muy temprano, guiado por un campesino que sigilosamente le iba mostrando los muchos calvarios y le daba los nombres de las víctimas y victimarios que recordaba. Llegando a El Encierro el campesino le señaló una vara y un desfiladero al borde del camino.

—Mire, mi Padre, aquí mató la policía cuatro personas y con esa vara los echó a rodar por esa falda.

—¿Y no los enterraron?

—Se los comieron los gallinazos, Padre, pues no los dejaron enterrar.

El sacerdote exhaló un profundo suspiro de tristeza y se tragó una lágrima de dolor. Más adelante comenzaron a llegar las gentes del tope, más concurrido que el anterior.

Aquella tarde del 1° de diciembre comenzó la novena en honor de la Inmaculada Concepción con abundancia de predicación. Al saludar a sus feligreses, procuró deshacer algunos prejuicios y críticas contra su antecesor e hizo un apremioso llamamiento a todos para que acudieran a los Santos Sacramentos. En su programa ministerial estaba el ser todo para todos, sin distinción de ninguna clase. Era su propósito llegar hasta el sacrificio de su vida por acudir en

busca de un alma a cualquier hora y a cualquier lugar. En estos días de gracia continuaron los bautismos de unos 500 niños, hasta de cinco años de edad muchos, traídos de toda la región, gracias a que aquel puesto estaba a cargo entonces de un grupo de soldados al mando del sargento Cordero y reinaba alguna calma.

* * *

Había sin embargo muchas gentes refugiadas en los montes que todavía no se atrevían a venir al pueblo y continuamente comenzaron a llamarlo desde enero de 1952, mes que se dedicó a hacer funerales y aniversarios por policías y gentes asesinados.

Muchas de estas llamadas eran precisamente para que fuera a Camparrusia, pero todo el mundo le hablaba horrores de esa región con el fin de atajarlo. Se trataba sólo de una breve misión de prueba y por eso prefirió hacer algunos preparativos. Al domingo siguiente anunció la salida hacia ese lugar, ante el estupor hipócrita de muchos. Iría solo, pues el lugar no era en verdad como para llevar escolta de ninguna clase, fuera de que ninguno de los grandes evangelizadores necesitó nunca escolta o guardaespaldas.

La misión era verdaderamente peligrosa, pues tenía que entrar al centro mismo de la guerrilla, donde nadie hubiera entrado. Por fortuna todavía no había prejuicios en contra del sacerdote, quien por lo demás estaba cumpliendo su programa de luchar sólo por las almas al margen de toda politiquería y de toda parcialidad, sin miedo, y armado sólo de fe y de caridad.

El día señalado, muy de madrugada, emprendió el penoso y largo viaje con el fin de celebrar la Santa Misa esa

mañana en San Agustín. A poco de llegar se dedicó a preparar algunos matrimonios y a confesar otras personas. Seis parejas recibieron la bendición nupcial en el Santo Sacrificio y muchas gentes comulgaron. Atendió después otros ministerios y administró el bautismo a buen número de niños.

Allí había de ser el primer contacto con la guerrilla en pleno y con su jefe. Ya algunos guerrilleros habían asistido a la Misa y luego fueron llegando otros a intervalos y distancia estratégicos, averiguando, desconfiados, si detrás del sacerdote no vendría tropa de asalto o de ataque; qué había anunciado y predicado el cura, etc. Más tarde apareció un pelotón de gente. Se acercaron luego marchando perfectamente, saludaron respetuosamente al sacerdote, y, a una señal de quien los comandaba, se repartieron en todas direcciones. A una distancia mayor estaban ya los retenes.

Cuando el cura terminaba la última tanda de bautismos, se oyó de repente una gritería de la retaguardia que se acercaba a caballo: ¡Viva el cura! Y todo el mundo contestó con entusiasmo desbordante. La caballería llegó y se abrió en dos filas y los vivas se multiplicaron cuando el jefe hizo su entrada por en medio de sus hombres. Bajó de su cabalgadura y fue a saludar al sacerdote con muestras de entusiasmo y respeto. Luego se volvió a su tropa y gritó: ¡Viva la Religión Católica! ¡Viva Colombia libre!

La respuesta a estos vivas fue verdaderamente atronadora. Era un grito de libertad en la entrada misma de aquellas altaneras montañas, teatro digno de la contraviolencia. El jefe guerrillero Aníbal Pineda se dirigió de nuevo al sacerdote y le dijo a modo de saludo: "Dios le pague, Padre, porque se acordó que nosotros también somos hijos de Dios y tenemos alma. No crea que estamos

aquí porque somos malos o anticristianos, sino porque teníamos que salvar nuestras vidas y las de miles de campesinos liberales y conservadores que se han refugiado en estas montañas en busca de libertad para vivir y trabajar. Va a darse cuenta de muchas cosas que nadie cree, pues de nosotros se dicen horrores que no corresponden a la realidad".

Mientras se organizaba la continuación del viaje hacia Armenia todo fue bulla, entusiasmo y animación. A eso del mediodía se dispuso la salida. Por mala suerte, al pasar un desfiladero, ya entrada la noche, el que llevaba la maleta con los vasos sagrados, ornamentos y demás, se vio en peligro y ésta rodó hasta el río. Cuando muy adelante el capitán Pineda se enteró de lo ocurrido, dispuso que regresara una comisión en busca de lo perdido. La maleta se había abierto al rodar y no fue posible encontrar nada...

¡Coincidencia misteriosa! Aquellas cosas santas, el Crucifijo y demás, fueron arrastradas por el turbio caudal de aquellas aguas, de charco en charco y de piedra en piedra, desde aquellas montañas hasta las vertientes del río Cañasgordas, Uramita, Dabeiba, Chigorodó... hasta el mar... Eran los mismos tumbos y las mismas ondas caudalosas que habían arrastrado y seguirían arrastrando tantos centenares de cadáveres sin una bendición, sin una cruz. Se les había negado el signo de la bendición y un pedazo de tierra bendecida y ahora estas cosas santas habían querido sepultarse en ese mismo cementerio de aguas, de arenas y de piedras, para que quedaran bendecidos aquellos raudales de aguas enturbiadas de odio y de venganza...

En Armenia los esperaba don Germán Manco con varias reses descuartizadas y todo lo necesario para atender la tropa y la concurrencia, pues era el lugar donde habría de

celebrarse la segunda Misa de la correría. Pero he aquí que al llegar se encontraron con una sensible y deplorable tragedia que puso nota de duelo a la fiesta. Aquella mañana el hijo mayor del anfitrión, de unos 15 años de edad, al correr tras una vaca, se había caído, con tan mala suerte que se le salió el machete de la vaina y fue a enterrársele en el bajo vientre hacia la ingle, causándole la muerte cinco minutos después. El sacerdote fue recibido como un consuelo para la atribulada familia, pero no teniendo ya con qué celebrar los santos misterios, a la mañana siguiente, un peón fue hasta el pueblo por lo necesario para tal fin. Los guerrilleros y la población civil acompañaron el cadáver aquella noche.

Antes del mediodía llegó lo necesario para la Misa e inmediatamente se hizo el sepelio. Aunque faltaban muchas gentes de más apartadas regiones o que esperaban en otros lugares la visita del cura, la concurrencia fue inmensa. Por primera vez se tenían los santos ritos en aquellos lugares y el fervor y recogimiento de las gentes sobrepasaron todo límite imaginable. Al sonar la campanilla de la elevación, más de 300 guerrilleros y toda la multitud cayeron en tierra para adorar la Santa Eucaristía. Quedaba desbaratado el chisme de la irreligiosidad de aquellas gentes, y Dios aceptaba el heroico sacrificio de su sacerdote y la adoración de aquellas almas abandonadas.

Varias tandas de bautizos coparon el resto de aquel día. Por la tarde el clérigo debería continuar hacia Camparrusia a instancia de los jefes de la guerrilla. El sacerdote se había captado la confianza y veneración de todos, y el campo de su acción ministerial aparecía en todo su esplendor. Todos lo consultaban y acudían a él en busca de consejo. La mayoría querían contarle sus desgracias y la tragedia que los había obligado a refugiarse en los montes.

En el camino hacia Camparrusia, a donde habían llegado a eso de las seis de la tarde, le habían contado los horrores de la situación en que vivían, perseguidos y sitiados por todas partes. Todos eran resentidos y estaban sedientos de venganza. Al escuchar sus quejas y sus cuitas había que concederles la razón en muchas cosas para exigirles el sacrificio de olvidar y perdonar.

—¿Cómo quiere usted, Padre, que yo perdone lo que hizo ese sargentón de la policía de Urama con mi hermana Ofelia, dijo enrojecido un muchacho Higuita, si no fue sólo las ofensas y la violación carnal, sino los ultrajes y persecuciones a mi anciano padre y a todos nosotros?

—Quién sabe qué harían ustedes, dijo el clérigo bregando a disimular.

—Qué íbamos a hacer, Padre. Pregunte en cualquier parte quién era Rosendo Higuita y cómo atendía y ayudaba a las autoridades. En casa se les preparaba y daba alimentación a todos esos chulavitas sanguinarios; las bestias las tenían siempre a la orden para sus comisiones a matar campesinos y a quemarles las trojes y viviendas. En la tienda se les daba cuanto pedían, inclusive dinero y trago el que se tragaban esos malparidos.

—¿Y qué hubo del viejo?

—Perdió la cabeza, y vea allá arriba la montaña donde se refugió en un ranchito de hojas de tobo y allí se nos murió de pena moral.

—¿Y no le llevaron el sacerdote?

—Él mismo mandó por el cura de Juntas de Uramita, pero el Mono Serna y la policía se enteraron y no lo dejaron venir.

—Pero eso fue flojera del Padre Blandón.

—No, Padre. Ese cura es muy macho, pero ahí nada hubiera podido hacer, pues esos malditos lo iban a matar para luego decir que habíamos sido nosotros. Él insistió en venirse por vías extraviadas, pero los dos que habíamos mandado a traerlo se enteraron de todo y le dijeron que esperara a que fuéramos por él al amparo de la guerrilla.

—¿Y qué pasó?

—Que el viejo murió al otro día.

De modo semejante le hablaban todos. A éste le habían matado la esposa en estado de gravidez, abriéndole el vientre para sacarle la criatura que murió ante las miradas y los gritos de la pobre mujer. Aquél vio arder todo cuanto tenía, habiendo escapado al ataque nocturno sólo por milagro. Ese vio castrar a su hijo mayor, cogido en la sementera y pasado de lado a lado con el regatón, lo dejaron muerto como en un trapecio entre dos rocas. Al otro le habían matado la esposa y le habían robado una hija de 16 años, le prendieron fuego al rancho y nada se volvió a saber de la muchacha.

He aquí por qué todos aquellos hombres se habían venido al monte ardidos de venganza y resueltos a morirse. ¿Quién podrá negar que tenían razón y que no podían hacer otra cosa? Sin embargo, todos en general estaban hastiados de esa vida, y le dijeron al sacerdote que sólo esperaban que el gobierno les diera garantías para vivir y trabajar, y se saldrían del monte.

—La única esperanza, Padre, es que el ejército llegue a tomar el poder, dijo un sargento de la guerrilla.

—De aquí a que eso ocurra, contestó otro, ya los soldados se habrán dañado, pues hay unos que ni para qué.

El mismo jefe de la guerrilla tuvo confidencias muy significativas, pues estaba ya cansado de aquella larga e

infructuosa lucha. Aquel campo no podía ser mejor para el apostolado, pero nada podía hacer un pobre cura solo, sin protección oficial siquiera y abrumado por la incomprensión y las críticas de los que todo lo ven con criterio de politiquería y sectarismo.

Aquella noche hubo salve, Rosario y sermón. El sueño llegó muy tarde y se los fue llevando a todos hacia los rincones. La guerrilla se entregó al descanso y se relevaron los retenes. El sacerdote estuvo hablando hasta muy tarde con algunos y luego se puso a meditar en todo aquello que había oído y que veía.

Por la mañana se confesó mucha gente para comulgar en la Misa. Hubo predicación catequética, después algunos bautismos y visita a algunos enfermos. Para todos hubo escapularios y medallas que se colgaban al cuello o guardaban en el bolsillo izquierdo de la camisa. Las gentes y los guerrilleros acudieron con sus limosnas y algunos estipendios para misas y responsos. El capitán trajo una limosna especial para misas por las almas de los guerrilleros caídos.

Al filo del día el sacerdote comenzó a preparar el regreso. Las gentes exteriorizaban su agradecimiento y su tristeza al ver partir tan pronto al sacerdote, pidiéndole que regresara muy pronto a una visita más larga. Así se les prometió.

A eso de la medianoche regresó el Padre Jiménez a Urama de su primera gira misional por la apartada y peligrosa región. Aquí lo esperaban la admiración de unos y la crítica farisaica de otros, todo lo cual sólo le sirvió de estímulo para el cumplimiento de sus deberes pastorales.

CAPÍTULO VIII

¡ES MÁS PECADO DEJARSE MATAR!

Los militares en asocio de algunos vecinos y con la ayuda del sacerdote lograron por aquellos días el regreso de muchas familias al pueblo y se preocuparon por la pacificación. Éste logró además que los guerrilleros se retiraran y dirigió su atención luego a la educación, pues eran muchos los niños que estaban sin escuela. Con tal motivo se presentó a la Dirección de Educación a pedir maestros para 1952, y fue atendido por el visitador de la zona, quien le dijo:

—Padre, nuestra intención es conservatizar el magisterio íntegramente y ningún maestro conservador quiere ir allá.

—Es que allá mismo hay elementos que pueden servirnos, señor visitador, y creo que son gente que se puede controlar.

—Padre, se le contestó, mientras no nos conste que son de la plena confianza del gobierno, no nos sirven.

Y así se obstaculizó este patriótico esfuerzo del cura, lo mismo que otras de sus iniciativas. Por aquellos días la Cañada Adentro era un reducto de gente armada y estaban atrincherados con alambradas, respaldados por un retén de policía, y mantenían el pánico en la región. Con el fin de refrenarlos y de impedirles siguieran cometiendo abusos y crímenes, el Sargento Cordero procedió a desarmarlos y

logró llegar hasta allá y quitarles gran cantidad de armas de fuego. Esto bastó para que lo acusaran los politicones sectarios de Cañasgordas, Urama y Dabeiba.

Por exigencias del directorio conservador fue removido y relevado casi todo el personal militar para enviar una comisión mixta de soldados y policía, lo que equivalía a poner al gato y al ratón a cuidar el queso, y esta fue la señal para que la situación tornara a dañarse. Fue entonces cuando se perfiló el odio de la guerrilla a la policía y su respeto a los militares, pues en los encuentros, siempre hacían blanco en los guardias, así fueran en medio de soldados.

Varias veces más visitó el cura Jiménez las regiones ocupadas por la guerrilla, llevando el consuelo a los afligidos, la resignación a los perseguidos, calmando los rencores y sosegando los ánimos. En cada visita eran abundantes los frutos espirituales de su apostolado. Esta actitud valerosa y caritativa le suscitó grandes críticas y muchos enemigos, sobre todo en el mismo clero.

* * *

Con datos de un guerrillero a quien entrevisté varias veces en el centro de rehabilitación en Medellín, voy a dar una vuelta a varias guarniciones de la guerrilla por Antasales, Galilea, Lanas, Puerto Fuerte, Guapo, La Unión y lugares intermedios, siguiendo precisamente una correría misional del cura Jiménez, en la que el sacerdote sacó mucho fruto espiritual, según los apuntes de mi informante.

En efecto, hizo el aviso desde el púlpito y pidió oraciones por el éxito espiritual de tan penosa y larga gira, previniendo las críticas. El comandante Pineda le envió dos distinguidos como guías y hombres de confianza para pasar

por diversos subcomandos de la guerrilla, algunos formados por grupos de indios en armas. El cura salió solo en busca de El Jilguero, punto donde debía encontrarse, con los baquianos, pero como no sabía el camino, se extravió en medio de un fuerte aguacero. Como no apareciera a la hora indicada, los prácticos salieron en su busca, y al caer la tarde lo encontraron, fatigado, mojado y hambriento. En el primer arroyo tomaron agua con panela y buscaron salida a un camino.

Tenían que hacer la jornada hasta Antasales, pero la noche se les vino encima. No obstante, como la lluvia había amainado, decidieron seguir. A eso de las ocho llegaron a un ranchito donde una vieja los esperaba, comieron y continuaron el viaje. Antes de medianoche llegaron a Antasales y al terminar la cena, un guerrillero se acercó al cura con una ponchera con agua caliente y le lavó los pies con respeto y delicadeza. Rendido de cansancio, el cura se tendió luego en una estera y se durmió así como estaba.

Como este punto ya había sido visitado, la Misa debía celebrarse en un rancherío vecino, llamado El Inglés, y hacia allá partieron muy temprano. Hubo matrimonios, confesiones y predicación y luego algunos bautismos.

Aquí todo el mundo llamaba al cura con el epíteto de "hermanito", lo cual se debe a que en 1946, estando los célebres Padres Vásquez, Pedro en Urama y Julio Martín en Juntas de Uramita, apareció por estos contornos un personaje típico de hábito talar y barba muy crecida que se decía enviado de Dios a predicar una penitencia rigurosa, y todo el mundo le decía "hermanito", y así se dejaba llamar él. Eran tantas y tan apremiantes las prédicas que la gente ni trabajaba por estarlo oyendo y los estaba haciendo morir de hambre por los rigurosos ayunos. De tal modo influyó en la credulidad campesina e ignorante que las gentes

hacían lo que él decía y todavía hoy no se puede hablar mal de él.

Una orden de captura puso fin a sus predicaciones penitenciales y algunos días más tarde, al pasar por Juntas de Uramita hacia las colonias penales de Antadó, le decía a la gente: "A nosotros nos persiguen y calumnian, pero hay que seguir adelante".

—Cómo no, hermanito, le contestó Jesús Gutiérrez. ¿No ve? Ahí va usted adelante, para las colonias.

Sobre este personaje se cuentan todavía muchas cosas y parece que hasta milagros les hizo a las viejas. Nadie supo de dónde venía ni para dónde iba. Exigía penitencias extravagantes y hacía ayunar hasta a los niños de pecho. En todo caso, en El Inglés no se puede decir nada del "hermanito", y el cura se sintió coartado para todo.

Quien llega a este lugar se encuentra con otro personaje famoso en la región: un curandero o hechicero. El cura se hizo su amigo pero no pudo obtener que se confesara. Eso sí, le recitó todo su repertorio de oraciones y le describió sus ritos para curar enfermedades, mordidos de culebras venenosas, para sacar gusanos a los animales, para enamorar, para componer fracturas o dislocaciones, etc.

Al caer la tarde siguieron hacia Villanueva, lugar intermedio antes de Galilea a donde llegaron calados por una fuerte lluvia y donde fueron muy bien atendidos. La población se compone de campesinos e indígenas sencillos y buenos. Había música y buenos retenes de defensa y por lo tanto hubo fiesta.

En todas partes el cura encontraba mucho trabajo y buena acogida. Allí hizo varios bautismos y preparó varias parejas para leerles la epístola de San Pablo. Al seguir hacia Galilea se pasa por el río Gualí, célebre por la pureza y transparencia de sus aguas.

En todos estos caseríos la gente vivía miedosa y prevenida en espera de las terribles comisiones de orden público, que por allá llamaban algunos, comisiones de orden "pútico", y en las capitales, comisiones "de paz". Por eso en cada lugar había una cuadrilla al menos para el caso de tener que defenderse, y no faltaban espías y retenes. Ver un uniforme de policía era como ver al diablo en calzoncillos. Por desgracia, pero con alguna razón, sentían algo semejante al ver un cura. Por eso, de lugar en lugar, se avisaban que iba un Padrecito pero que no era de los que andaban con la policía y mandaban matar. Que era bueno como el cura Gaviria de Dabeiba o como el curita de Juntas. Con esto ya las gentes sabían a qué atenerse y venían a pedirle un escapulario, a que les diera la bendición, a que les cristianara un "pelao", etc.

Al otro lado del Gualí estaba una vieja lavando en un charco y al ver al cura que iba adelante, salió corriendo asustada y por un barranco pasó hacia un rancho de cerca del camino. Entonces aquél se detuvo más allá a ver qué pasaba.

—¿Qué te pasa, Juana, que venís desencajada del susto y como juyéndole al enemigo malo?, dijo la que estaba en el rancho al verla entrar corriendo a cerrar las tablas que servían de puerta.

—Chito, comaire, quiay viene un cura que se las boga, y de segurito, mija, que puay trae la polecía paque nos rematen, repuso Juana.

—Virgen la del Carmen, mija, y ese jogón que tá jumiando tanto...

—Vigiá vos, ole, que tenes güenos ojos, pa que viás que del Gualí pacá viene gente, y el cura se aguaitó puayá alante, agregó Juana.

—Vé, mija, y trairá carabina comuel de Cestillal, que no le jalta?

—Yo nian vide, comaire, pes jue tánto el susto...

—Pero en el ontualito no hemos oío tiros, ¿verdá, Juana? . . .

—Vigiá, ole, que puayá asoma gente conocia...

—¡Ay!... comaire! Si son el Pichiguí y el Pavo Negro...

—Gente amiga; los ayuantes del capi... Corramos paque los saluemos.

Y las dos viejas salieron al paso de los viajeros y llegaron hasta donde estaba el cura y le pidieron la bendición. Él las invitó para que fueran a la Misa en Lanas con las gentecitas que subirían con niños para bautizar, pues ya era tarde y no se detendrían en Galilea, más que lo suficiente para saludar a las gentes de paso. Allí se les juntaron los jefes y algunos guerrilleros locales.

En El Páramo, cerca de Urama, la cabalgadura que traía el cura no pudo pasar el peligroso y caudaloso río, por lo cual el mayordomo de los señores Mora le había prestado una mula fuerte. La devolvió de El Inglés y aceptó un caballo. Se adelantó a todo correr y logró llegar a los alrededores de Lanas a eso de las seis de la tarde, mientras sus compañeros se demoraron casi hasta la medianoche. Al verlo ir un grupo de indios armados le salieron al encuentro y el jefe le preguntó que si él era un Padre que les había recomendado el cura de Dabeiba. Al asegurarse de que sí era, lo saludaron muy afectuosos y comenzaron a guiarlo por el laberinto de la entrada.

Lanas es un rancherío indígena, cuyo personal usa paruma y tatuajes, pero civilizados al contacto con varios elementos del interior. Es el punto más estratégico de la región y nadie llega allá sin guía. El sendero se pierde en el río largo rato para seguir luego una trocha que vuelve a caer a un recodo del mismo río. Sigue luego en dirección inversa hasta otra trocha que retorna al río y da paso hacia los primeros ranchos. Lanas tiene su nombre de una quebrada que cae al río Antasales o Rioverde; éste sigue hacia el Sinú, pero antes de su desembocadura se llama Esmeralda, gracias a la belleza glauca de sus ondas, enmarcadas en una regia policromía de paisajes playeros, inundados de sol y de trinos.

Hasta este regazo oculto de la encantada selva sinuana, perdido en un laberinto inaccesible de caños, playones, matojos y pastizales, imaginado sólo por los frutos agrícolas, ganaderos y de pesca que de allí salían, hasta ese rancherío escondido pretendieron llegar las comisiones asesinas y destructoras. Pero la naturaleza defendía a sus hijos y no pudieron llegar, habiendo perdido sí armas y hombres en una emboscada de las aguas, al vadear el río. La Patria misma se defendía de sus malos hijos.

A la llegada del cura se reunió la gente, vinieron los músicos y se armó la grande. Por lo cenagoso e inundable del terreno, así como por evitar serpientes y otras alimañas, las casuchas se construyen sobre un piso de madera a modo de zarzo básico. En uno de éstos, bien espacioso, se reunió el vecindario. Todos contestaron en coro el Santo Rosario y escucharon luego la plática catequística. Siguió la animación y el entusiasmo que luego se convirtió en típica fiesta costeña al son de cangilones, tambores y música chilloná. En uno de los extremos angulares le habían arreglado al sacerdote un camastro sobre la plena superficie para que durmiera al compás de aquel aquelarre, bien mecido y mejor arrullado.

* * *

Mientras el sueño lo rendía, el sacerdote sostuvo un diálogo muy animado e interesante con el jefe de la guerrilla de Galilea. La principal acción la habían librado contra una comisión de soldados y policías, amén de los civiles armados que no faltaban. Tenían refuerzos de Camparrusia al mando del cabo Manuel Giraldo. El encuentro fue frente a frente, con el río Antasales de por medio. Se trataba de impedir el paso de la comisión hacia territorios de la guerrilla. A la defensiva se trataba de impedir que les atacaran posiciones claves y para eso había que pelearse el puente. La guerrilla organizó la resistencia por escalones, presentando el menor blanco posible, al amparo de árboles y rocas, hasta derribar el puente mismo. El enemigo tenía armas de largo alcance y esto hizo más difícil la operación.

Los dos cuerpos de combate se tenían miedo, pero la guerrilla tenía a su favor el conocimiento del terreno, aunque la comisión estaba ya casi en el extremo del puente. La policía se mantuvo a retaguardia, pero nada le valió, pues la avanzada de la guerrilla logró cubrir en campo de tiro todo el puente.

Mientras todo esto ocurría, manteniendo los cuerpos combatientes un estado de tensión, un segundo cuerpo de guerrilla logró vadear el río a media legua de distancia, pudiendo atacar la retaguardia al tiempo que se ordenaba fuego contra los atacantes del puente. El enemigo se desmoralizó y en toda forma perdieron hombres, equipo y armas, sin ningún perjuicio para la guerrilla que ni tuvo necesidad de tumbar el puente.

—Yo quiero, Padre, que Ud. me regale un trozo de cirio para alumbrar la Virgen del Carmen, dijo el guerrillero en amistosa conversación, después de contar el episodio anterior.

—¿Y tú tienes devoción a la Virgen del Carmen?

—Todos le tenemos gran devoción, Padre. Es la única esperanza de salvación que nos anima. Mire, Padre, el escapulario y fíjese y verá que todos lo llevamos. En el cuartel tenemos la imagen de la Virgen y le pido el cirio para alumbrarla.

—Bueno, hombre, pero la devoción a la Virgen y al escapulario exige vivir cristianamente, de otro modo no sirve para nada.

—Yo por mi parte, Padre, he luchado siempre por vivir bien y, precisamente, necesito que me case. Nosotros no somos tan malos como se dice. Si viera con cuánto gusto y buena voluntad me ayudaron todos los vecinos para comprar el altar portátil que tenemos y las demás cosas de iglesia que hay aquí. ¿Y sabe por qué hicimos esto? Porque hace algunos años, en el puente ese del ataque que acabo de contarle, o mejor, más abajo, el Padre Pedro José Vásquez quiso pasar a caballo tobando las cabalgaduras, pues a todos les dio miedo del puente que eran sólo unas guaduas. Y ocurrió que se los arrastró el río y los ornamentos, altar y demás se le ahogaron, dando gracias que el Padre y unas Hermanas que lo acompañaban no perecieron, aunque sí se vieron en peligro. Nos tuvo que dejar sin Misa y vestirse con ropa de la nuestra, y entonces nos propusimos comprar todo lo del culto, para que el sacerdote encuentre siempre con qué decirnos la Santa Misa. ¿No ve, Padre, qué tan buena es esta gente?

Por lo demás, yo creo que defendernos de los que vienen a hacernos mal sin motivo ninguno, no puede ser pecado. Nosotros no le hacemos mal a nadie, antes defendemos los vecinos y les ayudamos. Yo opino, Padre, que si es pecado matarse uno mismo, es más pecado dejarse uno matar... sin más ni más.

—Tienes hasta razón, viejo, dijo el cura. Mañana te regalo un cirio entero y seguimos hablando. Voy a ver si descanso un poco. Hasta mañana y que la Virgen te acompañe.

—Hasta mañana, Padre. Que tenga buena noche.

* * *

A eso de las cuatro de la mañana el cura estaba en pie, pues el calor era sofocante. La luna estaba en todo su esplendor, un poco caída hacia el horizonte, y había una brisa suave. En esos momentos un grupo de hombres, casi todos indígenas, se disponían a salir a pescar. El Padre quiso acompañarlos y salió con ellos. Desde la balsa, suavemente mecida al amor de la corriente o detenida en determinados puntos por medio de palancas, los hombres recogían hábilmente el chinchorro en su antebrazo derecho y con un movimiento maestro lo arrojaban para hacerlo caer completamente desplegado sobre las aguas. Lentamente lo volvían a recoger lleno de peces que otros iban depositando en sus catabres. Una, dos, cinco veces se repitió la maniobra con buen fruto, y los pescadores, con ayuda de palancas, retrocedieron la balsa.

Comenzaba a amanecer y en los matorrales comenzaba también una fiesta de trinos y una algarabía de patos. Se habían borrado las siluetas informes de los matojos, y la luna cedía ante la luz de la mañana. Una nube franjada de garzas apareció de un lado y siguió el curso del río hasta perderse en el lejano paisaje de verdura. Los pescadores saltaron a la playa y aseguraron la balsa con una palanca. En animada charla con el cura fueron regresando, cargando a la espalda los catabres repletos, mientras el día se adueñaba del panorama y lo inundaba de luz.

Entre tanto otros habían preparado el altar para la Sta. Misa. Después de ésta se hicieron algunos bautismos y se organizó la continuación del viaje por una senda primitiva y selvática hasta Puerto Fuerte. Devolvió hacia El Inglés la cabalgadura cansada y aceptó otra nueva. El camino era tan difícil que mucha parte había que hacerla a pie. En una de estas ocasiones, habiéndose adelantado el cura, mientras los demás conducían las bestias, se encontró de buenas a primeras con una enorme mapaná equis que iba a cruzar el camino, pero al sentir al caminante, se detuvo y se le cuadró de frente en toda la mitad. Pronto llegó la comitiva y uno de los primeros la partió de un machetazo.

En Puerto Fuerte encontró mucha gente refugiada de toda la región, inclusive de los vecindarios de la carretera al mar. Hubo bautismos, Misa y demás. La guerrilla del lugar, dependiente del comando de Camparrusia como todas las otras de estos lugares, estaba al mando de Sergio David y tenía más de 200 hombres bien armados. Las armas las habían comprado en Mutatá a los agentes mismos del gobierno.

Unos días después se dispusieron a seguir el viaje por caminos peores que los recorridos, por selvas llenas de fieras y peligros. En tiempo normal se llegaba a Guapo en una jornada, pero el cura dispuso avanzar sólo hasta una finca intermedia. De allí partió al día siguiente a eso de las cuatro de la madrugada y llego a Guapo a las 11 del día para celebrar luego. Era el lugar de la guerrilla donde peor hablaban del capitán Arturo Rodríguez por su carácter cruel y despótico.

De ahí siguió hacia La Unión por el Sinú navegando en canoa por pasos verdaderamente peligrosos por la corriente y las palizadas. Este fue uno de los tramos más pintorescos de la correría, pues las riberas del Sinú ofrecen toda una

gama de bellezas y paisajes. La estadía allí fue de tres días con mucho fruto espiritual, especialmente por los bautismos de gentes mayores de 21 años. Todavía el día en que iban a salir hicieron demorar al cura mientras llegaban con unos quince niños de las regiones de El Tigre.

De La Unión volvió a Villanueva para presenciar algunos matrimonios. Allí se despidió de los que le habían servido de baquianos, prestándole toda clase de servicios, y regresó a Urama.

CAPÍTULO IX

ESTE ERA ANÍBAL PINEDA

El 25 de agosto de 1950 había llegado Aníbal Pineda a Urama. Venía de las guerrillas del Valle del Cauca y había visitado el comando de Pavón. Había platicado largamente con el comandante general de las guerrillas de Antioquia, mayor Juan de Jesús Franco, y se habían comunicado sus experiencias y proyectos. Se le había ofrecido el comando regional de Camparrusia y de la carretera al mar, pues Arturo Rodríguez tenía estas guerrillas en crisis y decadencia por su despotismo y malos procederes. Nadie más aconsejado para reemplazarlo, gracias a su ascendiente y notables cualidades, que Aníbal Pineda.

Era en efecto un tipo simpático y atrayente, de tez blanca, casi rubio, y tenía a la sazón unos 32 años. Era de estatura regular, no muy robusto, de elegancia y buenas maneras. Sus ojos eran inquietos, pequeños y penetrantes, con ciertos dejos de piedad y de tristeza. Su conversación era ilustrada, franca y amena. Sus movimientos vivos y decididos, dominados a veces por graves y hondas preocupaciones que revelaban un volcán interior.

Era originario de Urama y allí vivía su familia que tenía además una finca en los alrededores llamada Los Cocos. Después de una niñez de muchacho sobresaliente y de ascendiente entre sus coetáneos, había perdido a su padre

y a los 14 años se había dado a recorrer. En una reyerta pueblerina había perdido el índice de la mano derecha, a pesar de lo cual era extraordinariamente hábil para el tiple, único amigo y confidente de sus amores e intimidades. Su carácter franco y atrayente le abría todas las puertas, formándose una cultura más o menos suficiente para defenderse de la vida honradamente en cualquier medio. Por lo demás se ganaba la vida fácilmente gracias a su habilidad y amor al trabajo. Como músico era invitado de toda reunión popular y le sobraban amigos y amigas.

Después de recorrer por muchas regiones del país en vía de observación, hacía algunos años que estaba en las del Valle del Cauca y por allá lo sorprendió la violencia, precisamente en un vecindario de Ceilán. Allí tuvo un lío amoroso con Antonio Gallardo por rivalidades en el corazón de Marcela, a quien Aníbal llamaba "Chelita". Antonio triunfó y Aníbal lo acompañó en sus bodas. De ahí en adelante fueron amigos casi íntimos, pues ambos se unían en su amor a la libertad y a la justicia que comenzaban a desaparecer en aquellas regiones, así como en los Santanderes, en Boyacá y en el Tolima. Varias veces había venido a visitar a su familia y con alguna frecuencia recibía cartas y noticias de su tierra.

Los días de elecciones era simple votante, pero defendía sus ideas políticas con apasionado ardor. Leía mucho y conocía la historia de los comuneros y de Galán. En su valija tenía algunos libros de toda clase, entre ellos, Memorias de un revolucionario, Un radical en la Cámara, La sombra de Núñez y los asesinos de América, El cadalso o la pena de muerte en Colombia, etc.

En Dovio trabó amistad política con Gabriel González, echado de Andalucía por el famoso "Vampiro" y sus secuaces. Largamente discutieron la situación alarmante

que estaba viviendo el país, especialmente en las regiones vecinas de Salónica, Restrepo, Tuluá, Andinápolis, Fenicia y otros lugares. Como hombres del pueblo, idealistas y patriotas, comprendieron la gravedad de la situación y se sintieron inconformes con la persecución gubernista, aumentándose su amor a la Patria, porque ellos eran la Patria.

Aníbal tenía negocios y amistad con un comerciante ecuatoriano de nombre Carlos Mejía, y la trágica muerte de este amigo le causó profunda indignación. De la hacienda Calabazas, este señor fue mandado sacar en 1949 en unión de Alfonso Ramírez y de un señor Páez, que por fortuna no se encontraba ahí, por orden del inspector de policía de Fenicia. Para cumplir esta misión envió un grupo de forajidos, disfrazados de soldados, los sacaron al camino y los ultimaron a bala por narices, boca y oídos.

Esto y la masacre e incendio de Ceilán no era, ni pena de muerte porque no había ni causa ni ley, pero ni siquiera se trataba de guerra civil. Aquello era violencia oficial y había que oponerle la contraviolencia. Ante la trágica muerte de varios amigos, entre los cuales estaban Mejía, Gallardo[1] y Marcela, Aníbal se puso pensativo y profundamente resentido. Ya Aníbal y sus compañeros sabían que en contra de los "pájaros azules", se había organizado una guerrilla en La Hondura y sus vecindarios al mando de Jesús Emilio Arenas, y decidieron integrarse a ella para salvar la vida y vengar los atropellos que por doquiera se estaban cometiendo.

---

[1] Hay aquí un error, pues sabemos que Antonio Gallardo no murió en el ataque a Ceilán, y que Marcela murió después en el ataque a la Casa Liberal de Cali. — N. del A.

Aníbal por su parte pensó en su pueblo y en los suyos, y sintió deseos de venirse a su tierra. Resolvió sin embargo seguir a sus amigos para observar métodos y sistemas, aprender tácticas y estrategia, y con ellos se fue al monte y se puso a órdenes del comandante Arenas. Fue bien recibido y pronto fueron notadas sus dotes de valor y mando. Se distinguió por su bravura en los encuentros que le tocaron y se ganó el aprecio y estimación de todos.

Comandando un día la patrulla de exploración con cuatro compañeros halló al pie de sendos árboles chamuscados, cuatro esqueletos en la misma situación, descarnados por los gallinazos. A un lado había botellas con residuos de gasolina y junto a los esqueletos, con huesos fracturados, halló tres hebillas de correa y un cierre, unido todavía a un borde requemado de seda gris. Por lo visto, los muertos habían sido tres hombres y una mujer. Ordenó hacer rápidamente un hoyo para enterrar aquellos restos. Después puso una cruz y juntos juraron por ella luchar sin miedo y sin descanso hasta obtener el triunfo de la justicia en nuestra Patria, convertida en vorágine de odios y rencores partidistas.

* * *

En unión de otro compañero obtuvo permiso para ir a Cali en busca de correspondencia, noticias y otros asuntos. Para él encontró una carta dirigida a la calle 25, número 4-15 y la leyó inmediatamente. Decía así:

"Dabeiba (Antioquia), junio 11 de 1950.

Señor Aníbal Pineda

Cali.

Querido hermano:

Te saludo en unión de mamá, Julio, Eva y los demás de la familia. Todos estamos bien y ojalá tú lo estés, por bondad de la Santísima Virgen.

Recibimos la tuya del 18 de abril y te la contesto con la dirección indicada. La situación por acá se ha seguido dañando, pues ya no se puede vivir ni trabajar en paz. En Pavón se ha organizado algo parecido a lo que tú cuentas que hay por allá y que se llama guerrilla. La comanda un militar retirado llamado Juan de Jesús Franco, de Medellín. En Murrí y en esta región las gentes se están yendo a los montes, y se han armado grupos al mando de Arturo Rodríguez el de Uramita. Ya han librado algunos combates contra la policía que es la que no deja vivir.

Mamá se puso muy nerviosa y Julio nos trajo para la casa del pueblo y se quedó en la finca con los peones, pero a cualquier momento los matan. La vieja sufre mucho por ti, pensando que ya te habrán matado. Cuéntame qué hubo del juicio que te iban a seguir, pues el secretario me contó que de Cali habían pedido tu partida de bautismo. A mamá no le han contado nada...

No te escribo más, pues te estamos esperando, ya que hace varios años que no vienes. Qué bueno que vinieras para diciembre, antes de que te pase alguna cosa. Acuérdate de mamá y recibe abrazos y saludes de todos. Mañana salgo para Urama con don Luis Botero y otros. Como a Julio le da miedo salir para que no le quiten la cédula y lo aplanchen, me mandó a mí a liquidar el café y a unas compritas.

Adiós. Te abraza tu hermana que desea verte.

Irene".

Cargado de imaginaciones y nostalgias, comenzó a preparar su regreso al cuartel. Habló con varios amigos y copartidarios y comentó las últimas ocurrencias. Dio parte de todo lo que pasaba en el monte y se enteró de muchas cosas y de que en Antioquia ya reinaba la violencia. Al día

siguiente salían sigilosamente de la Casa Liberal de Cali, que a los pocos días fue villanamente atacada por el detectivismo, ante la impavidez de las demás autoridades y con la aquiescencia del gobernador.

Al llegar al cuartel entregó algunas encomiendas y relató cuanto había averiguado, pero siguió retraído y pensativo. Algunos días después llamó al jefe y le comunicó su decisión irrevocable de venirse a su tierra a luchar por la defensa de sus paisanos contra la barbarie reinante. Era a la sazón cabo de la guerrilla y como tal recibió un parte de traslado.

* * *

Al entrar a su tierra fue recibido por la violencia, pues al pasar el Cauca en una pequeña balsa, vio en la orilla contraria un grupo de policías que le gritaron ¡alto! cuando menos lo esperaba. Con su acostumbrada sangre fría, dio un golpe de remo a su primitiva embarcación y se tendió en el piso sin inmutarse y siguió hasta estar fuera de su alcance.

Días más tarde llegaba a Pavón en busca del comandante Franco. Yendo por un camino que se agarraba a la montaña como una arruga en zigzag, oyó de repente un grito de ¡alto! ¡Manos arriba!, y esperó la llegada de tres guerrilleros que saltaron cautelosamente de una peña, uno de los cuales se dio a requisarlo, mientras los otros dos le apuntaban con sus armas.

—Soy cabo de una guerrilla del Valle. Como antioqueño vengo a luchar con ustedes contra la violencia oficial. Porto una pistola y necesito al comandante general de las guerrillas antioqueñas para ponerme a sus órdenes.

—Entrégueme el arma, compañero, le dijo el jefe del retén, y vamos adelante.

Siguieron un camino estratégico y llegaron a otro retén de ocho hombres. El jefe dio parte y siguieron adelante hasta llegar al cabo de una hora al cuartel general. Aníbal Pineda se hizo anunciar y poco rato después se le ordenó pasar ante Juan de Jesús Franco, quien, visto el parte de traslado, lo recibió con especial deferencia y ordenó se le devolviera su pistola.

Después de muchas conferencias amigables, Franco le ofreció a Aníbal el comando de las guerrillas de Camparrusia y de la carretera al mar, pero éste manifestó su propósito de pasar unos días con su familia e ir observando el ambiente mientras tanto. Después iría, según las circunstancias, a ofrecerle simplemente sus servicios al jefe Arturo Rodríguez y le comunicaría a Franco su resolución.

* * *

El sábado 26 de agosto de 1950 se supo en Urama y sus contornos que el día antes había llegado Aníbal, y sus amigos vinieron a saludarlo aquella tarde. Naturalmente fueron atendidos con cerveza y trago, y los compañeros de las tocatas y serenos de otros días trajeron sus instrumentos y se armó la parranda. Los rumores llegaron desde luego al cabo Hincapié de la policía nacional y a los cinco guardias que comandaba. Quisieron hacerse los invitados pero como Aníbal y casi todos los de la reunión eran liberales, pues entrarían a sangre y fuego, si era preciso, con tal de ver quiénes había allí y cuáles eran las parejas para ponerlas en la lista negra de su amoríos.

No habiendo motivo para dañar la fiesta, pues allí nada malo se estaba haciendo, ni viendo modo de entrar a la brava porque eran seis nada más, pasaron y repasaron

varias veces frente a la puerta con ojos envidiosos como gato al pie de la cazuela. No se aguantaron, pues el todo era provocar, y aprovechando cualquier frase trunca que oyeron, en un intermedio, se lanzaron adentro y vaciaron el buche de su vocabulario amenazante y provocativo. Aníbal le pidió al cabo Hincapié que respetaran y los dejaran en paz. Entonces Hincapié se le encaró, le quitó una peinilla y le arrebató el tiple, quebrándoselo encima.

Varios conservadores que allí había intervinieron y la policía se retiró desafiando y amenazando. Aníbal mismo calmó los ánimos pero dijo, lleno de justa indignación: ¡Él me las paga! Ante este incidente vulgar pero muy de moda en aquellos tiempos en que ya no se podía vivir en paz, la reunión se fue disolviendo para evitar desastres, pero siguieron comentarios significativos que tuvieron trascendencia días más tarde. Todo el mundo hablaba de los atropellos que por todas partes cometían los agentes uniformados, y Aníbal comprendió entonces cuál era su destino.

Como buen hijo que era, dedicó los días siguientes a su madre y a la familia, pero observando y tomando nota de todo. Con una lima se fue al subterráneo de la casa y de herraduras viejas fabricó unos balines para una escopeta que le prestaron. Hacia la mitad de la semana, el cabo Hincapié, que se había dedicado a seguirle la pista, tuvo que bajar a Dabeiba a una diligencia para regresar el sábado. Esto me has dicho, pensó Aníbal, y se fue a esperarlo cuando subiera. "Él me las paga", había dicho hacía ocho días, y hoy se las pagaría, pues lo que decía tenía que cumplirse.

Se apostó a esperarlo en cierto punto del camino a unas seis cuadras del pueblo. Cuando el cabo apareció, tomó puntería y le apuntó al omoplato izquierdo. Como el herido

no cayera inmediatamente, siguió tras él, pero vio que a unas cuatro cuadras se desplomaba. Desenfundó la peinilla y se le arrojó encima y le dio un tajo en el rostro que le partió los ojos. Lo despojó de las armas y de la munición y se fue al monte a prepararse para completar su venganza.

* * *

Por aquellos días la guerrilla estaba en un período de crisis violenta por las arbitrariedades y despótica crueldad de Arturo Rodríguez. El grueso de las fuerzas del monte estaba a muchas leguas en Antasales y Urarco. En Camparrusia sólo quedaban algunos retenes y en Galilea estaba el cabo Manuel Giraldo con sólo ocho hombres. Ante tal situación, Aníbal Pineda se dio a formar un cuerpo nuevo, mientras lograba contacto y comunicación con Rodríguez y los subjefes de la guerrilla, pues la muerte del cabo Hincapié había revolucionado la región y había que hacer frente a más de 60 chulavitas que con el nombre de policía rural, acababa de enviar el gobierno.

Se temían trágicas represalias contra el campesinado y las gentes humildes del pueblo, y Aníbal se puso a organizar la defensa en ocho días. Pronto se le agregaron hombres de lucha y los repartió a reclutar armas y compañeros. Les dio instrucciones y los preparó en todo sentido. Con un grupo de mujeres organizó el espionaje y logró hacerse a todos los detalles necesarios para caer sobre Urama.

A los ocho días de la muerte del cabo Hincapié, a eso de las cinco de la mañana, Aníbal Pineda apostó unos cuarenta hombres a las cuatro entradas de Urama. La niebla favoreció el ataque, y el enemigo fue sorprendido. Tres guardias se atrincheraron en el balcón del viejo convento y

los demás, con ayuda de algunos civiles, tomaron posiciones en las esquinas de la plaza. Como estaban en posición se limitaron a la defensiva, sin presentar combate, y así pudieron resistir hasta las 10 de la mañana en que comenzaron a ceder con algunas bajas, entre las cuales estaba Francisco Tobón. La guerrilla no encontró quién le hiciera frente y quiso avanzar hasta sacar al enemigo de sus puestos, pero perdió tres hombres y un civil herido fue sacado por el propio Aníbal hasta un kilómetro, donde murió. Comenzó entonces a replegarse en orden, en una retirada lenta, cubierta por fuego de grases, carabinas y fusiles.

* * *

Partió inmediatamente hacia Cañaverales y se atrincheró a organizarse y a esperar la comisión de rurales. Mientras tanto se le unieron otros grupos y completó 130 hombres. El gobierno lanzó contra ellos cuatro comisiones sucesivas, algunas hasta de 200 hombres, pero no pudieron desalojarlos. En estos ataques las fuerzas del gobierno perdieron 19 hombres y sacaron varios heridos, por un muerto y tres heridos de la guerrilla.

Pocos días más tarde llegó a Cañaverales el cabo Manuel Giraldo y se puso a órdenes de Aníbal con sus hombres. Llegó también Arturo Rodríguez quien, en vista de los méritos de Aníbal, y reconociendo sus desaciertos, puso sus hombres a órdenes de éste. Fue recibido sin embargo como jefe y Aníbal le enseñó una comunicación de Pavón, invitándolo a que lucharan juntos, actuando Aníbal de primero y Arturo de segundo.

Eran ya cerca de 500 hombres y ninguna comisión volvió a atacarlos en Cañaverales. La guerrilla comenzaba a recuperarse de la grave crisis que casi la lleva a la liquidación. Los cuerpos de defensa de los diversos lugares estaban desmoralizados y Camparrusia era prácticamente una posición perdida. La guerrilla aglutinó todos sus efectivos alrededor de Pineda y adquirió una vitalidad nueva y completa. Él le dio personería moral, objetivos concretos y conciencia de lucha, lo mismo que capacidad de resistencia y capacidad combativa.

Dio partes de acciones y de armas al cómando supremo de Pavón y pidió órdenes. De acuerdo con éstas se dedicó con alma y vida a reorganizar y moralizar su tropa. Había que recuperar a Camparrusia y volver a organizar el cuartel regional en Barrancón. Pero antes juzgó necesario visitar los diversos puestos para poner al frente de cada guarnición hombres responsables. Cada una de éstas tendría sus servicios de inteligencia y de espionaje y gentes en armas para defender a los vecinos y darles libertad de vivir y trabajar. Sólo en casos urgentes y necesarios serían llamadas estas guarniciones a reforzar una posición o a repeler un ataque superior. De resto deberían permanecer en sus lugares y mantener allí la tranquilidad.

Se restableció la colonia penal entre Galilea y Antasales y se reglamentaron los delitos y las penas que, conforme a ellos, aplicaría sólo el consejo de guerrilla en el cuartel regional. Con el resto de la guerrilla, que constaba de 200 hombres, regresó a Camparrusia sin que hallara ninguna resistencia, pues, antes al contrario, era llamado por los vecinos que constantemente se veían amenazados y perseguidos. Lo primero que hizo fue poner la gente a trabajar, dándoles seguridad y protección.

* * *

Por aquellos días se presentaron al cuartel algunos reservistas y un desertor, y con ellos se entregó a entrenar

y organizar la tropa. Su disciplina era rígida pero muy efectiva, pues todos lo apreciaban y obedecían. Arturo Rodríguez resolvió irse retirando poco a poco hasta que definitivamente desertó y se vino a la carretera al mar. Ya hemos hablado de su paso hasta Medellín y de su trágica muerte en Girardota donde su cadáver, según informaciones corrientes, fue expuesto y públicamente paseado por calles y plazas antes de ser tirado a un hueco en un muladar.

Aníbal Pineda quedó entonces como único jefe con el título de capitán y dio una organización ejemplar a la guerrilla. Era muy caritativo y tenía dotes de humanidad y cristianismo que resaltaban ante la crueldad e impíos procederes de sus enemigos. Prohibió terminantemente hacer mal a cualquier inocente, aun cuando fuera de política contraria, pues repetía en las instrucciones de campamento: "Nuestros enemigos no son los conservadores sino los criminales y los que hacen el mal contra la Patria y contra el prójimo". De acuerdo con esto, la mayoría de los consejos de guerra que reunía y los castigos severos que imponía personalmente, eran contra quienes abusaban de mujeres, ancianos o niños; contra quienes se dejaban llevar del sectarismo contra conservadores inofensivos que sólo querían trabajar y vivir pacíficamente, al amparo muchas veces de la misma guerrilla. En campaña y en el cuartel prohibía el abuso de las mujeres y la ingestión de bebidas fermentadas. Para lograr la observancia de sus órdenes e impedir la desmoralización de sus hombres tenía un cuerpo policivo y otro de vigilancia secreta.

Lo más admirable en este jefe era el respeto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Stma. Virgen del Carmen, cuyas imágenes veneraba en la parte principal de su cuartel de Barrancón. Llevaba siempre un escapulario grande en el bolsillo izquierdo de la camisa y recomendaba a los soldados que hicieran lo mismo. Siempre que había un enfermo o un herido grave mandaba llamar al cura de Urama, o al de Juntas de Uramita o al de Dabeiba. Les pedía escapularios para su gente y él cargaba además una preciosa medalla de oro que le había regalado el cura de Urama.

De su bolsillo daba auxilio a quienes tenían necesidad, especialmente a la viudas, y mandaba se les dieran provisiones y herramientas de trabajo en el cuartel. Al personal de la guerrilla lo incitaba a luchar sólo por patriotismo y en bien de la Patria, en emocionadas arengas e instrucciones. En la intimidad de su conversación se descubría todo un panorama de nobles ideales de cristiano patriotismo. A pesar de ser un andariego y un luchador, dejaba vislumbrar una gran altura de ideales... Este era Aníbal Pineda...

CAPÍTULO X

En el corazón de la guerrilla

En Urama la vida seguía siendo aparentemente vida de pueblo, pero en el fondo todo estaba preñado de zozobra, de miedos, de rencores y de inseguridad ciudadana. Todo día que amanecía se esperaba algo siniestro y en el subconsciente popular había como la certidumbre de que todos estaban en capilla, condenados a muerte, y quién sabe a qué muerte... Habían muerto tantos y de tan diversas maneras, trágicas y villanas, unos ahorcados, otros mutilados, éstos quemados vivos, aquéllos ahogados, y los más afortunados, al golpe de un disparo...

Al caer la tarde se iban aumentando el temor y la zozobra, y con sobresalto se miraba a las entradas, a los caminos y a las montañas. Los comentarios eran terribles y alarmantes por doquiera. Se temía la amenaza fatal, ya de parte del gobierno, ya de parte de los diversos grupos armados. La vida en los campos era imposible a pesar de que el cura tenía a raya las guerrillas. Reinaban la escasez y el hambre, pues el control de víveres era extremo y nadie se atrevía a salir en busca de lo que la madre tierra pudiera brindar. En estas circunstancias todo el mundo acudía al pobre sacerdote a pedirle su consejo y auxilio, pero él no sabía qué decirles ni tenía con qué socorrerlos.

Las llamadas al campo eran constantes, unas veces a confesar un herido, otras a conjurar un peligro; o le traían un cadáver despedazado o la noticia solamente de los que habían sepultado en cualquier parte o de los que se había llevado el río.

Así pasaron los días finales de 1951, y así comenzó el año siguiente. Un lunes, 17 de marzo de 1952, antes del mediodía, se presentó al sacerdote un individuo de nombre Jesús Tamayo, hijo de Nacianceno Tamayo (a. Cheno), y con cierta reserva le contó que habían asesinado al capitán de la guerrilla, Aníbal Pineda. La noticia le llegó escueta y sin ninguna confirmación, pero el cura se llenó de impresión, ya que él sí sabía los peligros en que vivían todos y cada uno de sus feligreses. En realidad, el informante no era muy para creerle, pues su padre era enemigo de la guerrilla y bien pudiera estarle echando una broma.

En todo caso, había que averiguar con la debida prudencia, y a eso salió. En cinco minutos la noticia fue confirmada por varios, entre ellos por don Luis Botero. Hacia las tres de la tarde llegó un emisario y le dijo:

—¿Cómo le parece, Padre, lo acontecido? ¡El Capi está muerto!

—Lo siento positivamente, pues nos teníamos estimación.

—Usted, Padre, tiene que ayudarnos a dos cosas: a que no nos vayan a quitar el cadáver y a que nos haga el entierro.

—Con mucho gusto, dijo el cura. ¿Y qué han pensado?

—Lo primero fue llamarlo a usted antes de que expirara, pero como estábamos tan lejos, ni a nosotros mismos nos tocó. Ya ve, Padre, el Capi que no dejaba morir a nadie sin llevarle el sacerdote... él sí no pudo esperarlo. Así quiso Dios que fuera. Pero entonces, vaya, háganos el entierro.

—Ya te he dicho que iré con mucho gusto, respondió el clérigo un poco conmovido. Pero ¿a qué horas y dónde piensan sepultarlo?

—Padre, eso ni usted ni yo lo sabemos, pues debemos convenirlo después.

—Bueno, viejito. Vete que yo salgo lo más pronto posible.

El hecho estaba bien confirmado y había que aprovechar la llamada que le hacían, ahora cuando Dios había llamado al jefe de aquellos hombres. De ser posible les haría el entierro, les diría la Santa Misa y les predicaría muy al alma. Se preparó para el viaje, pero por prudencia no quiso llevar ornamentos ni nada hasta averiguar las circunstancias de la tragedia.

A eso de las cinco de la tarde partió y una hora más tarde se acercaba a San Agustín. El paisaje era un embrujo de silencio y de sombra entre la imponencia de las montañas que parecían agigantadas y más hondas las cañadas. El ambiente era como una nebulosa gris transparente que se iba tiñendo de luto. El río rodaba como más ronco y sólo de cuando en vez cruzaban las aves o levantaban, asustadas, el vuelo. El viajero iba apresuradamente por la trocha solitaria como si alguien lo siguiera cerrando detrás una cortina fúnebre. Caminaba en silencio y parecía meditar en el suceso que era como increíble. El sordo y confuso murmullo del río era como el caótico rumor de las incomprensiones y las críticas que ya presentía en labios de sus colegas y de sus enemigos.

En cierto lugar salía el sendero por donde debían pasar o ya habrían pasado con el cadáver. Dio alcance a dos hombres que iban delante, callados y presurosos, como dos sombras arrancadas de aquel ambiente tétrico, y les preguntó:

—¿A qué horas llegarán con el cadáver de Aníbal? ¿O es que no está muerto?

—Eso parece un sueño, Padre. Nosotros nada sabemos pero no hemos podido creer en la trágica noticia.

Todo parecía solo y muerto. A poco los alcanzó un hombre que venía del teatro mismo de los acontecimientos, y sin darle tiempo a que saludara, el Padre le préguntó:

—¿Qué hubo, hombre, de Aníbal?

—Padre, contestó el hombre quitándose el sombrero, aquí atrás vienen con él.

Todos se miraron en silencio y se tragaron los comentarios ante la realidad que se les anunciaba. Hacía rato que habían acortado el paso ya de noche y siguieron despacio para no llegar con tanta anticipación. De ese ambiente de mutismo y oscuridad los sacó la llegada, casi inmediata, del tropel de gentes que venían silenciosas pugnando por cargar la camilla en que venía el cadáver, rodeado de velas y envuelto. El sacerdote y sus compañeros se hicieron a un lado para dar paso a más de 300 hombres que venían callados, como en un rito de silencio, aplastados por la tragedia. Siguieron tras el pelotón, dejando atrás toda una muchedumbre de gentes que lloraban y comentaban en voz baja.

La noche avanzaba, y la gente estaba demasiado impresionada. Cuando hubieron recorrido el kilómetro que todavía los separaba de San Agustín, los jefes se acercaron a preguntar:

—Padre, ¿qué hacemos?

—¡Destápenlo! Quiero convencerme, fue la orden del cura.

Tres de los más aguerridos obedecieron y comenzaron a quitar los encerados y las sábanas en que estaba envuelto. Todos estaban llenos de impresión y él les ayudó. Aquellos rostros requemados por la selva y la intemperie dejaron traslucir el más hondo pesar, y algunas lágrimas rodaron de aquellos ojos que, impasibles, habían visto tantos destrozos de la tragedia y la barbarie.

—Así es la vida del hombre, dijo el cura. Hace apenas ocho días me dijo en este mismo lugar: Padre Jiménez, yo me pienso ausentar. Ya he luchado mucho en bien de estas gentes, y sólo he hallado desengaños. Estoy convencido de la incomprensión del ser humano... Quiero dejar esta vida y confesarme, aunque me tenga que desterrar, pues en Colombia ya no se puede vivir... Hemos luchado por la Patria, y ella no nos da ningún apoyo, ¡antes nos persigue!... Estoy cansado de esta lucha tan infructuosa, tan ineficaz, a pesar de tantos sacrificios y de tan buena voluntad.

Esta conferencia se había grabado en el corazón del levita que abrigaba grandes esperanzas sobre aquella alma. Aníbal en realidad estaba convencido de que nadie comprendía su noble y brava lucha en bien de sus copartidarios y de todas aquellas gentes. Por lógica de los acontecimientos tenía una esperanza, pues repetía constantemente que las Fuerzas Militares tendrían que salvar la Patria, tarde o temprano, rescatándola de ese abismo profundo de sangre y de barbarie para devolverle la paz, la libertad y la justicia. Era un hombre reflexivo y de rectas intenciones que se hacía cargo de la única solución posible a ese impase macabro de llamas y de sangre. El sacerdote había prometido ayudarle con sus consejos y de otros modos, y Aníbal le había prometido a su vez nuevas entrevistas al respecto. Quería retirarse de aquellas montañas y de aquella lucha, pero Dios quiso retirarlo antes a la eternidad... Su muerte misma le dio tiempo de pedir el sacerdote y de dar señales de arrepentimiento.

Cuenta, en efecto, Pachito, quien se acercó al lugar en el preciso momento en que agonizaba, que le oyó dar un grito llamando al Padre.

Allí estaba ahora, inmóvil y yerto, el terrible y valiente guerrillero en las garras implacables de la muerte... Todos alzaron las espermas encendidas y lo miraron detenidamente, desangrado, pálido y rígido.

—¿Y dónde fue la herida?, preguntó el cura.

Por respuesta le señalaron un agujero profundo en uno de los ojos y un tajo de machete que le cruzaba el cuello.

—¡Era un gran luchador! Un hombre que les sirvió a todos y un amigo. Vamos a darle una sepultura lo mejor que se pueda.

Eran las 11 de la noche, y se oyeron de repente algunos tiros cuyo eco repitieron las montañas y se les metió a todos muy adentro. Todos se miraron asustados y hubo algunas órdenes en voz baja.

—Padre, dijo uno de los jefes: a Aníbal le tuvieron mucha gana en vida y es posible que pretendan arrebatárnoslo para exhibirlo como uno de los más grandes trofeos... Pero... ¡Qué va! Es imposible que nos fallen ocho retenes que tenemos en el camino y los que hay en dirección a El Páramo.

—Así es, viejo, contestó el sacerdote para tranquilizarlos.

Con todo y esa seguridad, el cura dio orden de alzar el cadáver y continuar. Fue entonces mayor la emulación de todos por cargar la camilla mortuoria. Partió el grueso de los hombres y el sacerdote se quedó para enviar por los ornamentos y demás, mientras descansaba un poco. Un peón se ofreció para el efecto, pero era preciso pasar a los retenes el aviso de salida y de regreso. Más difícil aún

sería la entrada a Urama para llegar hasta la casa cural, pero todo se dispuso con las debidas precauciones.

Las gentes fueron emprendiendo el camino en pos de los que llevaban el difunto, como en una procesión retardada, pero muchos, sobre todo los jinetes, se quedaron para acompañar al reverendo. Éste cayó rendido y se durmió, pero un rato después lo despertaron para anunciarle que ya el emisario había regresado con todo lo pedido. Mandó alistar la cabalgadura y continuaron el viaje a eso de las cuatro de la mañana. El sacerdote observó con curiosidad y duda que entre el grupo a caballo, iban dos niñas de 10 y 12 años, mal trajeadas y llorando.

—¿Quiénes son esas niñas y para dónde las llevan a estas horas?, dijo con intencionada insistencia.

—Padre, le respondieron, son las hijas del matador de Aníbal.

—¿Y qué piensan hacer con ellas?, recalcó con severidad.

Los que oyeron la pregunta se miraron maliciosamente, por lo cual les agregó:

—Bueno, eso lo arreglaremos después.

Llegados a Camparrusia se preparó el altar y se celebró la Santa Misa. Al terminar hizo una elocuente plática de ocasión, llena de unción y convincente, sobre lo inesperado y terrible de la muerte y lo inevitable de su llegada, haciendo hincapié en la necesidad de vivir preparados para ella. El texto fue: "Vendré como un ladrón y a la hora menos pensada. Vigilad y orad porque no sabéis el día ni la hora" (Mat. XXV-13). El predicador hizo un llamamiento apremiante al corazón y a la conciencia de aquellos hombres para que volvieran al buen camino, renunciando a sus odios, venganzas y rencores, no haciendo mal al prójimo

en ninguna forma, limitándose a la legítima defensa de sus vidas y de sus bienes...

Después de esto la muchedumbre se dedicó a comentarios del insuceso y a lamentos y lloriqueos. Algunos de los principales querían que el cadáver fuera sepultado allí como lugar anónimo y estratégico para que no fuera profanado por los enemigos. La discusión tomó cuerpo y alguien llegó a alegar que esa finca era de un godo. Llamaron entonces al reverendo quien, para dirimir el litigio, dio orden de que fuera sepultado en Armenia, donde estaban los compañeros, y todos asintieron.

* * *

Quedaba por resolver el problema de las niñas, y el sacerdote consultó cómo haría para que se las entregaran, a lo cual contestaron que eso iba a ser difícil. Llamó entonces a El Gato, y éste le aconsejó que llamaran a Manuel Giraldo. De común acuerdo resolvieron llamar a Julio Pineda, hermano del occiso, pues era él quien las había mandado traer. Entonces el reverendo les habló:

—Fíjense cuánto me he interesado por ustedes y cuántos sacrificios por ayudarles. Creo, pues, que tengo derecho a exigirles un favor.

—A la orden, Padre, contestaron todos.

—Les exijo entonces que me entreguen esas dos niñas, pues son inocentes de cuanto ha pasado. Yo las llevaré a Urama y cuidaré de ellas. ¿No han quedado contentos con la villanía que cometieron matándoles la mamá?

El golpe era mortal y tenía fuerza de orden y reprimenda atrevida. Todos se sorprendieron y agacharon la cabeza, pero la extrañeza fue mayor para el hermano del muerto, quien, dando media vuelta, se retiró enojado diciendo:

—¡Está bien! ¡Que se las lleve!

Así se libraron estas dos inocentes de aquellas furias salvajes que querían conservarlas como rehenes o completar en ellas su venganza. Desde entonces el Padre las protegió y al seguir hacia Armenia, las recomendó a doña Pacha, viuda de Manco, cuyo esposo había muerto miserablemente a manos de la policía. Mientras todo esto, los que llevaban el cadáver se habían adelantado mucho, pues iban a prisa ya que comenzaba a corromperse.

Al llegar a Armenia ya lo habían sepultado y estaban apisonándolo. Mientras el cura rezaba los últimos responsos todos lloraban al jefe desaparecido. Conocí entonces lágrimas de guerrillero, y vi que eran más puras y sinceras que muchas que se vierten en la sociedad. Una rústica cruz marcó el sitio donde quedaron aquellos restos, sin inscripción alguna, para que el enemigo no pudiera hallarlos. Como homenaje póstumo al jefe de la guerrilla, Aníbal Pineda, se oyeron luego dos descargas cerradas. A una orden de quien lo reemplazó por el momento, Manuel Giraldo, la tropa organizó el regreso a Camparrusia y las cuadrillas enviadas por las diversas guarniciones partieron a sus puestos.

El levita retrocedió a casa de Germán Manco y allí depositó las niñas para seguir por La Aguada hacia Juntas de Uramita. Llegó a La Llorona donde vivía Moisés Guzmán y su familia, obligados a emigrar de este último pueblo por la persecución del Mono Serna y de la policía. Con varios vecinos se habían visto obligados a organizar una cuadrilla defensiva al mando de un cabo de la guerrilla, hijo de Moisés, de nombre José Gómez. Días antes los había atacado una comisión de 30 policías y algunos civiles de Juntas de Uramita. Cinco hombres que había tomaron posiciones a la defensiva pero vieron que no podían hacer

nada ya que los atacantes eran diez veces más en número y con buenas armas. No hallando resistencia entraron a la casa con los civiles y se llevaron cuanto pudieron: avíos de montar, bestias, provisiones y unos instrumentos de cuerda. Fruto de esto fue un tiple que le regaló el cabo Torres, de la policía nacional, al cura de Juntas para una cantarilla y dos bultos de panela para los pobres.

Al final del saqueo, un policía regresó a ver qué había quedado y se encontró un queso tan tentador como la manzana paradisiaca, pero con tan mala suerte que al salir le dieron un tiro y cayó de espaldas con el queso sobre el pecho. Al oír el disparo, unos de los compañeros salieron corriendo con el botín y otros regresaron por el herido que, más que todo, estaba gravemente asustado. Gracias a los servicios médicos del cura de Juntas, fue preparado para que lo llevaran a Medellín, y nunca más volvió, pues le tenía mucho miedo al miedo.

El Presbítero Jiménez llegó solo hasta Juntas de Uramita. Al día siguiente, después de cumplir el objetivo de su viaje y platicar largamente con el cura Blandón, regresó hasta Armenia y recogió las dos huérfanas para llevarlas a Urama, donde las entregó a su señora madre para que cuidara de ellas, mientras veía qué se disponía.

CAPÍTULO XI

TRAGEDIAS EN EL MONTE

El cuadro que ofrecían aquellas niñas cuando el sacerdote las vio en manos de la guerrilla era lamentable, pues revelaba grandes tragedias y profundo dolor. Eran hijas del asesino de Aníbal Pineda, y Julio, hermano de éste, les había matado la mamá en un paroxismo de cólera y venganza, y luego las había secuestrado.

Todo esto tiene unos detalles pavorosos que no conocen los lectores, pero que vamos a verlos para que así se aprecien más a fondo las incidencias de la vida del monte, no tan trágicas, no obstante, como los crímenes que se cometían en los pueblos y en las ciudades. Allá había desfiladeros que caían a los ríos, y ríos que se llevaban los cadáveres o los tiraban a las playas, pero aquí había carros fantasmas que recogían hombres inocentes de la cárcel de La Ladera para darles el paseo aquel sin regreso, cuando no era fácil enterrarlos en los sótanos del penal o echárselos de abono a las hortalizas que comían los demás presos.

Estas tragedias que vamos a detallar ocurrían en la selva y no en la plaza de Concordia donde se llevaba en fila a los niños de las escuelas para que vieran un cadáver despedazado inicuamente por la barbarie oficial. Y para que no se escandalicen los fariseos ni los "testis fidelis", y digan que mentimos como aquel "testigo fiel", traigamos

del pelo una crítica de las muchas que tenemos. Es de una carta que, traicionando su modo de decir y de pensar, entregó el director de "El Colombiano" de Medellín al exgobernador Arango Ferrer, el viernes 5 de junio de 1953 a las once y media de la mañana, y que dice:

"En agosto de 1952 se conmovió Medellín con la noticia del desaparecimiento de tres ciudadanos, y todos temían que se les hubiera hecho víctimas de un 'paseo' a estilo de los que hacían los comunistas españoles. Había el dato preciso de que uno de ellos había sido sacado de un café central por un agente uniformado. Los cadáveres de los tres sujetos fueron llevados, según todas las noticias circulantes, en una celular, hacia la región de occidente, y arrojados a una de las laderas del río Tonusco. La conciencia pública sindicó desde un principio al agente aludido y a otro compañero. Se inició una investigación que tuvo peripecias inexplicables y se llegó a sindicar, precisamente, a los que señalaba la opinión, pero en lugar de sancionarlos, uno de ellos, que yo sepa, fue enviado por disposición de su señoría con cargo oficial a Puerto Berrío...".

"... El 9 de octubre último (1952) el burgomaestre de aquella ciudad (Antioquia), por conducto del cabo de la policía municipal, dio autorización a la guardia de la cárcel para que entregara a los agentes que los reclamaran cuatro presos o detenidos, presuntos chusmeros liberales. La orden se cumplió en la madrugada del día 10, y una vez recibidos fueron montados en un vehículo y llevados al kilómetro 14 de la carretera al mar, sitio en donde los desmontaron para llevarlos por la variante que conduce al corregimiento de Tonusco-Arriba, hasta llegar a un sitio llamado 'La Cueva', por la que allí existe, donde fueron pasados por las armas y sus cadáveres dejados dentro de socavones...".

El asesino de Aníbal Pineda fue Moisés Guzmán, elemento de ninguna confianza para la guerrilla, pues era un godo tolerado únicamente porque allí se procuraba no tener exclusivismos sectarios y se protegía a todo el que quería trabajar, pero que ahora estaba jugando ocultamente a doble carta. Papel semejante hacía su esposa Balvanera y ya los jefes y la guerrilla se habían enterado de todo. Vivían alerta y prevenidos esperando la ocasión de entrevistarse con él y pedirle razón de sus relaciones y actividades. El capitán Pineda en persona quería arreglar por las buenas este lío y varias veces fue a su casa en La Sucia, pero Guzmán se le fugaba y no se dejaba encontrar. Mortificado por este problema, Aníbal fue a buscarlo el domingo 16 de marzo de 1952, a eso de las 9 de la mañana del día de la tragedia, pero Guzmán salió corriendo y logró esquivar varios tiros que, fuera de paciencia y en vista de esto, le hizo Aníbal.

Debido a su complicidad, éste ordenó a Balvanera que lo siguiera. Cuando ella le preguntó qué le iba a hacer, se limitó a contestarle que la necesitaba en Antasales, es decir, en la colonia penal.

Moisés creyó que iban a matar a su esposa y tomó la resolución de salirle adelante al enemigo. La señora salió y un poco adelante se le juntó el viejo Pachito, con ánimo de acompañarla a pie, mientras Aníbal y Tornillo, su guardaespaldas, se adelantaron a caballo. En una casa del camino, más adelante, se detuvieron a esperarlos, pero como se tardaran, se regresaron a buscarlos. Al encontrarse con ellos, que iban subiendo a buena distancia, Aníbal y su compañero prefirieron echarlos por delante.

El camino cae a una estrechura formada por dos colinas al cerrarse y por cuya garganta baja una fuentecita que se explaya para dar paso a la vía. El lugar que aquí se ofrece al caminante es verdaderamente miedoso. Por aquí pasó Aníbal adelante de su guardaespaldas y a los dos metros de la fuente, antes de comenzar a subir el flanco de la otra colina, la bala del enemigo hizo blanco en el ojo izquierdo, cayendo inmediatamente. Pachito es quien refiere que al caer herido el capitán, pidió al Padre.

Tornillo, al oír la detonación, quiso devolverse pero fue alcanzado, parece que por una bala de Jonás, que, junto con Muleto, acompañaba a Moisés. El tiro le pegó en la oreja pero él se echó a rodar cañada abajo.

El asalto había sido a quemarropa desde el trono mismo de la peña por donde cae la fuente, resguardados por una gran hoja de tobo o corazón. Cuando Tornillo hubo rodado, Jonás saltó a rematar a Aníbal, diciendo: ¿Es que no ha muerto este h.p.? Y desenvainando el machete le cortó la cabeza de un tajo, quedando unida al cuerpo sólo por algunos tendones. Lo despojaron de las armas, alhajas y cuanto llevaba y emprendieron la fuga con tal precipitación que Moisés no tuvo tiempo de rescatar a su mujer, ni tuvieron presencia de ánimo para acabarle de cortar la cabeza por la cual, sabían ellos y era cierto, ofrecían miles de pesos en Uramita y Cañasgordas.

Ya Pachito y Balvanera habían llegado a la casa de la Mona, compañera de Aníbal. Pachito contó lo que había ocurrido y los que allí había corrieron hacia el lugar. Balvanera se limitó a decir que había oído los tiros pero que no había visto nada. La Mona no acudió al lugar de la tragedia, pues se quedó cuidando a Balvanera, la cual ni siquiera intentó huir ya que estaba en manos nada menos que de una tigre de pistola al cinto.

En una barbacoa subieron el cadáver a la casa mientras el cabo de la guerrilla, Tocayo Torres, salía a dar aviso a Camparrusia, donde estaba también la familia del muerto. En el ínterin, el asesino había enviado una boleta a Urama, a Nacianceno Tamamayo (a. Cheno), que decía en algunos apartes. "Tuve necesidad de matar al capitán... Mi esposa la tienen detenida... Ojalá haga por sacarla con ayuda de las autoridades... Le ruego que cuide de mis asuntos y de mis haberes, etc. ... pues yo tengo que huir..."

Cheno mostró la boleta al sargento Rodríguez del ejército, pero éste le contestó que tenía muy pocos soldados y que la empresa era muy peligrosa. Por comentarios de esta boleta le llegaron al cura los primeros rumores mediante el hijo de Cheno.

De Camparrusia se despacharon emisarios a todas las guarniciones de la región, pero ordenándoles mantener la más estricta vigilancia, aunque no pudieran hacerse presentes en el entierro. Inmediatamente fue encargado del comando el cabo Manuel Giraldo y partió hacia el lugar con 300 hombres de combate y muchos civiles que llegaron a eso de las seis de aquella tarde trágica.

Todo era llanto y confusión, no sólo entre los guerrilleros que habían perdido un gran jefe, sino también entre la población civil, pues el desaparecido había sido para todos un protector que los defendía y los ayudaba generosa y caritativamente. A las viudas les daba mercados y ropas, y a los hombres les proporcionaba herramientas y trabajo.

Toda aquella noche siguieron llegando guerrilleros y gente, y la tropa tuvo su más solemne velada de armas. En la madrugada se convino y dispuso el traslado del cadáver hacia San Agustín, donde debían encontrarse con el sacerdote, mandado llamar, para seguir camino de Camparrusia.

Antes de partir, Julio Pineda, embriagado y furioso por la muerte de su hermano, asesinó a Balvanera, la mujer del asesino, propinándole varios machetazos. Al recibir el primer golpe de machete en la cabeza exclamó: ¡Virgen del Carmen!, y después de rematarla la echaron por una pendiente de enfrente. Este acto de crueldad y cobardía fue reprobado por los jefes de la guerrilla y le valió después una enérgica y valiente reprimenda del sacerdote, pues fue una deshonra para el mismo a quien tan villanamente se quería vengar, ya que Aníbal detestaba y castigaba tales cobardías.

Ante la indignación que este acto despertó, el vengador no se atrevió a proceder contra las dos niñas y se contentó con mandarlas llevar. Varios guerrilleros comentaron: "Es todo un chulavita; debía ser policía de Arango Ferrer o llamarse Rapidol, etc."

Todos estos detalles los supo el cura después, cuando de Juntas de Uramita regresaba a Urama. Los oyó de labios de las dos huérfanas entristecidas y de varios testigos de la tragedia y comprendió entonces que algo faltaba por hacer...

Su conciencia de sacerdote cristiano, que todavía cree vigentes las obras de misericordia, le gritaba día y noche que en aquellas montañas, sin saber precisamente dónde, había un cadáver insepulto: el cuerpo destrozado de aquella pobre mujer, la madre de esas niñas, que había rodado por un despeñadero, víctima de la venganza maldita y cobarde.

Aquella tragedia doble y sus detalles horripilantes y bárbaros lo mantenían preocupado y pensativo. Era el fruto de los odios y de los rencores desencadenados por el suelo colombiano, como furias malditas, abortos del infierno... Y el buen cura se decía, ¡que faltaba algo por hacer!...

CAPÍTULO XII

¡FALTABA ALGO POR HACER!

Después de aquella correría a marchas forzadas hasta Juntas de Uramita era muy justo que el sacerdote pudiera descansar algunos días, aunque los curas de verdad no tienen descanso, y así le ocurrió al cura Jiménez. Todavía más, bien sabía que se le iba a venir encima una tempestad de críticas acerbas por la obra de caridad y apostolado que acababa de cumplir con toda buena intención. Apenas llegó a su parroquia comenzó a enterarse de toda clase de comentarios, unos en favor pero los más en contra.

Gentes que llegaban de Uramita y Cestillal le contaban lo que en contra suya decían los reverendos colegas Restrepo y Muñoz. Se lo comunicarían al obispo, le echarían los cánones encima y protestarían... De Cañasgordas y Frontino le llegó también la remesa, porque eso era poner la Religión al servicio de los bandoleros, etc. Pero, ¿a dónde iba todo esto? ¿Sí les importaría algo a éstos la conciencia ministerial del vecino? Tal vez, quién sabe: si era la politiquería y no la religión la que los aguijoneaba. En todo caso, todo se redujo a esto: a politiquería. Amanecerá y veremos.

Sin dar crédito a esa algarabía, el buen cura seguía escuchando la conciencia, que le decía que faltaba algo por hacer. Todavía no había descansado de las duras y

tremendas jornadas cuando comenzaron a llegarle rumores y noticias más precisas de que por allá había un cadáver insepulto y que era de una mujer, pero que no lo dejaban enterrar. Animado por tales informaciones clandestinas se decidió a partir ese mismo sábado a las tres de la tarde. En El Páramo se juntó con Eugenio David, quien quiso acompañarlo. Poco más adelante se encontraron con doña Teresa Tamayo de G. que venía precisamente en busca del sacerdote.

—Por Dios, Padre, ¿para dónde va a estas horas?, dijo la señora entre asustada y alegre.

—Vengo a dar una vueltecita por acá, doña Teresa.

—Yo iba precisamente en busca suya, Padre.

—¿Para qué sería, doña Teresa?

—¡Cómo es posible, Padre, que no dejen enterrar una pobre mujer asesinada hace seis días y que se la dejen comer a los gallinazos! ¿Es que vamos a seguir en los días de antes? Estos hombres son cobardes, les da miedo y no se atreven. Vaya usted, Padre, que sí puede.

—Pero, ¿cómo doy con el lugar donde está?

—Yo no voy hasta allá, Padre, pero sí lo encamino, le doy las señales, y los gallinazos le indicarán el punto preciso.

Dicho esto el cura comenzó a andar en la dirección indicada, y la señora se devolvió con ellos. Era ya tarde. A las dos leguas se entraron por un portón que la señora les indicó y ella siguió a su casa en Bellavista, después de invitarlos con insistencia pero en vano a que pasaran la noche allá. El camino estaba cerrado de malezas, pero por ahí debían seguir, no muy tranquilos, hasta el rancho mismo de la tragedia. El clérigo llegó adelante, pues el compañero no se atrevió a romper marcha. En el patio

estaba la barbacoa en que habían subido a Aníbal desde el punto donde cayó. Por todas partes se veían rastros de la multitud que había venido al velorio y que había pasado esa noche en grupos y corrillos.

En el corredor y en la salita había estilas y chorreaduras de esperma, cajetillas vacías, colillas y rastros de la multitud. De acuerdo con lo que las niñas y los testigos le habían contado, el cura buscó el borde del patio; encontró un charco de sangre ya reseca y renegrida y vio la cañada oscura y negra a donde iba el rodadero contiguo. Con las primeras tinieblas los chulos se habían ido, pero tampoco se sentía el esperado hedor a mortecina.

Un poco desorientado el cura ensayó buscar bajada por uno y otro lado del rodadero de arenas y malezas, logrando bajar una media cuadra, pero ambas vías se apartaban de la vertical. Su compañero, un poco temeroso, no se atrevió a seguirlo. El valiente sacerdote volvió a subir y fue a la casa en busca de un palo que le sirviera de bastón. Se descalzó y empezó a descender a plomo por aquel rodadero. En un matojo halló gran parte del cabello y un pedazo de vestido de medio luto, pero no percibió ningún olor. Al fondo se prolongaba el rodadero y lo demás era oscuridad a esas horas.

Entre preocupado e impaciente decidió regresar en busca de su compañero, subieron a las cabalgaduras y tomaron un camino de travesía descendente. La noche había cerrado, pero al cabo de un rato vieron la forma de un rancho a la vera del camino. No se veían señales de luz, pues la gente temía que ésta les sirviera a las comisiones de orden público para descubrirlas. Después de mucho llamar se dieron cuenta de que allí había una vieja y un tipo que ni se dejó ver.

El cura le indagó por un cadáver que debía hallarse en esa cañada, pero ella se obstinó en negar.

—Yo no soy ningún policía, señora, soy el Padre Jiménez y necesito sepultar ese cadáver.

—Es que nosotros, Padre, permanecemos aquí encerrados, muertos de miedo, y nada sabemos.

Los viajeros continuaron sin decir nada. Más adelante se dibujó otra casa sumida en la oscuridad y el cura llamó a la puerta. Por fin sintió que entreabrían una tabla de la ventana para asomarse y oyó que una señora decía: ¡Ay, mijo! ¡Es el Padre! ¡Qué dicha por Dios! ¡Mándelo entrar!

Era un señor Juvenal y les rogó que siguieran, en tanto él se encargaba de las cabalgaduras. Mientras les preparaban algo para comer, les comentaron el miedo en que vivían por temor a las comisiones.

A la madrugada siguiente el cura volvió a bajar por el rodadero ya conocido, pasando del punto a donde había llegado la tarde anterior. Más abajo comenzó a sentir un hedor insoportable a mortecina. Halló en el fondo una trocha recién abierta y se llenó de pesar, pues creyó que el cadáver había sido tirado al río. Por allí se metió como pudo hasta hallarlo en un rincón.

Con alguna herramienta que le había prestado Juvenal se puso a abrir un hoyo, envolvió el cadáver en una cobija y se retiró un poco a rezar por aquella alma; después se acercó y sepultó el cadáver apisonando como pudo. Le dio una última bendición y le puso una cruz fabricada allí mismo. Salió luego para regresar a la parroquia con el fin de celebrar la Santa Misa Parroquial.

* * *

Siguieron una vertiente más abajo de donde acababan de sepultar aquel cuerpo y en una pequeña abertura

encontraron, recogido, el ganado del esposo de la difunta. Admirados por el hallazgo pensaron que por ahí debería haber gente cuidándolo.

Los sucesos acaecidos habían desenmascarado a Moisés Guzmán como traidor que ahora debía estar resentido y dispuesto a vengar la muerte de su esposa y la desaparición de sus hijas; y la guerrilla esperaba que habría ido a echarles una comisión encima. Él por su parte estaba muerto de miedo huyendo de la guerrilla y buscando el modo de salir, al amparo del monte, en unión con Jonás.

El paso del río era peligroso y muy arriesgado por cualquier parte, pero debían cruzarlo de todos modos para abreviar el camino y así lo hicieron. Muy adelante, pero en el mismo cañón del río, el cura se encontró de buenas a primeras con Moisés en persona. El susto de éste no pudo ser mayor pero el cura lo tranquilizó con su acostumbrada bondad.

—Padre, exclamó el hombre, tomándolo de la mano, Dios le pague que enterró a mi mujercita, y se le vinieron las lágrimas. ¿Cómo podré yo pagarle este favor? A mí me van a matar y me tengo que ir como estoy, y no sé nada de mis muchachitas.

—No te preocupes por ellas, viejo, que yo logré traérmelas y las tengo en Urama a cargo de mamá.

—¿Es verdad, Padre? Y yo, ¿cómo le pago tantos favores?

—No te preocupes que ese era mi deber. Allá me puedes reclamar tus niñas, que por ahora nada les faltará.

—Padre, mande por ese ganado antes que me lo roben y haga lo que quiera con él. Déles a mis hijas lo que necesiten y cuando yo vuelva arreglamos, pues estoy muy mal.

—Yo te doy lo que llevo, viejo. Llévate mi ruana y estos $ 20.00, no tengo más aquí.

—Dios le pague, Padre, y adiós pues llevamos mucho miedo, y le entregó un retrato suyo para las niñas.

—Adiós, y que la Virgen los acompañe, dijo el cura y les dio la bendición.

En efecto, el pobre hombre estaba muerto de miedo, y sólo cuando reconoció al Padre hizo salir a su compañero, que se había ocultado a un lado. Desde su escondite de la montaña había visto cuando el sacerdote daba piadosa sepultura a su esposa. Era él quien la había escondido y cubierto con ramas, pues no tenía con qué cavar la sepultura, ni el miedo de que lo estuvieran acechando se lo había permitido, a pesar de haber llegado a donde ella estaba a la una de la mañana. Tenía por qué estar agradecido con el cura, aunque meses después veremos cómo iba a pagarle este gran favor.

A las doce el cura estaba en Urama celebrando la Santa Misa Parroquial ante una inmensa multitud de gentes atraídas por los comentarios de los últimos sucesos. Las dos huérfanas recibieron en la casa cural toda clase de cuidados, pero al mes llegó una orden del auditor de guerra para que fueran entregadas y el mismo sacerdote fue a llevarlas.

Moisés Guzmán se presentó a las autoridades con el ánimo de medrar, de acuerdo con los consejos que le habían dado los jefes del mercantilismo politiquero de Uramita, Frontino y Cañasgordas. Pero como no había presentado la cabeza de su víctima, lo que le hubiera hecho firmar un valioso cheque a los jefes de Cañasgordas, y como venía de tan mala parte, había que detenerlo a prevención y así se hizo. Sin embargo, nadie desconocía cuál era su política y como prueba estaba lo que había hecho.

Había prometido ya seguirse manejando bien y tenía además toda una fortuna en manos de ese cura de Urama

que de seguro lo quería robar. Le hicieron poner un telegrama reclamándole el producto de la venta de su ganado y como ya le habían hecho entregar las niñas, nada tendría que gastar en ellas. Claro que el tipo no demoró en la cárcel pues la chusma goda lo esperaba para que les comunicara experiencias del monte por si alguna vez se atrevían a atacar a Camparrusia, pero tenía que aprovechar la circunstancia para recuperar su dinero. Fue por esto por lo que al sacerdote le llegaron dos telegramas en tono muy áspero, alegando en ambos que lo necesitaba para obtener la libertad, pues se había entregado a las autoridades. Tan repentinos y apremiantes reclamos intranquilizaron al clérigo por la imposibilidad de atenderlos, pues no salía ninguna persona de confianza, ni a él le quedaba fácil viajar. Además, el interesado no recomendaba a nadie.

Ya veremos que sólo se trataba de suscitarle un enemigo mortal al buen cura y que, en efecto, esta fue causa suficiente para que su vida estuviera en peligro. Después de una gira ministerial, el cura salió a Juntas de Uramita para seguir por Dabeiba a su parroquia. De paso por Uramita se encontró con dicho Moisés, quien le clavó una mirada de odio y le dijo:

—Padre, quiero que arreglemos nuestros negocios.

—Por supuesto, mi querido amigo, dijo el cura, aunque yo no podía imaginarme que usted estuviera por aquí.

Entraron a un café a tomarse un fresco y el tipo comenzó a hablarle al cura en tono altanero y provocativo. Éste bregó a calmarlo y a hacerlo entrar en razón, pues acaso su presencia le traía al pobre hombre recuerdos amargos de su desgracia: la esposa muerta trágicamente, su víctima que el cura había sepultado, el asesino de su esposa; pero Guzmán no quería sino pelea, y de repente le dijo en tono desafiante:

—Padre, yo no guardo miedo a nadie. Iré y vengaré a mi querida esposa, y se puso a llorar, más de rabia que de sentimiento.

—No, hombre, eso ya pasó; y esos de quienes dices que te vas a vengar han dicho lo mismo contra ti y hasta creo que pagan buena plata por tu cabeza. Ellos deliran por vengar la muerte de su jefe.

—Ojalá volviera a vivir ese h.p. para volverlo a matar, repuso Moisés en tono amenazante. Sólo cuando este corazón se pudra, devorado por los gusanos, cesarán mis deseos de venganza.

—Déjate de esas cosas, hombre, y acuérdate que tenemos un alma para Dios y que hay que perdonar para que Él nos perdone, le dijo el cura en tono paternal y conciliatorio.

Se quedó pensativo unos momentos y luego dijo cambiando de conversación:

—Padre, usted me tiene bastante disgustado.

—No veo la razón de ello, hombre, pues no te he hecho sino favores.

—Porque se hizo sordo cuando más lo necesitaba. Tenía que dar un dinero para salir libre, se lo mandé pedir y no le dio la gana de mandármelo.

—¿Y con quién se lo iba a mandar? ¿No sabe usted cuáles son las dificultades para salir de mi parroquia?

—¡Qué va! Yo le mostraré que soy capaz de ir por mi dinero, si es que no me lo quiere traer.

—Dígame a dónde o con quién se lo mando, pero no vaya porque lo están esperando.

Y sin contestar ni pedir permiso, salió intempestivamente. Entonces un desconocido se acercó al Padre y le dijo:

—Padre, ese tipo le va a tirar, reafirmando lo mismo otros tres.

—No crean, muchachos, les contestó el cura. Él no es capaz de eso.

—¿Usted va para Dabeiba?, dijo uno.

—Sí, estoy esperando el carro.

—Entonces váyase que ahí llegó la línea, dijo otro.

—Es que ya le vimos las intenciones a ese tipo, y según lo que dijo, le están pagando para que lo mate pero no lo ha hecho por no perder un dinero que usted le tiene.

Inmediatamente el cura subió al carro un tanto intranquilo y más aún cuando se dio cuenta de que el tipo lo seguía.

—¿Y cuándo es que vamos a arreglar este asunto?, dijo Moisés acercándose al carro.

—Dígame usted, le contestó el cura, con quién se lo mando y a dónde, pero no me comprometo a responder por nada.

El tipo se quedó rabioso y pensativo, mientras el vehículo arrancaba hacia Dabeiba. Los que estaban cerca oyeron cuando dijo: Se me escapó este maldito cura, pero a él se le llega la hora.

Dominado por la impresión el levita contó al cura Gaviria de Dabeiba lo que le acababa de pasar, y éste le dijo:

—Eso no vale la pena, Padre. Todo nuestro ministerio está lleno de incomprensiones, pero Dios vela por nosotros y Él es quien nos defiende.

—Así lo creo, Padre, contestó el recién llegado. Pero a uno le da miedo ya hacerle favores a la gente, pues a lo mejor quién más tiene que agradecerle a uno resulta el

peor enemigo. Todo lo que he hecho estos días con mi más recta intención me ha traído las más terribles críticas de los mismos sacerdotes hermanos y compañeros.

—Sí, Padre, yo estuve en Frontino y oí que lo criticaban por el sepelio de Aníbal los mismos sacerdotes de esa parroquia. Tanto que tuve que sacar la cara por su reverencia y les dije: El Padre no hizo más que cumplir con su deber. De no haberlo hecho él, yo hubiera ido a darle sepultura.

CAPÍTULO XIII

PADRE, PRESÉNTESE AL GOBERNADOR

Esta era la vida en aquella región, o mejor, en un rincón solamente de la región, y así era en todo el país. Vamos a seguir estos relatos al pie del cura Jiménez de Urama y Cañasgordas aunque sea a la ligera, pues apenas estamos comenzando y este libro ya se va a acabar. Me ha parecido que así pueda haber mayor autenticidad y los hechos pueden aparecer más claros.

Días después de lo ocurrido se presentó al sacerdote un hombre llamado Francisco David y se introdujo así:

—Padre, ya estamos muy contentos, pues hay alguna calma y las gentes que se habían refugiado en el monte han comenzado a salir al pueblo. Ahora sí se va a dar cuenta de todo lo que aquí pasó. ¿No ve que hay mayor aglomeración?

—Sí, hombre, repuso el cura, y eso me anima.

—Es que a usted desde que llegó no le ha tocado sino lucha y carreras por todas partes.

—Es que ni conozco la gente, hombre Quico.

—Pues ahora los va a conocer a todos y va a saber que cada uno tiene una historia que contar y una tragedia que recordar. La mayor parte de lo que le cuenten le va a causar indignación y tristeza.

—¿Y por qué?

—Porque nosotros sostenemos que en ninguna parte de Antioquia se han cometido los abusos y barbaridades que aquí, ni en ningún pueblo de estos ha muerto tanta gente.

—Y lo peor, hombre Quico, es que, según van las cosas y según dicen, la intención del gobierno actual es seguir matando. A veces creo que lo mejor sería desocupar este pueblo, pues aunque ahora hay una calmita, eso no durará y cualquier día hacen una matazón por mayor.

—Dios quiera que no, Padre, pues desde que a usted no se lo lleven, estamos seguros que usted nos salvará.

—Eso es lo que no sabemos, mi viejo.

—Vea, Padre, ese muchacho que está en la esquina quedó completamente huérfano y solo, pues le mataron toda la familia y luego le hicieron la prueba y casi se muere. Mire, Padre, donde estaba el busto de Olaya. Lo dinamitaron y a cada uno nos pusieron un pedazo en la puerta: a Juancho Higuita le tocó un brazo, otro a Adancito y a mí la cabeza... Aquí a cinco cuadras por el camino de El Páramo, hay unos calvarios de gente que mató la policía. Desde aquí se sentía la mortecina y tuvimos que aguantarla, pues no los dejaron enterrar y se los comieron los gallinazos.

—Pero, ¿enterraron los restos? Yo había creído que eso era un cementerio antiguo.

—No, Padre. Los restos los enterramos como a los dos meses, y eso porque vinieron los soldados y nos dieron permiso y hasta nos ayudaron. Hablando de otra cosa, Padre, dígame ¿qué hubo de lo de Moisés?

—Hombre, dizque tiene ganas de matarme. Y lo peor es que tengo que volver hasta Cañasgordas.

—Cuídese, Padre, porque ese diablo es peligroso y más ahora que está en la chusma de Frontino y anda de revólver, machete y escopeta. El que tiene enemigos no duerme.

* * *

Días más tarde vinieron de muy lejos a llamarlo para que fuera a confesar un herido. De regreso lo cogió la noche y hubo de dormir en el monte en una hamaca que traía el peón. Ya tarde fueron llegando inesperadamente varios vecinos que se dieron cuenta, hasta juntarse casi 200 personas, entre ellas varios guerrilleros. Como hacía verano aquello se volvió una fiesta. Le trajeron qué comer y le rogaron que regresara para que les dijera Misa. Les explicó entonces que no traía lo necesario pero que volvería, y, aprovechando las circunstancias, los invitó a rezar el Santo Rosario.

Le habían dicho que las gentes de esas montañas eran lo más malo del mundo, pero quedó sorprendido del fervor con que rezaban y de la insistencia con que pedían la Santa Misa. Le dijeron entonces que por esa cordillera podía salir a Juntas de Uramita y le dieron como guías a Obed Díaz y a Milo Valderrama, pues manifestó deseos de ir a visitar al cura Blandón, compañero de luchas en aquella región y víctima también del sectarismo y de las más acerbas fratersacerdotales críticas. Su delito era el mismo: luchar por el bien espiritual de todos sin odiosas distinciones sectarias y partidistas y bregar a atraer a las gentes del monte.

Después de medio día de camino divisaron a Camparrusia y salieron a La Aguada, aunque no a la parte conocida por el cura. Sus compañeros eran de Juntas y se adelantaron atraídos por su pueblo. El cura se retrasó, cosa rara en él

que siempre iba adelante, tal vez porque su cabalgadura, cansada con día y medio de camino, prefirió bajar despacio, al compás de la serenata del mediodía que en esos momentos se retransmitía desde los parlantes parroquiales, llenando los contornos. Repentinamente lo sorprendieron los compañeros que regresaban en fuga desalada...

—¿Qué les pasó, muchachos?, preguntó el cura.

—Padre, aquí abajo en El Chino había unos trabajadores y cuando nos vieron pasaron la voz de que iba la chusma y huyeron hacia el pueblo a llamar la policía, desocupando el trabajadero en un minuto.

—Déjenme seguir adelante a ver si por aquí todavía respetan la sotana; y ustedes sigan con cuidado.

En un dos por tres el pueblo se revolucionó y una comisión salió, de acuerdo con los informes de los trabajadores, mientras en una camilla improvisada transportaban a Valerio, quien se quebró un brazo, no de la caída que se pegó sino del susto, aunque usted no lo crea. Cuando el cura comenzó a descender vio que la policía y muchos civiles armados emprendían la subida y que se iban atrincherando en ciertos puntos. Se hizo el que no sabía lo que pasaba y se puso a conversar con sus compañeros sin inmutarse. De repente alguien gritó, casi junto a los viajeros: ¡Cuidado!... ¡Es el Padre Jiménez!

Unos saltaron de sus trincheras y siguieron para el pueblo mordiéndose la jeta y otros vinieron a saludar al cura. Uno de los atrincherados le dijo:

—Pero, ¿cómo hace usted, Padre, para pasar por ahí?

—Hombre, yo no le hago mal a nadie, luego no tengo por qué temer. Yo sé empero que si alguno me hace mal es de los del gobierno...

Estas palabras, que no podían ser más ciertas, fueron muy comentadas en contra del cura, lo mismo que la

compañía que traía, pues ambos muchachos habían tenido que huir de su pueblo, y si nada les hicieron fue por miedo al cura.

El suceso del camino fue comentado por los tres curas, pues al Padre Blandón lo acompañaba entonces el Presbítero Jesús M. Gómez, en la más fraternal camaradería. Aquella noche sí supieron los tres clérigos para qué era la risa...

Al día siguiente, después de tan confortable entrevista, el cura regresó a su parroquia con sus compañeros. Al pasar por Armenia se encontró con 30 guerrilleros bien armados y les preguntó:

—¿Qué hacen, muchachos, y en qué andan?

—Vea, Padre, allí hubo anoche cinco muertos, dijo uno.

—¿Cómo así?

—Como lo oye, Padre. Los sorprendió una comisión y sólo se escapó este herido que huyó en ropa de dormir.

—¿Y eran guerrilleros?

—No, Padre, es una pobre familia que trabajaba allí al otro lado. Eso es lo que nos da rabia, fuera de que parece que allí estuvo el tal Moisés Guzmán. Vea el herido que llevamos.

—¡Hola camarada!, dijo el cura al herido. ¿Estás muy mal?

Entonces lo miró con ojos lastimeros, repletos de tragedia. Levantóse la camisa y le mostró las heridas de los tiros. El sacerdote se desmontó, de rodillas administró al enfermo y ordenó que le aplicaran penicilina. Sacó luego algún dinero y lo puso en sus manos.

—Que la Virgen los acompañe, les dijo el cura, mientras ellos contestaban quitándose el sombrero, y volvió a montar.

De ahí en adelante siguió triste y preocupado, como se ponía siempre que sabía que alguno había muerto sin confesión, pues siempre lo atormentaba aquella palabra; grito de su caridad y de su celo: ¿se salvarían?...

* * *

Un sábado, muchos días después, tuvo que bajar a Dabeiba. Cuando ya de regreso aquella tarde, iba a pasar el puente, halló un soldado y supo que un policía le había llevado la orden de no dejarlo pasar. Así se lo intimó el militar, sin que valieran súplicas ni explicaciones. Entonces se devolvió, contrariado, donde el cura Gaviria de Dabeiba, de quien acababa de despedirse, y le contó lo que le había pasado, agregando que el soldado no había querido darle el nombre ni decir quién le había dado tal orden.

Acababa de decir esto cuando se le acercó don Enrique Montoya y le dijo:

—Padre, me enviaron en este momento una carta en la que me dicen que no lo deje salir, pues antes del segundo puente dizque lo están esperando cuatro policías.

—¡Qué va, don Enrique! Sé que debo evitar los peligros pero ellos no me impedirán cumplir con mi deber. Sólo siento que si algo me pasa, van a decir luego que fueron los del monte... Pero, me voy. ¡Adiós!

Inmediatamente el Presbítero Gaviria se acercó a la máquina y escribió sendas notas para el alcalde y para el capitán de la zona militar, pidiendo explicación de lo que pasaba. Y sin esperar respuesta partieron hacia el puente los dos sacerdotes. Llegados allí, le dijo a Jiménez:

—Padre, ¡bien pueda seguir!

—Padrecito, le dijo entonces el soldado en su jerga costeña, usté no puede pasá sin salvoconducto.

—Cómo es posible que deje la parroquia sin Misa mañana, dijo el Padre Jiménez.

—¡Bien pueda pasar, Padre!, le repitió en voz alta el cura Gaviria.

—Que no puede pasá, repitió el soldado.

—¡Entonces haga lo que quiera, replicó el cura Jiménez, pero tengo que pasar! ¡Harta gana me han tenido! Y pasó el puente a eso de las seis de la tarde. Tenía que caminar cinco leguas por un camino peligroso y duro. Entrada ya la noche, bastante preocupado por lo que acababa de pasarle en Dabeiba, se halló de repente con una víctima, se bajó y lo reconoció; abrió paso por un lado y continuó su camino, con el ánimo de regresar al día siguiente a darle sepultura.

He aquí un soldado de la Patria cumpliendo órdenes de un polizonte sectario que es muy posible obedeciera consignas de cualquier jefecillo atrabiliario, pues ese era el oficio de la popol de Ospina Pérez y Laureano Gómez. Pero no se extrañen de esto, mis lectores, pues siguen cosas peores.

* * *

Este cura, como otros de la región, del departamento y del país, no servía de ninguna manera a los fines que la política reinante se había propuesto respecto del clero, vale decir, respecto de la Iglesia en Colombia. De ahí que contra sacerdotes de esta clase se buscaran acusaciones oficiales y políticas, y que el gobierno de ese entonces quisiera influir directamente en el "quite, cambie y ponga" de las diversas jurisdicciones eclesiásticas. Los curas servían si se plegaban al sectarismo reinante en el ejercicio de su ministerio, porque había que alcahuetear los crímenes, depredaciones e infamias de uno de los partidos, y atacar en el púlpito, en

el confesonario y en todas partes a los del otro partido, maldiciéndolos, echándoles de la religión en que nacieron y sepultándolos en los profundos infiernos como si no fueran hijos de Dios. Cosa increíble, terrible y espantosa que acabó con la fe y el fervor de muchas almas.

Esto quisiéramos no decirlo, pero es más pecado callarlo y mayor mal disimularlo. Sólo así se explica la guerra calumniosa y sacrílega contra el Excelentísimo Obispo Titular de Antioquia, Mgr. Luis Andrade Valderrama, atribuyéndole infamias y hechos electoreros y manzanillescos, que sólo caben en la mente sectaria de quienes al lado de la política, entonces dominante, sí hacían eso. Y esto no fue el vulgo ni las masas, fueron muchos de sus colegas de la jerarquía episcopal, y tras ellos, como las ovejas de Panurgo, muchos de sus subordinados. Díganlo si no los archivos oficiales, desde la curia primada hasta la curia romana.

En contra del venerable Prelado, cumbre de santidad, sabiduría y prudencia, se movieron y hablaron luego los politicastros y los politiquitos, desde los que ya no vuelven a estorbar en esta tierra hasta los que todavía la deshonran con su ateísmo católico-político y con su, ahora, desnudada doble moral. Contra este augusto Prelado, gloria y prez de la Iglesia colombiana, lanzaron su baba inmunda los gobernantes comulgadores, que, profanando las glorias de un partido y decretando el exterminio de otro, prostituyeron a Colombia engendrando en ella la violencia.

Con intrigas engañosas le arrancaron la Cruz Piana al Vaticano para que luciera en el pecho que pisoteó el Concordato con garra de basilisco y creyeron luego que esa augusta y soberana Corte iba a proceder a la degradación de un Jerarca, recto y ecuánime, a base de politiquería rencorosa y vengativa, pero se equivocaron...

Ahí está en la capital de la República el Obispo Titular de Santa Fe de Antioquia, Mgr. Luis Andrade Valderrama. Su Palacio fue atacado, su dignidad insultada y su nombre rechazado por la chusma irresponsable y ultrasectaria, pero para gloria suya y deshonra eterna de los que se dicen católicos y defensores de la Religión.

Él, como su Ilustrísimo Vicario General, Mgr. Eleázar Naranjo López, y como sus sacerdotes perseguidos, espera todavía el día de la justicia, porque prefieren esto, antes que traicionar a Cristo, a su Iglesia y a su Evangelio...

* * *

De acuerdo con estos principios el cura de Urama no servía según lo hemos visto porque acudía en busca de las almas de todos sus hijos, inclusive de los guerrilleros, y a todos procuraba atraerlos al perdón de la caridad que es el perdón de Dios, como tampoco servían los curas Blandón Berrío, de Juntas de Uramita; ni Ramírez, de Urrao; ni Gaviria, de Dabeiba, etc. Prueba perentoria de esto es que en septiembre de 1952, sin cumplir todavía un año de ministerio como el que hemos esbozado, recibió un telegrama en que se le ordenaba presentarse ante el señor Obispo auxiliar de Antioquia, Mgr. Guillermo Escobar Vélez.

Obedeció inmediatamente y oyó estas paternales amonestaciones: "Padre, usted dizque está muy familiarizado con la chusma liberal; dizque hizo el entierro de uno de esos jefes y recibió dinero de ellos, que es robado, etc.".

Sí, Excelentísimo Señor, respondió el sumiso sacerdote, pero todo lo consulté previamente con mi Obispo, y me aconsejé del Padre Misael Gaviria como de mayor experiencia. Ambos me dijeron que con la debida prudencia

podía salir a todos esos lugares en ejercicio de mi ministerio. No creo haber faltado en nada. Hice ese entierro después de prudente reflexión porque allí no se faltaba ni al Derecho Canónico ni a la Sagrada Teología Moral, y estoy convencido de que para ganar las almas es mejor por las buenas. Las limosnas y estipendios que me entregaron, a mí no me consta que sean robados, y como la Sagrada Teología Moral y la caridad cristiana me prohíben juzgar a alguien como malo, tampoco puedo formar juicio al respecto, pues a mí no me consta que ese dinero sea robado.

Su Excelencia manda y estoy dispuesto a obedecerle, pero le recomiendo con todo respeto que pida al Señor por mi nombramiento.

—Entonces, Padre Jiménez, mientras veo a dónde lo mando, vaya y se presenta al gobernador Arango Ferrer y le dice que ya salió de Urama.

Aquí no queda nada que comentar, pues se ve a las claras que este cura, como los de Urrao, Juntas de Uramita y otras parroquias, había sido sacado por orden de semejante gobernador... Pero, ¿y con qué autoridad?... —¡Con la del político sectorial! ¿Mediante qué proceso?... —¡Mediante ninguno!

¿Y por qué causa?... —¡Porque era sacerdote de Dios para todas las almas! ¿Y para qué?... —Para que la violencia política pudiera reinar a sus anchas y el Teniente Rafael Mejía Toro pudiera hacer la matazón que hizo en Urama...

¿Qué había en ese entonces en Colombia por sobre la Religión? —¡El gobierno!

¿Y qué había en ese entonces en Colombia por sobre el gobierno? —¡El sectarismo de un partido!

Y ese partido, ¿qué Religión profesa en Colombia?

—¡Dizque la Religión Católica, Apostólica y Romana! ...

CAPÍTULO XIV

"TRAVESÍAS", "RAPIDOL" Y COMPAÑÍA

¿Y dónde iba el sacerdote a encontrar sus feligreses si es que la mayor parte de las gentes se había marchado hacia los montes? Ante una situación tan desesperante, "en cada uno de los integrantes de este pueblo atormentado se observaba la angustia de la impotencia y el silencio terrible de quien espera la hora de la venganza". No se trataba de liberales ni de conservadores sino de feligreses, de hijos espirituales que había que ir a buscar en el monte para llevarles el pan de los Sacramentos y la luz del Evangelio. La mayoría no eran en realidad ni bandoleros ni guerrilleros, a pesar de que así los llamó el sectarismo azul, para poderlos perseguir como animales de caza y ejercer un negocio partidista y lucrativo, pues los cazadores, con el nombre de chusma y contrachusma, sólo buscaban enriquecerse con el botín y despojos de sus víctimas.

Porque "no es imposible tampoco demostrar que entre sus perseguidores no estaban los agentes de policía y hombres de los más perversos instintos que se llamaban conservadores y que obraban a nombre de ese partido y de la Religión Católica". ¡Qué blasfemia tan terrible, pero qué realidad más evidente! Confirmemos con palabras de un publicista de pluma varonil y franca, de costumbres austeras y de profundo convencimiento religioso, pero que

se aterra cuando escribe en "El Desastre Moral de Colombia":

"¿Y qué decir de las turbas católicas que insultaron de la manera más grosera y soez a Mgr. Luis Andrade Valderrama, Dignísimo e ilustrado Obispo de nuestra Religión, a quien obligaron a abandonar su Diócesis y dejarnos sumidos en dolorosa tristeza a todos sus amigos y verdaderos católicos? ¿Y qué se diría de sacerdotes que azuzaron las chusmas oficiales para que asesinaran a ciudadanos pacíficos y dignos, por el solo hecho de no ser incondicionalmente adictos al gobierno? ¿Y qué religión tendrán millares de ciudadanos colombianos, quienes para conseguir puestos públicos, o el aprecio del bárbaro gobierno que arruinó al país, juraban diariamente en falso para conseguir a la vez el dinero o las fincas de sus enemigos políticos? ¿Y qué se diría de un gobernador de uno de los más grandes departamentos del país que entraba a los banquetes que le ofrecían sus empleados y copartidarios de brazo con 'Lamparilla' y el 'Pájaro azul' y otras aves de rapiña y de garras destructoras? ¿Y qué se diría del gobernador que mandó traer a uno de los más horrendos asesinos para tener el HONOR de conocerlo y felicitarlo porque había asesinado a más de cien ciudadanos que no eran adictos al régimen?"*.

Los que no fueron a los montes, creyeron que se salvarían en los pueblos y en las cabeceras de los municipios, porque allí hallarían más protección y más recursos, y les fue mil veces peor, pues la consigna era "no dejar ni la semilla". Nadie se estaba escapando, pues por doquiera se predicaba, y con gran autoridad, que "la culebra se mata

* Citas del N° 8 de "PANORAMA" de febrero de 1954, páginas 11, 14 y 15.

por la cabeza", y con estos famosos principios se logró llevar la violencia a centros y ciudades.

Así pasaba en el martirizado pueblo de Cañasgordas, donde al principio de la violencia, un sacerdote ordenó públicamente que los vecinos de los corregimientos y veredas se vinieran al pueblo, menos los de Juntas de Uramita, pues el cura que tenían era "un legítimo chusmero liberal". Ante la masacre que se preparaba luego en la población, ese mismo sacerdote pidió soldados a Medellín, y éstos impidieron la matanza y el incendio esa noche. Entonces los "amiguitos" del cura ese, la emprendieron contra él, y tuvo que pedir que lo llevaran a otra parte, aunque fuera a enseñar en el seminario de Antioquia, y ahí está.

Es que esa politiquería tan sucia y criminal no tenía lado y de ahí los males que le vinieron a nuestra Religión por haberse puesto tantas veces y en tantos lugares al servicio de la secta. Se había olvidado o no se conocía la Encíclica "Cum multa" de Su Santidad León XIII cuando dice: "Cierto es que no corresponde a su deber que los sacerdotes se entreguen a las pasiones de partidos, de manera que pueda parecer que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Entiendan, pues, que deben guardarse de salir de los límites de la gravedad y de la moderación".

"¡Cuántas dificultades y amarguras —comenta un diario capitalino— se hubiera ahorrado la Iglesia, de someterse estrictamente a los sabios consejos del insigne Papa! Infortunadamente no siempre la discreción fue acatada, ni la prudencia tenida en cuenta".

"Hoy el señor Gómez (Laureano) plantea otra vez desde su retiro de Barcelona una división seria entre los jerarcas. De un lado, muchos de quienes lo acompañaron en sus

ardientes campañas de otros días, pierden su consideración y su respeto al no someterse a su norma. ¡Mas, otros le siguen como suprema autoridad en materia religiosa, con lo cual se bordea una vez más la peligrosa zona del cisma!".

Todavía hay por allá clérigos que parece llegaron a la profesión sacerdotal, no para Dios ni para las almas, sino para la politiquería. Las comisiones de pacificación les ofrendaban sartales de orejas y narices de pobres mujeres y niños para que ellos creyeran que pertenecían a liberales asesinados. El todo era ganarse unas palmaditas de felicitación con la aplicación de una indulgenciona plenaria y una recomendación de defensores del gobierno y de la religión.

Recuerdo uno, que enseña también en el seminario y que, según declaraciones de algunos de los seminaristas que tuvieron que abandonar ese plantel en diciembre de 1952, había convertido el seminario en un "diconservador", y a quien personalmente oí decir, viajando con él en un carro, que "ojalá pudiera desayunar todos los días con orejas de liberales". ¡Bien puede ser éste un excitante y diabólico menú! Pero... ¡qué horror!...

* * *

Volvamos mejor al cura que conocimos en Urama y que fue sacado con la orden de que se presentara al gobernador, ya que poseo muchísimos datos confirmados de sus cristianas y caritativas actuaciones en el centro mismo de la violencia occidental antioqueña. Esto servirá para alentar las almas desengañadas con la certidumbre de que, a pesar de todo, había verdaderos sacerdotes de Dios para las almas, y que nuestra fe no puede decaer sino fortificarse y afianzarse en la prueba!

No sé qué obligatoriedad tendrá la aceptación de un cargo o promoción entre el clero, pero es el caso que este sacerdote aceptó pasar luego a Cañasgordas, donde tenía más enemigos y era tenido por un chusmero liberal. Yo que conozco al derecho y al revés estos pueblos y sus resabios sé que éste es uno de los más difíciles en todo orden por su idiosincrasia sectaria y por sus conductores, pues dos veces me tocó trabajar allá. Ni clérigos ni civiles aceptan con gusto un nombramiento para ese lugar, aunque lleven intereses creados.

Fue a Luis Fernando Yepes a quien oí contar que en un viaje del cura éste a Frontino, donde su enemigo gratuito, Moisés Guzmán, difundía odio calumnioso y prevenciones contra él, de regreso, viajando el cura con la policía, cuando después supieron que era él el sacerdote que había habido en Urama, le dijeron: "Lástima que se nos escapó, hombre, y lo tuvimos entre las manos".

Pocos días después le tocó el famoso caso, "Travesías", "Rapidol" y compañía, y de ahí en adelante se le vio correr a cualquier lugar y a cualquier hora en medio de los mayores peligros, a favorecerlos a todos, pues el sacerdote no tiene enemigos sino hijos que salvar y socorrer. Aquella tarde trágica cayó Carlos Restrepo en Guaudal y el cura fue llamado del confesonario por un familiar de la víctima. Salió inmediatamente con otro clérigo de apellido Castro, pero no encontró quién los llevara al lugar hasta que el chofer de una volqueta accedió, después de ruegos y súplicas, cuando ya el clérigo Jiménez se disponía a salir a caballo. Era una tarde de mucha agitación política pero nadie creía que presagiara tanta tragedia.

Salieron con algunos guardias y civiles, siendo ya de noche. A unas seis cuadras, al llegar a El Chispero, en la vía hacia Dabeiba, se encontraron con el terrible "Travesías"

que venía lamentando la muerte de su compinche "El Ñato".

—Mataron a mi hermano, dijo uno de los que iban en la volqueta e hizo parar el carro, diciendo cosas feas.

Allí cerca había tenido lugar esta nueva tragedia y todos se bajaron. Dos cadáveres estaban en cruz, el uno sobre el otro, en una charca de sangre. Los dos curas acudieron a darles los últimos auxilios, bajo condición. Pronto estaban allí unos 30 hombres armados, lamentando y maldiciendo por la muerte de "El Ñato" y "Rapidol". Siguieron los tiros al aire y las amenazas, injustas desde luego, pues la matazón de aquella noche había sido entre los jefes mismos de la chusma conservadora de Sopetrán y Cañasgordas, unos dicen que porque tenían orden de capturar a "Rapidol" y otros hablan de la repartición de un botín. Las gentes de bien, conservadores y liberales, tuvieron que refugiarse en lo más escondido de la casa, pues aquello parecía la hora llegada.

Se practicó el levantamiento y todos fuimos regresando en medio del peligro. El chofer se había perdido con su volqueta y los curas no pudieron bajar a ver el herido en Guaudal que murió en la mañana siguiente, y que había sido víctima de los que ahora se estaban matando entre sí.

Media hora después, Ignacio Giraldo vino a la casa cural a llamar un sacerdote, pues en el café "Puerto Arturo" acababa de caer nada menos que "Travesías", con quien nos habíamos encontrado más acá de El Chispero anunciando la muerte de "El Ñato". Los curas lo encontraron vivo aún y mientras Castro lo absolvía, el cura Jiménez le limpiaba la frente ensangrentada para la Extremaunción, también bajo condición, y al instante murió. Ninguno de los ocho hombres que allí había ni el cantinero dizque supieron quién lo había matado.

Gran consternación y pánico produjeron las tres tragedias de este día en Cañasgordas, y a modo de comentario voy a citar otra vez el testimonio autorizado del doctor Gómez Martínez en su carta del 5 de junio del 53 al exgobernador Arango Ferrer, que dice:

"Cañasgordas, señor gobernador, ha sido un pueblo martirizado durante estos dos años, y sólo ahora como que está sintiendo alivio. Algunos alcaldes vivían sometidos por temor de la contrachusma, que obraba a sus anchas. El Riosucio (sic) arrastraba con frecuencia cadáveres de pobres gentes sacadas de la cárcel por policías irresponsables. Todo el mundo conocía a los cabecillas de la contrachusma (Samuel Ruiz, Milo Cifuentes, Juan Luis Guisao, 'Costilla', 'Zarro' Arturo Lopera, Domingo, Guillermo y Marco Tulio Gil, Pedronel Quintero, Luis y Emilio Berrío, 'Rapidol', 'Melé' y hermano, y otros, sin contar los autores intelectuales), que dizque tenían la noble misión de sostener al gobierno y salvar al partido conservador. Pero esos tales se pavoneaban por las calles como dueños y señores. Una vez —porque la justicia tiene sus caminos insospechados— se abalearon entre ellos mismos por causa de la repartición del botín, según consentimiento general, y murieron dos[1]. El día del entierro de uno de ellos, señor gobernador, fue preciso que los habitantes, especialmente las mujeres liberales, guardaran luto, y las armas de la república hicieran guardia de honor al féretro durante el traslado al cementerio. Un colaborador mío llamó a su señoría para pintarle la situación de temor que entonces vivían las familias liberales. Y su señoría, engañado por los informes de los cómplices de tales actos, le manifestó estas o

[1] Ya sabemos que fueron tres, sin contar la primera víctima de ese día que era un liberal. — N. del A.

parecidas palabras: ADVIÉRTALES MÁS BIEN A SUS PARIENTES QUE PISEN MUY PASO, PORQUE EN CAÑAS GORDAS HAY JUSTA INDIGNACIÓN POR LA MUERTE DE ESTOS DOS BUENOS AMIGOS DEL GOBIERNO".

Este párrafo, testimonio de parte, podría yo comentarlo en muchos libros, pues me tocó vivir esa vida y tuve que salir de allá para que no me mataran, pues he sido enemigo siempre de estas barbaridades, vengan de donde vinieren, con mucho mayor razón si vienen de lo que en Colombia llamamos "derechas". Me tocó trabajar con esos alcaldes gobernados, como Sema Zapata, por una mesnada de atarvanes y criminales como autores intelectuales o instrumentos pagados. Recuerdo entre aquéllos a Jesús Moncada, José Yepes, Tomás Ospina, Bernardo Restrepo, Fernando Usuga y otros.

Aquellos cabecillas de asonada y aquellos segundones profesionales del matonismo controlaban a las autoridades e instruían al clero para sus prédicas incendiarias. Y esos mismos eran los que, haciendo mérito de su bandolerismo criminal, se turnaban en los puestos públicos urbanos y de los corregimientos.

De la pensión de doña Genoveva Restrepo fui sacado un día a instancias zalameras de Juan de Dios Puerta y de un señor Osorio para que fuera a prestar el más vergonzoso juramento contra mi amigo personal, el cura Blandón Berrío de Juntas de Uramita, y cuando, por decencia y honradez me excusé, se me despidió con palabras amenazantes y esa noche un tipo llamado Beto Vega, me puso un pasquín en la pieza, el cual está o debe estar en poder de las autoridades. Días después abandonaba aquel pueblo para siempre, gracias a la protección que me dieron el Sub-Teniente Olmos del Ejército Nacional y el Pbro. Jiménez.

No puedo ocultar mi resentimiento con ese pueblo, o mejor, con sus dirigentes, porque al pueblo lo compadezco y deploro sus desgracias y calamidades. Es ese el único rincón de Antioquia donde levantaron un busto a Dionisio Arango Ferrer, con tan mala suerte, que ese monstruo de cinismo se avergonzó de aceptar ese homenaje, porque comprendió que se alzaba sobre un pedestal de calaveras y esqueletos, entre el lamento multitudinario de sus huérfanos, sus viudas, sus mutilados y sus perseguidos.

La zozobra y el miedo en Cañasgordas estaban como en el ambiente, como en el aire, como en la luz, como en las tinieblas, como en el silencio, como en el ruido, como en el templo, como en la calle, como en el tañir de las campanas, como en el bramar de la tempestad, como en los campos, como en las casas, como en todo lo que se veía y se sentía. Los uniformes policiales hacían crispar los nervios, lo mismo que los enruanados. Todo era macabro y sombrío. Por toda parte el miedo, el odio, el rencor, la venganza: no se podía vivir. Quienes no simpatizaban con aquel estado de cosas, hombres, mujeres y niños, debían irse a otros lugares, pues estaban sentenciados a muerte.

CAPÍTULO XV

PROHIBIDO ENTERRAR A LOS MUERTOS

De varios testigos presenciales y de informantes de toda responsabilidad, por ser unos agentes del orden, soldados o familiares de las víctimas, voy a resumir apenas algunos hechos saltones de los más sobresalientes, pues si todo se fuera a escribir se necesitarían muchos libros. Ex profeso voy a seguir al pie de los curas para que el diablo no me lleve y para mayor autenticidad, como ya lo dije, porque en todos los casos, o se llamó un cura para auxiliar los moribundos o éste intervino como mandado por Dios. Seguir otra vía sería desfigurar un poco los hechos, pues desde que los curas o la autoridad no entraran en acción, todo quedaba en el anonimato y en la oscuridad, por la cobardía de los unos y por el miedo pánico de los otros.

Imposible recopilar aquí las alusiones siquiera a tantísimas tragedias horripilantes y vergonzosas en que cayeron gentes de toda clase: mujeres, niños, ancianos y trabajadores, hijos todos y pedazos de la Patria, que ningún crimen habían cometido, pues ni sabían el porqué ni el alcance de sus ideas políticas, fuera de que muchos eran conservadores a quienes cobraban el ser hombres de paz y de conciencia honrada que no podían consentir tanta barbarie ni asociarse a los criminales.

Sólo el río Cañasgordas pudiera hablarnos de los muchos cadáveres que la noche arrojó a sus corrientes, pero

también a él se le perdió la cuenta, y cada onda se fue jugando con un esqueleto blanquecino hasta que se lo robó la playa o lo sepultó la arena. Pero también el río tuvo su rival en un sacerdote abnegado y caritativo que dio alivio a muchos hogares destrozados por la tragedia y llevó el consuelo de los despojos rescatados a muchas madres que ya se creían privadas hasta de saber que los restos de sus hijos reposaban en el cementerio católico.

No se crea, empero, que yo no sé todas las ocurrencias de la violencia política en ésta y otras muchas regiones, ni que me dé miedo decir la dura verdad, aunque es cierto sí que la ética de escritor y mi buena voluntad de hacer algún bien a mi Patria y a mis semejantes aportando las bases para una regeneración de nuestras costumbres y para una paz que se funde en la verdad, me impiden decir cuanto sé y de la manera como ocurrió. Fuera de esto, tengo que omitir todos aquellos detalles que tocan con el sagrado sigilo del Santo Sacramento de la Penitencia o que no pueda probar mediante testigos y documentos. Me haría interminable además si fuera a indicar siquiera las víctimas de este largo y cruel martirologio.

Por eso no me detengo a hablar de la lamentada muerte de ese gran hombre y prestante elemento sonsoreño, querido de todos en Cañasgordas, y que se llamó Octavio Villegas, traicioneramente asesinado en su propio almacén, y delante de su esposa y en medio de sus hijos, el mayor de cinco años. ¿Qué pasó cuando los niños se arrojaron sobre el cadáver? ¿Qué fue lo último que dijo? ¿Quiénes lo mataron?... Son preguntas que dejo sin responder para contar que cuando su esposa le registró los bolsillos a ver si tenía arma, sólo le encontró un escapulario y otras reliquias, junto con un recibo de la última cuota dada para el busto de Arango Ferrer.

Así quedó ese gran ciudadano que era don Octavio Villegas, víctima de la traición y de los odios desencadenados por los empresarios de la barbarie...

De la misma manera omito detalles de la muerte de don Carlos Morales, ejemplar y honrado padre de familia cuyas limosnas para el templo en construcción y para las obras de caridad estaban siempre en cabecera de lista. Lo mismo hay que decir de la del conocido y apreciado carnicero, don Roberto Naranjo, con familia aún más numerosa. Queda sin reseñar la muerte de Juan Bautista Rodríguez y sus familiares; la de los dos jóvenes de "Mediacuesta", sorprendidos durante la noche mientras dormían; la de don Daniel Valderrama, y la de los cuatro que quemaron vivos en "El Canelo" con todo y su casa, y cuyos cadáveres hizo traer el Capitán López en cuatro cajoncitos pequeños.

Interminable sería historiar la muerte de tantos ciudadanos arrojados al río. Ni siquiera relato lo pertinente a los que fueron rescatados, ni a más de veinte de los rescatados por el Pbro. Jiménez y que no pudieron ser identificados.

"Río... río ... devuélveme el amor mío..." era el grito ahogado en las lágrimas de tantas madres desoladas y tristes. Río... río... devuélveme los hijos de mi sacerdocio, decía también el cura Jiménez, mirando pensativo hacia las turbias olas que bajaban empujándose, apretadas entre las rocas y aporreándose en las piedras.

Ese sacerdote era el único consuelo de los afligidos y de las viudas y de los huérfanos, pues por todos sufría y por todos se sacrificaba, sin miras distintas a las de su caridad y su celo. Los mismos enemigos llegaron a convencerse de que el excura de Urama no era el chusmero liberal que ellos odiaban; era sólo un sacerdote de Dios para las almas, y acabaron por reconocer su afán desinteresado por el bien espiritual y material de todos.

—Padre, sáquenos para Medellín que nos van a matar, le decían por todas partes.

—Ayúdenos, Padre, a vender los animalitos, aunque sea por lo que nos den, decían otros.

—Padre, qué hago con mis hijas, pues anoche nos atacaron la casa y me da miedo que hagan de pronto lo que han hecho en otras partes, decía una pobre madre.

Y así le iban diciendo todos, pidiéndole consejo sobre su situación y los peligros que los rodeaban, y él no sabía qué aconsejarle a cada cuál. Lo mismo había sido en Urama, su feligresía que no podía olvidar. Una noche lo llamó un grupo de gentes para que los sacara con sus familias, pues estaban muy amenazados, y el cura, conmovido, prometió que al día siguiente los ayudaría. Se despidió de ellos y siguió hacia la esquina occidental de la plaza y vio que más abajo un grupo de hombres armados y policías golpeaban a culata la puerta de la casa de doña María Flórez. Se dirigió al lugar y preguntó:

—¿Qué pasa ahí, muchachos?

—Que aquí está la chusma liberal encerrada. Nos hirieron este guardia en el brazo al pasar por en frente, dijo el capataz.

—¡Qué calamidad!, les respondió.

Forzaron la puerta y rebuscaron por todas partes, hasta por el subterráneo, pero los hombres habían logrado escaparse. Contentísima al ver al clérigo, doña María le dijo:

—Mire, Padre: dizque buscando chusmeros en mi casa, como si todo el mundo no supiera quiénes vivimos aquí: mi hermano y mi hijo Pedronel, un viejito de 80 años y dos trabajadores, uno de ellos con la mamá. Eso es todo.

—Esté tranquila que no pasa nada, dijo el cura.

—No se vaya, Padre, a ver si no nos pasa nada, insistió ella llorando.

—Es que tengo que celebrar la primera Misa y voy a ver si descanso un poco, pues estoy rendido.

Como galgos hambrientos, aquellos hombres seguían buscando los fugitivos para saciar su sed de sangre, y el cura partió hacia la casa cural. Habría andado una cuadra cuando oyó unos tiros, pero ya por la calle donde está la casa de D. Germán González y se devolvió a ver qué pasaba. Efectivamente, allí se habían refugiado los perseguidos, y aquellos chacales humanos los habían hallado. Habían hecho salir al hermano de doña María, y ya en la calle, le pegaron un tiro en una oreja. Lo encontró tendido boca abajo y se arrodilló para administrarlo, diciendo a los que, bien armados, estaban al frente:

—No tiren, muchachos, conténtese con lo que acaban de hacer.

Dentro, todo era llantos y lamentos y el cura siguió al interior, mientras los otros acechaban en silencio.

—Sálvenos, Padre, gritó una joven al verlo. Vea por dónde me pasó uno de los tiros y a ese muchacho le pegaron en el estómago.

Sin saber a qué atender primero, se acercó al herido y lo hizo salir de debajo de la cama, pero aquél se resistía por miedo a que lo mataran, mas el cura lo animó diciendo:

—Salga, mijo, que nada le pasa.

Por fin salió temblando y se sentó en la cama al lado del sacerdote, alzándose la camisa para mostrarle la herida.

—¡Qué va!, Padre!, dijo un policía. Son cismatiquerías, es falso que lo hayan herido. Tiene que ir a la cárcel con nosotros ya mismo, agregó con intenciones de cogerlo.

—No lo deje llevar, Padre, que lo van a matar, dijo llorando la atribulada madre .

—Lo que es yo no lo suelto, dijo el herido, agarrándose al cura.

—¡Me tiene que salvar!, y lo miraba con unos ojazos de ruego.

En ese instante se oyeron unos tiros en la pieza contigua y el levita se soltó como pudo para ir a ver qué ocurría. En el suelo yacía un pobre trabajador ballado en sangre, y, acercándose el cura, oyó que le pedía los auxilios espirituales, pues estaba mal herido con cuatro agujeros de bala cerca al corazón. Lo animó y pudo levantarlo, invitándolo a ir al hospital con su ayuda. Lo pasó a la otra pieza donde estaba el otro herido; lo sentó en la otra cama y él se colocó en la del frente con el primer herido a la izquierda, quedando Pedronel y el otro trabajador a la derecha, buenos y sanos. Mientras tanto algunos de los forajidos seguían buscando al pobre anciano. Entonces Ramón Silva, polizonte de Cestillal, lleno de intriga y de saña, le dijo al cura con grosera altanería:

—Estos tipos tienen que ir con nosotros a la cárcel, y agarró a uno de los heridos con ánimo de arrebatárselo al cura, quien le dijo:

—Un momento, amigo, que ellos sí van pero conmigo.

—¡Entonces tiene que ser ya!, dijo groseramente.

El clérigo, irrespetado así pór un polizonte montañero, convidó a los heridos para que obedecieran a la autoridad, pues los esbirros le prometieron que nada les harían. Creyendo las infames promesas, el pobre cura salió con ellos entre los lamentos de las mujeres que allí había. Al adelantar por la calle llamó al que había quedado tendido, y que ahora se incorporaba para ser llevado también al hospital. Los policías habían sacado los dos que quedaban sanos, y los cinco se agarraron al cura con la mano que los esbirros sanguinarios les dejaban libre.

Eran las dos de la mañana y el Pbro. Azaríâs Osorio estaba en la puerta del hospital esperando heridos en compañía de una de las Religiosas, pues era la hora de las cobardes matanzas y, aunque todos los muertos y los heridos eran tirados al río, de cuando en vez alguno era llevado en busca de curación y alivio.

—Por qué no me llamó, Padre, dijo el capellán a su colega que apenas si podía andar trabajosamente con su racimo de heridos, como un motivo ideal para una representación de la caridad en acción.

—Me dio pena, Padre, porque es muy tarde, y si me hubiera separado del lugar me los hubieran matado.

Comenzó a recibir los heridos uno a uno cuando un polizonte le arrebató el último diciendo:

—Este tiene que ir a la cárcel junto con esos dos tipos, refiriéndose a Pedronel y al compañero, que, temblando, se asían más y más al sacerdote.

—Pero si me prometen que no los matan, repuso el Padre Jiménez.

—Por supuesto, dijo el guardia.

Accedieron entonces a dejar llevar ese herido a la cárcel para evitar mayores irrespetos. A empellones otro polizonte les notificó que siguieran y el cura tuvo que irse con ellos, pues no querían soltarlo, y a gritos le pedían que no los dejara matar. Al llegar a la esquina de la prisión otro policía dispuso con voz de mando que entraran al herido por la puerta de atrás. Claro que el pobre cura no podía replicar a la "imperial" disposición y le cerraron las puertas bruscamente, sin dejarlo entrar.

Regresó al lugar de la tragedia y procuró tranquilizar aquellas pobres madres que lloraban desconsoladas, diciéndoles:

—Todo está arreglado. Dios mediante nada les pasa, pues me lo prometieron formalmente.

Acababa de hablar cuando se oyeron tres tiros de fusil del lado de la cárcel. Escarmentado por la infidelidad de otras ocasiones, fue al lugar donde se oyeron los tiros. Al preguntar por el herido, le dijeron que allí estaba, pero de los otros dos no le dieron razón. Desconsolado retornó al templo, triste y pensativo, y se dispuso a celebrar la Santa Misa, pues ya amanecía.

* * *

Un poco más tarde, las dos madres fueron a preguntar por sus hijos y él las consoló, agregándoles que estuvieran tranquilas. Las gentes eran llevadas a la cárcel, casi siempre por nada, pero no se volvía a saber de nadie. El sacerdote estaba convencido de que aquellos muchachos eran inocentes y esperaba que, tal vez por su intervención aquella noche, nada les harían. ¡Qué inocencia de cura!... Todo lo contrario: la furia contra él estuvo hipócritamente reprimida, pero, sabe Dios, porque Él sí supo la rabia que tenían contra el sacerdote y lo que dijeron. Habían metido la pata con él, que los había reconocido a todos 27, pero los presos se las pagarían.

Más tarde comenzaron los comentarios, unos en contra pero los más eran voces de gratitud y aplauso para el sacerdote por su valor y por el interés en impedir tan espantosos crímenes. Notó sin embargo que algunos decían que siempre le habían matado uno la noche anterior, pero nada supo en concreto. En efecto, al día siguiente, una niña encontró, frente al lugar donde había comenzado la tragedia, algunos fragmentos de dedos. Los llevó a su mamá, quien le disimuló diciendo:

—Eso, mija, es de una chucha.

En realidad no habían sabido ocultar el crimen y todos los ojos se volvieron al río.

Ese mismo día el cura Jiménez fue mandado llamar por el compañero de Pedronel, que estaba al borde del río, a unas ocho cuadras de la cárcel. Salió inmediatamente y halló al tipo medio desangrado y tiritando de frío, pues la noche aquella en que los atacaron y los llevaron a la prisión, los habían ultimado. Había escapado milagrosamente a las balas pero al huir le habían pegado una puñalada que le interesó un pulmón, y al tirarse al río se había dislocado un pie. Supo quién lo había herido pero el cura le rogó que no le dijera. ¡Cosa providencial! Según el cura me contó alguna vez cuando viajábamos en un avión, ese mismo tipo fue quien salvó después al cura de la muerte, pero yo quise ocultárselo.

El pobre herido fue llevado por las aguas hasta que logró refugiarse en una cueva, entre las rocas del río. Desde allí vio cuando bajaba el cadáver de su compañero, pero no pudo cogerlo ni tenía alientos. Ya debía ir muy lejos y sería imposible encontrarlo. El sacerdote pidió alojamiento en una casa y allí le llevó el médico, despachándolo luego para Medellín y guardándose el secreto de muchos detalles.

Ya tenía datos de la suerte de Pedronel y fue a pedir al alcalde que hiciera buscar el cadáver, después de relatarle los acontecimientos ocurridos hacía ya dos noches. Evidente que el alcalde nada sabía o fingió no saber, pero mandó algunos policías a la búsqueda, y, claro, dizque no hallaron nada y regresaron más picados con el cura. Con nuevas pruebas de la muerte del muchacho, obtuvo una nueva comisión al cuarto día con el mismo efecto de la anterior.

Con autorización del burgomaestre se fue por la orilla del río, de rancho en rancho y de roca en roca, preguntando si habían visto bajar un cadáver.

Muchas veces las gentes lo habían visto sobre las rocas y en la orilla escudriñando el cauce del río, movida su sotana por el viento como un pabellón enlutecido de la caridad y de la misericordia, a veces con uno o dos amigos a quienes hacía partícipes del mérito sublime de rescatar los cuerpos de las victimas que por allí bajaban... Pero hoy aparecía más acucioso en la búsqueda y más pensativo, como interrogando las peñas y escrutando las turbias olas... Lo habían traicionado en los promesas y de ahí su insistente solicitud para enrostrarles su falsía con la misma víctima...

Nadie le dio cuenta de lo que buscaba y hubo de regresar triste y pensativo, pues recordaba que había una madre desconsolada que esperaba de él alguna noticia de su hijo. Por fin, cumplidos seis días después de la tragedia, logró hallar el cadáver, ya en descomposición. Lleno de júbilo, invitó a dos amigos, uno de los cuales tenía un carro-jaula, y en él partieron equipados de sogas y demás.

A la derecha, en la cabina, el cura iba indagando con la mirada el lugar de su hallazgo Al llegar a una curva señaló por sobre los cañaverales una vuelta del río al pie de una pendiente plantada de caña. El carro se detuvo y saltaron a tierra, pasaron una cerca y comenzaron a descender oblicuamente, abriéndose paso con un machete. Desde la barranca el cura les mostró el cadáver al otro lado. Al pie estaba el recodo del río que formaba un charco turbio al parecer profundo.

El sacerdote se descalzó, pasó el río por la parte superior con el agua arriba de la cintura. Mientras tanto uno de los compañeros alistaba la soga sobre el brazo derecho,

De un rastrojo, el Padre Jiménez ha rescatado el brazo brutal y bárbamente arrancado a un hombre cuando aún tenía vida... Jamás se podía imaginar tanta sevicia en este siglo de tinieblas morales...

asegurada una punta en la izquierda, y de un golpe maestro la arrojaba hacia el otro lado, desenvolviéndose en el aire, para que el cura recogiera la otra punta. Hecho lo cual, amarró el cadáver por dos partes y, empujándolo un poco hacia el agua, volvió donde sus compañeros para ayudarles a recobrar la cuerda. Comenzaron cuidadosamente esta faena, con tan mala suerte, que antes de llegar el cadáver a la orilla, se rompió la soga.

Sin pensar en nada el cura se tiró al agua y lo agarró por la correa de la cintura hasta anclarlo en la playa. Trabajosamente lo fueron subiendo por la pendiente resbalosa, agarrándose con dificultad a las cañas y malezas. De este modo lograron llegar hasta la cerca, al borde de la carretera, y soltaron su carga... Tantas veces habían tenido que descargarlo para que no se les rodara, mientras apoyaban los pies para no deslizarse. Uno tomó la cuerda floja de abajo y la enredó en las púas de la de arriba. Pasó al otro lado y comenzó a tirar de la soga, mientras los otros empujaban el cuerpo. El otro soltó el torzal e hizo lo contrario, engarzando la cuerda superior en la de abajo y saltó por encima. El cura tanteó un estacón donde el alambre parecía bien agarrado. Se recogió un poco la sotana y puso el pie en la segunda cuerda que se movía inestablemente. Crujieron los hilos en las grapas y dio el paso por encima. Bajó a tierra y se puso a zafar el borde de la sotana que había quedado en una púa.

Crujieron las malezas y fue a ayudar a subir el fardo trágico al vehículo. Rechinaron los goznes y cayó la compuerta. Se treparon al carro. Lo reversaron y partieron hacia el pueblo. Pararon en la casa del muerto. En un conmovedor arranque de amor y de dolor, la angustiada madre se lanzó hacia el carro. Se abrazó al cadáver descompuesto de su hijo y mezclando sollozos y palabras,

exclamó: ¡Es mi muchacho, Padre!... ¡Que Dios le pague lo que acaba de hacer!... ¡Era mi única esperanza!... ¡Quedo sola en la vida, pero en mi dolor tengo el consuelo de saber que siquiera queda en el camposanto!...

Siguieron unos momentos de silencio en este cuadro de ternura y de tragedia... La pobre madre se quedó como alelada y fuera de sí... Sólo los sollozos rompían el mutismo y unas lágrimas, ardorosas y grandes, bañaron aquel rostro para siempre yerto... pero no lo pudieron calentar... Se llevaron sí una copia fugaz de aquellos rasgos maternales para que hicieran compañía al pobre muerto...

Hecha la autopsia por el inolvidable y caritativo doctor Naranjo, se le dio cristiana sepultura. Ya veremos, porque se ven cosas tan raras, que la heroica y cristiana conducta del levita en este caso, le mereció una buena reprimenda de su superior jerárquico.

* * *

Otro día por la mañana vi pasar un campesino hacia la casa cural, pero a la legua se le notaban el miedo y el temor de que repararan en él. Con su camisa y sus pantalones tan remendados que era imposible adivinar el color original de su vestido, iba presuroso, doblada al hombro una ruanita, no por elegancia sino por disimular los rotos, y miraba medroso a todas partes, revelando la canillera que llevaba. Poco después lo vi salir y tomar otra calle y me propuse seguirlo con la mirada, pues esperaba que por allí mismo pasaría después alguno de los curas, seguramente Jiménez.

Éste no se hizo esperar, en efecto, y disimuladamente lo vi entrar por la misma puerta. Supe lo demás por lo que en Sopetrán me contó una hija del occiso, llamado Camilo

Pulgarín. Éste había rogado al campesino que le llamara al cura Jiménez y no a otro. Era un hombre robusto, de unos 50 años y se había refugiado allí, pensando que por ser aquella familia conservadora, acaso escaparía a la muerte. Lo encerraron, llenos de miedo, en el cuartico estrecho de la despensa y con palos se trancó por dentro. Al reconocer la voz del cura abrió la puerta entre asustado y alegre. Tenía una pierna arremangada hasta el muslo y le mostró una perforación de carabina.

Estaba encargado de una finca vecina cuando fue atacado y tuvo que salir huyendo, pero al pasar un vallado, fue alcanzado por la bala. Se echó a rodar cañada abajo y con ayuda de un trabajador logró llegar al pueblo. El cura lo consoló y prometió sacarlo esa misma tarde, y a eso volvió más o menos a las seis. Pero ocurrió que también uno de los enemigos logró enterarse y se ocultó en la misma casa.

El valiente sacerdote tenía la resolución de sacarlo a un lugar seguro pero el cura Osorio lo atemorizó y lo hizo desistir, alegándole peligros. El sacerdote empero esperaba la llegada de militares aquella misma noche y así sería fácil salvar al pobre hombre, y aplazó volver más tarde, sin saber que dentro estaba ya uno de los asesinos. Se desplomó luego un torrencial aguacero y los soldados siguieron de largo hacia Dabeiba, por lo cual el cura dejó el salvamento para la mañana siguiente.

A esta hora, después de la Santa Misa, fue avisado de que había un muerto debajo del puente que da paso a la finca de Benjamín Vélez y salió inmediatamente sin pensar quién sería. Era don Camilo, que al ser arrojado en la noche se les había quedado en una piedra. Cuando aquellas hienas hambrientas y feroces lo sacaron maniatado entre las injurias y los insultos más vulgares, él les gritaba humillado:

¡No me maten que nada les he hecho! ¡Fíjense que tengo muchos hijos!...

Y sin hacer caso a sus súplicas y ruegos, con una saña diabólica horripilante, lo echaron por delante a empellones y golpes, al amparo de la tiniebla negra, pues habían roto previamente las bombillas de la calle. Todos querían rivalizar por acreditar su cobardía sanguinaria. Con soeces insultos y planazos respondían los alaridos desesperantes de la víctima. Cada uno quería matarlo, despedazarlo, triturarlo, saciarse, arrancarle las entrañas y bañarse en su sangre.

Era uno para tantos y cada uno buscaba pegarle siquiera un machetazo hasta que no quedara nada... Era una orgía demoníaca de héroes macabros como el asesino "Costilla" y como su banda infernal. A la cuadra llegaron al puente en su farra de sangre y de machete. Las gentes oyeron con terror los gritos lastimeros del moribundo entre las burlas procaces y las carcajadas terribles de aquellos monstruos humanos... Los golpes mortales de los machetazos cayeron sordos en el cuello, en el pecho y en las espaldas del pobre hombre. La sangre borbotó caliente y espumosa, y así, hecho pedazos, lo tiraron al río...

Éste se estremeció al sentirlo caer sobre una piedra como un fardo desmadejado, se contentó con su sangre y no quiso llevárselo. Las olas turbias sintieron pesar por la crueldad de los hombres y se fueron presurosas, dejándolo como un testimonio de lo que pasaba en esta tierra sin Dios...

Cuando el cura llegó había mucha gente y otros venían con él. Su corazón sacerdotal sintió un golpe rudo y seco... porque no había salvado aquella vida, pero no tenía la culpa... Se abrió paso y se acercó, profundamente conmovido. Era don Camilo y todavía estaba en sus ojos muy abiertos una expresión de súplica... Su rostro estaba

Uno de los tantos cadáveres rescatados por el cura Jiménez, y el que no pudo ser reconocido a causa de los numerosos machetazos en el rostro.

contraído en un rictus espectral que revelaba la más trágica tragedia... Por el tajo mortal del cuello se le había metido el escapulario y de los ojos sacerdotales rodaron dos lágrimas de pesar...

Muchas veces cuando los cadáveres se quedaban enredados en las zarzas de la orilla o se anclaban en las rocas o en la playa, los mismos asesinos corrían a empujarlos al cordón de la corriente para que el cura no los rescatara. Hasta el mismo José Jiménez hizo esto un día con un cadáver que el sacerdote estaba buscando. Por temor a que tal cosa ocurriera, el cura se quedó cuidando el cadáver de don Camilo y mandó avisar al alcalde.

Lo que ahora sigue son datos que tomé personalmente a la madre de una de las víctimas. Cañasgordas se estremeció de horror, pues nadie creía que en sus calles, a cinco cuadras de la plaza, ocurriera alguna vez lo que constantemente se veía en los montes cuando entraban las comisiones dizque de pacificación, y que nadie podía creer. Y si esto pasó en un pueblo de los más importantes del occidente antioqueño, ¿qué no harían en aquellas regiones y en aquellas aldeas estos chacales que tenían la misión de defender al gobierno y a la Iglesia, sosteniendo una secta política?...

En las primeras horas de aquel domingo trágico como tantos otros, se oyeron en la plaza los gritos y lamentos angustiosos y desesperantes de una pobre madre que pedía socorro en su desolación, lamentando la corrompida muerte de su hijo único en unión de otro compañero. Todas las gentes corrieron al lugar (abajo del Liceo de bachillerato), y hallaron dos jóvenes del pueblo, Reinaldo López y Jesús Zapata, inmundamente castrados y muertos a machete y puñal. Alguna vecina observó cuando pasaba el grupo de facinerosos y pudo constatar que allí iba el famoso

Milo Cifuentes. Este crimen causó pánico y terror, pero era un argumento irrefutable de lo que estaba pasando.

Era tal la mortandad que azotó a ese pueblo que ni las mujeres escaparon. Pavoroso es el crimen ocurrido en "La Balsa" donde una pobre viuda, pues meses antes habían asesinado a su marido, fue atacada y muerta de la manera más villana; llamaba esta señora Zoraida de Torres.

En el punto denominado "Chontaduro" sucedió algo peor. Vivía en una casucha una anciana con sus nietecitos, llamada Hermelina Ramírez. El hijo mayor, con quien vivía, había tenido que ausentarse a causa de la persecución; con machetes hicieron astillas la ventanita, entraron luego y le pidieron razón del hijo pero en vano, porque ella nada sabía. Llenos de ira por haber perdido el viaje se abalanzaron sobre la anciana y uno de ellos le partió los ojos de un machetazo; no contentos con esto le cortaron las orejas para llevarse sus aretes. ¡Miserables! ¡Quién no se estremece al leer estas líneas!

Otro domingo estaba el cura Jiménez recogiendo limosna por los lados de la Plazuela cuando oyó unos tiros en serie. Volvió la mirada y se dio cuenta de que en la acera vecina se revolcaba Florentino Marín (a. Tino) en una charca de sangre. Mientras le daba la absolución mandó pedir al Padre Castro los Santos Óleos, en el preciso momento en que éste había salido a auxiliar a un señor Abel Arias, que simultáneamente había caído en el sector de Buenos Aires, víctima también de la violencia. ¡Como se ve, no daban abasto ni los curas ni los Santos Óleos!

Llegaron a tal grado la inseguridad y las matanzas que no había día en que no muriera alguno, y todos acudían al pobre sacerdote a pedirle consejo y a buscar refugio. Un día, estando el párroco ausente, algunos trabajadores y gentes humildes fueron a que los alojara en la casa cural,

pues se estaban enfermando de dormir en los rastrojos. Al día siguiente se duplicaron y al tercero pasaban del centenar, por lo cual optó por refugiarlos en el templo. Esto no es para describirlo ni para narrarlo, pues son escenas increíbles. El cura tenía que estar al pie y cuidarlos pues había peligro, inclusive, de que los sacaran del templo para asesinarlos. Muchos llegaban desde temprano con sus ataditos para pasar la noche en los escaños, en las gradas y en los reclinatorios. Pero los buenos campesinos estaban allí tranquilos, sin temores y sin miedo, pues estaban compartiendo su refugio con el Dios de la Fortaleza.

Una tarde tocaron a la puerta de la casa cural con mucho afán y el Padre Castro salió a abrir y he aquí que se encontró con una vieja muy embrujada y afeitada que le infundió recelos, y le preguntó:

—¿Qué se le ocurre, señora?

—Necesito al Padre Jiménez, contestó.

Intrigado por algo que no le parecía muy natural, preguntó con insistencia:

—¿Quién es usted y qué quiere?

Y entrándose casi por mal le dijo:

—Mi Padre, he tenido que vestirme así, pues me estan acechando desde ayer.

En ese momento salió el cura Jiménez e hizo entrar a la vieja, que no era vieja sino un viejo disfrazado, mientras el otro cura estallaba en carcajadas de justa hilaridad al ver aquel gracioso truco, fruto ingenioso del miedo.

El pobre hombre no se atrevía a salir ni disfrazado y quería permanecer allí con los Padres, pero era preciso que fuera a la iglesia a juntarse con los demás refugiados Entonces su esposa, una vieja que sí era verdadera vieja,

fue a traerle su ropa y la ruana para llevarse el pañolón, la saya y la blusa que ahora estaba luciendo. En cierto momento oportuno el pobre viejo salió para el refugio común en medio de los dos curas, una vez dejado su disfraz. Aquella noche los refugiados llegaron a 500 y en los días siguientes la cifra subió hasta 700.

Algunos días después llegó un nuevo alcalde e impuso el toque de queda, a ver si así se controlaban algo las matazones, y entonces se terminó también el refugio de las gentes en el templo. Pero no se crea que esa disposición oficial sí fue benéfica, pues los ataques siguieron, a pesar de todo. Una de estas noches fue atacada la casa de Quico Marín, quien afortunadamente había logrado escaparse hacia Medellín. En pleno toque de queda machetearon las puertas y ventanas y en la acera y en el interior dejaron una buena cantidad de "flores de cristiano", como llaman eso. No sólo eran asesinos y devastadores sino también cochinos. Además, era imposible ejercer el toque de queda en los solares y por ahí atacaban.

Olvidaba hacer mención de los pasquines que frecuentemente metían por debajo de las puertas. Eran groseros, amenazantes y fatales, un ultimátum perentorio. Los vecinos los recuerdan y conservan algunos, de los cuales tengo ejemplares. Fijaban término de horas para abandonar el pueblo, pero muchas veces, antes de expirar el plazo señalado, eran atacados, robados y masacrados, cuando no era para acecharlos en el camino, sacándolos de los mismos carros ante el terror de los demás pasajeros, como pasó con Juvenal Rengifo, Camilo Torres, etc.

No resisto a la tentación de copiar uno de estos papeluchos sucios, sin fecha y con una letra apenas intelegible, a lápiz y en un retazo de papel, y que dice:

"Señor Carlos Morales

Le encaresemos rotúndamente por el vien de su vida y de sus ijos que avandone este pueblo en el término de 24 oras o a más tardar, pasao mañana; pues no queremos mansanillos hijueputas, malparidos. Necesitamos linpiar el puevlo.

(Firmado): EL PUEVLO".

CAPÍTULO XVI

El viacrucis de Urama

El corazón sacerdotal es inmenso como el Corazón de Cristo y católico en sentido etimológico como la Iglesia. Inmenso y universal es también el campo de su acción espiritual, moral y material. Su acción apostólica y su celo no se limitan con el espacio ilímite porque llenan los mismos ámbitos infinitales de los cielos; ni se limitan en el tiempo indefinido porque se hunden en la eternidad misma de Dios; ni se limitan entre fronteras continentales o nacionales porque todo lo llenan y hasta los astros se van cuando en sus jeroglíficos de luz descifran el nombre mismo del poder divino.

El corazón sacerdotal es como una antena gigantesca que recoge los ritmos de todas las laudanzas y el treno de todos los dolores. Su herencia son las almas todas, pero especialmente las almas alejadas de Dios por el pecado y las que todavía no pertenecen a la Iglesia. Su acción salvadora cobija toda la vida del hombre desde que recoge su gemir primero hasta que sobre su tumba arroja una postrera bendición y eleva una plegaria detrás de esa alma que se hundió en la eternidad... El sacerdote es el buen pastor que corre por los montes, los breñales y las playas para buscar las almas... Es receptor de todos los ayes del gemir humano y el consuelo de todos los dolores... Su ideal

son las almas descarriadas y su misión es salvar los pecadores...

Para él no hay judíos ni gentiles, ni troyanos ni tirios, ni amigos ni enemigos, su corazón es tan amplio como el de Pablo, sin excepción de personas ni de castas, sin partidos, ni odiosas distinciones... Para el sacerdote no hay odios y no puede haber venganzas ni rencores, porque es prolongación misma de Cristo que es todo para todos... Por todos sufre, por todos ora y a todos los atrae hacia el perdón de Dios... Sus afanes y sus preocupaciones son universales y humanos, orientados siempre a las alturas...

Esto lo sabe el pueblo, ese gran sabio que es el pueblo, y por eso al sacerdote acuden todos en busca de enseñanza y de consejo, de consuelo y de paz, de corrección y de alivio... en busca de la gracia que es para todos, en busca de Dios que es para todos, porque el Señor es de todos...

* * *

Cerró su breviario y cerró también sus ojos para ver mejor en tantas tinieblas los esplendores de las misericordias del Señor, clavado un rato en las gradas del altar; se despidió reverentemente del sagrario y fue saliendo con el libro de rezos bajo el brazo.

El último sol de la mañana caía oblicuamente sobre la plaza solitaria de Cañasgordas, formando una amplia sombra sobre el atrio, mientras el surtidor del centro elevaba con altura intermitente su penacho de aguas cristalinas. Se detuvo pensativo mirando las palomas y los árboles mientras unos pocos hombres conversaban en grupos a la puerta de los cafés. Apareció un grupo de mujercitas que venían hacia el atrio. Dos encopetadas damas salían del templo y luego otra más humilde que se acercó al sacerdote.

—Buenos días, Padre Jiménez.

—Buenos días, señora; ¿qué se le ofrece?

—¡Ay, Padre! Me mataron mi maridito. ¿Usted no se acuerda de aquel que andaba en muletas y que vivíamos allá en Urama, en la placita, por la salida de La Cola?

—Cómo no, pero no recordaba que usted era la mujer de Pablo Avendaño. ¿Y cuántos hijitos le quedaron?

—Cuatro, Padre, pero estamos en la miseria.

—¿Y dónde lo mataron?

—Cayó en los 72 que asesinó la policía del Teniente Rafael Mejía Toro.

En este momento se acercaron tres del grupo que había asomado por la bocacalle de abajo, y la conversación siguió con las cuatro viudas que venían a pedirle algún consuelo y alguna limosna. El total de huérfanos de estas cuatro viudas eran 21. Habían perdido sus animales y cuanto tenían.

—Y ustedes ¿cómo se salvaron?

—A ellos los cogieron, dijo otra, sacándolos de las casas o apresándolos en los trabajaderitos, pues ese tal Teniente los mandó reunir a todos en la plaza. Después los arriaron a todos cargando ese sargento y los fueron matando por todos los caminos.

—Hágase de cuenta, mi Pairecito, dijo la más campesina, un reguero de calvarios que parece un viacrucis. Figúrese, mi Pairecito, el pobre marido mío tan viejito y tan enjermo.

—Y el pobre Pablo, Padre, inválido y todo. ¡Qué cosa tan horrible!, dijo la primera.

—No se escapó, Padre, ni el pobre bobo Posso. Quién se iba a imaginar que se atrevieran a matar semejante bobo que vivía todo babiándose, volvió a decir otra. Todas

tuvimos que huir a pie con los muchachitos y muriéndonos de hambre y de necesidades.

—Sí, dijo el cura a ver si ponía fin a esa letanía de lamentos y tragedias, a mí me lo han contado todo y estuve bregando a ir a enterrarlos, pero no pude. Me he contentado con rezar por ellos y sufrir con todas ustedes, pues no los he podido olvidar y sigo pensando en Urama.

—Mi Dios le pague, Padre. Ya ve, si usted no se hubiera venido, no habría pasado nada. Recuerde de las que nos libró, pero apenas nos vieron tan abandonados, se desquitaron matando toda la gente.

—¿Y cómo le ha ido aquí, Padre?, dijo otra llorando como las demás.

—Ya le habrán contado. Aquí ha habido mucha cosa.

—Bendito sea Dios, repitió otra.

—Bueno, vamos a ver cómo les ayudamos de algún modo y pídanle a Dios que se acuerde de nosotros.

* * *

Se despidieron de su viejo párroco y éste se fue yendo cabizbajo y preocupado hacia la casa cural. Sufría por sus hijos actuales y se sacrificaba por ellos del modo heroico que hemos visto, pero seguía sintiendo el dolor de sus antiguos feligreses. Nada nuevo le habían contado las mujercitas, pues él todo lo sabía y con detalles desconocidos. Había hablado entre otros muchos con D. Camilo Bedoya, Arturo Ramírez y Severiano David, a quienes les tocó de cerca los terribles acontecimientos. A este último, por ejemplo, lo había cogido una comisión y lo había dejado desnudo, amarrado en cruz de pies y manos a un árbol hasta que al tercer día pasaron algunos guerrilleros y lo soltaron.

Fue a principios de 1953, muy luego de la salida del cura, estando la guerrilla con todos sus efectivos librando la defensiva en Antasales, donde los vecinos estaban amenazados por la policía y muchos civiles. Un poco antes había salido otra comisión hacia Guayabal a defender las gentes de Peque de las incursiones gobiernistas de Ituango. Barrancón había quedado sólo con diez hombres, entre los cuales se encontraba Moisés Sepúlveda.

La situación en Urama y en toda la región era espantosa y terrible, pues si en Cañasgordas llovía en aquélla no escampaba. Los curas de la región habían tenido que salir, por orden del gobierno, como se dijo antes, y ahora sí podrían los esbirros de Arango Ferrer hacer las del diablo. Comenzaron a entrar grandes comisiones de policía y chusmeros por Ituango, Cañasgordas, Uramita y Dabeiba. ¡Era tanta la sed de sangre que tenían! Los frentes de la guerrilla se multiplicaron pero replegados hacia los montes para vender cara su vida, en espera de alguna solución política, pues los pactos de Bogotá y las mentirosas promesas de Urdaneta Arbeláez para nada servían, pues no era el encargado de la presidencia sino el MAYORDOMO DE LOS GÓMEZ HURTADO EN SU FINCA DE COLOMBIA, CON EL NOMBRE IRRISORIO DE REPÚBLICA.

El gobierno había arreciado la persecución con la intención utópica de acabar con las guerrillas, y el gran CHEPEMETRALLA se había adelantado a dar el parte nacional de PAZ. A las diversas regiones del occidente antioqueño comenzaron a enviar de a cuatro comisiones por semana y empezaron las masacres colectivas. El sábado 27 de octubre iba hacia Juntas de Uramita el sanguinario y criminal Teniente López Blanco, que tantas atrocidades había cometido allí, y al saber que el cura Blandón había

salido, dijo: "Siquiera echaron ya ese manzanillo h.p., porque voy a acabar con lo que encuentre. Y a los cuatro días iniciaba la matanza con ciudadanos como Teodoro David, José María García, Manuel David, José Uribe, Gabriel Piedrahíta y Francisco Guisao.

La guerrilla había dejado prácticamente a Barrancón pero era una posición que, no obstante, se procuraba defender. Alrededor del antiguo cuartel se entiende una explanada de suave declive a la cual se llega por un camino en espiral. La comisión llevaba toda clase de armas y contaba con una señora "Batalla de Boyacá", pero se equivocó de cabo a rabo.

Con un parte sin novedad llegaron y se repartieron en cuerpos de asalto por todos lados. Los hombres que allí había los vieron ir y reconocieron que no era posible oponer resistencia. No obstante, Sepúlveda se apostó en la parte superior del camino con el ánimo de dar un chasco al enemigo. La policía también estaba observándolo y tenía enfocadas las armas de la retaguardia hacia la parte superior del camino para proteger el avance del cuerpo de ataque. Cuando Sepúlveda sacó la cabeza para hacer puntería en los que comenzaban a subir, un proyectil le voló la parte superior de la cabeza. Uno de los compañeros se arrastró hasta recoger el fusil y se replegaron rápidamente sin dar tiempo a que las armas de largo alcance del enemigo entraran en acción. Sacaron cuanto había en el cuartel y sólo dejaron la olla con el almuerzo que estaba acabando de sazonarse.

La policía subió tranquilamente y se apoderó del cadáver de Sepúlveda, que los compañeros no pudieron llevarse. Sacaron los machetes y lo picaron miembro por miembro en raciones pequeñas. Con cínica desvergüenza escogieron luego las raciones mejores y las echaron en la

olla donde se cocía el almuerzo, y, no habiendo hallado nada, se regresaron con las piernas lavadas. No quemaron el cuartel con la esperanza tal vez de que otro día no perderían el viaje o para que la olla quedara en su lugar y los guerrilleros cayeran en la trampa de comer carne de su compañero, pero también se equivocaron, pues desde su escondite, ellos estaban viendo todo.

Fuera de ésta, no hubo ninguna baja más de ningún lado pues no hubo combate. Los de la guerrilla pudieron distinguir fácilmente los pedazos de carne humana y los sacaron aparte para enterrarlos con los demás picadillos del cadáver. La lección de inhumanidad y sadismo de esta acción no puede ser más elocuente ni más vergonzosa y anticristiana. Otra muestra del abismo de barbarie a que habían descendido los pacificadores, defensores del gobierno y de la Iglesia, a nombre de un partido ultrasectario.

* * *

Por este mismo tiempo se improvisó en la Cañada Adentro una comisión de policías y civiles con el objeto de ir a hacer daños a El Páramo de Urama, una vereda poblada de casitas y sementeras. Muchas parcelas estaban abandonadas y por todas partes se veían las huellas de la violencia: calvarios, casas quemadas, sembrados perdidos, caminos enrastrojados y potreros sin ganado. El paisaje, antes alegre y lleno de gentes, era entonces triste y desolado. Las pocas familias que se atrevían a quedarse en las finquitas sufrían el control de víveres y de artículos de primera necesidad.

Por la vereda pasa el río Urama y antes de la violencia estaba cruzado por un puente sobre estribos de concreto

pero desde comienzos de ésta, aquél fue destruido quedando sólo los estribos donde varias veces se improvisó un tendido que otras tantas ocasiones fue destruido. Al pie de esos muros, entre las rocas del cauce, había un filtro de agua salobre y las gentes acudían a buscar esta aguasal, pues ni el cloruro de sodio escapó al control del gobierno. Para bajar hasta la pequeña fuente salina los vecinos habían puesto una escalera de travesaños recostada a uno de los estribos.

Al llegar la comisión encontró unas doce personas entre niños, mujeres y algunos hombrecitos, sacando aguasal e inmediatamente fueron ultimados todos a bala, cayendo algunos en el pozo. Allí quedaron los cadáveres más de un mes, pues nadie se atrevía a recogerlos ni a darles sepultura por miedo y temor. Desde lejos se sentía el apestante hedor a mortecina. El cuadro era aterrador y dantesco. Ni siquiera los gallinazos se habían atrevido a bajar a ese antro de tragedia, o mejor, no alcanzaban para atender a tanta mortecina humana en toda la comarca...

Cerca al camino estaba el cadáver de La Ñata, doblada sobre las piernas que le habían quedado cubiertas, en actitud de sentada y rodeada de un enjambre de moscas negras y verdosas que hacían un ruido tétrico. Le habían pegado un tiro en la cabeza que era literalmente un hervidero de gusanos... Tenía ya los brazos descarnados por la descomposición y a su lado había una olla vieja y tiznada.

Al fondo todo era soledad espantosa y silencio. Fuera de las moscas, ni un pájaro, ni señal alguna de vida. El sol entraba por entre las ramas en manojos de luz que daban un tinte más fúnebre a la escena. Media docena de cuerpos que parecían espectros macabros estaban recogidos y doblados en desorden unos sobre otros, revelando el terror que se apoderó de ellos al aparecer la pandilla de asesinos. En un charco estaba doblada boca abajo una niña cuya cabeza se había pelado al roce de las aguas, podrida la epidermis... Entre sus ropas humildes y remendadas los cuerpos parecían costalados de carne descompuesta, que en las partes descubiertas comenzaba a caerse a pedazos dejando ver ya los huesos...

Más allá había caído un hombrecito doblado sobre una piedra, y acá una mujer a quien se le distinguía una criatura apretada contra el seno... Por el suelo se veían vasijas, cuerdas, gorras y unos trapos...

Consumada esta bárbara matanza, se dieron a quemar cañamelares, trojes, sementeras y habitaciones, llevándose cuanto hallaron. Esta fue otra hazaña de aquellos sostenes del gobierno y de la religión en nombre de un partido dizque de orden.

* * *

También el hambre hizo sus víctimas, como las habían hecho los ríos y los hombres. Muchas fueron las víctimas del hambre, gracias a la miseria reinante y al inhumano control de víveres. En Palonegro se habían refugiado muchas víctimas, entre ellas una familia con dos niñitos de uno y dos años, en la más completa miseria. Un día se rumoró que hasta ese lugar se dirigía una comisión y las gentes corrieron para el monte. Los protagonistas de este episodio hicieron un hatillo con sus ropitas, recogieron dos ollitas y otras cosas y se dispusieron a marchar al monte. El hombre echó las ropitas en un canasto y luego colocó allí al mayorcito de los niños y la mujercita se amarró el otro a la espalda con algo que había sido pañolón. Bajo un sol de canícula comenzaron a subir la pendiente, dibujada

en sus rostros la tragedia. De cuando en vez se detenían, hambrientos, sudorosos y desalentados a descansar a la sombra de algún árbol y miraban hacia atrás entristecidos.

Ya tarde llegaron a una chocita en la montaña y ahí se detuvieron. Con hojas cubrieron un poco los muchos rotos y se acomodaron de cualquier modo. El pobre hombre salía a ver qué podía conseguir o qué podía hacer, pero la región estaba asolada y los que por ahí había estaban en parecidas circunstancias. La esposa sólo tenía agua del salado para darles a sus hijos en alternación con un poco de agua con asomos de panela... Y así pasaron los días y se sucedían las noches largas y frías... Los niños, desnutridos y endebles como cañas marchitadas, se iban consumiendo ante los lloros de la pobre madre y la desesperación del afligido padre... Era tal la situación que no había ni qué, ni a quién, ni a dónde robar.

El desenlace fue terrible y doloroso, pues un día los dos niñitos se murieron de hambre y de llorar en el vacío de la miseria y la pobreza...

* * *

En una parcelita entre Armenia y San Agustín, vivía un matrimonio joven con su primer hijito, pero no quisieron huir por un exceso de confianza temeraria. Una madrugada llegó una comisión de Uramita y no les dieron tiempo de correr hacia el monte. Cercaron la casa y procedieron a derribar las puertas. Cuando el pobre hombre se levantó y se presentó fue amarrado para que presenciara la violación de su esposa, a quien mataron en seguida. Ultimaron después al marido y se dieron al saqueo. El testigo de este hecho se hallaba escondido allí cerca y oyó cuando un policía, al hallar la criatura dormida, la cogió y dijo al comandante:

—¿Qué hacemos con éste?

—Déle el tiro que ya lo paga, contestó el jefe.

El chulavita no se hizo repetir la orden y, terminado el saqueo, alzaron con lo que encontraron y le prendieron fuego a todo lo demás.

* * *

A todas las guerrillas habían llegado desertores que se anticiparon al 13 de junio, porque reconocían en su conciencia de colombianos que esta fecha sagrada había de llegar para redimir a la Patria de la injusticia reinante y de la barbarie desencadenada. Entre los que llegaron a Camparrusia y que se encargaron de la instrucción militar, estaba un boyacense Penagos, hombre valiente y aguerrido, a quien el capitán Giraldo había confiado prácticamente el comando de ataque y la instrucción de estrategia militar. Su nombre se hizo famoso en la región, pues era verdaderamente terrible.

A principios de 1953 salió una comisión de policía de Uramita hacia Armenia con refuerzos de Medellín y de Frontino. Como estrategia especial, varios policías iban uniformados de soldados, pues así serían respetados por la guerrilla. Ésta los vio ir y se replegó hacia la montaña, pero Penagos prefirió quedarse atrincherado en el punto preciso por donde debía pasar la comisión, bien provisto de munición y con el fusil de su confianza.

Adelante iba el policía "Pielroja", que desde comienzos de la violencia había sembrado de crímenes la región y que por tanto era un hombre "meritorio". Su enemigo lo encañonó y disparó su arma, que desgraciadamente no dio fuego, pero el tableteo fue oído por el polizonte que alcanzó a descubrirlo y lo fulminó. Se lanzó luego sobre él y le cortó

la cabeza con ayuda de sus acólitos, y lo despojaron de todo. Desbordantes de júbilo por la cacería que acababan de hacer, un policía tomó la cabeza entre carcajadas de gozo y se puso en cuclillas ante la cámara de un compañero, mientras los otros se mofaban del muerto haciéndole saludos militares y diciéndole palabrotas.

Amarraron el cuerpo de los pies y lo colgaron de un árbol, donde quedó como una bandera rota, destilando sangre, y reclamando justicia contra tanta iniquidad. Ya no tenían a qué seguir adelante, pues la muerte de este bravo muchacho era para ellos suficiente triunfo, y además, confesémoslo, les dio miedo seguir, pues habían herido el alma misma de la guerrilla. Se dieron al saqueo y a la devastación. Cogieron animales y todo cuanto hallaron y cargaron unas diez o doce mulas, llevando cada uno lo que más podía y ordenaron el regreso. ¡Aquella cabeza era un trofeo! Pertenecía a un defensor de la libertad y de la justicia, y quien la cargó se sentía orgulloso y pensaba en aplausos y premios. Era sin embargo incómodo llevarla en la mano, fuera de que aquello siempre daba alguna repugnancia. Estaba sangrante, con los ojos cerrados y las fauces desencajadas... parecía dar gruesos resuellos de agonía... Era un heroísmo que horrorizaba y la naturaleza misma se estremeció con asco repugnante... La puso entonces en un costal, detuvo una de las mulas y la amarró en medio de la carga, un poco hacia atrás.

La guerrilla estaba viendo todo y ordenó echarles atajo mediante un largo rodeo, para arrebatarles el objeto de su triunfo. Media legua más abajo se atrincheraron a larga distancia para atacarlos al caer a una cañada por un desfiladero. Sorprendidos repentinamente y llenos de confusión, temiendo perder el botín y aquel precioso trofeo, echaron a correr desordenadamente. Ya empezaban las

Aparece en esta foto un policía tomando la cabeza del desertor Penagos, entre carcajadas de gozo, mientras los otros se mofan del muerto, haciéndole saludos militares y diciéndole palabrotas.

sombras de la tarde y no se dieron cuenta de que se les había rodado precisamente la mula en que llevaban la cabeza del desertor guerrillero. Un tiro le había pegado en la cabeza y el animal se desplomó sobre el abismo.

Una hora después entraban triunfantes a Uramita contando que ahí venía la mula con el trofeo, pues sólo los de atrás sabían que una de las bestias había rodado. Por eso, cuando fueron a presentar la cabeza del muerto, se quedaron con un palmo de narices, burlados por la suerte. Después de exhibirla tal vez hasta pensarían dar alguna partida de fútbol para diversión de sus hinchas, inclusive del cura Restrepo, tal como habían hecho meses antes algunos forajidos con las cabezas de los dos que habían decapitado en el puente de El Sábalo, gracia que fueron a hacer en Dabeiba, pero el cura de allá era distinto; les dio una buena y autorizada reprimenda y los mandó a que las sepultaran con el respeto cristiano y humano que se merece un cadáver o cualquiera de sus miembros.

Los chulavitas se quedaron bien burlados en sus intenciones y casi nadie les creyó lo que afirmaban, pues faltaba la prueba. Al día siguiente, muy temprano, la guerrilla fue a explorar la cañada a donde había rodado la mula, recogieron la carga y, llenos de gozo, rescataron la cabeza de su compañero para sepultarla con el resto del cadáver que ya habían descolgado.

* * *

Al bosquejar otro episodio de entre los tantos documentos y apuntes recogidos, me convenzo de que jamás se llegará a tener idea exacta de todo lo ocurrido siquiera en un sector del país. Acá vuelvo a citar la carta del jefe de las guerrillas de Antioquia al gobernador militar, con fecha del 1° de julio de 1953:

"Si me detuviera a contarle los más atroces crímenes que cometió la policía a nombre del gobierno y del partido conservador, me haría interminable. Sólo las aguas de los ríos podrán decirle cuántos liberales hallaron su tumba en sus corrientes. De la cárcel de Salgar se sacaron más de cien presos políticos liberales y fueron asesinados y sus cadáveres rodaron por despeñaderos y vertientes. En Morelia se colgó del techo de la cárcel a numerosos copartidarios. Otros contemplaban aterrorizados la consumación del crimen, mientras esperaban su turno. En La Vargas, paraje netamente liberal del municipio de Betulia, el capitán de la policía, Arturo Velásquez, se sació en la matanza horrorosa de campesinos. A pesar de los numerosos denuncios comprobados que existen contra este tristemente célebre funcionario de policía, aún continúa en su puesto, matando y cometiendo toda clase de atropellos".

"En Urama Grande el mayor Rafael Mejía Toro, hoy, óigalo señor gobernador, subjefe de la policía en Antioquia, organizó una de las más espantosas matanzas por la calidad de las víctimas y la manera de ejecutarlas. En compañía de un teniente López, este señor Rafael Mejía Toro enfiló por los caminos de occidente a 72 personas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, y, al paso que se iban cansando, los iba fusilando. Un guardia boyacense de apellido Gómez manejaba la varilla de hierro que clavaba en la garganta a los que se iban cansando, para degollarlos inmisericordemente".

En efecto, la situación seguía agravándose cada día, y el único móvil de las matanzas era la venganza en gentes pacíficas, progresistas y trabajadoras de lo que la guerrilla les hacía y que no eran capaces de vengar en los guerrilleros, amén del simple afán de exterminio, de acuerdo con las

Aparecen aquí las cabezas de dos jóvenes decapitados en el Puente de "El Sábalo". Después de exhibirlas, darán una emocionante partida de fútbol para diversión de sus hinchas. ¡Qué barbaridad!

consignas generales. Todavía en enero y febrero de 1952 había soldados en algunos puestos como Urama, pero en algunos lugares se optó por someterlos a las autoridades civiles o por anular su acción cada que llegaba una comisión de policía, violando en ambos casos la soberanía y autonomía militar. Esto era apenas consecuencia de la campaña calumniosa y proditoria que los conservadores mantenían contra el ejército y cuyo primer fruto fue precisamente la pugna que en aquellas regiones sostenían entre sí policías y soldados.

Urama es una rica región agrícola y ganadera. Al amparo de la comisión militar las gentes estaban un poco tranquilas y seguían en sus labores del campo en las cercanías del pueblo y aun en lugares apartados. Pero a pesar de todo la región estaba despoblada y desolada. A fines de enero comenzaron a entrar, una tras otra, comisiones de policía más o menos numerosas, completadas por contingentes de civiles armados, tanteando la tan ambicionada entrada a Camparrusia, que en realidad estaba ya desguarnecida, pues la guerrilla se había replegado a lugares más seguros, dejando desamparados a los trabajadores de la región.

A fines de enero apareció por allá el mayor Rafael Mejía Toro al mando de unos 250 hombres, pero la presencia de los soldados en el pueblo contrarrestó un poco la nerviosidad de las gentes. Una avanzada de la guerrilla con 25 hombres que sólo había en la región se dio cuenta de la presencia y capacidad de los enemigos. Los contó y los recontó, pero no era posible hacer venir el grueso de las fuerzas que estaba defendiendo un reducto en las montañas de Peque, donde miles de gentes se habían refugiado cuando les quemaron el pueblo y les arrasaron los campos. Espiaron los propósitos del enemigo y sus planes de combate y se abrieron en patrullas de acecho pero sin

presentar pelea, pues no tenían elementos ni para librar la defensiva.

El 2 de febrero la policía subió hacia Camparrusia, y al pasar por El Sacrificio, feraz y rica hacienda de don Luis Botero, de repente, la principal cuadrilla que estaba atrincherada al acecho con terreno de retirada a su favor, hizo blanco en un sargento de la policía que cayó fulminado a larga distancia, mientras otro caía herido. La comisión hizo fuego en todas direcciones y se abrió rápidamente en un anillo amplio de dos kilómetros a la redonda hasta La Aguadita, y aun avanzó algunos cuerpos de asalto, pero no logró contacto con el enemigo.

¿Qué pasó entonces? Lo que pasaba siempre en casos semejantes: no pudiéndose vengar de la guerrilla, se desquitarían con lo que encontraran. Llegaron a la secadora de don Rubén Rodríguez, la destruyeron y la quemaron. Pasaron a la casa de don Luis Manco, individuo que entraba al pueblo y salía libremente, pero que no obstante había preferido retirarse, dejando en su casa la esposa, una hija casada y dos solteras. De acuerdo con lo que me contó Sema Tamayo en Cañasgordas días después, mataron la señora y la hija casada, violaron las otras dos y las colgaron para ahorcarlas. Después le prendieron fuego a la casa, quemándose 48 cargas de café, 20 fanegas de maíz, 60 almudes de fríjol, camillas, madera, ropa y todo lo demás.

Es de anotar que el inspolicía de Urama, Israel Colorado, había decretado un impuesto de veinte centavos por cada galón de café en bruto que recogieran los dueños, y había establecido un control de víveres exagerado, según el cual, nadie podía sacar del pueblo más de un par de panelas y media libra de sal, previa autorización certificada.

La noticia de la muerte del sargento y del policía herido llegó a Urama antes de regresar la comisión, y todos se

llenaron de miedo aunque los consolaba la presencia de los militares. Pero al regresar hubo alguna conversación entre los comandantes de ambos cuerpos y los soldados fueron acuartelados inmediatamente. El teniente Rafael Mejía Toro puso retenes en todas las salidas, mientras el resto de chulavitas se dieron a la tarea de recoger todos los hombres que hubiera en el pueblo para concentrarlos en la plaza. Al ver lo que pasaba, tres soldados quisieron salir y le pusieron de presente a su comandante lo que iba a suceder, pero éste los contuvo.

Desesperados, llenos de terror y de espanto, los ciudadanos se dieron cuenta de su grave situación y se refugiaron en sus casas, acobardados y tristes...

De nada les valió, pues allá fueron a buscarlos. Algunos torcieron llave a las puertas y cerraron las ventanas, mientras la pobre esposa miraba por una rendija; otros comprendieron que de nada les valdría trancar las puertas y se contentaron con ajustarlas. Muchos se refugiaron debajo de las camas o en subterráneos y no faltó quienes pensaran en huir... No faltaron los que, viéndose perdidos y sin esperanza, hicieron algunas recomendaciones y encargos a su mujer por lo que pudiera pasar, y aun acataron a entregarles lo que tuvieran de algún valor... aunque también reservaron algo, por si acaso se trataba únicamente de ayudar a llevar el cadáver y se les ofrecía algún gasto...

La furia chulavita y sangrienta se había desatado y las puertas se fueron abriendo, unas a empujones, otras a culatazos y machete, y algunas por bien...

A bayoneta calada se buscaba debajo de las camas y sólo Manolo Espinosa se aguantó los chuzones sin quejarse y el polizonte salió, convencido de que allí no había nadie, y pasó a la pieza de enfrente donde encontró a Tocayo

Hoyos, sentado sobre la cama y con los brazos cruzados, fue sacado como presa de caza refugiada en su madriguera. Jesús Usuga, llamado comúnmente "Pachengo", logró que no lo vieran subido a una viga. Escurriéndose por el solar a una cañada pudieron huir Iván Botero, Joaquín Silva y otro Jesús Usuga, sin que los vieran. Don Factor Henao, prestante elemento de aquella sociedad, se asomó a la puerta con una niñita en los brazos y entonces gritó el teniente López:

—¿Y aquel qué pitos toca que no lo traen?

Al oír esto los esbirros le arrebataron la criatura y la arrojaron al suelo, saliendo con él en seguida. La turbación era indescriptible. Los 57 hombres fueron filados en media plaza y entonces intervinieron como anfitriones de aquel banquete macabro los señores Cheno Tamayo y Lázaro Monares con el fin de separar lo que era comestible de lo que era nocivo, es decir, los liberales de los conservadores... Estos últimos fueron enviados a sus hogares y los demás quedaron en capilla.

¡El cuadro era más que impresionante, enloquecedor! Los pusieron manos atrás. Allí había ancianos, cojos, bobos babiecas como Posso y jovencitos tiernos. Estaban pálidos y temblaban como juncos. Anonadados, parecían olvidarse de que eran hombres, ciudadanos honrados y laboriosos. Los mismos que con su empuje y su bravura antioqueña habían abierto aquellas selvas y las habían poblado de vida y de progreso. Los constructores de la Patria, los formadores de aquel pueblo.

Las pobrecitas esposas... las madres... los hijos, permanecían encerrados, poseídos de miedo y de terror, ahogando entre sollozos sus gritos de desesperación y gimiendo plegarias al Señor.

El teniente López hizo un saludo de despedida al mayor Rafael Mejía Toro y dio a sus hombres la orden de concentrarse a prudente distancia, dándoles algunas instrucciones en voz baja. Vino después a la fila de prisioneros y separó 19 que fueron amarrados y puestos a órdenes de sus polizontes y partieron por la vía de Camparrusia, en un desfile tan macabro y tan sombrío que hasta aquellos victimarios sin corazón lanzaban sus insultos y sus injurias como a la fuerza, como aterrados por lo que iban a hacer... Pronto el licor les volvió su furor y su crueldad y comenzaron a empujar bárbaramente a las víctimas y a maltratarlas.

Era el desfile de la muerte, el desfile de la tragedia cobarde, el desfile de la masacre... Ya los cautivos no veían en su interior ni un rayo de esperanza y comenzaron a encomendarse a Dios en su desesperación y a pedirle perdón por sus pecados... Aquellas fieras de las más sanguinarias especies pero clasificadas por un uniforme semejante y presas del mismo odio vengativo, emulaban en crueldad y cada cual buscaba ya la víctima en que habría de saciarse... Eran desafortunadamente muy pocos para tantos, pero se los repartirían bien para que cada cual pudiera saciar su sed de sangre y probar que era un "macho" de los que necesitaban el gobierno y el partido...

Por fin llegaron a El Guamo, cerca a Charrascal, y se detuvieron en un lugar sombrío y tétrico. Estaban maniatados e impotentes y los fueron requisando y despojando de todo lo que pudiera ser fruto de pillaje. No se haría ni un disparo ni se los dejaría gritar para que la guerrilla no fuera a enterarse de nada. Con saña infernal fueron cayendo dos o tres sobre cada víctima con machetes, bayonetas y puñales entre los alaridos ahogados y los lamentos desgarradores, y fueron cayendo aquí y allá

desplomados... Se oyeron los golpes sordos que asesinaban la Patria y la sangre borbotaba al romperse las carnes... Los aceros entraban por entre los huesos del pecho y se revolcaban hasta hallar el corazón... los cuerpos se retorcían y se crispaban los miembros para luego quedar rígidos y yertos... con unos ojazos abiertos de horror en los rostros contraídos y amoratados... Aquellos chacales y aquellas hienas repartieron golpes con sus cascos y sus garras para cerciorarse de que no había señales de vida y entre diabólicas injurias se dispusieron a partir convencidos de que eran unos héroes, y sin mirar atrás, se fueron yendo río arriba, buscando salida hacia Juntas de Uramita, estos valientes que el Padre Gómez llamaba "Bolívares".

Dos días después la guerrilla llegó a este lugar de espanto y de tragedia y halló los cadáveres despojados hasta de los pantaloncillos y mutilados, y les dio sepultura entre alaridos de venganza y de rencor.

Un segundo grupo de chulavitas tomó el camino hacia Dabeiba con orden de matar lo que encontraran. Así cayeron por este largo camino Honorio Guisao, cuya esposa estaba en cama. Su hermano, Juan de la Cruz Guisao, intentó huir al verlos llegar y fue alcanzado por varios tiros de fusil, ambos en el lugar llamado El Encierro. Estos y los otros muertos de esta vía fueron sepultados luego por el cura Gaviria de Dabeiba.

Los policías restantes, al mando del sanguinario mayor Rafael Mejía Toro, organizaron la traída del cadáver del sargento y del policía herido por el camino de la Cañada Adentro hacia Uramita, obligando a los restantes ciudadanos a cargar la camilla, entre ellos el octogenario Belisario Usuga y el sexagenario Daniel Vásquez. La marcha era forzada, penosa y de cuatro leguas. Los que se iban rindiendo de cansancio, desnutridos, hambrientos,

enfermos y desalentados, caían a culatazos para no volver a levantarse jamás.

Y así fueron quedando regados a lo largo de este camino de amargura por donde nadie que conozca este espantoso viacrucis de Urama, volverá a pasar sin horror y sin pavura. La naturaleza sintió un estremecimiento en sus entrañas y la Patria lloró sangre de sus hijos... Se sentía el lúgubre ¡chas! de los machetes y el filo de las armas hacía crujir los huesos. Los ayes de dolor eran ahogados porque el pecado es cobarde, y el viento pasó sobre las copas de los árboles trenzando un miserere que respondían las hojas resecas en el suelo, bañadas por el rojo de la libertad, al compás de las fuentes que fluían murmullando sus trenos de dolor y de tristura...

Ya al fin del viaje y entrada la noche, oscura cual ninguna, pues hasta las estrellas temblaban de miedo y sentían horror de asomarse a ver tanta barbarie oficial, los policías cargaron con su muerto y comenzó la infame matanza de los que aún quedaban vivos. Los más rezagados fueron cayendo primero, inmisericordemente degollados para no hacer ruido... Y aquella noche negra en que lloraba la tierra, por el azul magnífico hubo un blanco ascender luminoso de almas arrepentidas, mártires de la justicia y de la libertad...

Como si esto fuera poco, la policía se dio el lujo de arrojar los 16 últimos cadáveres a la acequia del acueducto de Uramita y días después el agua bajaba con pedazos de carne y con piltrafas humanas.

Sólo tres, Sema Tamayo, Alberto el hijo de Moisés Gaviria y otro muchacho, lograron llegar vivos a Uramita. Sema se fingió conservador y estuvo allí algún tiempo, hasta que un policía, haciéndose pasar por liberal, logró identificarlo en una borrachera y pocos días después lo mataron para vengar otro guardia muerto en los alrededores.

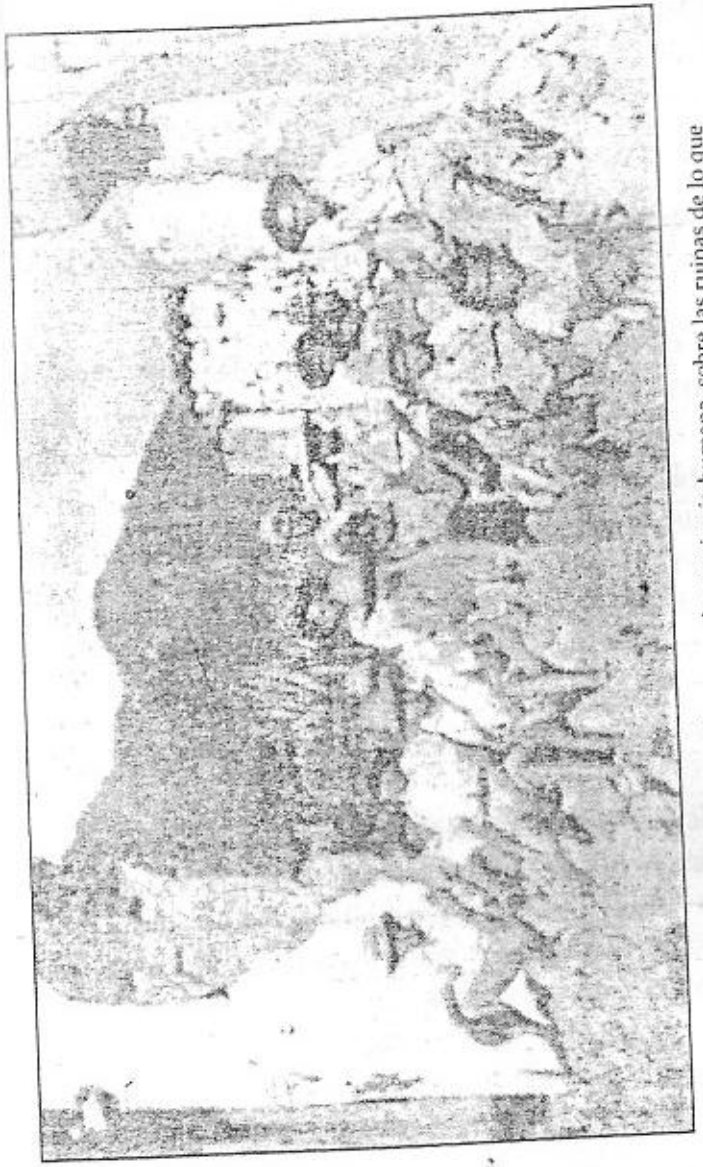
He aquí la lista de algunos de los muertos en tan bárbara masacre: Factor Henao, Ramón López, Ramón Lora, Melquis López, Víctor Lara, Efraín Ramírez, Belisario Usuga, Daniel Vásquez, Misael Varelas, Milcíades Usuga, Alonso Henao, el Ñato Varelas, Factor Usuga, Matías Hoyos (a. Tocayo), Ramón Manco, Sótero Cardona, Pedro Antonio Usuga, Honorio Guisao, el Plantero, Pablo Avendaño, el hijo del Plantero, Roberto Espinosa, Juan de la Cruz Guisao, el Bobo Posso (un babiecas inofensivo), José Usuga, César Vásquez, José Botero, Ricardo Rodríguez, etc., etc.

¿Y quiénes eran estos señores?... ¿Qué crimen habían cometido?... ¿Qué beneficio se reportó de su muerte?...

Eran auténticos efectivos de la Patria, hacendados, comerciantes, hombres honrados y de trabajo, ajenos a movimientos subversivos contra la autoridad, padres de familia; casi todos con sus fincas o sus parcelas de laboreo agrícola, con sus cafetales, con sus ganados y sus bestias, etc. Legítimos valores de la Patria, cuyos cadáveres se quedaron regados por allá o cayeron a un charco.

El pueblo no había sido destruido como Peque, Muridó, Ceilán o Yacopí, pero allí sólo quedaban unos pocos ciudadanos, más de una cincuentena de viudas con más de 200 huérfanos en la miseria, y a ellas les ha dado trabajo obtener algún auxilio de la Oficina Regional de Rehabilitación y Socorro, dizque porque sus maridos eran liberales o porque no han podido ni podrán presentar la partida de defunción de sus esposos.

He ahí la obra destructiva de la Patria y el heroísmo de una mesnada de polizontes sectarios que deben llevar como Caín una señal de asco sobre la frente, comandados por elementos que no sé cómo llamar, pero que ahora han sido premiados siguiendo cursos de especialización policiva...



Un grupo de huérfanos, escombros morales y miseria humana, sobre las ruinas de lo que era la amplia y cómoda residencia de don Manuel Guerra en la población de Peque...

CAPÍTULO XVII

EL QUE A CUCHILLO MATA, A CUCHILLO MUERE...

¿Quién no se aterra al reflexionar en lo que estaba pasando? ¡Los hijos de la misma Patria matándose cobardemente unos a otros!... ¿Y por qué?...

Un gobierno sectario, que ahora mismo es llamado a juicio de responsabilidades por los de la propia secta, quería perpetuarse en el mando y para eso quería exterminar más de media nación. Era un régimen infame de expoliación y barbarie que quería borrar con sus garras de basilisco lo que hicieron los fundadores de la Patria en 1810. "La honradez pisoteada y la dignidad de la Patria mil veces prostituida".

Colombia estaba dividida en dos bandos irreconciliables porque los unos eran unos "angelitos" que decretaron secretamente guerra de odio y muerte a los otros que eran unos "diablos". La diferencia era que los unos estaban mandando y aprendieron que "el poder es para poder"... matar, violar, depredar, robar, etc., sin que para ellos esto fuera pecado porque lo hacían con garrotes, fusiles y trabucos bendecidos por ser "angelicales"... Y entonces los "diablos" tuvieron que coger el monte a defenderse contra los "angelitos", ¡qué pecado!... con rifles, escopetas y machetes sin bendecir...

De este modo la república perdía su fisonomía democrática y los partidos se declaraban contra ella misma, pues ya no eran fuerzas que en contienda cívica emulaban por servirla y engrandecerlas, sino fuerzas de destrucción en duelo nacional hasta que quedara un solo partido. Este sistema político de estructura y procedencia falangista "no admite la libertad porque no reconoce ninguna para el adversario, reservándose todas las libertades para su uso sectario. Dentro del Estado, sólo los del propio bando tienen derechos. Los otros son castas inferiores que no pueden apelar sino a la benevolencia del amo".

Era un pandemonium, un caos universal y desconsolador en que sólo se adivinaba una esperanza, una luz. Pues era tal el odio y la venganza desencadenados sobre esta pobre nación que ni las diversas jerarquías del clero tenían autoridad moral para frenar el desangre de la Patria, a pesar de que aquí es decisiva su influencia. Esto obedecía a que la fuerza vivificadora de nuestro catolicismo se dirige siempre a las tareas inquisitorias y condenatorias, antes que al verdadero proselitismo religioso a base de caridad, de comprensión, de enseñanza y de corrección eficaz. Para nuestra Iglesia colombiana, que Laureano Gómez y algunos clérigos que lo siguen intentan vanamente convertir, de uno u otro modo, en secta político-religiosa, importa más condenar que salvar, maldecir que bendecir, rechazar de su seno que atraer hacia ella.

Gracias a Dios había excepciones y esto contribuyó a dejar todavía un rastro imborrable de fe en las almas, pero a estos pocos se les cerró la boca y se les ató las manos para que no dijeran la verdad de la caridad, ni obraran la caridad a la luz de la verdad. Hay alguien que piensa del mismo modo cuando dice: "En nuestros países américo-hispánicos hemos heredado, desafortunadamente, una tendencia

religiosa que le da más importancia a la Inquisición que a la acción social, se inclina más al rito que a la caridad y emplea más dinero en pólvora y edificios que en redimir la pobreza de nuestros prójimos. Exceptuando a eminentísimos pastores que son gloria de la Iglesia Colombiana y de la Patria, es desgraciadamente cierto que el don de nuestra unidad religiosa ha sido empleado por algunos miembros del clero como pretexto para la intolerancia y como instrumento político. En los mensajes que la prensa de cierto sector del país ha estado publicando, de adhesión a determinados jefes de secta, hemos sorprendido con tristeza, nombres de párrocos que no vacilan en incluir su nombre entre los miembros de directorios políticos.

¿Qué tienen que ver nuestras mezquinas pasiones partidistas con la misión sublime del ministro de Dios? ¿Qué recibe el pobre labriego, el humilde obrero azotado por la indigencia, la enfermedad y la ignorancia, de unos pastores que se confunden con los mismos que los lanzaron a la vorágine del odio?".

"Se habla mucho de que somos un país católico. Pero cuán poco lo somos en realidad, si ese hecho no ha podido impedir el auge de la violencia y la desaparición, en épocas muy cercanas, de los más elementales principios cristianos...".

En Colombia hay testimonio y ejemplo de prelados y sacerdotes perseguidos, unas veces abierta y otras solapadamente, porque quisieron cumplir con su misión de caridad y de pacificación a base de prudencia y apostolado cristiano, predicando el Evangelio del amor y del perdón con la severidad de la Ley divina o eclesiástica, sin distingos de "angelitos y demonios". Otros en cambio hicieron lo contrario, traicionando a Cristo y su Evangelio y escalaron posiciones en la jerarquía. ¿Y qué resultó?

Da horror comentar las tremendas consecuencias. Se dividió el clero y se sigue dividiendo, pues desde Barcelona siguen atizando con un despliegue de epístolas recriminatorias. Pero no se crea que son las cartas publicadas. Hay otras peores y más divisionistas que respiran odio y rencor, y que no se han dado a la prensa por evitar siquiera algo, o mejor, para seguir tapando.

Desde la capital nacional hasta las departamentales y hasta los últimos rincones de las diócesis se persiguió a varios prelados. A uno se le puso un auxiliar, más anciano y más agotado que el titular, con el fin de que se retirara, ya que esa diócesis no es congrua para dos obispos, pues hasta los ratones de las sacristías se murieron de hambre. A otros se los trasladó por intrigas laicas, y en toda la república hemos hallado sacerdotes desplazados y perseguidos por sus mismos hermanos y pastores, gracias al sectarismo reinante hasta el 13 de junio. En Medellín, por ejemplo, hubo unos que se dedicaron a ayudar a centenares de exiliados, y se llegó a prohibir que se les diera limosnas y que se les tuviera siquiera por sacerdotes. Omito sus nombres porque expresamente se me ha prohibido, pero todo el mundo los conoce.

¡He aquí el pandemonium, he aquí el caos! Sólo había una esperanza de salvación, pues los comités pro paz, organizados a petición de algunos jerarcas, operaron sí pero al revés. Les coartaron su verdadera y auténtica fuerza pacificadora dándoles el calificativo de liberalizantes e hicieron nula su acción. Actualmente existe una campaña diocesana en ciertas regiones de Antioquia y de Colombia que con método y sagacidad incalificables por lo eficaces, se ha dado a desacreditar solapadamente el gobierno de las Fuerzas Armadas. Si llueve, le dicen a uno en Valdivia por ejemplo: "es que este tal gobiernito que tenemos..."

Si hace frío: "todo por culpa de este gobierno..." Si hay verano: "nos mató este gobierno..." La carestía de la vida, los derrumbes de las carreteras. las malas cosechas: todo dizque es el gobierno que tenemos.

Consecuencia de todo aquello fue la falta de respeto y consideración que se ganó el clero, obrara como obrara, y la nulidad de su influencia ante la monstruosa emergencia que terminó el 13 de junio. Si el sacerdote se plegaba a la politiquería dominante, era mal mirado por los liberales y por los conservadores honrados. Si luchaba por cumplir con su deber según el espíritu de Cristo y de la Iglesia, entonces sí que tenía enemigos, detractores y perseguidores. Esta realidad ni he podido, ni he querido ocultarla o disimularla, como lo dije al principio. Voy a dar el último ejemplo de esta difícil situación y dejo a mis lectores el comentario, pues me refiero al desenlace de una tragedia cuya trama está toda en estas páginas.

En todo aparece siempre la mano providencial de Dios y se cumplen los preceptos del Santo Evangelio, código olvidado pero imprescriptible de la vida cristiana. Dios está en la trama de toda nuestra vida y su palabra evangélica se cumple a pesar nuestro, porque ni una coma de la Ley se quedará sin cumplimiento. Todas estas injusticias que vivimos hasta el 13 de junio y todos aquellos crímenes horrendos tendremos que pagarlos, porque si la justicia humana puede ser burlada porque a veces se convierte en injusticia codificada y sostenida por el poder, la Divina es inmutable y tarde o temprano, aquí o más allá, ahora o en la eternidad, tendremos que llevar nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos ante ese Tribunal de soberana equidad.

En Colombia no hay pena de muerte ni estábamos en guerra civil y ni unos ni otros tenían derecho a matar y a

depredar impunemente. ¡Unos y otros la pagaron, y unos y otros la pagarán! Los mandamientos no han perdido su vigor ni perderán su vigencia por más que se los quebrante. Los ilustres repúblicos que nos legaron los preceptos de la Carta Constitucional, fijaron precisamente una norma jurídica del más auténtico cristianismo para salvaguardiar públicamente el espíritu de la Ley cristiana en busca del orden, de la justicia, de la paz y de la convivencia social: "NADIE PODRÁ SER MOLESTADO EN SU PERSONA O FAMILIA, NI REDUCIDO A PRISIÓN O ARRESTO, NI DETENIDO, NI SU DOMICILIO REGISTRADO, SINO EN VIRTUD DE MANDATO ESCRITO DE AUTORIDAD COMPETENTE, CON LAS FORMALIDADES LEGALES Y POR MOTIVO PROPIAMENTE DEFINIDO EN LAS LEYES".

Moisés Guzmán, el asesino de Aníbal Pineda, quien se había declarado enemigo del cura Jiménez en pago a tantos beneficios y favores de todo orden, cayó también a su tiempo, como había caído Aníbal, matador del cabo Hincapié, quien a su vez debía muchas, por aquello de que "el que a cuchillo mata, a cuchillo muere". Había huido de Camparrusia y se presentó a las autoridades. Pasó a los calabozos de la cuarta brigada y de ahí salió para ingresar a la chusma conservadora de Frontino, constituyéndose en defensor del gobierno y del partido, con libertad de hacer y deshacer en toda la comarca.

El cura no había tenido oportunidad segura de entregarle el importe de un favor más que le había hecho y, atendiendo careos inescrupulosos, se le había metido la idea de que el cura lo quería robar, convirtiéndose en un enemigo peligroso. Nada puso de su parte para recibir su dinero ni quiso esperar, sino que, otra vez mal aconsejado, puso un denuncio en la curia contra su reverendo deudor,

parece que por influencias y con ayuda de su amigo íntimo el presbítero Ruiz Luján, quien a la sazón estaba también en Frontino y allí se defendían mutuamente de los enemigos que tenían, pues seguían partiendo de un confite, como se dice familiarmente.

Hay curias, y ésta es una, que se complacen en recibir quejas y querellas contra los sacerdotes de su jurisdicción, y les encanta llevar esos asuntos del modo más escandaloso. Por eso al cura le llegó una notificación perentoria del Provicario, sin enterarse prudentemente de los detalles excusantes y de los inconvenientes que hubiera podido tener el acusado para demorar el cumplimiento de su obligación. El dinero estaba listo, pero desde el encuentro aquel de Uramita no se había vuelto a ver con su beneficiado, y fue a llevarlo inmediatamente ahora cuando había a quién entregarlo. Como respuesta se halló con una buena reprimenda del Obispo Auxiliar porque había pasado por ladrón, sin que valieran las explicaciones.

En todo caso, el sacerdote regresó contento a su ministerio, pues creyó que ya este lío bochornoso había terminado. Guzmán acudió luego por su dinero y se fue directamente a formularle al cura reclamos inventados, es decir, a ponerle pelea, pues el ganado dizque había sido mal vendido. El cura agotó paciencia y explicaciones sobre la depreciación reinante en la región cuando le realizó el ganado, le citó al comprador como testigo y hasta más dinero le ofreció a ver si se libraba de pereques con aquel hombre. Entonces se dio a seguirlo con manifiestas malas intenciones y varios amigos alertaron al sacerdote, que no hizo caso. Finalmente y ante testigos tuvo que llamarle la atención enérgicamente y con toda razón, pues nada le debía.

Entre los que se dieron cuenta del peligro, aunque el sacerdote no le daba importancia, estaba el policía Antonio

Cano, quien le rogó que fueran a ponerle de presente al alcalde Quijano lo que pasaba. Al llegar a la portería alcanzaron al agresor, que iba dizque a poner denuncio contra el agredido y entonces Cano lo mandó requisar y le encontraron un revólver, y fue luego detenido. Cuando el presbítero Ruiz Luján supo lo que pasaba a su amigo se vino a pedir su excarcelación. Entonces, ante todos y de todos, el funcionario hizo que Guzmán firmara una declaración y constancia de que el sacerdote nada le debía pero negó la excarcelación hasta ver qué pedía el agredido. Sobra decir que había varios esperando su salida para cobrarle las infamias y abusos contra el cura, que nada pidió contra su agresor. Afortunadamente fue excarcelado con la debida prudencia y logró salir hacia Frontino sin que nada le ocurriera.

La heroica conducta del sacerdote en su ministerio de caridad le había granjeado, más que la admiración, el aprecio y cariño de todos, inclusive de los que antes eran su mortales enemigos. Todos los que llegaban de Frontino le contaban las amenazas que le hacía Guzmán, pero él no hacía caso. Ya el capitán López, nuevo alcalde, se había enterado de todo y ofreció protección al sacerdote, en caso de necesidad. Un día regresó de Frontino Aureliano Vélez y alertó al perseguido sacerdote de que su enemigo debía llegar a los tres días con propósitos criminales, pero tampoco hizo caso.

El día anunciado el tipo apareció en Cañasgordas con su aspecto terrible de peligrosidad desafiante y las gentes avisaron al cura, que se puso un poco intranquilo. Por su parte, el alcalde ordenó prudente vigilancia para evitar cualquier atropello al levita, pues cualquier cosa que le ocurriera traería fatales consecuencias, por la dignidad del perseguido y por el aprecio universal de que gozaba. Más

Así cayó Moisés Guzmán cuando intentaba contra el sacerdote, con la coincidencia de que el tiro principal se lo dieron en el ojo. También el tiro con que éste fulminó a Pineda fue en el ojo, porque éste a su vez había herido mortalmente al cabo Hincapié partiéndole los ojos de un tajo; el que a cuchillo mata, a cuchillo muere.

de varios individuos se mantuvieron alerta y la vigilancia oficial se prestó permanentemente en ciertos puntos y cerca a la casa parroquial. El sacerdote terminó sus ministerios vespertinos, y se fue a sus habitaciones al descanso.

La noche era bien oscura pero no tanto como el alma de aquel pobre miserable. En la calle había agitación y las gentes pasaban y repasaban, pero al avanzar las horas todo se fue quedando en silencio. De cuando en cuando se oía pasar algún gendarme con sus duras pisadas o el ruido de una llave de fusil y todo volvía a silenciarse. A eso de las 11 se oyeron de repente varios tiros de fusil muy atrás de la casa cural, y su estampido retumbó en las montañas y en las nubes. Los ecos retumbaron hasta el corazón del levita que se despertó pensando en que tal vez alguno necesitaba sus auxilios, pero se acordó de que había peligro y prefirió esperar a ver si lo llamaban. Esperó algún rato y rezó un de profundis por quien acaso estuviera en agonía. Sintió pasos de gentes que subían y bajaban y se quedó dormido.

Por la mañana fue temprano a celebrar la Santa Misa en el hospital y le dieron la noticia de que Moisés Guzmán había muerto. Pidió por aquella alma y vio después cuando lo entraron para la autopsia.

En efecto, alguien se había dado cuenta de que ese tipo intentaba atacar al sacerdote en pleno día y logró disuadirlo hasta por la noche, con el fin de evitar el horroroso intento. En el día se hicieron a todos los detalles y un poco antes de oírse los tiros lo sorprendieron en actitud peligrosa. Entonces intentó fugarse pero fue ultimado por un retén en plena calle, cerca al Liceo de Bachillerato. Todavía se levantó del suelo y se lanzó con un puñal contra uno de sus agresores, pero a culata le llegó el golpe de gracia. Lo arrastraron después hasta una casa contigua al hospi-

tal y después de la autopsia fue llevado a Frontino por sus familiares para hacerle un solemne entierro.

Así cayó este hombre peligroso y criminal con la coincidencia de que el tiro principal se lo dieron en el ojo izquierdo. También el tiro con que éste había fulminado a Pineda fue en ese ojo, porque Pineda a su vez había herido mortalmente al cabo Hincapié, partiéndole los ojos de un tajo. ¡Lecciones no más de la Justicia Divina!

CAPÍTULO XVIII

¡LOOR A LAS FUERZAS MILITARES!

La esperanza es lo último que se pierde, dice el pueblo en sabia y filosófica expresión, porque en los momentos cruciales de la vida del hombre y de la existencia de los pueblos aparece siempre la mano poderosa y providente de Dios, que es Padre Misericordioso y Soberano Rey de pueblos y naciones... Colombia, nuestra amada Patria, estaba bañada en la sangre de sus propios hijos y periclitaba su existencia misma de pueblo independiente y libre. Ante la furia de los odios de las venganzas, de los rencores y de todos los crímenes, desbordados sobre el mapa de la Patria por el sectarismo de los partidos, Colombia había perdido su prestigio en el concierto de las naciones y había despedazado sus propias conquistas en todos los campos. Sus horizontes eran negros y pesados; sus cielos, de un aire pestilente, y sus ríos corrían ensangrentados... Pueblos, aldeas y caseríos convertidos en ruinas... Millares de hombres vilmente asesinados... Una caravana sin fin de refugiados en los países vecinos, y exiliados... Sin leyes... Sin paz... Sin justicia... Sin libertad... Sin orden...

En este libro se ha dado una idea de lo que era Colombia en aquella época nefanda, y su fin es que, al amparo de nuestras gloriosas Fuerzas Militares, reconozcamos "en el corazón la infinita amargura de esta etapa siniestra", para

que, otra vez como colombianos que somos todos, luchemos sin tregua por corregir tan bárbaros errores, para que todo aquello de que apenas he dado una borrosa idea y que estaba acabando con nosotros, ¡NO VUELVA A OCURRIR!

No había esperanza en los pactos políticos; ni en el gobierno y sus promesas embusteras; ni en la acción del clero, sin prestigio ni rectitud de miras; ni en los comités pro paz... El pueblo creyente seguía firme en su confianza en Dios y esperaba sin desesperar y clamaba sin cesar. Y dirigía sus plegarias de llanto y sus ruegos de sangre al Soberano de Colombia, al Rey Augusto de sus leyes, de sus mares, de sus montes, de sus ríos y de todos sus hijos... Y apareció una luz que por intuición natural concretaba su más firme esperanza...

Desde que se desató la inclemencia todos los colombianos cifraron su esperanza en las Fuerzas Militares, y confiaban en que llegaría un día de libertad en que un hombre, émulo de Bolívar y nimbado de grandeza, daría el grito de libertad, de paz y de justicia... Nadie sabía empero que esa fecha sería el 13 de junio de 1953, ni que ese hombre se llamaría el Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, porque los despóticos amos de Colombia no querían que llegara esa fecha y quisieron, mucho antes, deshacerse de aquel hombre que habría de devolver a la Patria el imperio de su soberanía y la conciencia de su libertad.

Todas las gentes, de todos los rangos y de todas las capas sociales que sentían el dolor y las desgracias de la Patria, volvían sus ojos hacia el Ejército Nacional. Las gentes humildes que se veían obligadas a escoger entre la muerte o la fuga, entre el exilio o el refugio en los montes, todos ponían sus esperanzas en los soldados de la Patria. Liberales y conservadores de orden, hombres y mujeres,

todos clamaban por un golpe militar. Los perseguidos y los fugitivos pensaban en las espadas que otras veces habían salvado a Colombia. Los moribundos caían, perdida la esperanza de que un soldado apareciera a salvarlos. La historia de esta hecatombe tiene muchos ejemplos de casos extremos y de vidas que se salvaron por la intervención de los militares.

Esa era la esperanza de las guerrillas y lo que los alentaba en la continuación de su lucha. De una circular de las guerrillas de Yacopí al pueblo colombiano el 1° de agosto de 1952, se saca el siguiente testimonio:

"A los miembros de las Fuerzas Militares (Ejército, Marina y Aviación), que os deis cuenta del momento histórico que vivimos y que comprendáis el anhelo de todos los colombianos para que no sigáis sacrificando vidas valiosas para la Patria en aras de un gobierno despótico y antipopular, amparado por un mito de jerarquía que la razón y la conciencia condenan. Sabemos que en vuestras filas militan hombres de bien, muchos de los cuales han visto destruir el hogar de su mayores y salir desterrados a sus seres más queridos del hogar nativo, buscando refugio en las ciudades y una tranquilidad que no encuentran. Sabemos de vuestras protestas calladas y de vuestra inconformidad. Vosotros y, en especial vuestros jefes, aún podéis detener este torrente de sangre y darle paz a nuestra bella Colombia, tan sufrida y tan amada podéis enfrentaros triunfalmente a los enemigos del pueblo, teniendo presente que si cumplís con el deber que la Patria os demanda, las armas de los guerrilleros se encargarán de secundar las vuestras y terminará la matanza entre hermanos...".

Casi con idénticas palabras se expresa el jefe de las guerrillas de Antioquia en carta al gobernador militar, varias veces citada, y le recalca que la guerrilla estaba

librando la misma batalla que el ejército culminó incruentamente el 13 de junio. La prueba mayor que pueda darse al aserto de que todos los colombianos tenían sus esperanzas puestas en los militares, fue el júbilo y el alborozo con que la Patria entera recibió este acontecimiento salvador, cuyo aniversario quería el pueblo celebrar con la misma fe y con la misma confianza con que se había botado a todas las plazas y a todas las calles para ofrendar el aplauso multitudinario de su admiración y de su gratitud al egregio mandatario militar que recibió del Divino Soberano de Colombia la misión sublime de rescatarla y devolverle la paz.

A través de la historia política de Colombia la lucha entre las dos gloriosas colectividades tradicionales en que se divide la opinión ciudadana se ha convertido casi siempre en la más grosera pugna. Raras veces han emulado patrióticamente en beneficio y por el engrandecimiento de la nación. Uno y otro partido han estado muy lejos del ideal de una colaboración democrática y de honrado republicanismo, y su desavenencia, el antagonismo vacuo de sus relaciones, el espíritu pendenciero y egoísta que los anima, ha sido la endemia, la gangrena nacional.

Una y muchas veces el Ejército Nacional, por su patriotismo bolivariano y por su alto concepto de la disciplina, ha sido la única sólución de nuestras contiendas políticas internas con proporciones de exterminio, a pesar de que también ha habido ocasiones en que uno u otro de los partidos ha logrado corromper el sagrado espíritu militar, capitalizando su influencia decisiva y fuerte en beneficio de sus intereses facciosos con perjuicio de la democracia, de la libertad y de la justicia. No ha sido este fenómeno una falla en sí de las Fuerzas Militares, sino un crimen de lesa Patria, que han cometido unas veces los liberales y otras veces los conservadores.

En nuestras recientes luchas políticas, el historiador tendrá que tratar el problema muy a espacio, porque estos partidos nuestros son como niños tarados e incorregibles, que una y otra vez, en la vida independiente y autónoma de Colombia, caen y recaen en los mismos errores. Todo este relato largo en que apenas se bosquejan unos pocos casos de un pequeño sector del país, son un testimonio irrefutable de los extremos de barbarie y criminalidad a que otra vez llegó la rivalidad de nuestros partidos entre sí, utilizando el uno y el otro los métodos más antipatrióticos y antidemocráticos, los sistemas más primitivos y vulgares para lograr sus fines egoístas y sectarios.

Solapadamente se llegó a la extrema y aviesa intención de querer profanar la disciplina y la moral de nuestras Fuerzas Militares, poniéndoles al servicio de los intereses politiqueros de la camarilla sectaria que controlaba el poder para su propio beneficio y utilidad. La conscripción militar se hacía con miras a formar un ejército parcializado de secta, dando de baja a prominentes oficiales de toda graduación por el hecho único de que tenían política distinta a la del partido gobernante, y a otros se los envió con criterio de selección política como carne de cañón a los frentes de Corea, como integrantes o como comandantes del glorioso Batallón Colombia.

A cambio de esos soldados de nuestras filas militares que el gobierno pasado envió a morir en tierra extraña y a cubrirse de gloria en una lucha sagrada contra el totalitarismo comunista, las Naciones Unidas dieron a ese gobierno un equipo de armas modernas que se utilizó en nuestra propia Patria para luchar contra ella misma y matar miles y miles de sus propios hijos. Se humilló a oficiales y soldados, se detentaron sus merecidos ascensos y se los desconsideró porque calculaban que no eran adictos a ese

nefando gobierno, ni podían, como hombres honrados y militares dignos, estar de acuerdo con las infamias que por doquiera se cometían.

—Pero al frente de las Fuerzas Armadas había un hombre digno y de responsabilidad que supo mantenerse a la altura de su misión, preservando al ejército de la corrupción política y formando en cada soldado una convicción profunda de patriotismo y disciplina. "El Ejército Nacional fue adquiriendo una fisonomía civilista, de absoluta imparcialidad política, que lo ha colocado en una posición de ejemplo ante el mundo entero". Bajo la inspiración de su Comandante General había llegado a ser completamente ajeno a la política, pero hubo un momento en que el sectarismo no respetó el noble espíritu militar colombiano y la política reinante emplazó sus baterías contra el ejército.

Este, "que hasta donde había podido se había mantenido al margen de la lucha, se encontró de pronto en una confusa situación de espectador y de actor. Espectador del grave proceso, dándose cuenta de que la locura de unos cuantos estaba precipitando una crisis sin precedentes dentro de los valores morales y jurídicos del país. Y actor, porque, como guardián de las instituciones, le correspondía defender al gobierno contra los ataques de una fuerza armada que se iba haciendo cada día más numerosa".

Aquí estaba el problema delicadísimo que el ejército tuvo que afrontar, pues por disciplina tenía que defender al gobierno, pero el gobierno estaba violando los principios todos y los postulados de la Constitución Nacional. El ejército y su glorioso comandante se dieron cuenta de su misión trascendental y de su deber de poner coto al desenfreno y de salvar la república y sus instituciones.

Afortunadamente las Fuerzas Militares tenían respaldo absoluto e irrestricto de las grandes mayorías políticas del país, y de todas las masas, inclusive del movimiento guerrillero nacional que sólo confiaba en las Fuerzas Militares y estaba librando conscientemente la lucha que ellas debían coronar.

El gobierno se dio cuenta y comenzó por halagar y adular a las Fuerzas Armadas, pero cuando vio que este juego no le daba resultado, optó por decapitarlas y purgarlas poco a poco, hasta llegar a su Comandante General. En vano había intentado mucho antes hacer una división en el seno mismo del ejército.

Pero antes que todo, hay que hacer notar, para gloria de las Fuerzas Militares y de su epónimo Comandante, que las Fuerzas Armadas jamás tuvieron ambición de mando, y que sólo buscaban rescatar y salvar la república y sus principios soberanos.

Una y otra vez procuró el gobierno desembarazarse del General Rojas Pinilla, alejándolo del país con infantiles carameleos, para quitarle su influencia en el ejército. Primero se intentó enviarlo a Guatemala, en condiciones degradantes para el ejército y subordinado a políticos de partido, para buscarle luego un "tenete allá". Después se le quiso nombrar subjefe del Estado Mayor Interamericano en Washington, y Urdaneta, presionado desde los entretelones por el basilisco, quiso obligarlo a aceptar. Afortunadamente, toda la oficialidad se dio cuenta de la trama y sin miras de ninguna clase, todas las Fuerzas Militares respaldaron, como un solo hombre, a su egregio comandante. Con profundo sentido diplomático y con perspicacia, Rojas Pinilla se hizo cargo de la delicada situación del gobierno y, para evitarle una caída prematura, tuvo la abnegación y el heroísmo de aceptar el puesto.

Cuando regresó en 1952 encontró la situación todavía más delicada, y quiso, inclusive, dimitir, pero la cobardía hacía que el binomio presidencial Gómez-Urdaneta temiera por todas partes.

Lo que se quería era alejarlo del país y en abril de 1953 se intentó enviarlo a Alemania en misión especial, pero los altos militares y el departamento de investigación del ejército, leales y nobles en todo momento, descubrieron la trama de siempre. Sobra decir que el minguerra Bernal, tenía gran interés en este viaje. De ahí su anonadamiento, que fue el mismo del gobierno, cuando, en pleno aeropuerto, canceló su viaje, leal y heroicamente presionado por los oficiales bajo su comando.

Así las cosas, el país se preparaba para ver más derrumbamientos morales y jurídicos y más hecatombes de barbarie, porque la Asamblea Nacional Constituyente de Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez, acabaría de dar al traste con todo. Su Constitución, copiada por el servilismo secretariesco de Luis Ignacio Andrade, habría de ser algo así como un testamento a favor de la sucesión Gómez-Urdaneta. Se reuniría el 15 de junio de 1953, pero había un obstáculo grave y muy visible: el Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, hombre ecuánime y militar pundonoroso de alto prestigio, y su prolongación que era el Ejército Nacional en persona.

El ejército había labrado y sostenido la nacionalidad y era defensor neto de la Constitución. Su influencia reguladora y vigilante era un peligro que había que evitar a todo trance. ¿Cómo? ¡Decapitándolo!... No había sido posible alejar a su jefe del país por ningún motivo, y las maniobras de sombra y de tramoya que tendrían que aprobar los genuflexos constituyentes, corrían peligro ante la ecuanimidad y honradez del Comandante General de

las Fuerzas Militares. Se lo llamaría entonces a calificar servicios, y si era el caso, se lo sacaría de en medio con algunos jefes políticos, y el gobierno se sostendría a la brava, poniendo un comandante ya aleccionado y listo...

¡No podía darse más corrupción gubernamental! Todo era sombrío y negro en los horizontes de la Patria, enlutecida, llena de sangre y de muerte... Todo era incertidumbre y tenía un olor de ruinas y de escombros... Las perspectivas eran macabras: se recrudecería la violencia hasta los últimos confines para lograr el triunfo absoluto de la secta... Los ríos serían de sangre y arrastrarían montones de cadáveres... Las montañas serían abatidas y la barbarie dominaría la llanura... Todo quedaría regado de esqueletos, de calaveras... ¡Colombia sería un cementerio grande, una tierra arrasada, un campo desolado donde la camarilla podría reinar sin opositores, cantando un triunfo ya anunciado por los siglos de los siglos!

¡Pero el hombre propone y Dios dispone!... Y Él tenía que disponer... la salvación de Colombia, porque en la gran procesión del 12 de junio se le había hecho violencia de reclamos, de súplicas fervientes, de plegarias y de lágrimas... ¡Y Él no se hizo sordo!... ¡Bendito sea! El, que había hecho descubrir a Colombia, y la había redimido en Boyacá. Él, que la había recibido bajo su protección divina y soberana, abrió una ceja de luz sobre ese abismo de tinieblas y de sangre, de ruinas y de muerte. Y como envió a Colón, y como envió a Bolívar, así envió ahora un hombre valiente y sin miedo, ecuánime y digno que abatiera en nombre de la misma Patria y para siempre al basilisco, y dejara oír su voz vibrante y firme de paz, de libertad y de justicia: "NO MÁS SANGRE, NO MÁS DEPREDACIONES A NOMBRE DE NINGÚN PARTIDO POLÍTICO! ¡NO MÁS RENCILLAS ENTRE HIJOS DE LA MISMA COLOMBIA INMORTAL!".

Todo este libro: la barbarie, la masacre, las ruinas y la sangre que se derrama por sus páginas, sólo tiende a mostrar el abismo de odios, de depredaciones y venganzas de que nos libró este hombre grande, este hombre ilustre, este hombre heroico, émulo de Bolívar y de Córdoba, tan grande como el andamiaje de los Andes colombianos, tan noble como el Cid, tan inmenso como nuestros mares, tan sublime como nuestros cielos de tul algodonado, tan valiente como el cóndor de nuestras cimas, tan diáfano como nuestros ríos libertarios ondulados de epopeya, y tan héroe... como sólo puede serlo él, nuestro glorioso Presidente, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, y las nobles Fuerzas Militares de Colombia, ante quienes, como homenaje de admiración, laudanza y gratitud, en el primer aniversario del 13 de junio, arrodilla este libro.

El autor.

CAPÍTULO XIX

CAMINO DE LA PATRIA

Cuando se pueda andar por las aldeas
y los pueblos sin ángel de la guarda...
Cuando sean más claros los caminos
y brillen más las vidas que las armas...
Cuando los tejedores de sudarios
oigan llorar a Dios entre sus almas...

Cuando en el trigo nazcan amapolas
y nadie diga que la tierra sangra...
Cuando la sombra que hacen las banderas
sea una sombra honesta y no una charca...
Cuando la libertad entre en las casas
con el pan diario, con su hermosa carta...

Cuando la espada que usa la justicia
aunque, desnuda, se conserve casta...
Cuando reyes y siervos junto al fuego,
fuego sean de amor y de esperanza...
Cuando el vino excesivo se derrame
y entre las copas viudas se reparta...

Cuando el pueblo se encuentre, y con sus manos
teja él mismo sus sueños y su manta...
Cuando de noche, grupos de fusiles
no despierten al hijo con el alba...

Cuando al mirar la madre no se sienta
dolor en la mirada y en el alma...

Cuando en lugar de sangre, por el campo
corran caballos, flores sobre el agua...
Cuando la paz recobre su paloma
y acudan los vecinos a mirarla...
Cuando el amor sacuda las cadenas
y le nazcan dos alas en la espalda...

¡Sólo en aquella hora
podrá el hombre decir que tiene Patria!

Carlos Castro Saavedra

Documentos

I

Carta del doctor Fernando Gómez Martínez, Director de "El Colombiano" de Medellín, a Dionisio Arango Ferrer, Gobernador deAntioquia.

Medellín, 5 de junio de 1953.

Señor doctor don Dionisio Arango Ferrer, Gobernador de Antioquia.

Señor Gobernador:

Créame su señoría que va a ser esta respuesta mía a su nota de fecha 1° de junio corriente, en la cual me solicita información sobre los casos a que se refiere el editorial de esa misma fecha, la más penosa de cuantas me he visto obligado a dar. Median entre nosotros una larga amistad y manifestaciones de deferencia de su parte, que yo no olvido, y media el buen nombre de un gobierno que yo he contribuido a formar y a sostener, pero media también el imperativo de la verdad, que para un periodista es sagrado, y debo dar fe de las afirmaciones de mi periódico, como daría en otras que la censura de prensa, en nombre del gobierno de su señoría, no me ha dejado publicar.

Lo más sensible de todo cuanto va a aparecer, señor gobernador, es que lo que en un particular son nobles virtudes la buena fe y la ingenuidad, en un gobernante se convierten en faltas cuando no se ponen los medios para evitar que se abuse de ellas por aquellos en quienes se depositan. Su señoría, nacido en hogar noble y cristiano, su señoría, cristiano y noble hasta la médula, caballero y señor, está cargado con culpas que no debería merecer, pero fue la gente imputa a su cuenta. Para infortunio suyo, o de su confianza errónea, quienes han tratado de salvarle, como cierto alcalde a quien no conozco y cierto periodista y quien su señoría conoce, se han visto rechazados y apartados de su despacho. En los rincones de sus respectivas oficinas ríen, eso sí, y se regodean, quienes abusan de su confianza de hombre bueno.

Quiere, pues, su señoría, que le haga conocer los casos a que se refiere el editorialista de "El Colombiano", de los elementos delincuentes "que decían obrar a nombre del gobierno y del conservatismo y que en no pocas ocasiones fueron tratados con impunidad cómplice". No podrán ser todos, señor gobernador, ni ello hace falta. Ni debo concretarme yo tampoco, en esta oportunidad, a exponer sólo casos en que civiles armados o no por el gobierno o "contrachusmas", como se les llama en el lenguaje popular, han estado cometiendo fechorías y atroces delitos, diciéndose representantes personales suyos, o del partido, o haciéndose pasar por autoridades. Esos casos han sido condenados con mayor facilidad y sus protagonistas desautorizados por su señoría, aunque no siempre con la debida prontitud y menos con resultados siempre favorables. Tal es el caso de San Carlos, a que se refiere su señoría.

Es preciso considerar también algunos otros en que se trataba de verdaderos agentes de la autoridad, funcionarios nombrados y sostenidos por el gobierno. Porque el problema de la impunidad no toca solamente con los civiles. Debe tocar igualmente con los funcionarios delincuentes, tolerados algunas veces y premiados otras.

Ni se trata tampoco de que su señoría haya reprobado y condenado a los delincuentes, con lo cual está a salvo su responsabilidad. Importa saber si sus condenaciones tuvieron efecto inmediato o remoto, o si no dieron resultados, amén de si su señoría se preocupó por averiguarlo. Se trata, asimismo, de que sus agentes hayan obrado de la misma manera, con igual serenidad y con toda eficacia, porque los agentes de su señoría hacen parte de su gobierno, y sus actos, sus culpas y sus delitos afectan al régimen de su señoría aunque el jefe haya querido obrar personalmente bien.

Planteada así la cuestión, vamos a los hechos:

Tenemos en primer lugar el caso de un tal capitán Arango, que dizque fue liberal en Puerto Berrío, quien por los meses de octubre y noviembre pasados había hecho teatro de sus andanzas algunos parajes del municipio de Antioquia. Sobre este caso di cuenta yo personalmente a su señoría. Ese señor decía obrar en nombre de Arango Ferrer y en representación del gobierno y del directorio conservador, desde luego falsamente. Hizo fechorías sin cuento: atemorizó a los campesinos con tretas innobles, exigió dinero a un ciudadano para obtener la gracia de sacarlo de la cárcel, y con esos mismos pesos le compró a la esposa dos bestias que hacían parte del patrimonio familiar, y se instaló después en el pejugal del infeliz matrimonio para coger el café que maduraba y cuantos bienes estaban a su alcance. Contra el capitán Arango dio el alcalde de Antioquia, después de muchas insistentes peticiones de la ciudadanía, orden de captura, y despachó comisiones, pero

mientras yo pude seguir el curso de los hechos nunca se pudo capturar, con ser que frecuentemente viajaba a la ciudad de Antioquia, sin más precauciones que el miedo que había logrado infundir en el corazón de las gentes. ¿Fue capturado y sancionado ese señor? Su señoría puede decírmelo y yo se lo creeré. Lo que no podré creer es que hubo actividad y energía para hacerlo, de parte de sus subalternos.

Del mismo municipio de Antioquia fue alcalde poco antes de esos sucesos un hombre siniestro, sindicado de delitos mientras ejercía su cargo. Ante el clamor angustioso de la ciudadanía la gobernación lo reemplazó. Pero con tanto interés por la expiación de sus culpas, que sin solución de continuidad se le trasladó a otro municipio con la misma investidura.

Cañasgordas, señor gobernador, ha sido un pueblo martirizado durante estos dos años, y sólo ahora como que está sintiendo alivio. Algunos alcaldes vivían sometidos por el temor de la contrachusma que obraba a sus anchas. El Riosucio (sic) arrastraba con frecuencia cadáveres de pobres gentes sacadas de la cárcel por policías irresponsables. Todo el mundo conocía a los cabecillas de la contrachusma, que dizque tenía la noble misión de sostener al gobierno y salvar al partido conservador. Pero esos tales se pavoneaban por las calles como dueños y señores. Una vez —porque la justicia tiene sus caminos insospechados— se abalearon entre ellos mismos por causa de la repartición del botín, según consentimiento general, y murieron dos... El día del entierro de uno de ellos, señor gobernador, fue preciso que los habitantes, especialmente las mujeres liberales, guardaran luto, y las armas de la república hicieron guardia de honor al féretro durante el traslado al cementerio. Un colaborador mío llamó a su señoría para pintarle la situación de temor que entonces vivían las familias liberales. Y su señoría, engañado por los informes de los cómplices de tales actos, le manifestó estas o parecidas palabras: "Adviértales más bien a sus parientes que pisen muy paso porque en Cañasgordas hay justa indignación por la muerte de esos dos buenos amigos del gobierno".

En agosto de 1952 se conmovió Medellín con la noticia del desaparecimiento de tres ciudadanos, y todos temían que se les hubiera hecho víctimas de un "paseo" al estilo de los que hacían los comunistas españoles. Había el dato preciso de que uno de ellos había sido sacado de un café central por un agente uniformado. Los cadáveres de los tres sujetos fueron llevados —según todas las noticias circulantes— en una celular, hacia la región de occidente, y arrojados a una de las laderas del río Tonusco. La conciencia pública sindicó desde un principio al agente aludido y a otro compañero. Se inició una investigación que tuvo peripecias inexplicables y se llegó a sindicar, precisamente, a los que señalaba la opinión, pero en lugar de sancionarlos, uno de ellos, que yo sepa, fue enviado por disposición de su señoría con cargo oficial a Puerto Berrío. A este respecto puede consultar su señoría una nota que me mostró el mayor Caviedes, como justificación de su conducta, al retirarse de la comandancia de la policía.

He de volver a la ciudad de Antioquia, no porque haya sido allí sólo donde han ocurrido sucesos como los que le dejo relatados, sino porque mis informes sobre ellos son más completos.

El día 9 de octubre último, el burgomaestre de aquella ciudad, por conducto del cabo de la policía municipal, dio autorización a la guardia de la cárcel para que entregara a los agentes que los reclamaran a cuatro presos o detenidos,

presuntos chusmeros liberales. La orden se cumplió en la madrugada del día 10, y una vez recibidos, fueron montados en un vehículo y llevados al kilómetro catorce de la carretera al mar, sitio en donde los desmontaron para llevarlos por la variante que conduce al corregimiento de Tonusco Arriba, hasta llegar a un sitio llamado "La Cueva", por la que allí existe, donde fueron pasados por las armas y sus cadáveres dejados dentro de socavones. Interrogado el alcalde por qué permitía a agentes de la policía sacar de la cárcel a detenidos de cuya suerte no debía disponer ya sino él o los jueces, alegó que la detención había sido hecha por la policía y que el hecho se salía de su control. Quisiera saber yo si al despacho de su señoría vino el informe sobre quienes sacaron a los presos y si sobre ellos se ejerció entonces alguna sanción. En cuanto al alcalde, yo puedo informarle que después de salir de Antioquia fue enviado con idéntico cargo al municipio de La Ceja.

Yo me interrogo, con dolor de católico, señor gobernador, sobre qué responsabilidad —aparte de la legal— puede caber ante Dios a los autores de estas ejecuciones llevadas a cabo por agentes de un gobierno que se llama católico, sin permitirles a las víctimas descargar sus conciencias ante un sacerdote. Me doy cuenta de que quienes las perpetran tienen interés de no dejar huellas y esa es la única explicación de este proceder horrendo para una conciencia de creyente. Lo sé, su señoría es incapaz de hacer tal cosa. Pero bajo su mandato, señor gobernador, y a la sombra de su confianza, ellas ocurren.

Samuel Ruiz, prófugo de la cárcel de Urrao, ha sido cabecilla del grupo de individuos que en Cañasgordas ha sembrado el terror y la muerte. La prensa dio cuenta varias veces de que el mencionado personaje estaba posesionado allá de una finca vecina del área urbana, sin que autoridad

alguna se hubiera dado por entendida para proceder contra él. Hay algo más grave: el señor Juez 5° Superior, doctor Rubén Herrera Rodríguez, solicitó al señor alcalde de Cañasgordas la captura y remisión de Ruiz, y como respuesta se le escribió un oficio en que se le da cuenta de la imposibilidad de cumplir la comisión por estar el delincuente en esos momentos al mando de un grupo civil que andaba defendiendo al gobierno.

Debe saber también el señor gobernador que cuando, por intervención muy plausible suya, el comandante Caviedes evitó en enero de este año el sacrificio de algunos individuos detenidos en el cuartel de la policía, un agente de ésta disparó su revólver contra su jefe. Lo que no debe saber es que, retirado éste, el agente fue reintegrado a su puesto.

La ciudadanía medellinense estaba impuesta, con horror, de que en las celdas del detectivismo se estaba flagelando a los detenidos, y sometiéndolo a otras torturas. Con estupor leímos todos en "La Defensa", un reportaje del doctor Arrubla Ocampo en el cual se justificaba en cierta manera esos procedimientos que recuerdan las épocas más oscuras de la barbarie humana, justificación que se basaba en la conveniencia de obtener confesiones para evitar que las personas robadas perdieran sus bienes. Según la opinión del extravagante funcionario aludido, la coacción física y moral no estaba erigida en delito en nuestras leyes. Su señoría puede recordar la memorable carta que don Manuel Felipe Calle, distinguido ciudadano y antiguo jefe de la seguridad, dirigió a mi periódico, en la cual mostraba su indignación, que era la de todos los hombres de bien. El hecho de las declaraciones era tan escandaloso que el H. Tribunal Superior nombró una comisión que estudiara las declaraciones del doctor Arrubla. El concepto dado por

ella, y adoptado por el Tribunal, no puede ser más terminante, ni su estructura jurídica más firme: la coacción está condenada por las leyes colombianas y constituye un delito. Para escándalo nuestro, el concepto del H. Tribunal, destinado al señor Ministro de Justicia, no pudo ser publicado en los periódicos, a pesar de ser suministrado por tan alto cuerpo, porque la censura de que es jefe superior en Antioquia su señoría, lo impidió. El doctor Arrubla sigue en su puesto y los flageladores, contra quienes se decretó una suspensión de opereta, volvieron a ser reintegrados. Señor gobernador: estos hechos tienen un nombre en la legislación penal.

¿Para qué seguir? Desde la publicación de su carta, he estado recibiendo comunicaciones telefónicas, cartas y documentos, en los cuales me informan de hechos inauditos de que yo no tenía noticia y se incrimina tanto a particulares como a funcionarios del régimen departamental. De todo aparece la tolerancia de ciertos alcaldes e inspectores con los delincuentes, su protección descarada, como en el caso de Cañasgordas, los peligros que han rodeado a los investigadores, y la impunidad que ha favorecido a los criminales en muchos casos, y hasta el hecho de que los culpables de omisión y encubrimiento han sido conservados en sus puestos o llevados a otras posiciones.

Algunas de estas cosas las hemos sugerido en "El Colombiano" para llamar la atención de su señoría como una manera de evitar la repetición. Esto es misión de la prensa. Mas lo que en la intención y en la forma era una sincera colaboración con el gobierno de su señoría, su señoría y sus inmediatos colaboradores lo han recibido con tan mala disposición que así se explica lo que en días recientes declarara ante quien lo cuenta: que para el gobierno el más serio problema lo constituía "El Colombiano".

Me pidió su señoría la publicación de su carta, y lógica consecuencia de esta petición es que aparezca también mi respuesta. Yo no lo hubiera deseado y antes hubiera preferido dar en privado mis informes. Pero no se haga ilusiones su señoría sobre la ignorancia de estas cosas por parte del público. Los ofendidos las han llevado a la prensa liberal que debe tener un archivo de ellas, y un periodista extranjero que visitó la ciudad a principios del año hizo de muchas un relato objetivo, que a estas horas debe estar circulando por las redacciones de los diarios de Estados Unidos.

¡Por Dios!, no se deje enterrar por sus colaboradores ni con ellos, y téngame como su seguro servidor,

Fernando Gómez Martínez.

NOTA: Entregada en la Gobernación a las 11 y 30 a.m. del Viernes 5 de junio de 1953.

II

Entre los muchos artículos e informaciones documentarias publicados por la prensa de Medellín y que revelan la situación que en algunas partes siguió al 13 de junio, basta con el siguiente artículo que nos pone en el ambiente reinante. Apenas ahora parece que las cosas han cambiado definitivamente, muy a pesar de los que quisieron hacer de la violencia un negocio jugoso de venganza y de lucro.—N. del A.

"MÁS SOBRE LA SITUACIÓN DE OCCIDENTE"

"Con sincero ánimo de prestar nuestra colaboración a la obra de pacificación de todas las regiones de Antioquia que adelanta el Gobierno Militar con la ayuda de la prensa

y todos los ciudadanos de buena voluntad, nos permitimos agregar algunos datos a las informaciones que sobre tal asunto se han publicado en estos días. Efectivamente, somos testigos de lo siguiente, pues nos tocó viajar hace once días hasta Dabeiba, de incógnito, en compañía de dos sacerdotes y otro amigo, en carro expreso, a una diligencia particular.

En la tarde del sábado 21 de los corrientes emprendimos el viaje y a eso de la medianoche estábamos en Cañasgordas. Conversando con uno de los sacerdotes se nos acercaron varias personas y nos contaron que estaban en la celebración de las bodas de plata sacerdotales del señor Cura, con asistencia del señor Obispo Auxiliar. Una señora nos contó que tenían mucho miedo, pues esa tarde habían asesinado cuatro campesinos. El esposo de la informante nos dijo que se trataba de los señores Santos Puerta, Quico Góez, Marcos Varelas y Marcos Cano. Tomamos nota de los nombres pero no hicimos caso hasta tener mejores informaciones, pues debíamos pasar cerca del lugar donde tenían los cadáveres o encontrarnos con ellos. "Ya no sabemos para dónde correr —nos dijo la mujercita—, pues don Tomás Ospina, José Yepes, Moncada y los otros, dicen que van a conseguir hombres como Milo Cifuentes para que acaben con todos los manzanillos de por aquí, pues 'juran taco' que no dejan arreglar esto ni por nada. Dizque están organizando un fondo para pagarles ese trabajito", acabó diciendo la buena mujer.

Ya otras veces habíamos oído decir esto, y sin hacer caso nos seguimos, después de alguna diligencia. Al llegar a Rubicón vimos unas luces en el corredor y dos cadáveres tendidos con los brazos abiertos, ensangrentados y sacados del río. Los examinamos y conversamos brevemente con el secretario de Cestillal y dos guardias. Eran los cadáveres de Quico Góez y Marcos Varelas, muertos a bala.

Oímos decir que eran seis pero que sólo habían hallado estos dos. Un poco impresionados continuamos nuestro viaje y en Orobajo nos encontramos con una patrulla de soldados en una jaula, que venían a cuidar las familias del lugar, pues en la tarde como que habían sido atacados y habían pedido protección a Uramita. Los que venían en la cabina se bajaron y nos hicieron ciertas preguntas, especialmente el conductor, que se las daba de autoridad.

Antes de llegar a Uramita la jaula nos dio alcance y pasó adelante. Allí ocurrió lo mejor, pues el inspector se presentó a detener al chofer y a uno de los compañeros, que fueron llevados al cuartel. Eran las cuatro de la mañana y dicho funcionario notificó a los clérigos que tenía orden de no dejarlos seguir y de detener a los acompañantes. El Padre Blandón preguntó por los términos escritos de tal orden y su procedencia, a lo que se le contestó que la orden la había dado verbalmente el sargento Claro, nuevo alcalde militar y comandante de Peque. Que él no entendía qué términos podía tener tal providencia, pues no constaba por escrito, pero él la acataba por ser de un sargento.

Con respeto pero con valor ambos sacerdotes explicaron lo viciado de tal orden, cuya investigación pasaría a las altas jerarquías militares y a la Procuraduría de la República, pero que no teniendo términos definidos y por el ordenante, la orden debía limitarse a la no entrada a Peque, por presión de origen conocido de sobra que también se investigaría. Que en consecuencia, se reconocían en plena libertad para seguir a donde quisieran y cuando lo quisieran, mientras no se presentara orden escrita y debidamente autorizada.

Tales argumentos no podían negarse y, ya en la mañana, nos dispusimos a seguir. Los detenidos fueron vigilados, interrogados y puestos en libertad a las 8 y 30 minutos del domingo, a pesar de las intrigas del autoritario auriga.

Entonces se les dijo a los libertados que andaban "con los curas más peligrosos de la región, con los chusmeros que no habían dejado pacificar esos pueblos". Y agregó el autoritario conductor que a "esos curas había que vigilarlos de cerca y no dejarlos pasar de ahí". Aconsejó luego que viajáramos de día hacia Medellín, pues por la noche tendríamos peligro. Requisaron el carro y como no hallaron nada, se llevaron un libro y un destapador.

Estos acontecimientos nos obligaron a tomar ciertas precauciones de estrategia y de defensa para viajar precisamente en la noche, aunque los enemigos estaban seguros de que lo haríamos en la mañana del lunes a las cuatro, y desde las tres enviaron a cierto punto de la jurisdicción de Uramita quiénes nos atacaran. En la noche, cuando ya nos habían avisado del peligro que nos esperaba con los sacerdotes, ya estábamos lejos y fuera de la zona de las amenazas. En Dabeiba el carro fue vigilado por varios civiles, lo mismo que en el camino, pero nada pasó contra los odiados sacerdotes ni contra quienes los acompañábamos, pues arriba de Dios no viven ni los que quisieran estar encima del mismo Dios.

Al pasar de regreso por Cañasgordas nos precedía otra jaula con policía, civiles y muertos, pero nada pudimos averiguar. Por todas partes nos hablaron de muchos muertos en los días anteriores en los alrededores de Uramita, Cestillal, Cañasgordas y Dabeiba. Las gentes hablaban nuevamente de la necesidad de exiliarse a otros lugares y muchos campesinos duermen otra vez en los montes. Se nos contó que en Juntas de Uramita el comandante tenía orden de no dejar pasar hacia Peque a los padres Blandón y Jiménez, y de darles un "tiro", caso de resistencia.

Esto es verdaderamente aterrador e increíble, pues a nosotros y a todas las gentes nos consta que estos sacerdotes

no han tenido otra misión que hacer el bien a los habitantes de toda aquella región, sin miras de ninguna clase y sin interés alguno. Al fin, ellos han sido siempre perseguidos por esto como su desterrado Obispo, Monseñor Andrade Valderrama.

Olvidábamos decir que de paso por Uramita, uno de los sacerdotes habló con el famoso "Costilla", y que las gentes sindican como causantes de los crímenes recientemente cometidos en la región a los señores mencionados atrás en unión de Luis y Tulio Berrío, Ramón Graciano, Jesús Díaz, Juan Luis Guisao y otros. Estos señores son lo suficientemente sagaces para esquivar toda responsabilidad, pues dicen: "nosotros no mordemos pero soltamos nuestros perros". Parece que aun tienen un lema en sigla que es: "M. s. q. s. s.", que traduce: "Maten sin que se sepa...".

Medellín, 30 de noviembre de 1953.

III

Carta abierta del Pbro. Fidel Blandón
al Gobernador Militar de Antioquia,
del 13 de diciembre de 1953.

Muy Ilustre Señor Gobernador de Antioquia, Coronel Pioquinto Rengifo.

S. S. D

Señor Gobernador:

Dígnese aceptar mi atento y respetuoso saludo, con mis sinceros votos de siempre por su bien en todo orden.

Por las presentes me permito ponerlo en conocimiento de que hace hoy veintiún días, es decir, el domingo 22 de noviembre del presente en la madrugada, al llegar a Uramita de paso para Dabeiba, ocurrió lo siguiente: el suscrito viajaba en compañía de otro sacerdote y de un amigo desde esta ciudad, cuando a esas horas se presentó el inspector militar de Uramita, cabo Largo, y detuvo al chofer y al compañero, notificándonos luego a los dos sacerdotes que tenía orden de no dejar seguir de ahí ni al Padre Jiménez ni al Padre Blandón, y de detener a quienes nos acompañaran. Cuando el suscrito preguntó por el origen, texto y términos de la orden, se nos respondió que no existían, pues la orden la había dado verbalmente el sargento Claros, nuevo alcalde militar que acababa de pasar para Peque, y que él la cumplía por tratarse de un militar de grado superior.

Después de algunas explicaciones entendimos que tal orden pudiera tener valor si nosotros viajáramos hacia Peque, y esto por circunstancias que conocemos de sobra; pero que yendo como íbamos para otra parte, no podíamos reconocer validez impediente a dicha orden mientras no se la presentara por escrito, debidamente autenticada y con términos definidos. Por tanto, con el valor moral y civil con que siempre hemos obrado en el cumplimiento de nuestro deber, alegamos nuestro derecho inviolable para seguir a donde íbamos.

El funcionario aceptó nuestra explicación y un poco después nos mandó avisar con dos soldados que podíamos seguir cuando quisiéramos. Ya habíamos convenido descansar hasta que llegara el día pero dejamos detenidos en el cuartel al chofer y al compañero. A las ocho y media de esa mañana del domingo 22 de noviembre del presente, los detenidos, que habían sido vigilados y guardiados como

dos criminales, fueron libertados, después de requisar el automóvil, de donde se sustrajeron un folleto y un destapador. Quien más intrigó en esta cuestión y contra quien no hemos puesto denuncio para evitar problemas, fue un tipo que parecía tener carácter oficial y que conducía la jaula que habían enviado a traer el sargento y los soldados relevados de Peque. Dicho elemento se atrevió a decir al chofer y a nuestro acompañante que "viajaban con los curas más peligrosos de la región", etc., "que a esos curas había que detenerlos cuando llegaran a Uramita y requisarlos". Después supimos que, según parece, el cabo que comandaba en esa fecha el puesto militar de Juntas de Uramita se había expresado todavía más fuertemente, agregando que dizque tenía orden de no dejarnos pasar hacia Peque a los dos sacerdotes y de pegarnos un tiro, caso de resistencia.

Expuesto así este hecho, cuya investigación pido respetuosamente a su señoría, y pasando por alto que en alguna parte intentaban atacarnos cuando regresáramos de Dabeiba, yo me permito rogar a su señoría con todo respeto y encarecidamente, se digne aceptar la lealtad y patriotismo con que le pido se digne darme alguna aclaración respecto a los siguientes puntos:

Primero: Necesito que, si es el caso, se me pruebe con pruebas sumarias de responsabilidad jurídica, cuándo y en qué circunstancias, desde que se inició la violencia en el occidente antioqueño, a mediados de 1950, hasta el presente, yo fui o he sido desleal a las Fuerzas Militares en sus campañas y comisiones de orden público, en mi jurisdicción o en cualquier otro lugar. Lo mismo puedo preguntar para implorar juicio contra mí, en relación con la policía y demás autoridades, exceptuando, a mucho honor, los casos en que este último cuerpo armado o las autoridades, procedieron contra la justicia, contra la misma

paz o contra el orden legal, es decir, contra la Ley de Dios o la ley humana.

Segundo: Le ruego se digne informarme de dónde procede la orden en virtud de la cual fueron detenidos el 22 de noviembre del presente en Uramita mi chofer y el compañero, y quiso el señor inspector militar atajarnos en nuestro viaje, al Pbro. Gonzalo Jiménez y al suscrito; y a qué obedece concretamente esta orden, caso afirmativo.

Tercero: Si el señor Coronel Gobernador en persona tiene algo que decir en relación con mis actuaciones en mi entrada a Peque el pasado 6 de agosto al lado de las Fuerzas Militares, no como sacerdote, sino como simple ciudadano, o en relación con otros viajes a llevar y repartir algunos auxilios.

Creo, señor Coronel Gobernador, que no sobre advertir para su digno conocimiento y el de los demás destinatarios de esta carta abierta, que yo fui sacado de mi feligresía, Juntas de Uramita, en septiembre de 1952 por orden que su antecesor dio al Obispo Auxiliar de Antioquia, Mgr. Guillermo Escobar Vélez, lo mismo que otros sacerdotes de esa diócesis. Los motivos fueron el predicar la paz y la caridad, sin dejar que por sobre el cumplimiento de mi deber pastoral se pretermitieran unos preceptos de la Ley de Dios y de las Leyes de Colombia, para cumplir consignas del más anticristiano y antipatriótico sectarismo. Que lo sepan todos —como lo sabe Dios— que yo no me hice sacerdote para ningún partido político sino para Dios y para las almas; y que no reconozco particiones en la aplicación de las leyes divinas ni humanas. Si por esto se me retiró de mi feligresía por orden de un gobierno sectario, es para mí un honor, pues cumplí fielmente con mi deber.

Después de esto hube de consagrarme, como exiliado yo también, a ayudar y a socorrer a más de 700 exiliados, antiguos feligreses míos, aquí y en otras partes, sosteniéndoles once casas y favoreciéndolos en toda forma con el aporte de personas caritativas. Pude luego, como a su Señoría le consta, que al amparo de las Fuerzas Militares la mayoría de esas gentes regresaran a sus tierras y a las ruinas de sus bienes. Los acompañé entonces y he seguido ayudándoles en cuanto Dios me ha permitido: ese es todo mi pecado.

Los archivos oficiales de la Brigada y de la Gobernación dan prueba de mi lucha para obtener militares y mantenerlos en esa región, desde los inicios de la violencia. Atendí siempre y ayudé a las fuerzas armadas en esos lugares, como lo atestiguan oficiales, suboficiales, soldados y policías, siempre que no se contagiaran de grosero sectarismo: y éste es mi otro pecado.

Ojalá que esta carta abierta sirva para abrir un proceso sumario con que he de vindicar personalmente, si no como sacerdote, sí como ciudadano, todas las imputaciones calumniosas y sacrílegas que se hicieron contra otros de mis compañeros y codiocesanos, desde el Excmo. Obispo Titular de Santa Fe de Antioquia, Monseñor Luis Andrade Valderrama, y su ilustrísimo y Rvdmo. Vicario General, Mgr. Eleázar Naranjo, hasta este último cura de aldea.

Señor Coronel Gobernador:

Dígnese perdonar lo prolijo de esta carta abierta, de la cual me permito autenticar sendas copias para mis superiores eclesiásticos; para el Excmo. Señor Presidente de la República, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla; para el Brigadier General Alfredo Duarte Blum, Comandante General de las Fuerzas Militares; para la Procuraduría General de la República; para el Señor Coronel Comandante de la Cuarta Brigada y para toda la prensa.

Para constancia se firma en Medellín a trece de diciembre de 1953.

Del señor Coronel Gobernador con mis mejores votos, servidor y compatriota,

Fidel A. Blandón Berrío, Pbro.

NOTA: Según una carta en que el autor de la presente me autoriza para su publicación, ésta no fue publicada por la prensa ni hasta el momento ha sido contestada por su destinatario, cosa que él llama "significativa desatención". —N. del A.

IV

"El Universo", diario de Guayaquil (Ecuador), publicó con anterioridad al 13 de junio y firmado por ADEL CELIMAS, lo siguiente:

PROFANACIÓN CONDENABLE

El pueblo colombiano
retrocede en su historia una centuria,
pues sufre a la sazón la torpe injuria
del creciente furor ultramontano.
Igual que en remotísimas edades,
Colombia siente un puño que la espanta:
el puño que, oprimiendo su garganta,
le impide respirar sus libertades!

Así el solar de vates y de bravos,
con un ardor brutal que lo preocupa,
hoy ve que la falange curuchupa
implanta allí una cátedra de esclavos!

En acciones brutales,
por toda su extensión, de sur a norte,

ve Colombia surgir, como un deporte
la matanza sin fin de liberales!

Allí donde se yergue
un hombre de libérrima doctrina
surge la mano burda y asesina
que le busca una tumba como albergue!
De esa brutal masacre no hay ejemplos,
pues los varones libres son lunares
que los godos extirpan en los bares
en las casas, las calles y los templos!
Cansados de sufrir tantos horrores
y aquel acoso trágico y nefando,
los rojos de Colombia, reaccionando,
comienzan a matar conservadores.

Para frenar los males
que a su Patria ya dan muchos sonrojos,
un grupo de valientes hombres rojos
se esparcen por los Llanos Orientales.
Repeler a balazos a los fieros
curuchupas, los hombres perseguidos,
es lo que hace llamarlos forajidos
y oscuros y nefastos bandoleros!

. . . . . .

Colombia, aquella "tierra de leones",
según dijo Darío,
vive un período negro de extravío
que la llena de sombras y baldones!

Se apagaron los cantos
y sólo se oye el ruido de las bregas

en la tierra fragante de Arciniegas,
de López y de Santos!

Sólo el odio brutal se yergue y brama
con estrépito horrendo,
apagando el estruendo
fecundo y musical del Tequendama!

* * *

Un lúgubre episodio
es aquel que ocurrió en Buenaventura,
que muestra, con feroz desenvoltura,
el extremo bestial que alcanza el odio
a lo que es libertad o encarna altura.
Un grupo ha profanado con descaro,
llevado por el odio más violento,
el sencillo monumento
que erigió la colonia a Eloy Alfaro!

El repugnante y hórrido extravío,
que al mismo tiempo da cólera y da susto,
al extremo llegó de echar el busto
del liberal más ínclito en el río!

Colombia ha de mirar con pesadumbre
y vergüenza a la vez el hecho triste
de una turba retrógrada que embiste,
con un furor estúpido, a la lumbre!
Con la consumación de estos ultrajes
a memorias preclaras,
los godos dan allá señales claras
de instintos repugnantes y salvajes!

La libertad, la lumbre y la clemencia
que buscan con pasión los grandes hombres,
para los godos son odiosos nombres
que encarnan la maldad en la existencia.

Por eso es que, con ímpetus insanos,
el monumento a un hombre esclarecido,
después de profanarlo han abatido
los godos colombianos.

El régimen azul de aquel vecino,
mirando el desafuero ignominioso,
se queda silencioso,
sin reprobar tamaño desatino.

Contemplamos con pena
que tampoco el gobierno ecuatoriano,
el desmán inhumano
con acento indignado no condena.

Es ofensa notoria
para la Patria nuestra
aquella empresa lúgubre y siniestra
de ultrajar a un titán de nuestra historia.

Mirando el desenfreno cavernario
que afecta nuestra gloria más enhiesta,
se alza el rudo clamor de una protesta
desde una pluma altiva de este Diario!

V

Manifiesto de Laureano Gómez a los colombianos desde Nueva York, el 31 de agosto de 1953.

Compatriotas:

Hasta mi destierro forzado a que me he visto sometido por quienes, amparados por la soldadesca, usurparon el

poder público el 13 de junio, para tender sombras de silencio sobre las atrocidades, ha llegado la evasiva de la Corte Suprema de Justicia de mi Patria. Convencido de que esta corporación no había sido aún abordada por la torpe pasión antidemocrática de los rebeles, concurrí a ella, de la más buena fe, seguro de que esa institución, que ha engalanado la historia jurídica del país con sus procederes honrados y patrióticos, absolvería favorablemente la pregunta que le hice de si puedo o no regresar a Colombia. Mi mensaje fue retenido por la censura y luego fue publicado con la respuesta acomodada a las exigencias de los líderes del gobierno. La respuesta de los amanuenses contenía la frágil fórmula de la incompetencia. Los magistrados se han convertido en raposas y el baldón y el escarnio se han apoderado de quienes tenían en sus manos la guarda y la custodia de la Constitución de la república.

Desde entonces ninguna voz oficial se ha levantado para referirse frente a frente al interrogante planteado por quien, durante toda su vida, como los colombianos son testigos, no hizo más que sacrificar su juventud y sus energías y declinó honores para dedicarse por entero a la Patria. Se ha tendido una cortina de mutismo forzado porque la tónica es legalizar el gobierno de facto, orientado por un núcleo de militares cuyas hojas de vida tienen manchas de horrores y de sangre y temen; por eso, la presencia en las calles de quien con orgullo y derecho ostenta el título de presidente de Colombia. El caso oprobioso de Felipe Echavarría es uno de tantos ejemplos insólitos de la cadena de delitos.

Esa actitud no me decepciona. La encuentro explicable porque se trata de procederes naturales de aquellos que han contraído compromisos con la dictadura. Me llena de dolor sí, la actitud de los jefes y de los conservadores ante

los despachos oficiales. Siempre creí, de manera sincera, que aquellos colombianos que habían nacido bajo las banderas azules y que se formaron al abrigo de esos pendones inmarcesibles no andarían en los homenajes gastronómicos y simbólicos de una libertad fingida, que ahora se multiplican, en los tertuliaderos de los periódicos y en las plazas públicas, alternando no solamente con los violadores de la constitución, sino con los asesinos del Llano, los saqueadores de Cundinamarca, los apátridas de Boyacá y Antioquia. ¡Cómo olvidan esos desvergonzados los ásperos caminos de la oposición y cómo reniegan de sus tradiciones libertarias, de la austeridad de los principios y del desvelado fervor de sus jefes naturales!

Cuando vino el golpe de Estado, Mariano Ospina Pérez, Gilberto Alzate Avendaño, Dionisio Arango Ferrer, Guillermo Borrero Olano, Lucio Pabón Núñez, Joaquín Estrada Monsalve, Fernando Gómez Martínez, Luis Navarro Ospina, José Restrepo Restrepo y otros cuyos nombres harían un largo rosario de traiciones, concurrieron con gesto que me aterroriza a brindar respaldo político y personal, en representación de los grupos políticos que dirigen, a la tropilla palaciega. Desde la distancia me horrorizo y me resisto a creerlo. ¡Cuánta inmoralidad! Sin embargo, la verdad es inconmovible. Los valores humanos desaparecen ante la avalancha del oportunismo. Pero, qué más significa esta abyección, si la propia jerarquía eclesiástica liberalizante, se ha prosternado ante el altar de un dictador ominoso. ¡Ay, repetiría, de los pastores que no cuidan de sus rebaños, y de los empurpurados que dejan merodear los perros en la heredad!

Una triste tradición se ha extendido desde Monseñor Herrera Restrepo hasta los tiempos actuales en que los prelados, para mayor abominación, explican su cobardía con los conceptos acomodaticios de un sanedrín de golilla.

El derrumbe moral del pueblo conservador no es inferior, en esta vez, al de sus dirigentes. El pueblo conservador está en el epílogo de la moral política. Ya no es el pueblo que me acompañaba en mis gritos de inconformidad ante la tiranía. Ahora se arrodilla ante un presidente de facto, un advenedizo del Palacio de la Carrera, entregado por entero al liberalismo y al conservatismo indoctrinario. Ese pueblo, en tanto, desconoce a su jefe y presidente titular y se olvida ingratamente de aquel que lo llevó al poder y lo guió con valor en las épocas turbulentas en que ser conservador significaba tener la vida en jaque a la vuelta de una esquina. No recuerda la incruenta lucha de la reconquista y se pliega ante la camarilla, no por copiosa menos pérfida, de hombres amorales, oportunistas, escorias de la honrada conciencia, que hoy capitalizan el desquiciamiento moral colombiano. El conservatismo no puede seguir inclinándose ante sables y fusiles impopulares, a sabiendas de que hoy o mañana éstos se volverán contra ellos. El Conservatismo no puede proseguir en su malhadada empresa de escarnio que sonrojaría a la propia perfidia. Porque si no, ¿qué es ese monstruoso contubernio político con unos militares que no cuentan, en realidad, con el querer de las gentes de bien? Que para hacerse a la voluntad del pueblo recorren las principales ciudades del país, precedidos de un fausto pagano, dialogan con el pueblo, dilapidan el tesoro exhausto y por medio de sus áulicos llevan casi encadenadas a las muchedumbres para escucharlos.

¡Cómo conturba el corazón de un colombiano el despilfarro físico y moral que están implantando estos convidados del poder! Todo está contaminado de vergüenza. En los templos aplauden al dictador; en las calles le adulan y se rinden ante sus charreteras; en las plazas le arrojan flores; en las academias lo saludan, y en los centros sociales se le entregan con satánico desdoro.

Yo prefiero la soledad de mi forzado destierro a convivir en ese medio nefasto. Prefiero el exilio a la terrible vergüenza de postrarme ante la bota usurpadora, poseyendo la primera investidura de la república. No lo haría jamás. Sería una felonía para con el partido que me llevó al poder, una traición a los ideales del conservatismo. Es más digno luchar desde cualquier sitio contra la tiranía y la vergüenza que halagar a los advenedizos del poder. Más vale un presidente fugitivo que un exmandatario vivo, aplaudiendo a los militares perjuros. El país, en últimas, por remordimiento, no olvida mi decisión en las graves crisis que lo afligen periódicamente. Bien sabe mi comportamiento el 9 de abril y cómo sacrifiqué cuanto tenía por enfrentarme a la chusma miserable. Con fe en Dios, llegará el día. Él me asiste en mis empresas y sabrá confundir a los criminales.

Laureano Gómez
Presidente de Colombia

VI

LA IGLESIA Y LA POLÍTICA

"Como es, por otra parte, no solamente una sociedad perfecta en sí misma, sino una sociedad superior a toda sociedad humana, la Iglesia rehúsa de manera absoluta, por derecho y por deber, sujetarse a los partidos y plegarse a las exigencias mudables de la política".

"Pero arrastrar la Iglesia a algún partido, o querer tenerla por auxiliar para vencer a los adversarios, es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la Religión".

S. S. LEÓN XIII
(Encíclica SAPIENTIAE CHRISTIANAE)

* * *

Y en la "CUM MULTA", del 8 de diciembre de 1882, dice:

"Se ha de huir la equivocada opinión de quienes mezclan e identifican la Religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo a los que pertenecen a otro partido. Esto, en verdad, es meter malamente los bandos en el campo augusto de la Religión, querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta a una multitud de inconvenientes".

.....

"Cierto es que no corresponde a su deber que los sacerdotes se entreguen a las pasiones de partidos, de manera que pueda parecer que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Entiendan, pues, que deben guardarse de salir de los límites de la gravedad y de la moderación".

.....

"Al contrario, todos los partidos deben entenderse para rodear a la Religión del mismo respeto, y para defenderla de todo ataque. Además en la parte política, que es inseparable de la moral y de los deberes religiosos, es preciso preocuparse siempre y en primer lugar, por servir, lo más eficazmente posible, los intereses del catolicismo. Desde el momento en que se los ve amenazados, todo disentimiento debe cesar entre los católicos, para que, unidos en los mismos pensamientos y propósitos, acudan a auxiliar a la Religión, bien supremo, al cual todo debe estar subordinado".

.....